miscelánea

ALEXANDER MAKSIK

No te mereces nada

Traducción de Santiago del Rey

NO TE MERECES NADA

Alexander Maksik

William Silver es un profesor carismático y con talento. Sus métodos poco convencionales hace que levante ampollas entre colegas y superiores, pero sus estudiantes lo adoran. Lleva ideas a su aula, ideas que afectarán profundamente en cómo los alumnos se conducen en la vida. Sus debates sobre Camus, Faulkner, Sartre, Keats y demás autores del Olimpo insuflan vida en el sentido de justicia social de los estudiantes y sus capacidades para el pensamiento filosófico y ético. Sin embargo, sin que sus entregados alumnos lo sepan, Silver demuestra que es incapaz de estar a la altura de los ideales que predica ante los demás. Con sus propias cicatrices emocionales a causa de las frustraciones que ha sufrido y alentado por el aura carnal y de belleza que tiene la Ciudad de las Luces, Silver sucumbe ante la tentación que cambiará el curso de su vida. Su caída en desgracia lo convierte en un criminal ante los ojos de unos cuantos y en nada más que un ser humano ante el resto.

Con un estilo propio, el París de Maksik es sensual, cegador y peligrosamente seductor, un escenario más que apropiado para una historia trágica sobre la tensión entre deseo y acción, y sobre la compleja relación que existe entre nuestra persona pública y la privada.

ACERCA DEL AUTOR

Alexander Maksik ha obtenido las prestigiosas becas Truman Capote y la del Taller de Escritura Creativa de Iowa. En la actualidad participa en el curso de Postgrado de Escritura de la Universidad de Iowa. Vive a caballo entre París y la ciudad de Iowa. *No te mereces nada* es su primera novela.

ACERCA DE LA OBRA

«Un argumento deslumbrante y una escritura preciosa.»

The New York Times

«El debut de Alexander Maksik posee la cualidad de lo inevitable de la tragedia griega.»

Financial Times

«Le recuerda al lector o fuerte que pueden llegar a ser las ideas y

la literatura, no solo porque Maksik crea a un maravilloso y complejo personaje como Will, sino porque su propia prosa es impresionante.»

The Independent

NO TE MERECES NADA

Traducción de
Santiago del Rey

ALEXANDER MAKSIK

Título original:
You Deserve Nothing

© 2011 by Aleksander Maksik

Primera edición en este formato: marzo de 2012

© de la traducción: Santiago del Rey
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera, 17, pral.
08003 Barcelona

info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-938644-5-3

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin
la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones
establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mis padres.

Y a la memoria de Tom Johnson.

No quiero escoger entre el lado correcto
y el lado equivocado de este mundo,
y no me gusta que haya que escoger.

ALBERT CAMUS

GILAD

24 años

Vives en un sitio y, en un abrir y cerrar de ojos, vives en otro. No es nada complicado. Subes a un avión y te largas. La gente siempre está hablando de su hogar. De su casa, de su barrio. En las películas no paran de decir de dónde son, de dónde han venido. Siempre salen esas cosas en las películas. La calle. La manzana. El restaurante. Películas italianas. Películas de negros. Películas judías. Sea en Brooklyn, o sea donde sea.

Pero yo nunca he tenido nada parecido. El espíritu de las calles no corre por mis venas. Nunca he llegado a amar una casa. Así que todo ese rollo de nada-como-el-hogar ni me llega ni me dice nada. Que estés viviendo en un sitio y luego, en cuestión de horas, puedas estar en otro es lo que me viene a la cabeza cuando pienso en el hogar. Te levantas, te dedicas a lo tuyo, comes, te vas a dormir, te levantas, comes, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado. Y siempre lo mismo durante días, meses, años. Y un día, de golpe, ya no estás allí.

La gente siempre dice que debe de ser muy duro mudarse de un sitio a otro. No lo es.

Cuando llegué aquí tenía diecisiete. Nos trasladamos desde Riad, donde habíamos pasado casi dos años. Tuve tres semanas para recoger mis cosas, para «prepararme». Eso es de mi padre. Tres semanas para «prepararme». No sé qué querrá decir, la verdad. Me costó una hora preparar mis maletas. En el colegio no le dije a nadie que me iba.

Acabó el curso, me entretuve unos días en la piscina y luego nos subimos a un avión y nos largamos. Así fue. No sentí nada en especial. Solo me asombró una vez más que todo un mundo pueda desaparecer así como así, que una vida se convierta en otra vida se convierta en otra vida se convierta en.

Y entonces vinimos a París.

Vivimos en Dubái, Shanghái, Tokio, Kuala Lumpur, Seúl, Jerusalén y Riad.

Y luego vinimos a París. Y París fue distinto porque resultó ser el último sitio al que nos trasladamos como una familia. Y el último

que me fue impuesto.

WILL

38 años

El optimismo, la sensación de expectativa y de posibilidades abiertas, llega al final de agosto. Bolígrafos nuevos, novelas sin subrayar, libros de texto recién salidos de imprenta y todas las promesas de un año mejor. El momento de la reflexión no es en enero, sino en junio. Ha pasado otro curso, los alumnos se han ido, los pasillos están desiertos. Te quedas allí solo. El silencio de un colegio en verano es como el de un hotel clausurado en invierno, como el de una biblioteca recorrida de noche por fantasmas.

Hay una rápida desintegración. Suena la campana y todo estalla en la luz resplandeciente del día. Sales al sol, totalmente deslumbrado.

Las ventanas están abiertas. Me quedo en un rincón del aula. La brisa de junio mece los álamos al fondo del campo. Reina el silencio en los pasillos; los alumnos han ido al auditorio.

En las paredes hay quince retratos de la familia Bundren; un póster publicitario de un viejo montaje de *Macbeth* de la Royal Shakespeare Company; la fotografía de Cartier-Bresson de Jean-Paul Sartre con Jean Pouillon en el Pont des Arts. También hay otra de Sartre en el Café de Flore, la fotografía de Camus fumando un cigarrillo, un cartel antiguo de *La leyenda del indomable* y otro del estreno de *After Hours*. Están Tommie Smith y John Carlos en el podio olímpico, con la cabeza inclinada y los puños alzados. Laurence Olivier en el papel de Hamlet, un tablón de anuncios cubierto de poemas y Hemingway con Sylvia Beach frente a la librería Shakespeare and Company.

Hay un escritorio metálico en la parte delantera de la clase. Gastado y hecho polvo, como todo lo demás. Unas pesadas cortinas verdes cuelgan de una vieja barra con polea, inservible desde hace mucho. Fluorescentes, moqueta marrón raída. Todo de ese estilo característico de las escuelas públicas estadounidenses de los setenta: vulgar y andrajoso.

Hay dos pisos idénticos, con largos pasillos flanqueados de aulas y casilleros metálicos. Una verja negra rodea todo el colegio. Una

vez cruzada, podrías estar muy bien en Phoenix.

Con la brisa que circula, la clase está fresca. Al cabo de pocas horas los edificios se vaciarán de alumnos; con ellos se llevarán todo el bullicio y la comedia. Todo ha concluido: los exámenes están corregidos y los informes definitivos redactados.

Último día de colegio. Devolvemos los exámenes finales. Nos despedimos. Recogen todas sus cosas, llegan los autocares y el desvencijado edificio se sume en el silencio.

Estoy esperando a mis alumnos de segundo curso. Hay clases como esta: estudiantes llenos de gracia, amabilidad e inteligencia agrupados durante un año. Llegan y te das cuenta. Os convertís en una familia. Es como una aventura amorosa.

Ahora salen a borbotones del auditorio, en la otra punta del colegio, después de la sesión de clausura. El señor Spencer ya les ha deseado que pasen un buen verano. Les ha leído algo: una cita, algún poema que le ha parecido inspirador. El señor Goring se rasca la nuca mientras repasa el programa del día. Les recuerda que las taquillas han de quedar vacías. «Habrá cubos de basura en todos los pasillos. Usadlos, por favor. Respetad el colegio. No corráis. Por favor, nada de carreras.»

Liberados al fin, van llegando por el pasillo. Algunos saludan con la mano al pasar junto a mi clase.

—¿Qué tal, señor Silver?

—Que pase buen verano, señor Silver. No abuse de la juerga.

Julia entra en el aula recogiéndose en una cola su ensortijado pelo rubio.

Es la primera.

—Último día de colegio —digo.

—¿Ah, sí? ¿De veras? —Pone los ojos en blanco.

—Eso me han dicho. Qué triste.

Asiente.

Voy a sentarme a mi escritorio y busco en el montón de exámenes hasta encontrar el suyo.

—Bueno —digo.

—Bueno. Escuche, señor Silver. Voy a echarle de menos este verano y quiero que sepa que me ha encantado su clase y que lo considero un gran profesor. —Se sonroja—. Así que… gracias por todo. Usted, bueno, ha cambiado mi vida este año.

—Gracias, Julia. A mí me ha encantado tenerte como alumna.

Baja la vista al suelo.

Steven Connor entra justo entonces, pavoneándose —bajito y

fanfarrón como es—y sacando pecho.

—¡Señor Silver! —dice, tendiéndome la mano, todo un pequeño ejecutivo—. Encantado, señor Silver. Ya sabe que voy a echar de menos esta clase, colega. ¿Por qué no enseña en tercero? Vaya mierda. ¿Qué demonios voy a hacer el año que viene?

Ladea la cabeza y me mira a los ojos. Nos damos la mano. Entonces se fija en Julia.

—Un momento… ¿No estaré, digo, interrumpiendo algo?

Julia suelta una risita.

—No, Steve.

Mazin, un jordano delgado y sonriente, entra corriendo y me echa los brazos al cuello.

—Jo, señor Silver. O sea, colega. ¿Qué vamos a hacer este verano? Yo voy a echar muchísimo de menos esta clase, tío. Pero, bueno, va a venir a mi fiesta, ¿no? ¿Tiene la invitación?

—Iré, sí. Allí estaré. El domingo por la noche, descuida.

La clase se llena poco a poco.

Me siento, como siempre, en el borde del escritorio. Echo una ojeada alrededor y los miro abiertamente. Esperan algo de mí, una especie de conclusión, unas palabras de final de curso.

Me aparto del escritorio, irguiéndome bien.

—Último día de colegio. Solo quedan unos minutos de nuestro año juntos. Tengo vuestros exámenes y os los repartiré antes de que salgáis, pero primero deseo deciros unas cuantas cosas. Quiero que sepáis que no me toca a menudo una clase como la vuestra. He tenido mucha suerte este año. Sois unos alumnos excepcionales. Habéis sido sinceros, amables, divertidos, osados, abiertos y generosos. Habéis puesto pasión e interés, y habéis venido día tras día dispuestos a tomar en consideración todo lo que os he dicho. Mi sueño como profesor ha sido siempre entrar en mi aula y participar en un debate inteligente y emocionante sobre literatura y filosofía. Formar parte de un grupo de gente dotada que se reúne para hablar de las cosas bellas, de las cosas difíciles y desagradables. Vosotros habéis sido ese grupo. Os estoy agradecido. Me habéis recordado por qué estoy aquí y me ha encantado daros clase.

Julia empieza a llorar. Mazin clava la vista en el pupitre.

—Sabéis lo que considero importante. Sabéis lo que voy a deciros sobre vuestras decisiones, sobre vuestras vidas, sobre el tiempo. Recordaréis, espero, los debates que mantuvimos sobre la *Oda a una urna griega*, escrita… ¿por quién, Mazin?

Una larga pausa.

—John Keats, señor Silver —dice con orgullo.

—John Keats. —Le sonrío—. Olvidaréis la mayor parte de lo que hemos hablado en esta aula. Os olvidaréis de Wilfred Owen y de *Las uvas de la ira*, de Thoreau y Emerson y Blake, y de la diferencia entre romance y romanticismo, entre romanticismo y trascendentalismo. Todo se convertirá en un vago recuerdo, en un borroso torbellino de información que se añade a la creciente masa de conocimientos de vuestro cerebro. Está bien. Lo que no debéis olvidar, sin embargo, son las preguntas que estos escritores os obligaron a plantearos: preguntas sobre el valor, la pasión y la fe. Y no olvidéis esto.

Me detengo. Hay un gran silencio. Procedente del pasillo se oye el portazo de una taquilla. Las clases se han abreviado hoy y sé que la campana sonará enseguida. Los miro. Creo todo lo que he dicho, pero la enseñanza tiene también un lado teatral.

—¿Qué? —pregunta Stevens—. No queda tiempo, colega. ¿Qué? ¿No olvidéis, qué?

—«Esto.» No olvidéis la sensación. Nosotros aquí. Lo que ha sucedido en esta clase. Lo mucho que habéis cambiado desde que cruzasteis esa puerta, idiotas como erais, nueve meses atrás.

Se echan a reír.

—Gracias. Gracias por todo.

Hay un instante de silencio y luego, como si estuviera preparado, suena la campana.

Se quedan sentados en su sitio. Los demás alumnos ya están en el pasillo. Resuenan las puertas de las taquillas. Tomo los exámenes y voy diciendo sus nombres. Me abrazan. Mazin primero. Aprieta la cabeza contra mi pecho. Me dan las gracias. Me desean buenas vacaciones. No puedo hablar. Desfilan hacia el pasillo y desaparecen en el resplandor del verano.

Ha sido, creo, mi mejor año.

Esa tarde hay una barbacoa para el profesorado. Mesas en la hierba. Un altavoz con música disco mala en plan irónico. El tipo de temas que los profesores no debieran escuchar en el colegio. En ninguna parte. Champán en vasos de plástico.

Desde la ventana de mi despacho los veo congregarse alrededor de la mesa de entremeses. Jean-Paul, el encargado de la cafetería, deambula sonriente con una bandeja de *kirs*. Me resisto a bajar las escaleras y cruzar el césped hasta el lugar de la fiesta. No quiero fingir que me importa qué van a hacer este verano. No quiero beber champán barato y sonreír. No quiero jugar al sóftbol. Así que me quedo en el despacho y despejo mi mesa. Archivo papeles: notas de

los estudiantes, de los padres, artículos que quiero guardarme, poemas, relatos. Tiro viejos cuestionarios, cartas del consejo escolar.

Cuando he despejado mi mesa —los bolígrafos en su taza, los libros alineados en los anaqueles, los cajones vacíos—salgo del despacho y voy hacia las escaleras. No queda nada que hacer: ninguna clase que preparar, ni trabajos que calificar, ni nadie que necesite charlar conmigo.

Los pasillos están en completo silencio. Los últimos autocares han salido ya del aparcamiento llevándose a los alumnos. Hay papeles y bolígrafos por el suelo, cubos de basura rebosantes, un montón de ropa olvidada, un almuerzo pasado pudriéndose en su envoltorio de papel, un ejemplar de *El guardián entre el centeno* con la tapa arrancada.

Más tarde, me siento con Mia en la hierba y bebemos champán. Ella me pasa su vaso y alza los brazos. Liberado de las horquillas, el pelo se le derrama por la espalda. Es castaño claro, aunque ahora, a la luz del sol, es casi rojo. Mia, tan serena aquí, tan segura de sí misma, y tan desorientada en la ciudad.

Su rostro relajado se contrae entonces, adopta un aire ceñudo, y raramente se le acerca nadie mientras permanece sola en un café. Solo se dirigen a ella los desconocidos más descarados, que suelen ser los menos atractivos. La asustan y ofenden esos hombres que creen que una mujer guapa está obligada a sonreír, como si le debiera su belleza al mundo.

Incluso cuando lleva el pelo recogido con horquillas, siempre se le suelta por algún lado y le quedan mechones colgando por el cuello, bailándole sobre la mejilla.

Nos hemos quitado los zapatos. Ella está echada hacia atrás, con los codos en la hierba.

—Bueno, se acabó el curso.

—Gracias a Dios —dice, sin abrir los ojos—. Estoy agotada. ¿Y tú?

—Exhausto. Pero ha sido un buen año y estoy triste. Echaré de menos a esos chicos. A muchos.

—Ellos te adoran. Les cambias la vida. —Se ríe—. Eres un transformador de vidas.

Meneo la cabeza.

—Sabes bien que es verdad —insiste—. Te adoran. Eres un personaje de culto.

Justo entonces se acerca Mickey Gold moviéndose pesadamente. Cerca de setenta, cara enrojecida, un monigote de tira cómica: enorme de cuerpo y de aspavientos. El tipo de hombre que más bien esperarías encontrarte en el mostrador de una agencia de talentos de Queens. Pero resulta que se ha pasado aquí los últimos treinta años, dando clases de biología, a consecuencia de lo cual se ha vuelto medio loco.

A diez metros de distancia, nos grita:

—¡Mia, Will! ¿Otra copita, a que sí?

Lo repite, lo canturrea. Se acerca con una botella de champán que ha birlado del bar. Mia y yo nos miramos un instante. Mickey me cae bien. Es un tipo exótico aquí, no tiene nada de francés, carece de sutileza y, en apariencia, de sentido del ridículo. Desaliñado, tosco, ruidoso. Y sin embargo, habla el francés con fluidez y puntúa sus frases inglesas con unos *ouis* muy enfáticos. Su presencia me impone y me incomoda.

Se aposenta lentamente en la hierba, frente a nosotros. No es una maniobra fácil. Es un hombre alto —metro noventa—y con una barriga considerable. Le da unas palmaditas en la rodilla a Mia y dice:

—Otro año más al carajo.

Ella no le ha dirigido la palabra desde la ceremonia de premios al mérito académico celebrada dos semanas atrás, cuando Mickey se puso de pie, subió al estrado y dijo:

—Este año voy a darle el premio a una joven damisela que, además de ser una excelente escritora y una bióloga en ciernes muy dotada, resulta que huele como una rosa.

Mia, sentada a mi lado en el auditorio, dejó escapar un gemido y se tapó la boca con la mano.

—Es una joven —prosiguió él—a la que veía cada día con alegría y cuya ausencia en clase siempre me entristecía un poco. No tengo cada año la suerte de darle clases a una joven cuyas dotes van a la par con una cinturita tan deliciosa. Belleza y cerebro. Personalmente, ardo en deseos de ver en qué llega a convertirse. Este año el premio corresponde a Colette Shriver.

Colette, ruborizada, caminó hacia el estrado. Para su gran consternación (y la de Mia) resultó que ese día llevaba una camiseta blanca corta, lo bastante corta como para que se le viera el estómago, con un arito de plata en el ombligo. Mickey sonreía en el estrado con los brazos abiertos, aguardando para abrazarla y darle un beso en la mejilla. Ya alzaba la nariz, dispuesto a aspirar su

fragancia de rosa.

Pobre Colette, mortificada y fugazmente tragada por los poderosos brazos de Mickey. Obligada a recorrer el auditorio sin prestar atención a los susurros insinuantes de los chicos sentados junto al pasillo. «Venga, Colette, pégale un morreo.»

—¿Reducir todo el mérito académico a su cintura? ¡Es un profesor! Qué asqueroso.

Estábamos almorzando juntos, hablando en voz baja en un rincón de la cafetería. Sonreí.

—¿Cómo? ¿Te parece divertido?

—No se da cuenta. Está en la luna.

—Eso no es excusa. Vamos, Will. Es un profesor. Tú sabes que lo que dijo es horrible. No tiene gracia. Es un profesor. No deberías tomártelo tan a la ligera.

—¿Cómo he de tomármelo? Él no va a cambiar, lleva treinta años dando clases. Es inofensivo, nadie se lo toma en serio; los chicos, más bien, lo adoran. Les parece desternillante. Y también lo consideran un buen profesor. No representa una amenaza para nadie.

Mia puso los ojos en blanco.

—Claro que es una amenaza. Claro que es dañino. No puedes disculparlo sin más porque es viejo o porque lleva treinta años haciendo lo mismo. Sea cual sea el mérito del trabajo de Colette, él le quita toda la importancia con su actitud. Sencillamente no te pones a elogiar el cuerpo de una adolescente delante de todo el colegio en una jodida ceremonia de premios al mérito académico, ¿vale?

—Tienes razón, desde luego. Pero aun así…

—No.

Ella había ido levantando la voz, y un grupito de chicas, unas mesas más allá, empezaron a mirarnos y a cuchichear.

A menudo nos sentábamos juntos en la cafetería. Inclinados sobre la mesa, hablábamos de unas cosas y otras en confianza. Ambos éramos jóvenes y reconocidamente solteros. Aquellas conversaciones no hacían más que fomentar los rumores de una aventura secreta. No era infrecuente que alguna alumna descarada de primero levantara la mano y preguntara, entre risitas, cuando íbamos a casarnos la señorita Keller y yo.

Bajé la voz.

—Escucha, ya comprendo que lo que ha dicho era inapropiado. Todo eso te lo acepto, pero ¿no le ves la gracia?

—Es esta actitud la que le ha dado alas para hacer esa clase de

comentarios. Nadie dice nada. Se le tolera como a un tonto. «Es solo Mickey. Es inofensivo.» Por eso sigue haciendo observaciones sobre el físico de sus alumnas y husmeando sus perfumes. No me parece encantador. En absoluto. Que sea un viejo que ha perdido el mundo de vista no lo arregla.

—¿No puedo sentirme ofendido y divertido al mismo tiempo?

Mia soltó un bufido, frustrada. Este tipo de cosas eran siempre una fuente de tensiones entre nosotros. Ella se sentía ofendida con demasiada facilidad y arrastraba la ofensa durante días.

Así que ahora, cuando Mickey se aproxima de forma inesperada y aterriza a nuestro lado, Mia se queda de piedra.

—Directamente al carajo. Los años van pasando como si nada —dice, llenando mi vaso. Inclina la botella hacia Mia, que ha tapado el suyo con la palma de la mano—. ¿Mia?

Ella menea la cabeza sin decir palabra. Si Mickey percibe el desaire, no da muestras de ello.

—Bueno, ¿y qué grandes planes hay para el verano? ¿Vais a algún sitio interesante?

Incapaz de soportar el silencio de Mia, respondo:

—Me voy a Grecia hasta mediados de agosto. Y tú, ¿qué piensas hacer, Mickey?

—¿Conque Grecia, eh? Fantástico, fantástico. Yo estuve en Grecia hará, no sé, unos veinte años. Conocí a una chica sueca. Dios mío. Vaya cuerpo. ¿Las islas, no? ¿Irás a las islas?

—Santorini.

—*Oui*. He estado allí. *Très beau*. Pero las chicas están en Míkonos, amigo mío. Todo el mundo va desnudo. Mujeres desnudas y homosexuales. Una ecuación prometedora. Te diría que vayas a Míkonos. A ver qué pasa. Encuentras a una chica… No está mal. No es mala manera de pasar el verano. ¿Mia? ¿Algún plan?

Pero ella ya se está levantando. Se calza las sandalias y se aleja. Mickey me mira a mí, buscando una explicación.

—Deberías preguntarle tú.

—Está bien. Uf, mujeres. Me voy a ver si la pillo. Que pases un buen verano, Will. Míkonos. Te lo digo, montones de chicas. Cuídate, ¿eh?

—Claro. Y gracias por el consejo, Mickey. Que pases también un buen verano.

Se incorpora entre gruñidos y se va a buscar a Mia. Ella lo rehúye y al final se las arregla para dar un rodeo y volver a mi lado. Yo le sonrío.

—Eres una mala persona —dice, perdonándome.

Mia y yo juntos, en el *métro* hacia casa, con viejas bolsas de la compra amontonadas en los asientos de enfrente. Están llenas de regalos de fin de curso: botellas de champán del bueno, una corbata, una bufanda, chocolate, colonia, perfume, velas. El vagón va casi vacío.

—¿Irás el domingo?

—Se lo he prometido a Mazin.

—¿Podemos ir juntos?

No es capaz de decir: «Vayamos juntos» o «Entonces vamos juntos». No puede permitirse tal desenvoltura. Por temor a abusar de la confianza mantiene cierta cautelosa formalidad.

—Obviamente. Vamos juntos. ¿Has visto la dirección? Quai de la Tournelle. Será de lujo.

—¿Tú crees?

—Seguro.

El *métro* para en Saint Paul y Mia recoge sus cosas.

—Bueno, nos vemos en la ceremonia de graduación, ¿no?

Yo continuo, hago transbordo a la línea cuatro en Châtelet, me bajo en Odéon, cruzo el Boulevard Saint Germain y recorro la Rue de Seine. Paso frente al bar Du Marché. Está atestado de gente, de turistas sobre todo, que se sientan al sol en la terraza a beber cerveza a un precio exorbitante. Emprendo el largo ascenso a mi piso: ciento setenta y siete escalones. Hoy, la escalera parece especialmente empinada y tortuosa, cargado como voy con todas las bolsas.

Llego arriba por fin. Una gran chimenea, una cama amplia en un altillo al que se accede por una escalera de mano y una ventana que da a la calle. Dentro de unas horas, el sol arrojará un gran rectángulo de luz en el suelo.

Ahora ya está bastante bajo y la torre Eiffel se perfila contra el cielo hacia el oeste. Distingo la cúpula dorada del Institut de France. Hacia el sur, el oscuro domo del Palais du Luxembourg. Abajo, los cafés se ven llenos. En la casa de enfrente, la ventana de Pauline está abierta. Su novio, Sébastien, lava los platos con el torso desnudo. Un alsaciano blanco duerme tirado al sol frente a la carnicería Claude et Cie. Más abajo, en la Rue de Buci, el chucho canijo de color marrón monta guardia frente al café Conti. Permanezco asomado, sintiendo cómo el verano se despliega ante

mí. Esa sensación de libertad tan familiar. Un sentimiento de liberación inextricablemente unido a la infancia, al hecho de haber sido yo mismo un estudiante.

Pauline entra en la cocina y le da un beso a Séb en el hombro. Me ve en la ventana, me saluda y se vuelve para rodearle la cintura con los brazos.

Mientras los observo, me imagino a Isabelle: los dos aquí de pie, contemplando los tejados, con su espalda cálida pegada a mi pecho y la brisa fresca entrando por la ventana.

Solía pensar en ella a menudo. Le hablaba mientras lavaba los platos después de cenar. Cuando hacía frío y la calefacción aún no funcionaba, me llevaba algunas mantas más a la cama y fingía abrazarla. Por la noche, llegaba a casa y revisaba los mensajes del contestador. Escuchar su voz era como dejarla suelta por la habitación. Preparaba la cena hablando con ella.

—Córtala bien fina —decía—. Tan fina que se deshaga.

—Ya. Me lo has dicho mil veces.

—Mi madre cortaba así la cebolla.

Pero no volví a llamarla.

Ella paró de dejar mensajes. Su voz ya no estaba presente.

Pero aún había días en los que aparecía ante mí mientras estaba junto a la ventana; casi lograba recordar su olor.

Domingo. En la calle hay mujeres de aire altivo por todas partes. El bar Du Marché está a rebosar, la gente espera de pie a que se desocupe una mesa. Cruzo el Boulevard Saint Germain a paso ligero, esquivo a una mujer en Vespa. Ella sonríe. Bajo las escaleras en Odéon y al cabo de cinco minutos estoy en el *métro*.

Cuando llego a la verja del colegio, ya hay gente apiñándose en la entrada. Padres, abuelos, familias procedentes de todo el mundo: todos engalanados para la ceremonia con vestidos veraniegos, con sombreros y trajes, y armados con videocámaras. Mientras me abro paso entre ellos, escucho hablar francés, árabe, alemán, coreano, italiano. Pero en el patio, y luego en el vestíbulo, donde aguarda la mayoría, se oye sobre todo inglés, acentuado y puntuado con esos otros idiomas.

Justo cuando a voy a coger una copa, Mazin me agarra y me levanta del suelo.

—Colega.

—Colega —le digo—, suéltame.

Me suelta, riéndose, y retrocede con una mano en la barbilla, como examinando un cuadro.

—Bonita ropa.

—Sí, señor. Prohibido tocarla.

—He de sacarme una foto por, hummm, millonésima vez con mi hermano, pero nos vemos esta noche, ¿no? Fiesta *chez moi*.

—Allí estaré, Maz.

Se inclina y me susurra al oído:

—Jo, ¿ha visto a Carolina? Colega…, ¡esa chica está de muerte!

Meneo la cabeza.

—Lárgate, Mazin.

Esa noche, mientras Mia y yo recorríamos el Quai de la Tournelle, soplaba un fuerte viento del norte.

Llegamos a un edificio de aspecto impecable. Sonaban risas en el balcón, justo encima de nosotros.

Introduje el código y empujé la pesada puerta de madera. En cuanto se cerró a nuestra espalda, desapareció el ruido de la calle y accedimos a un espacioso patio. Yo había pasado durante años por delante de ese edificio sin fijarme siquiera. Y ahora, gracias a un código mágico, tenía delante un patio inmaculado, con un parterre de rosas y una fuente murmurante.

Al llegar a las puertas de madera tallada, pulsé un botón plateado. Nos abrió una mujer alta, con una cabellera oscura por los hombros. La madre de Mazin. Iba con un vestido negro de satén y con un ancho brazalete de oro labrado.

Nos besó a los dos; aunque nunca nos habíamos visto, sabía quiénes éramos.

—Bienvenidos, bienvenidos —dijo, haciéndonos pasar al enorme piso. Se oían voces y tintineo de copas al fondo.

—Ustedes han hecho mucho por nuestros hijos. Nos llena de alegría tenerlos aquí. Por favor, coman algo y tomen una copa de champán.

Había muchísima gente: alumnos, padres, amigos, parientes. La mujer nos guio por un amplio pasillo que cruzaba el piso de parte a parte. Habían montado el bar junto a la pared y un francés muy pomposo con esmoquin se ocupaba de servir el champán. Cuando llegamos a la barra, llenó dos delicadas copas de Krug y nos las ofreció.

Sonó el timbre.

—Disculpen, por favor —dijo la madre de Mazin.

Frente a nosotros había un espacioso comedor con una gran mesa con manteles blancos cubierta de bandejas y bandejas de comida libanesa. Detrás, una serie de puertas cristaleras que

llegaban al techo se abrían a la terraza. Afuera había gente de pie charlando, fumando o apoyada en la barandilla, contemplando entre las ramas de los plátanos el río y, más allá, la Île Saint Louis. En el puente, un hombre afinaba una guitarra.

—Joder —murmuró Mia. Entonces entró Mazin en el comedor, con un traje demasiado grande para su físico más bien flaco y con todo el aspecto de estar borracho. Su rostro se iluminó.

—¡Señor Silver! ¡Señorita Keller!

Le dio un beso a Mia y, cuando yo ya le tendía la mano, me miró apenado, me apartó la mano y me dio un abrazo.

—Colega, usted ha cambiado mi vida —me dijo—. Nosotros nos abrazamos.

—Bonito piso tenéis aquí —dijo Mia.

—Es una locura —susurró—. Venía incluido con el traslado. A mí casi me da vergüenza, así que hablemos de otra cosa, por favor. ¿Tienen hambre? La comida es impresionante. Toda de Diwan. ¿Conocen Diwan?

Desde el bufete vimos un vasto salón, con un gigantesco espejo de marco dorado sobre la chimenea, varios sofás suntuosos y una mesita de cristal. Los techos, muy altos, estaban decorados con intrincadas molduras. Había un montón de alumnos allí. Algunos se pusieron en guardia al vernos y ocultaron sus copas, pero la mayoría sonrieron y nos saludaron.

Al otro lado del salón, con un codo apoyado en la repisa de la chimenea, Mike Chandler charlaba en francés con el padre de otro alumno. Mia y yo nos sentamos en dos grandes butacas de cuero. Observé a Mike: sus gestos, su expresión seria, su aplomo, su manera de sujetar la copa por el pie. No había nada artificioso en él, ni el menor atisbo de la pose del adolescente haciéndose el adulto. Él era así de nacimiento.

Los chicos como Mike Chandler, que manejaban con fluidez varias lenguas y culturas, que se movían con tanta naturalidad en pisos exquisitos y fiestas sofisticadas, que pasaban de un país a otro y trataban con adultos o adolescentes con la misma facilidad profesional, no eran la norma en la ISF.

La mayoría de ellos habían sido arrancados de una base de la Fuerza Aérea en Virginia para ser depositados sin más en París, de modo que acusaban el cambio y se negaban a adaptarse. El traslado no hacía más que reforzar su fe en la ideología conservadora norteamericana. Se revolvían contra Francia. Su rebelión se convertía espontáneamente en un firme rechazo a su nuevo hogar y a todo lo francés. Sus familias solían comprar la comida en el

economato de la embajada estadounidense. Y ellos volvían de un viaje de fin de semana hablando muy excitados del Taco Bell o el Burger King que habían descubierto en Ramstein.

Pero no eran de ese tipo los chicos que había allí; y mientras echaba una ojeada por el salón, me sentí orgulloso de ellos por su aparente sofisticación y también de mí mismo, por haber llegado a formar parte de un mundo que antes me era completamente ajeno.

La madre de Mazin pasó un momento y trató de convencernos para que fuéramos a bailar. Rechazamos la invitación, pero, a la segunda ronda, tomó a Mia de la mano y se la llevó.

Al quedarme solo, terminé de comer y salí a la terraza. Ariel Davis y Molly Gordon estaban apoyadas en el pretil.

—Hola, señor Silver —dijo Molly.

Ariel sonrió. Puse los codos en la barandilla y miré la calle.

—¿Tiene planes para el verano, señor Silver? —dijo Molly.

—Me voy a Grecia. ¿Y tú?

—Me quedo aquí.

—Yo estaré en su seminario el próximo curso —dijo Ariel, encendiendo un cigarrillo. Me miró mientras se repasaba el pelo negro con los dedos.

—Estupendo —dije.

—¿Va a salir con nosotros esta noche, señor Silver? —me preguntó Ariel, contemplando la calle.

—¿Salir? ¿Adónde?

—Vamos a Star and Stripe.

—Vamos todos —dijo Molly—. Tiene que venir. Traiga a la señorita Keller.

—¿Usted sale mucho, señor Silver? —preguntó Ariel.

—Ahora mismo estoy saliendo.

—Buena respuesta. —Volvió a sonreírme.

—¿Va de bares y tal? —preguntó Molly.

—No, normalmente me quedo en casa, tomando té y leyendo *Los cuentos de Canterbury*.

—Yo sé que le encanta salir por ahí —dijo Ariel, riéndose—. Lo vi una vez en Cab.

—¿Ah, sí? Procuro evitar los bares llenos de norteamericanos.

—Entonces seguramente no le gustará mucho Star —dijo Molly.

Las ramas de los plátanos crujían, agitadas por el viento. De vez en cuando, veíamos en la calle a alguna pareja solitaria, o pasaba un taxi disparado. Aparte de eso, todo el alboroto lo teníamos a nuestra espalda, en el piso.

Ariel lanzó por el aire su cigarrillo, que trazó un arco y aterrizó

en la acera entre un reguero de chispas. Me miró a los ojos y me dijo:

—Espero que venga esta noche, señor Silver. Sería estupendo salir de fiesta con usted. Pero, si no, nos veremos el próximo año en su seminario. Me han dicho que es un gran profesor.

Me fui a buscar a Mia.

En el trayecto, me tropecé con el padre de Mazin, un hombre apuesto con un traje negro de aspecto caro. Me dio la mano.

—Señor Silver. Me alegro de encontrarlo. Mazin se ha pasado el curso hablando de usted. Yo he tenido que viajar mucho. Siento que no nos hayamos visto hasta ahora. ¿Le falta algo?

Le dije que ya había comido, que todo estaba delicioso, que tenía una casa muy bonita.

—Mire, señor Silver, Mazin nunca había hablado de un profesor como lo ha hecho de usted. Ha cambiado mucho este año, y creo que en gran parte se debe a su clase. Es complicado vivir separado de tu familia y de tus hijos tanto tiempo. Es la naturaleza de mi trabajo, claro. Pero no deja de resultar complicado. El caso es que le estoy muy agradecido.

—Gracias por sus palabras. Su hijo es estupendo. Ha aprendido mucho este año. He llegado a apreciarlo de verdad. Tiene que sentirse muy orgulloso.

—Lo estoy. Lo estamos.

Sonreí.

—¿Otra copa de champán?

—Será mejor que no.

—Bueno, señor Silver, si alguna vez puedo hacer algo por usted, pídamelo, por favor. Como digo, le estoy muy agradecido.

—Con esta fiesta es más que de sobra.

Mia estaba en la otra punta del piso, en una habitación espaciosa reconvertida en sala de baile. Varias mujeres glamorosas bailaban descalzas, alzando los brazos hacia una araña de luz tenue. Un grupo de críos de seis o siete años se contoneaban alrededor. Había alumnos y graduados de la ISF siguiendo el ritmo y cantando. Mia bailaba en medio de un corrillo de chicas, entusiasmadas por su presencia.

Me apoyé en la pared y observé. De vez en cuando pasaba alguno de los chicos e intentaba sacarme a bailar. Me mantuve en mi sitio hasta que la madre de Mazin me tomó de la mano y me arrastró a la pista. Daba la impresión de que todos los invitados a la fiesta estaban acostumbrados a andar por allí, que aquello era algo cotidiano para ellos: familiares yendo y viniendo, gente circulando

por la casa.

El ritmo de la música se aceleró. Alguien destapó una botella de champán con un estampido. Molly apareció a mi lado, me cogió de las manos y me arrastró hacia un grupito en medio de la pista. Ariel agitaba su pelo. Mike Chandler, que bailaba detrás de ella, me guiñó un ojo como si fuese mi tío, alzó su copa y dio un largo trago. Ariel se echó para atrás, apoyándose en él, me sonrió y cerró los ojos.

Steven pasó por mi lado y me dio un toque en el hombro.

—¿Qué hay, señor Silver? Trabajándose la pista, ¿eh? Me alegro, me alegro.

Finalmente, me abrí paso entre la gente y volví a salir al balcón. El aire nocturno resultaba agradable. Estaba algo mareado y no quería irme a casa. Me asomé a la calle. Cuando Mia me encontró, nos quedamos mirando los barcos turísticos que pasaban por el río. Sus focos barrían los edificios, iluminándonos, y los niños nos saludaban y gritaban desde la cubierta. Mia les devolvía el saludo. Permanecimos un rato en silencio. Luego ella me tocó el brazo e inspiró hondo.

—William —dijo—. William, William.

—Es precioso. Es demasiado.

—Sí.

Notaba que me miraba. Cerré los ojos.

—William —volvió a decir. Se había apretado contra mí; tenía la cadera pegada a la mía, su mano en mi brazo. Olía su pelo.

—¿Qué? ¿Vamos a salir con ellos? —pregunté.

No podía mirarla.

Yo quería volverme a casa caminando junto al río. Parar a tomarme una cerveza en La Palette. Pero era todo demasiado hermoso para irse a casa: el aire, las hojas susurrantes que ya iban pasando del verde al blanco, el rumor del agua, el sonido de una guitarra que nos llegaba desde el puente.

—Sí —dijo ella—. Vamos a tomar una copa.

Mia se fue al baño. Me puse la chaqueta y aguardé en el salón. La casa seguía llena de gente. Ariel estaba sentada en el suelo con una chica que reconocí del colegio. Me observaron cuchicheando, hasta que Ariel me hizo una seña.

—¿Qué? ¿Se ha decidido? —dijo, alzando la vista y sonriendo.

—Creo que vamos a ir. Estoy esperando a la señorita Keller.

—Fantástico. Ah…, ¿conoce a Marie?

—No —dije—. Hola, Marie.

—Es mi mejor amiga en este mundo —dijo Ariel, a todas luces

borracha.

—Encantado de conocerte. Quizá nos veamos luego.

—Vale, nos vemos —dijo Marie, mirándome a los ojos.

Mientras esperaba a Mia delante del edificio, el viento removía las hojas de los árboles. Parecía octubre, y no junio. Levanté la vista y vi gente asomada a los balcones, fumando. Sus voces parecían flotar en el aire. Me invadía el mismo tipo de euforia que había sentido repetidamente en las últimas semanas: esa sensación de estar justo donde quería estar, de haberlo conseguido pese a todo. El viento que subía del río y soplaba cada vez con más fuerza parecía elevarme por los aires. Me sentía dominado por una especie de impaciencia que solo estaba vagamente relacionada con la noche.

Alguien me gritó desde el balcón.

—¿Qué, señor Silver? ¿No debería estar ya en la cama? Es un poquito tarde para usted.

Hice una exagerada reverencia y ellos se pusieron a reír. Mia salió por la puerta con un grupito.

—¿Estás segura de que quieres ir? —le pregunté.

—Será divertido. Además, ya les he dicho que vamos.

Se volvió al grupito que estaba en el portal.

—Nos vemos allí.

—Dios mío, ¿usted viene, Silver?

—Eso parece, Molly. Eso parece.

Mia y yo tomamos un taxi. Había empezado a llover. El conductor puso el limpiaparabrisas y subió por la Rue Saint Jacques. Pensé en bajarme y volver a casa a pie.

Cerré los ojos y escuché el ir y venir de las escobillas por el parabrisas, el zumbido del motor, el sonido atenuado de Radio Nova DJ.

Colina arriba, cerca del Panteón, se agolpaban todos bajo un toldo azul, adornado con una sola estrella.

—Yo no entro ahí —susurré.

—Venga, camina.

Adentro, unas escaleras de piedra descendían al corazón del local, que estaba abarrotado de estudiantes.

Mia y yo encontramos un hueco en la barra.

—La mayoría son menores —dijo ella, inquieta.

—Ya me he dado cuenta.

—Esto no está bien. Quizá deberíamos marcharnos.

—Eh, tú has querido venir. Y no pienso irme sin tomarme una cerveza.

Echó un vistazo alrededor con aire incómodo.

—Ay, por favor, he de invitarlos a una copa sí o sí. —Molly, borracha y riéndose, miró por encima de nuestras cabezas para llamar la atención del camarero.

Inclinándose junto a mí sobre la barra, gritó:

—*Henri! Trois Screaming Orgasms, trois*.

Luego añadió entre risitas:

—Esto sí que es guay. No me puedo creer que esté saliendo con ustedes. Es total, alucinante, surrealista.

—No sé si es muy buena idea, Molly —dijo Mia, colorada.

—Señorita Keller, yo ya me he graduado. Ni siquiera soy alumna del colegio. ¿Cuál es el problema? —dijo, alargando la mano hacia los cócteles de aspecto lechoso. Levantó su copa—. Por el futuro —dijo, sonriendo—. Por nuestro futuro. Total.

La música subió de volumen. Alguien me tomó de la mano y me arrastró a la pista de baile. Estábamos todos muy apretados. Empecé a bailar. Pasaba gente por delante, caras que reconocía, sombras, luz y oscuridad. Percibía un leve sobresalto en la cara de cada estudiante, hasta que todos se convirtieron en gente, solo en gente en un bar.

Bailé con Mia; cuanto más borracha estaba, más decidida parecía a controlarme. Me di media vuelta. Apareció Ariel contoneándose. Apretaba sus pechos contra mí y echaba hacia atrás la cabeza sonriendo, alejándose y regresando.

Volví a la barra y me bebí una cerveza mirando a la multitud.

En el baño, permanecí un buen rato de pie con la frente pegada a los fríos azulejos.

Me abrí paso de nuevo hasta la pista, buscando a Mia, y me encontré a la amiga de Ariel. No recordaba su nombre. Ella me sonrió sin vacilar, sin artificio ni cálculo.

Marie.

Estaba bailando y la seguí al centro de la pista. Parecía que estuviéramos rodeados de miles de personas. Se apretó contra mi polla, que se puso dura en el acto. Cuando la sintió, empujó todavía con más fuerza, flexionó las rodillas y, lenta, hábilmente, frotó su trasero contra mí.

—¿Sabes con quién estás bailando? —le pregunté.

Se volvió para mirarme.

—Sí, señor Silver. ¿Y usted también sabe con «quién» está

bailando?

Asentí.

—Felicidades —dije.

—¿Por qué?

—Por la graduación. Por graduarte.

—Ah, yo no me he graduado, señor Silver. Haré cuarto el año que viene. En la misma clase que Ariel.

—Joder.

Dio un paso hacia mí, pegando sus pechos a mi cuerpo.

—Usted decide, señor Silver. Lo entenderé, si quiere irse. Lo entenderé.

Su boca estaba a unos centímetros de la mía.

—Tengo que irme —dije.

—Vale —sonrió—. Si es así.

Se inclinó hacia mí.

—Deme su número. Dígamelo al oído.

—No —dije.

—Dígamelo al oído, señor Silver. Dígamelo. Por si acaso.

Salí afuera, al aire frío de la madrugada, y caminé lentamente por la Rue des Écoles. Hasta que —ya lo sabía—sonó mi teléfono.

—Voy a buscarle —me dijo.

Me detuve, me senté en el capó de un coche y aguardé. Una pareja borracha pasó por mi lado, riéndose. Les pedí un cigarrillo. Mientras soltaba una bocanada de humo, pensé en marcharme, en volverme a casa y no responder a las llamadas.

Entonces apareció descalza por la esquina, con sus zapatos de tacón en la mano. Tenía los ojos verdes y el pelo largo de un tono castaño rojizo.

Caminamos en silencio por la desierta Rue des Écoles. En el Boulevard Saint Michel, Marie echó a correr descalza y cruzó en rojo, riéndose, mientras yo aguardaba en la esquina, mirando cómo se movía en la otra acera, con los brazos extendidos y los zapatos bailando en sus dedos.

—Vamos —gritó, haciendo piruetas—. Vamos.

Cuando pasaron todos los coches, crucé el bulevar.

—Vamos —me dijo, cogiéndome del brazo. Allí, tras la mole de la École de Médicine, con las calles en sombras y los cines cerrados, estábamos más seguros. Marie se puso mi brazo sobre los hombros.

—Tengo frío —murmuró.

La atraje hacia mí. En la Rue Antoine Dubois me empujó contra la pared y me besó; su boca conservaba una calidez perfecta. Por un

momento estuvo lenta y lánguida; luego se inflamó bruscamente, me metió la mano entre las piernas.

Y después se detuvo otra vez.

—Joder —dijo—. *Putain*! Me está volviendo loca.

Se apartó, caminó hasta la estatua de Vulpian y se sentó en los peldaños que hay detrás. Miré cómo se recostaba, apoyándose en los codos, con los pies descalzos sobre la fría piedra. Una pareja bajaba las escaleras desde la Rue Monsieur le Prince. Permanecí en las sombras hasta que desaparecieron. Entonces me acerqué. Ella me atrajo hacia sí; me agaché y sentí otra vez la calidez de su boca.

—No puedo —me dijo entonces—. Oiga, señor Silver, lo siento de veras, pero ahora no puedo hacerlo. No es que no quiera. Porque sí quiero. Todas las chicas del colegio serían capaces de matar por estar ahora en mi lugar, pero no es un buen momento, ¿vale? Tengo el periodo, y creo que si vamos a hacer esto deberíamos hacerlo, ya sabe, cuando todo sea, no sé, como es debido. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

Me miró. Tenía los labios manchados de rojo y dijo que mejor se iba, que mejor se volvía con sus amigos. En otra ocasión, dijo. En otra ocasión lo haremos como es debido. Ya me había demostrado de lo que era capaz y lo mucho que lo deseaba. Se me acercó aún más. Su aliento tenía el olor dulce del chicle que acababa de meterse en la boca.

—El año que viene, señor Silver.

Me dejó allí, en los peldaños. Miré cómo se alejaba.

—Adiós, señor Silver —cantó, agitando ambas manos y dando vueltas sobre sí misma, antes de desaparecer por la esquina.

MARIE

25 años

Apenas sabía quién era aquel tipo. Quiero decir, al empezar tercer curso no creo que su nombre me hubiera sonado de nada. Bueno, quizás el nombre. No estoy segura. La cuestión es que no lo conocía. Y lo más importante es que me tenía sin cuidado. Había chicas que sí estaban interesadas en los profesores, que los miraban con ganas o se enamoraban de ellos. Habían buscado a un profesor de mates en Internet y habían descubierto que tenía una vida secreta o algo así. Como si les pareciera asombroso que un profesor pudiera irse a casa y ducharse, o beberse una cerveza, o acudir a fiestas, o enamorarse. A mí me tenía sin cuidado. O tal vez era que para mí no había misterio. No veía dónde estaba la gracia. Algunos te gustaban; otros no. Eran como tus padres, como tus hermanos y hermanas mayores. Eran como nosotros, en realidad. Muy parecidos a nosotros, si te paras a pensarlo.

Y algunos de esos profesores…, uf. Quiero decir, solo hablaban un idioma. Ni siquiera francés. Nunca habían vivido en otro país antes de venir a Francia. Y muchos de nosotros habíamos vivido en tres, cuatro, cinco ciudades distintas antes de París. Y la mayoría de nosotros hablábamos al menos —digo, al menos—dos idiomas. A la perfección. Así que, ¿qué más me daba si un tipo de Nebraska se volvía a casa cada noche y se emborrachaba?

Íbamos todos al mismo sitio cada día. Todos teníamos nuestros problemas, nuestras preferencias, nuestras cualidades y defectos. Formábamos parte de la vida de los demás.

Durante el tercer curso, me sentía desgraciada y sola, aburrida y harta de todo. Quería salir de allí. Salir de la ISF, de París, de Francia. Largarme.

Me levantaba a las 5.45, tomaba café, tal vez comía algo, me duchaba y luego me plantaba ante el espejo y me ponía loción, contemplando con disgusto mi cuerpo mientras trataba de decidir qué iba a ponerme. Me vestía y, eligiera lo que eligiera, la elección me parecía horrible. Me secaba el pelo, me lo cepillaba, me maquillaba. Después llamaba a Ariel para comprobar que no fuéramos vestidas igual.

Cuando bajaba las escaleras, mi madre estaba en la cocina, normalmente de pie junto a la encimera, tomándose su café. Apenas hablábamos. Yo decía «*bonjour, maman*» y fingía buscar algo en mi mochila; y si ella abría la boca era para decir que no le gustaban mis zapatos.

A las 6.45 salía y me iba a la parada del autobús. Vivíamos al este, fuera de París y bastante cerca del colegio, por Saint Mandé, en una bonita casa que quedaba frente a un bosque. Desde mi ventana solo veía verde y más verde. Mi padre era vicepresidente de una empresa que fabricaba envases: cajas de zumo, cartones de leche, botellas de agua, vasitos de yogur.

El trayecto de casa a la parada era de unos quince minutos y me lo pasaba entero al teléfono con Ariel. Era mi mejor amiga. La odiaba. Esa es una de las cosas extrañas de aquellos años. Te pasabas todo el tiempo con gente a la que despreciabas. Incluso después de todo lo que pasó con Colin —de cómo me trató y de las cosas que me hizo hacer—no me cabe ninguna duda: odiaba más a Ariel. No puedes imaginarte un odio más intenso, más puro. Éramos terribles. No solo nosotras dos. Quiero decir todas aquellas chicas. Yo estaba en medio de ese núcleo. Formaba parte de él y, mirando ahora atrás, recordando lo malas que éramos, lo mucho que nos odiábamos unas a otras, todavía se me revuelve el estómago. Por mucho que me pagaras no volvería a la escuela secundaria. Ni como profesora ni como alumna, ni como visitante siquiera.

Tomaba el autocar con los demás chicos del barrio, buscaba un asiento e intentaba dormir, o hacía deberes. Me encontraba con Ariel en la verja de la entrada, donde nos fumábamos un cigarrillo a medias y nos decíamos lo guapas que estábamos. Ella me contaba sus historias, yo le contaba las mías y después nos íbamos a clase. Así de simple. Cuando no estaba en clase, estaba con Colin o Ariel, o con ambos, o con otros que se suponía entonces que eran mis amigos.

Sobre Colin no sé qué decir, la verdad. No recuerdo una sola conversación con él mientras estuvimos juntos. No sé lo que él me decía ni qué le decía yo. La verdad es que toda esa historia solo cuenta por lo que me hizo. Quiero decir, la recuerdo, y lo recuerdo a él, por esa única cosa. Y si eso no hubiera sucedido, quizá no recordaría siquiera su cara ni cómo olía.

GILAD

Nuestro primer día en París. Nos han llevado desde Roissy a nuestro nuevo piso en la Rue de Tournon. Mi madre se ha sentado en el salón, en un sofá de color blanco situado enfrente de la chimenea. Todas las ventanas están abiertas. Hay un ligero olor a pintura. Mi padre lleva un traje de lino marrón claro que se compró en Roma. Una camisa azul. Su corbata anaranjada cuelga del respaldo del sillón blanco del rincón. Ella se arrellana en el sofá, con los brazos extendidos hacia atrás. Está divinamente ahí, toda bronceada, con un vestido del mismo color que la corbata de mi padre.

Yo me siento frente a él, en el otro sillón. Después de tanto tiempo en el desierto, la ausencia del zumbido del aire acondicionado resulta clamorosa. Los ruidos de la calle suben flotando. Nadie habla. La veo volver la cabeza. Sigue la mirada de mi padre hacia la ventana. Ya sé lo que están pensando.

Esta es la ciudad donde se enamoraron. Después de todo este tiempo, por fin han vuelto. Tanto tiempo transcurrido. Su matrimonio. No es felicidad lo que sienten. Es otra cosa. Sienten que se insinúa una posibilidad, una leve esperanza tal vez. Pero no tiene nada que ver con el amor. No tiene nada que ver con el hecho de estar juntos.

Somos tres personas en una habitación.

Nos trasladamos a Senegal cuando yo tenía diez años. Mi padre era consejero de relaciones públicas de la embajada estadounidense en Dakar. Fui al colegio a la ISD, donde aprendí a hablar francés con una mujer senegalesa, una de las pocas nativas empleada como profesora.

Como estaba enamorado de ella, aprendí a hablar francés. La seguía a todas partes y creía que nos casaríamos. Hacía cualquier cosa para estar a su lado y escuchaba atentamente todo lo que decía. Nunca había visto a una mujer así. Hablaba francés senegalés y nos enseñaba a hablar como ella.

Llevaba un vestido morado y olía a ajo y cebolla. En su clase

cocinábamos y cantábamos canciones senegalesas. Al final de aquel año, ya hablaba bien el francés. Jamás intercambié una palabra en inglés con *madame* Mariama y, cuando me fui en verano, lloré en el coche de camino a casa.

La despidieron cuando un grupo de padres se quejaron de que sus hijos hablaban como los nativos. Nuestra nueva profesora era una pálida y gélida parisina. Yo me negaba a cambiar de acento y la odiaba. Ella me odiaba a su vez.

Durante nuestro primer verano en París pensé a menudo en *madame* Mariama. Me encantaba hablar en francés. Empecé a conocer mi barrio y descubrí que allí tenía más libertad que en ninguno de los otros lugares donde había vivido. Habíamos estado en tantas ciudades peligrosas, detrás de tantas rejas en los complejos para expatriados, que llegar a París fue como salir de la cárcel. Por primera vez en mi vida, no tenía chófer ni guardaespaldas.

Según cuentan, se enamoraron aquí. Mi madre recién salida de la universidad, guapísima. En las fotos tiene el pelo largo y oscuro y la tez bronceada. Después de graduarse en Berkeley, se fue a París en 1980 y alquiló un pequeño piso. Andaba por ahí con un cuaderno con tapas de cuero. Mis abuelos, con motivo de su graduación, le habían regalado un billete de avión para dar la vuelta al mundo y algún dinero. París debería haber sido el principio de una larga serie de aventuras.

Hay una foto suya en blanco y negro en la que aparece sentada en el Pont Neuf con la cabeza ladeada. Lleva vaqueros, un grueso jersey de cuello alto con las mangas cubriéndole también las manos y un gastado chaquetón militar.

Esa fotografía es una de las pocas cosas que he conservado. La estudio buscando claves sobre su vida antes de que apareciera mi padre. Hay un paquete de Gitanes a su lado, un Zippo de plata y una cartera de cuero a sus pies. Es una gran fotografía: la luz en su rostro, sus ojos cerrados, las sombras, sus labios entreabiertos como si hablase con alguien. Ella dice que no recuerda quién se la sacó. Yo no la creo.

Me la imagino siempre vestida así, con un suéter grueso y un chaquetón gastado. Fuma cigarrillos sentada al sol, asediada por los hombres. Está llena de ideas: los sitios que visitará, los cuadros que pintará, el amor que encontrará. La veo caminando sin rumbo fijo junto al Sena, con algo de dinero en el bolsillo, aunque no mucho. Va a los bares, a los cafés. Es de esas mujeres que prefieren a los

hombres, y que los hombres prefieren; que flirtea con energía, no con debilidad. Sonríe a todo el mundo y todo el mundo la mira con adoración o está enamorado de ella. El camarero, los carniceros, los floristas, el charcutero, el pescadero. Toda la gente del barrio la protege y la vigila con la esperanza de que no los abandone y de que ella corresponda a su amor.

La bella Annabelle Lumen: veintidós años, fumadora de tabaco francés, errabunda por la ciudad, que amaba tanto el arte pero que nunca había pisado el museo más importante de París.

Había aguardado, «preservando mi virginidad», dice ella, pasándose los días al sol, almorzando en las terrazas, leyendo en la callada quietud del Cour Carrée, escuchando a los músicos. Se acomodaba en los peldaños y hacía bocetos de los turistas. Aguardó hasta que el tiempo se volvió más frío y los autocares turísticos más escasos. Aguardó a que llegase el invierno y entonces, un frío día de finales de enero, caminó desde su piso de la Rue Montmartre hasta la imponente plaza, pasó por la nueva y reluciente pirámide de cristal y descendió lentamente hacia el oscuro centro del Louvre.

La historia de cómo empezó el romance de mis padres es toda una leyenda familiar. La he oído cientos de veces. En cócteles y cenas de embajada. Es parte de la personalidad pública, de la imagen publicitaria de ambos.

Dice así: mi padre, Michael Fisher, recién salido de Yale con un máster de economía, pasando unas vacaciones en París antes de volar a África, a su primer destino en la embajada de Estados Unidos en Pretoria, aparta los ojos de *La emperatriz Josefina*, de Prud'hon, y ve a mi madre cruzando lentamente la galería.

Es la primera persona que pasa desde hace diez minutos y mi padre oye sus pisadas antes de que aparezca. Le echa una ojeada y vuelve a contemplar el retrato. «Es como si Josefina en persona —dice él—se hubiera paseado por la sala.»

Papá la observa. Su manera de vestir, la desenvoltura con la que se mueve por la galería, incluso su modo de balancear los brazos: todo le hace creer que es francesa. Mi padre, que conoce muchos idiomas, pero aún no domina el francés en aquel entonces, se pregunta qué hacer.

«Es la mujer más bella que he visto», se dice a sí mismo.

Le inspira terror. Así pues, en vez de hablarle, saca de la billetera una de sus tarjetas recién impresas y escribe al dorso: «¿Habla inglés?» Mantiene la tarjeta sujeta en la mano y sigue fingiendo que contempla a Josefina. Entonces se concede a sí mismo una salida: si ella no se detiene ante ese cuadro, dejará que se

marche sin molestarla.

El corazón le palpita, las palmas le sudan. Ella se para justo a su espalda. Él siente su proximidad; oye su lápiz arañando el papel. Inspira hondo. Cuenta hasta diez. Se da media vuelta. Le tiende la tarjeta. Ella lo mira, sorprendida; piensa al principio —según dice luego—que es un misionero o un testigo de Jehová, pero acepta la tarjeta, lee el mensaje, sonríe, escribe la respuesta en su boceto de Josefina, lo arranca del bloc y se lo da: «¿Es usted mudo?»

Él se echa a reír a carcajadas. Su corazón se acelera. Al ver estas palabras, esa sencilla pregunta —«¿Es usted mudo?»—garabateada en el boceto, allí donde debería estar el bosque oscuro del cuadro de Prud'hon, «el mundo —según cuenta la historia—se convirtió en una ecuación perfectamente resoluble».

Entonces habló.

—Es casi tan bella como usted —le dice.

Qué fino, Michael Fisher. Pongo al mundo por testigo.

—¿Usted cree? —responde mi madre, levantando la vista hacia el retrato, como si realmente (explica mi padre a los invitados) estuviera tratando de decidir quién es más bella.

—Esta Josefina —dice ella por fin—, tenía un dogo faldero llamado *Fortuna*. Lo utilizaba para enviarle mensajes secretos a Napoleón. ¿Lo sabía?

Mi padre no tenía ni idea.

—La noche de bodas, Napoleón no dejó que *Fortuna* durmiera con ellos y Josefina dijo: «Si el doguillo no duerme en nuestra cama, yo tampoco.» ¿Sabe qué pasó?

—¿Durmieron con el dogo?

—Durmieron con el dogo.

—Un hombre inteligente.

Durante todo este tiempo, Annabelle ha estado estudiando a Josefina. Finalmente, se vuelve hacia Michael, que ha estado estudiando a Annabelle, y dice:

—Yo tengo mejor dentadura que ella. ¿Sabía que era conocida por su espantosa dentadura?

¿Qué fue lo que vio ella cuando por fin miró al joven Michael Fisher? Un hombre bien vestido, con zapatos buenos y un pulcro corte de pelo. Un hombre de ojos grises y nariz larga y recta. Hombros fuertes y redondeados. Cara ancha, franca, estadounidense. El pelo rubio y tupido. Un hombre atractivo y corriente cuyos ojos apagados la desconcertaron: no habría sabido decir si eran cálidos o fríos.

Tampoco sabía muy bien por qué accedió a sentarse con él en un

café (ninguno de los dos recuerda su nombre) de la Place Dauphine. Desde luego, no porque el mundo hubiese hallado de pronto un orden perfecto. Ella no habría descrito el amor en estos términos; y, en todo caso, fuese lo que fuese lo que la impulsó a salir de un museo que se había demorado casi un año en visitar, puedo afirmar que no era amor.

Así fue como se conocieron: el museo, el café, etcétera. Luego se volvieron inseparables. Lumen se convirtió en Fisher. No hay detalles después del café. Debemos imaginarnos el resto: los largos paseos por la ciudad, las risas, las luces relucientes, un acordeón, el estruendo del *métro*, la pasión. La gente asiente, cierra los ojos. Ah, París. El amor. Qué romántico. Un encuentro casual. Pero ¿qué es lo que imaginan esos invitados que asienten y sonríen, cautivados por la imagen de mi padre, impecablemente vestido, y por su historia encantadora? ¿Qué ven? ¿Y qué sucede luego? ¿Por qué se queda mi madre con él? ¿Por qué abandona su piso de la Rue Montmartre, con sus tiestos de flores en la ventana? ¿Qué la lleva a trasladarse a África con ese hombre al que conoce solo desde hace dos semanas? Ese hombre tan poco sofisticado.

Pero nadie parece interesado en conocer la respuesta a estas preguntas. Nadie se siente impulsado siquiera a formularlas. Queda todo sobreentendido, sencillamente: la pareja encantadora, el joven brillante y prometedor, la hermosa joven, un encuentro casual en el Louvre.

Y puedo entender que se vaya con él: la novedad de mudarse a un lugar donde nunca ha estado, la idea exótica de África, la espontaneidad misma de su decisión. El gusto de hacer de esa llamada a casa: «He conocido a un hombre, me voy a Pretoria». «Ay, nuestra hija imprudente.» Pero ¿por qué se quedó? ¿Por qué se permitió a sí misma quedarse embarazada? ¿Por qué lo siguió durante tanto tiempo alrededor del mundo?

Llegó el mes de agosto. Me encantaba mi nueva ciudad. Iba a todas partes. Descubrí la Goutte d'Or, oculta al pie de la colina del Sacré-Coeur: un pueblo aparte, en realidad. La pequeña África. Vagué por esas calles día tras día, sintiendo nostalgia de Senegal. Los mercadillos hervían de gente con sandalias de cuero y *boubous*. Había mezquitas improvisadas, pequeños restaurantes donde servían cuencos baratos de *thiébou dien*.

Aquel verano no tenía ni un amigo, pero no recuerdo haberme sentido solo en ningún momento. Fue una especie de experiencia religiosa. Por primera vez en mi vida, tenía una sensación de

posibilidad, incluso de esperanza y de pertenencia. Ese verano, estoy seguro, fui más feliz que nunca.

El vacío de París en agosto me proporcionaba una sensación peculiar de propiedad, de posesión. Había algo perezoso en la ciudad sin tráfico. Tan poco bullicio. Cada vez me aventuraba más por las calles, me subía y me bajaba del *métro*, pasando de una línea a otra, cambiando de autobuses. Raramente usaba el mapa. Me inventaba juegos en los cuales cada paso se decidía con una moneda. Venía un autobús. Cara, sí. Cruz, no.

Nunca había tenido muchos amigos en las demás ciudades, pero allí siempre había estado rodeado de gente. En los complejos donde vivíamos —barrios vallados y estrechamente vigilados—te veías obligado a relacionarte con los demás. Siempre había una piscina. Siempre había fiestas, y la madre de alguien sirviendo limonada, y el padre de alguien asando pechugas de pollo a la parrilla.

No tenías adónde ir. No podías marcharte sin tu chófer y, en algunos sitios, sin tu chófer y tu guardaespaldas. Si querías ver la ciudad en la que estabas viviendo, lo hacías a través del cristal a prueba de balas del coche. Cuando salíamos a comprar al mercado local, o íbamos a los restaurantes o los museos, llamábamos tanto la atención con todo nuestro séquito que lo único que quería era marcharme. No soportaba el espectáculo que montábamos. Nos hallábamos aislados en los países donde vivíamos. Era como vivir en un barrio residencial estadounidense: casas preciosas, piscinas, doncellas, sistemas de alarma, etcétera. Los amigos que tenía eran los chicos que andaban por allí: los chavales del colegio, los chavales de la casa de al lado, los chavales del barrio…, y apenas despertaban mi interés.

No fue sino en París cuando algo cambió. París fue el principio. París lo fue todo.

Agosto pasó poco a poco. Y luego empezó el colegio.

MARIE

Durante los fines de semana solía quedarme a dormir en casa de Ariel, porque ella vivía en París y sus padres nunca estaban. El apartamento quedaba en el distrito decimosexto, en la Rue La Pérouse, justo al lado de la parada de Kébler del *métro*. Los viernes me llevaba un bolso extra de ropa y, después del colegio, nos íbamos allí directamente. Tal vez salíamos antes de compras o veíamos una película en los Champs-Élysées. Y si no, nos pasábamos el rato charlando y comiendo, haciendo los deberes y fumando junto a la ventana.

Nos emborrachábamos un poquito a base de vodka con Coca-Cola y luego nos vestíamos. Toda mi vida en secundaria empieza a parecerme como una interminable sesión de vestuario. Siempre delante de algún espejo, examinándome los pechos, maquillándome, dándome la vuelta para mirarme el trasero.

Detestaba mi aspecto cuando estaba sola, y aún me detestaba más a mí misma cuando estaba con Ariel, que era preciosa. Digo totalmente en serio que era preciosa. Es un hecho. Yo no exagero en este tipo de cosas. Tenía una larga melena negra, una piel blanca perfecta, un tipo espectacular y unos relucientes ojos azules. Era guapa hasta decir basta.

Nos plantábamos juntas frente al espejo para probarnos conjuntos y nos íbamos poniendo y quitando la ropa mientras bebíamos vodka con Coca-Cola. Era su bebida favorita, por cierto. Yo solo la tomaba porque ella había decidido que bebiéramos eso. Ariel empezaba a decirme lo mona que estaba y lo mucho que envidiaba mi tipo. Yo le decía que se había vuelto loca, que ya me gustaría a mí tener el suyo. Una sarta de chorradas. Pero así es tu vida en esa época. Eso es lo más terrible de todo.

De todos modos, yo ya sé lo atractiva que soy. Quiero decir, hasta qué punto soy atractiva. Lo sabía entonces también. No soy espectacular; y entonces, en secundaria, era prácticamente igual que ahora. Tenía un cuerpo que gustaba a la gente, pero no era el que yo quería. No era del estilo que yo consideraba más atractivo. Tenía los pechos bonitos, es verdad. Pero a mí me avergonzaban y, entonces, no quería tenerlos así. No me parecían sutiles. No eran elegantes ni lo bastante parisinos. Aunque mi madre sea francesa (y

son básicamente sus pechos los que yo tengo), a mí seguían sin gustarme.

Y encima venía Ariel, con ese cuerpo delgado y estilizado, a decirme cuánto le gustaría tener «mi cuerpo». Y lo peor es que ella era norteamericana. Mis padres son franceses los dos y, aunque hubiéramos pasado mucho tiempo en Nueva York, yo seguía siendo francesa. Creía que tendría que haberlo parecido. Y mi madre pensaba lo mismo. Si no has tenido una madre francesa, no puedes comprender lo que ella esperaba de mí en cuanto a apariencia y estilo. Para ser justa, debería decir una madre parisina. Una madre parisina con dinero. Y no me refiero al dinero de mi padre. Hablo de dinero de verdad. Quiero decir que mi madre nació y se crio en París con dinero. En el distrito séptimo. Todavía se pone el puto anillo *chevalière*.

Ella consideraba que Nueva York me había estropeado, me había vuelto norteamericana. Maciza, redonda, grandota. Norteamericana. En todos los sentidos. Mi manera de hablar el inglés con acento americano, mi manera de hablar el francés con acento americano. Según ella, lo hacía todo con acento americano.

De todos modos, si Ariel deseaba tener mis grandes pechos era solo porque los chicos me miraban como suelen mirarte cuando tienes unos pechos como los míos. Se empeñaba en que me pusiera tops ceñidos y escotados cuando salíamos. Decía que era una locura desperdiciar un cuerpo como el mío escondiéndolo. Al principio me sentía como una idiota, aunque sería falso de mi parte decir que me desagradaba la atención que despertaba. Aun así, de no ser por ella, jamás me habría puesto esa clase de ropa.

Íbamos a Cab o VIP, o a algún bar del barrio latino. Ariel prefería los clubs, así que los frecuentábamos más. Allí había chicos mayores, mejor vestidos, más ricos y atractivos. Más europeos y menos expatriados. Nos pagaban las copas. Lo que quisiéramos. No nos dejaban solas ni un segundo. A Ariel le encantaba. No sé cuántas veces volví sola a su piso.

Nadie tenía la menor idea de nuestra edad. Había allí hombres de la edad de nuestros padres, pero la mayoría de ellos estaban entre los veinticinco y los treinta. A ella le bastaba con sonreír desde nuestra mesa. Era audaz, eso no puedo negárselo. No habrás visto jamás a nadie tan feliz. A decir verdad, estaba deslumbrante en esas noches. Los hombres se veían imantados hacia ella. No es que no hablasen conmigo. Desde luego. Éramos dos chicas en un *nightclub*. Pero, Dios mío, Ariel les encantaba, y ella parecía iluminarse. Cuanto más la miraban, más resplandecía. A los chicos

de nuestra edad no les dirigía la palabra. No le interesaban. Decía que los fines de semana eran para los hombres. Los chicos quedaban para el colegio.

A veces volvía cuando aún era de noche. Pero con la misma frecuencia aparecía a las ocho o nueve de la mañana. Si sus padres estaban en casa, me llamaba para asegurarse de que seguían dormidos. A veces yo distraía a su padre en la cocina, le pedía que me ayudase a hacer algo para que ella pudiera entrar sin ser vista. No creo que les importase, de todos modos. Eran ese tipo de padres. A Ariel le gustaba fingir que la tenían vigilada, pero las dos sabíamos que eso eran chorradas.

Nunca me sentí tan cerca de ella como en esas mañanas. Nos tumbábamos en la cama y escuchaba sus historias. Me hablaba del piso del tipo, de su coche, de lo pésimo que era en la cama, de lo deprisa que se había corrido, de sus extravagantes fantasías. Nos reíamos, y yo la escuchaba, imaginándome su vida secreta. Ella intentaba convencerme para que hiciera lo mismo. «Escoge a uno y lánzate», decía. Durante un tiempo pensé que lo haría. Había gente muy atractiva y glamorosa en esos sitios. Pero cuando llegaba el momento, no podía. No sé por qué. Prefería esperarla acostada.

Hacia final de curso, estaba exhausta. Demasiado delgada. Bebía demasiado. Me sentía como un zombi. Llegaba tarde a casa, hacía los deberes y charlaba por teléfono. A las ocho bajaba a cenar. A esa hora, mi padre (si no estaba en Nueva York o de viaje en otra parte) acababa de llegar y aún llevaba puesto el traje. Me gustaban esas cenas, los tres juntos. Mi hermana también estaba allí durante sus vacaciones. Esos eran los mejores momentos. Ella llevaba ya tres años en la Universidad de Nueva York y yo aún sentía como si hubiera dejado un auténtico agujero negro, como si su ausencia fuera un vacío inmenso y los demás nos hubiéramos quedado flotando en el espacio. Aunque nunca hubiéramos tenido una relación muy estrecha, su marcha alteró el equilibrio. Mi padre la veía continuamente en Nueva York. Se iban a cenar a buenos restaurantes. La llevaba al *ballet*. Yo me volvía loca de celos. Pero eso no era nada comparado con lo que sentía mi madre.

Después de cenar, me iba a mi habitación y trabajaba hasta que se me cerraban los ojos. Entonces me metía en la cama y llamaba a Ariel. Hablábamos y hablábamos hasta que una de las dos se quedaba dormida. Por la mañana, me levantaba y hacía lo mismo. Al llegar el mes de junio, ya no me quedaban energías. Me sentía completamente hecha polvo. Lo único que deseaba, después de todo el curso y tras lo de Colin, era que terminara el colegio, librarme de

una vez de ese lugar.

Fui con Ariel a una fiesta de alumnos de cuarto recién graduados. Allí fue donde lo conocí. O sea, para entonces ya sabía quién era. Lo había visto por ahí. Las chicas hablaban de él. Era atractivo, aunque tampoco es que fuese el hombre más guapo que había visto en mi vida. Para nada. No era mi tipo, de hecho. Vamos, suponiendo que yo tuviera entonces un tipo. Muy alto no era. Aun así, sus ojos eran bonitos y es cierto que tenía algo. Y a Ariel le gustaba. Era famoso en el colegio. Un blanco perfecto para ella. Cuando lo conocí, estaba muy borracha. No es que tuviera nada planeado. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Cuando nos largamos de la fiesta, salió todo el mundo y me fui con los demás. Seguí a Ariel, como siempre. Al llegar al club, ella pidió las copas y nos pusimos a bailar.

Lo más gracioso es que me sentí bien allí precisamente porque había muchos chicos. Recuerdo haber pensado, qué bien, qué agradable. Era un alivio. Me sentía a salvo.

Ariel lo vio primero. Había venido con la señorita Keller. Solo ellos dos. Parecían a gusto. Quiero decir, como si fuera todo natural. Estaban a sus anchas, se reían. Daba la impresión de que se llevaban muy bien. Los observé un buen rato. No los conocía, pero por su manera de hablar y de sonreír, no sé, parecían pasarlo bien juntos. No como si estuvieran enamorados; simplemente parecían gente normal. Segura de sí misma. Sólida. Adultos. Buenos adultos. Como si fueran lo que yo quería llegar a ser.

Tuve una fantasía fugaz. Ya sabes, como cuando te pones a mirar a la gente en el *métro* y te imaginas sus vidas. Algo así. Recuerdo que me quedé allí de pie, mirándolos, imaginándome que estábamos juntos en un restaurante, nosotros tres solos, charlando como ellos charlaban, riéndonos tan tranquilos como ellos parecían estarlo. Bueno, no sé. Estaba bastante borracha a aquellas alturas.

Pero Ariel creyó que lo miraba a él. Y me susurró: «¿Te gusta, verdad? Deberías tratar de follártelo esta noche». Me lo arruinó todo de golpe. Recuerdo que pensé que no quería a volver a verla nunca más. Que no era solo de la ISF, de París y de Francia de donde quería escapar, sino también de Ariel. Y eso me puso muy triste. No por Ariel, sino por todo.

En fin, me reí y le dije que tenía que ir al baño. «Vale, vamos», dijo, porque entonces nos era totalmente imposible hacer nada solas. Así que me encerré en un cubículo, como si fuera a hacer pis. Me senté en el váter y miré fijamente las baldosas del suelo,

mientras ella aguardaba frente al espejo, y juro por Dios que en mi vida me he sentido tan sola como durante esos minutos en aquel baño de mierda.

Habría podido quedarme allí el resto de la noche, escuchando la música a través de las paredes, pero Ariel esperaba con impaciencia. Cuando salí, se estaba poniendo lápiz de ojos. Me dijo que era una ocasión única, que quizá nunca nos lo volveríamos a encontrar en una situación parecida. Quizá deberíamos llevárnoslo a casa juntas, me dijo, riéndose y mirándome en el espejo con las cejas arqueadas. Negué con la cabeza, pero ella siguió hablando de ello. «Yo, por él, te lo haría con la boca», dijo, y empezó a reírse.

A Ariel le encantaba hablar, pero creo que esa vez lo decía en serio. Estoy segura de que lo habría hecho. Por él. Por el espectáculo. Se había puesto a bailar ante el espejo, mirándose a sí misma. Me entraron ganas de darle una bofetada. «Bueno, si no te interesa —dijo—, lo haré por mi propia cuenta.»

—Es un puto profesor —dije.

—Exacto, Marie. Exacto.

Cuando salimos del baño, parecía como si el local estuviera aún más abarrotado. Apenas podíamos movernos. Ariel se las arregló para conseguir otras dos copas y nos las bebimos deprisa. Joder, estaba bien borracha. Me dejé llevar por el ritmo con la esperanza de que la gente me arrastrara lejos de ella. Y así fue. Entonces lo vi y, sin saber muy bien por qué, empecé a flotar hacia él. Y allí estábamos de repente los dos, el uno frente al otro. Al principio no creo que tuviera la menor idea de quién era yo. Me sonreía. «Parece contento», fue lo primero que pensé, parece que se lo esté pasando bien. Eso resultaba agradable, porque en esos sitios la mayoría de la gente no da la impresión de pasárselo bien. Enseguida empezamos a bailar muy pegados. Tampoco había otro remedio. Él me miraba fijamente. Me ponía nerviosa, pero no me daba repelús. No recuerdo de qué hablamos. Yo intenté ser ingeniosa. De todos modos, la música estaba muy alta y costaba oírse, y nos dedicamos más que nada a bailar pegados. Me sentía protegida por la multitud y como apretujada contra él, como si estuviéramos juntos bajo una manta o algo así.

Yo no paraba de pensar en cómo me miraba. Quiero decir, era ese hombre, ¿entiendes? Resultaba sorprendente. No debería haberlo sido y ahora, en retrospectiva, es obvio que no tenía nada de sorprendente. Pero en ese momento estaba alucinada. Dios, cómo me miraba. Solo me miraba a mí, y yo no lograba asimilarlo, no comprendía que me viera de ese modo. Parecía una

incongruencia, y de golpe sentí como si hubiera sido arrojada a un nuevo mundo. Era intimidante y excitante y extraño, y sobre todo era chocante, muy chocante, que ese hombre, esa persona adulta, me mirase de aquel modo. No sé por qué permití que fuera él, después de todas aquellas noches saliendo con Ariel.

Tampoco, ahora que lo pienso, había nada de sorprendente en eso. Por supuesto que no. Pero entonces…, entonces yo estaba completamente flipada y me sentía como si en esos pocos minutos todo, absolutamente todo, se hubiera modificado. Y en un momento dado empezamos a frotarnos y noté que se le ponía dura contra mi cuerpo. Me entró terror. Estaba excitada, pero también aterrorizada. O sea, tan aterrorizada que creí que iba a ponerme a vomitar. Me di la vuelta porque no quería que me viera si me venían arcadas. Lo sentía detrás de mí, totalmente duro, y llegó un momento en el que de veras creí que tendría que echar a correr, ¿entiendes?, esos instantes cuando no sabes si vas a vomitar o no, y seguí bailando y apretándome contra él por detrás, esperando a que mi cuerpo decidiera qué demonios iba a hacer, esperando allí en medio, muerta de miedo. Tenía frío, me sudaban las manos. Levanté la vista y vi que Ariel me dirigía una especie de sonrisa, aunque no era de verdad. Arqueó las cejas, como animándome, pero me di cuenta de que estaba enfadada, y después desapareció detrás de alguien y de golpe me sentí mejor y supe que no iba a vomitar. Me había vuelto el calor, cerré los ojos y me eché sobre él.

Estaba nervioso, lo notaba, y me dijo que tenía que marcharse. Pero me dio su número, y él sabía que iba a llamarle. Tenía que saberlo. Y eso hice.

Salí de allí y me lo encontré sentado en el capó de un coche, esperándome y fumándose un cigarrillo. Parecía tan tranquilo, tan seguro de sí mismo sobre aquel coche de mierda.

Acabamos en unas escaleras en la oscuridad. Hacía frío y yo no paraba de echarme sobre él y me sentía feliz. Era extraño. Quiero decir, estaba eufórica. Él me besaba con tanta dulzura. O sea, nadie me había besado así jamás. Nadie se había acercado siquiera a besarme así. Nada ni remotamente parecido. Sin prisas. Su boca cálida y suave. Dios mío, era delicado. Y eso fue lo que me mató. Eso me mató. Era tierno. O sea, tierno de verdad. En aquel momento, en aquel momento de mi vida, o sea, joder. Yo estaba entregada. Su manera de tocarme…, es que me daban ganas de llorar. No encuentro otra manera de decirlo: estaba completamente abrumada. Apenas podía respirar y no paraba de dar saltos como

una idiota, como una cría, y él seguía allí sentado, mirándome con aquella sonrisita tranquila, como si lo supiera todo, absolutamente todo. Y yo bailaba de un lado para otro —creo que me había quitado los zapatos—, y él seguía mirándome con aquella sonrisa, con aquellos ojos, y entonces sentí que tenía que salir de allí. Así que le dije que tenía el periodo. No sé por qué le dije eso, por qué no me fui a casa con él.

Nada más. Me besó otra vez y mi corazón palpitaba y palpitaba, desbocado. Tenía que salir de allí.

Me fui a casa de Ariel. Era tarde. Tomé un taxi. Ella estaba en la cama. Me deslicé entre las sábanas y se lo conté todo. Sabía que estaba furiosa. Luego me di la vuelta, sonreí en la oscuridad y me quedé dormida.

WILL

Pasé el verano en Santorini. Cada mañana me despertaba en mi pequeña habitación y desayunaba en una terraza desde la que se divisaba el mar. Le sonreía a la vieja que me servía, bajaba a la piscina y leía al sol. A mediodía, me sentaba en una taberna junto a la orilla y comía *fava* y pulpo a la parrilla y bebía cerveza. Después dormía, leía y miraba a los niños que se lanzaban desde las rocas. Más tarde salía a correr por encima del pueblo, a lo largo de la cresta de la montaña, hacia Imerovigli. A la vuelta, paraba en la iglesia, me sentaba junto al muro y contemplaba el crepúsculo. Con frecuencia, un perro blanco y flaco con aspecto lobuno corría un trecho conmigo y luego se sentaba jadeante a mi lado mientras se ponía el sol.

En una ocasión había una mujer apoyada en el muro, con la cara bellamente iluminada por la luz anaranjada. Permanecimos un buen rato allí, nosotros dos y el perro y, aunque lo deseaba, no llegué a hablar con ella.

El sol descendió más y más, se levantó viento y el sudor de mi piel empezó a secarse. Al final ella se marchó, haciéndome un gesto con la cabeza y sonriendo con timidez, y yo la observé mientras bajaba lentamente hacia el pueblo.

Salvo las pocas palabras en griego que intercambiaba con la dulce viejecita que me traía el desayuno por la mañana, apenas había hablado con nadie desde que había salido de París.

«Buenos días.»

«¿Cómo está?»

«Gracias.»»

Me tomaba una cerveza en el bar del pueblo. Cenaba también allí. No hacía ningún esfuerzo por conocer a nadie. Nunca me acercaba a las mujeres que me observaban. Después de cenar, me sentaba junto a la muralla del antiguo fuerte, liaba cigarrillos y me los fumaba contemplando cómo se alzaba la luna. Escuchaba las conversaciones, los susurros de las parejas que se ocultaban bajo los muros del castillo.

A veces, por las noches, decía algo en voz alta para recordarme que estaba allí, que aún era capaz de hablar.

«Salta», decía.

O «teléfono».

O «Isabelle».

Tendido en la cama y mirando el techo, escuchaba cómo flotaban esas palabras por la habitación.

Unos días antes de irme, bajé a pie a la bahía de Amoudi, cruzándome con los turistas que subían en burro a Oia por el empinado sendero. Dejé atrás las tabernas y rodeé las rocas que se alzaban sobre el mar. Era ya media tarde y soplaba el viento. La pequeña playa estaba casi desierta. Extendí la toalla sobre una roca plana y me planté en el borde, mirando las olas a mis pies.

El aire era suave y cálido. Me lancé de un salto, caí en el agua fría, atravesé la superficie, súbitamente rodeado de burbujas, y me fui hundiendo hacia el fondo. Permanecí sumergido tanto como pude, aguantando, resistiendo hasta que me vi obligado a salir. Emerger disparado me proporcionó una intensa descarga de alegría, como si solo allí, en el agua, con el viento cálido y el salitre en los labios, pudiera volver a sentir, pudiera sacudir y despejar mi memoria, liberándome del entumecimiento que me dominaba. Bajé la cabeza y nadé a grandes brazadas hacia la islita y su capilla excavada en la roca. Al llegar, me tendí sobre una roca, oprimiendo mi pecho, mis piernas, el vientre y las palmas contra la piedra caliente, mientras el agua chorreaba alrededor y el sol empezaba a calentarme. El agua se secó, dejándome una fina capa de sal y tensándome la piel como si el cielo estuviera oprimiéndome. El cielo, el agua, el calor, el viento, la roca de debajo… Quería conservarlos, envolverme en ellos. O envolverlos en mi interior.

Preparé mi pequeña bolsa de viaje. La vieja del hotel me puso las manos en los hombros y dijo algo que no entendí. Subí al taxi y le dije adiós. Ella, con una mano en la cadera, movía la otra adelante y atrás en el aire de la mañana.

En el aeropuerto, mientras esperaba mi vuelo a París, evoqué sus mejillas redondeadas, sus gruesas manos, sus faldas negras, las miradas compasivas que me dedicaba por la mañana, cuando me traía una ración extra de miel, su adiós apenado, sus palabras de aliento. Me asomé a la ventanilla cuando trazábamos un arco sobre la isla y contemplé el mar, convertido en una lámina azul, y el sol que se alzaba sobre el agua. La mujer se había compadecido de mí.

GILAD

Los autocares del colegio se parecían a los que ves aparcados delante del Trocadero, vomitando turistas sobre la explanada. Grandes armatostes con cómodos asientos reclinables. Una flota entera. El colegio había fijado como paradas ciertas esquinas de cada *arrondissement* por donde pasaban a recogerte. El primer día de clase se veían por toda la ciudad padres que esperaban nerviosos, con sus hijos de la mano, a que llegase el autocar.

Yo aguardé solo, aquella primera mañana, muy seguro de mí mismo y, al llegar el autocar y subir, descubrí que estaba lleno de norteamericanos. Por qué me llevé una sorpresa, no lo sé. Así había sido siempre en todas partes. Supongo que había pasado tanto tiempo paseando a mi aire por la ciudad, hablando en francés, que se me había olvidado adónde iría al colegio.

Normalmente, era bajar del avión y trasladarse enseguida del aeropuerto al complejo residencial, y de allí a la recepción de la embajada, a las fiestas de los vecinos, a las sesiones de orientación escolar… No tenías tiempo de olvidar que eras un extranjero, que te llevaban de aquí para allá y te mantenían aparte. Así que la sorpresa de subirme a aquel autocar y ver a los chicos vestidos así y hablando en inglés fue terrible.

Llevaban gorras de béisbol con la visera hacia atrás, jerséis de los Knicks y todo eso. Las mierdas estadounidenses de costumbre. Encontré un asiento, apoyé la frente en el cristal y escuché las conversaciones de siempre.

¿De dónde eres? ¿Dónde vivías antes? ¿Hablas francés? ¿Te gusta esto? ¿Conoces a John? ¿Conocías a Kelly? ¿Qué tal el verano? ¿Has visto a Julia? Ben está buenísimo. Etcétera.

Solo oírlo me cansaba. Y aquí, mientras cruzábamos la ciudad y parábamos para recoger a otros por el camino, resultaba todavía peor. Yo no quería tener nada que ver con esto. Quería conocer París mejor, hacer amigos parisinos, escapar de aquel mundo. Por primera vez en mi vida estaba convencido de que podía convertirme en un nativo, de que podía ser absorbido por un lugar y moverme por las calles sin llamar la atención, y todo aquello, el colegio internacional, el autocar, no dejaba de ser otra insignia norteamericana que llevabas en la solapa.

Los terrenos del colegio estaban completamente rodeados por una verja metálica negra. Entramos en el aparcamiento y seguimos a la fila de autocares que iban parando junto al bordillo para que se bajasen los alumnos.

Uno habría creído que la International School of France sería un conjunto de hermosos edificios cubiertos de hiedra, con extensiones de césped y tal vez un campanario gótico. Un lugar de aire formal, académico y majestuoso. Yo me esperaba algo tradicional, algo elegante.

Pero la escuela me recordó más bien a las oficinas de una aduana, a los centros de vacaciones africanos, a un hospital anticuado. Transmitía una sensación de burocracia y de rutina. Después de haber frecuentado tantos colegios de aquel tipo, ya estaba acostumbrado a la avalancha repentina de chicos de lengua inglesa ataviados con su uniforme estadounidense: Gap, Banana Republic, Nike, Abercrombie and Fitch, etcétera.

Y pensar que yo había creído que ese colegio sería un lugar bonito…

En el vestíbulo había un hombre alto con gafas y con una coleta plateada que dirigía el tráfico a voces.

—Seguid por el pasillo hasta el auditorio, por favor. No os preocupéis ahora de buscar vuestras taquillas. Seguid por el pasillo hasta el fondo y tomad asiento.

Vestía un traje arrugado y hacía aspavientos con los brazos, como si estuviera enviando aviones a sus hangares.

—No os paréis ahora en las taquillas. Id directamente al auditorio. ¿Qué he dicho? ¿Qué acabo de decir?

En el auditorio, unos centenares de asientos apretujados descendían hacia un gran estrado. Encontré un sitio libre junto al pasillo. Los chicos que se conocían hablaban de sus vacaciones, cotilleaban, escrutaban hacia la multitud buscando caras conocidas, gente a la que sonreír, gente a la que detestar… En fin, la misma escena de siempre. Primer día de colegio, con los primeros chismorreos y la formación de grupitos habitual.

—Sentaos todos, por favor. Será muy breve. Por favor. Silencio todo el mundo. Silencio todo el mundo.

Es un idioma universal que hablan los rectores, los directores y jefes de estudios. Sea cual sea el título, oyes la misma cadencia, los mismos ritmos, las mismas técnicas. Todo el mundo. Pausa. Todo el mundo. Debe de ser un código cifrado. Una especie de plegaria al silencio. Y asombrosamente, toda la sala enmudece.

—Me llamo Paul Spencer. Soy el jefe de estudios de secundaria.

Ya os conozco a muchos; a unos cuantos, todavía no.

—¿Qué pasa, Spence? —gritó alguien desde el fondo.

El señor Spencer sonrió.

—Obviamente, algunos estáis entusiasmados con el comienzo del nuevo curso. Eso es bueno. En efecto, aunque mi nombre es señor Spencer, se me conoce como Spence. Podéis llamarme de ambas maneras.

Spence continuó. Nos dio la bienvenida, nos animó, nos informó, volvió a darnos la bienvenida, volvió a animarnos y luego ya nos dejó para que empezáramos la jornada. No hubo en su discurso la menor referencia a Francia. Nada sobre la ciudad y su relación con la escuela, ni sobre la suerte que teníamos de estar allí, o sobre el honor que suponía estar estudiando en una ciudad como París. No dijo en sus palabras preliminares que París sería una parte integral de nuestra educación, ni que el arte, la cultura, el idioma y la comida se verían incorporados en nuestra experiencia diaria en la International School of France. Eso es lo que recuerdo sobre todo de aquella primera mañana: que la ceremonia fue de pura rutina y que no dijeron ni una palabra sobre la ciudad de la que me había enamorado. La ciudad era irrelevante para el colegio.

La ISF constituía en sí su propio país.

Tras el discurso, tuvimos veinte minutos para localizar nuestras taquillas y comprobar que las combinaciones que nos habían dado funcionaban en las cerraduras empotradas. Di con la mía, la número 225. La examiné un momento, busqué en mi mochila, saqué un montón de bolígrafos y los deposité en la base del casillero. Inspiré hondo varias veces sin saber qué hacer. Mantuve la mano derecha en la puerta y la moví sobre sus bisagras, abriendo y cerrando, abriendo y cerrando. No recuerdo cuánto tiempo estuve allí, pero al final di media vuelta y me alejé. No conocía el colegio en absoluto, pero eso da igual, has de moverte como si lo conocieras. Quería salir fuera. Ya me estaban mirando. «Ese no habla con nadie. Se pasa el rato embobado, mirando su casillero.»

Salí al campo de detrás: un extenso prado verde, tan ancho como el edificio, bordeado de álamos muy altos. Más allá del prado, por el lado de la cafería, había mesas de picnic.

Una de ellas estaba un poco apartada, bajo un pequeño pino. Me senté en el banco y contemplé la escuela. El viento soplaba con fuerza meciendo los álamos. Me gustaban esos árboles, la manera que tenían de moverse tan lentamente. Permanecí allí sentado hasta que oí el timbre: una extraña reproducción electrónica de una

campana de iglesia.

Él iba con vaqueros y una camisa blanca, y llevaba su pelo oscuro muy corto. Las mesas se hallaban dispuestas en un semicírculo en torno a su escritorio. Se había sentado en el borde, sujetando el típico cuaderno de calificaciones con espiral y tapas verde oscuro.

Las luces estaban apagadas; las cortinas descorridas y las ventanas abiertas de par en par. A través de ellas, veías cómo se balanceaban los álamos.

Cuando entré, levantó la vista y sonrió.

Tenía unos llamativos ojos verdes y las pestañas muy largas, lo que le daba un aire femenino. Llevaba la barba de un par de días y estaba muy bronceado. Su mandíbula era cuadrada, pero tenía los pómulos redondeados de un adolescente. Cada uno de sus rasgos parecía contrastar con otro, y no habría sabido decir con certeza cómo era, si joven o viejo, si alto o bajo, si duro o blando.

Me detuve ante un pupitre situado junto a una ventana.

—Disculpe —dije—. ¿Puedo sentarme donde quiera?

—Claro. Donde más te guste. ¿Cómo te llamas? —me preguntó.

Le dije mi nombre. Él asintió y anotó algo en su libreta.

—Yo soy el señor Silver.

Ya empezaban a entrar otros alumnos en el aula. Él sonreía a los que saludaban y pasaba de los que no.

Siguió haciendo anotaciones en la libreta hasta que fuimos diez en total. Nadie decía nada. Nadie parecía conocer al resto. Sonó la campana. Él continuó escribiendo. Nos hizo esperar. Al final, levantó la vista y leyó nuestros nombres. Después de pronunciar cada uno, sonreía, saludaba o decía hola.

Cuando terminó, se apartó del escritorio y se irguió.

—Bueno, bienvenidos al seminario de cuarto curso. Para los que no me conocéis, y me da la impresión de que hay muchos alumnos nuevos aquí, yo soy el señor Silver. Hay dos cosas importantes que deseo subrayar. Sois todos alumnos de cuarto. Habéis escogido estar aquí.

»Doy por supuesto que vais a ser miembros responsables, comprometidos, activos y entusiastas de este grupo. Nos veremos aquí cada mañana durante una hora, más o menos; cuatro días a la semana durante nueve meses. Es un montón de tiempo. Y a la vez, prácticamente nada.

»No voy a daros, como hago con los alumnos de primer curso, un listado de normas y expectativas. No voy a entregaros ningún

papel, ni tampoco una lista de material. Lo que os hace falta saber no es complicado.

»Como ya he dicho, esta clase es un seminario. Y es algo que me tomo muy en serio. Cada día nos reuniremos aquí para hablar de literatura. De vosotros dependerá lo que eso signifique en concreto. Yo suelo medir el éxito de nuestra clase por la cantidad de mis intervenciones. Si me veo obligado a hablar a menudo, consideraré la clase un fracaso. Si hablo poco, es que ha resultado un éxito.

»Vuestro propio éxito se basará en tres factores: la calidad de vuestras intervenciones, la calidad de vuestros trabajos escritos y el entusiasmo que mostréis por ambos.

»Por mí, preferiría no poneros cuestionarios ni exámenes de ninguna clase. Si, no obstante, considero que no leéis lo que os pido que leáis, os pondré el tipo de pruebas que utilizo con mis alumnos más jóvenes. Empezaré el curso tratándoos como adultos. Eso quiere decir que podéis usar el lenguaje que queráis; que podéis expresar cualquier opinión; que podéis referiros a vuestra experiencia personal. Mientras demostréis entusiasmo por el trabajo que hacemos, tenéis libertad para expresaros como prefiráis.

»Con unas cuantas salvedades. No permitiré la crueldad ni la falta de respeto con otros alumnos. No admitiré ninguna muestra de intolerancia. No permitiré la grosería, ni la intimidación, ni ninguna forma de violencia. Aparte de estas restricciones, sois libres. La libertad. Una cuestión de la que hablaremos a fondo más adelante. Lo que digáis en esta aula no saldrá de aquí. Yo no lo comentaré con nadie más: ni con vuestros padres, ni con otros alumnos, ni con el profesorado.

»De nuevo, con algunas salvedades. Si dais muestras de que pensáis causaros daño a vosotros mismos o a otra persona, no me reservaré esa información. Si dais muestras de que sois víctimas de insultos y maltratos, no me reservaré esa información. Si dais muestras de haber infringido la ley, o de que os proponéis hacerlo, tal vez no me reserve esa información.

»Dejando aparte estas excepciones, tenéis mi palabra de que me guardaré vuestros secretos.

»Cuento, eso sí, con que vengáis preparados y con vuestro trabajo hecho. Doy por supuesto que sois hombres y mujeres inteligentes, capaces de pensar por vuestra cuenta, y que estáis aquí porque queréis. Por qué lo queréis es una cuestión que abordaremos más adelante, pero me niego en redondo a aceptar la idea de que estáis aquí contra vuestra voluntad.

Un chico pelirrojo, delgado y fibroso levantó la mano.

El señor Silver lo miró con frialdad hasta que volvió a bajarla.

—Responderé a todas las preguntas que queráis al final. Primero me gustaría terminar. Idealmente, vendremos cada mañana aquí y, durante una hora, nos olvidaremos del mundo exterior. Llevo dando clases el tiempo suficiente, sin embargo, para saber que no siempre será así. El mundo entrará en esta aula. Os enfadaréis conmigo. No estaréis de acuerdo. Os aburriréis. Os pondréis furiosos incluso. Y quizá yo también. Cuento con todo ello. Pero al menos ahora ya sabéis cuál es mi sueño.

Sonrió.

—Llegar aquí con ilusión. Eso es lo que deseo: que lleguemos aquí ilusionados y pasemos juntos todo este tiempo poniéndonos mutuamente a prueba, que pensemos, que nos esforcemos, que hagamos un buen trabajo.

»A lo largo de la primera semana ofreceré una introducción al existencialismo, así que hablaré más de lo normal. Después, leeremos el famoso texto de Jean-Paul Sartre en el que explica y defiende el existencialismo frente a sus críticos: cosa que yo mismo tendré que hacer, pues muchos de vosotros os convertiréis en críticos del existencialismo. Eso espero, al menos.

»Cuento con vuestro sentido crítico, con vuestra agudeza y vuestra capacidad para estar alerta. Yo cometeré errores. Diré cosas que no son ciertas. Daré argumentos poco sólidos. Espero que me corrijáis. Espero que me contradigáis, que cuestionéis mi lógica, que toméis críticamente mis afirmaciones.

»Bien, tengo aquí diez ejemplares de la conferencia de Sartre *El existencialismo es un humanismo*. Este será vuestro primer texto. A los que leéis en francés os animo a leerlo también en el original. Vuestra única tarea es haber leído esta edición traducida para el próximo lunes. Las primeras cincuenta páginas las deberíais tener leídas el jueves.

»Permitidme que termine diciendo esto: lanzaos de cabeza. Todo puede cambiar, pero solo entregándose sin reservas.

Me apunté la frase. Era la primera nota que tomaba. Tenía uno de esos cuadernos con tapas jaspeadas en blanco y negro. Nuevo. En mitad de la primera página, escribí: «Todo puede cambiar, pero solo entregándose sin reservas».

Él tomó el montón de libros de su escritorio y se paseó lentamente por el aula mientras los repartía. Todos estábamos callados. Me avergüenza decirlo, pero yo sentía escalofríos.

Observé que depositaba los libros en nuestras mesas, que se movía de un lado para otro, y también cómo lo miraban las chicas.

Lo envidié desde el principio.

—¿Alguna pregunta? —dijo.

El pelirrojo que estaba al otro lado de la clase levantó la mano de nuevo.

—¿Cómo te llamas?

—Colin White —dijo con un marcado acento de Dublín—. Usted, señor, ha dicho que hemos elegido estar aquí, pero yo no me inscribí ni nada parecido. Simplemente me metieron aquí.

El señor Silver asintió muy despacio y dijo:

—Simplemente te metieron aquí.

WILL

Siempre está bien al principio. Superas la impresión de tener que madrugar. Te entregas a las rutinas matinales. Agradeces la sensación de salir a la calle a la misma hora que los barrenderos. El fresco de la mañana te hace bien. Eres el primero en entrar en la panadería, el *pain aux raisins* aún está caliente. Una vez que consigues levantarte de la cama, resulta agradable volver a empezar.

Todos los planes que has hecho, los cambios que piensas introducir. Te sientes fresco, rebosas de entusiasmo. Eres como un crío con sus cuadernos nuevos y sus buenos propósitos.

Cada septiembre nos hacemos todos las mismas promesas.

Te plantas delante de tus clases y les dices lo que deseas. Hablas en serio, con fervor, y crees de verdad lo que estás diciendo. O lo creía. Es septiembre, el curso acaba de empezar.

Si al principio eres blando, estás perdido. Así que primero los encandilas poniéndote duro, mirando fijamente a los revoltosos hasta que se acobardan, bajando los humos a los arrogantes. Les das responsabilidad y libertad. Les demuestras que te importa lo que haces, que te encanta tu trabajo. Les demuestras que amas los libros, las ideas, el conocimiento, la filosofía, lo que sea. Te preguntas si el placer que sientes al volver al colegio no reside exclusivamente en la actuación misma, en el hecho de ser adorado. Te preguntas si la enseñanza, o el tipo de enseñanza que tú practicas, no es más que un modo de hacerse famoso. Conoces bien a tu público. Sabes de lo que eres capaz. No puedes evitarlo.

Siempre empiezas igual. Estás de pie en el estrado presentándote, feliz de volver a ocupar ese lugar. Eso no significa que no creas en la enseñanza, porque sí crees. Hay pocas cosas en las que creas más y realmente quieres hacerlo bien. Pero junto con ello está la sensación de plantarte ante un grupo de gente que te adora, que te imagina fuerte y sabio.

Es difícil resistir tanta atención. Y si eres sincero, has de reconocer que antes de convertirte en profesor ya soñabas con la veneración de tus alumnos, con tu capacidad de seducción, con las historias que les contarías y la sabiduría que habrías de transmitirles. Sabes bien que enseñar es una combinación de teatro

y amor, de ego y convicción. Sabes que la materia que das no es ni de lejos tan importante como el uso que llegas a hacer de ella.

Era mi tercer año en la ISF, el décimo de mi carrera docente. Había cumplido treinta y tres.

Tenía cuatro clases: tres grupos de primer curso de secundaria —*Huckleberry Finn, Macbeth, Las uvas de la ira, La desobediencia civil* —y un grupo de un seminario de cuarto. Esa clase, me imaginaba entonces, representaría todo un descanso, después de repetirles una y otra vez a los alumnos de primero la diferencia entre trascendentalismo y romanticismo, o de explicarles por qué Macbeth «habla así», o de tratar de convencerlos de que Thoreau tiene algo que ver con sus propias vidas.

No es que no me gustara dar clases en primero. Pero el programa era el mismo año tras año. Ya me cansaba escucharme a mí mismo. Estaba harto de los Joad, de Blake y de Whitman. De *Macbeth* nunca me cansaba, pero la fatiga que me producía dar esa clase me preocupaba. Concentré mis energías en el seminario.

En Grecia había leído a Sartre por primera vez. Salía a correr junto a los acantilados y volvía a mi hotel chorreante de sudor para garabatear en un cuaderno mis planes para la clase. Excursiones ilustrativas y temas para los trabajos escritos. Era el primer curso que había sido capaz de crear a partir cero, sin la menor influencia de un departamento de literatura.

Creía que aquel seminario me ayudaría a mantenerme a flote, a sobrellevar mi tercer año en la ISF. Daría clases usando todos mis recursos, entregándome por completo, asignando trabajos difíciles, aprendiendo al mismo tiempo que mis alumnos, enseñando como si empezase ahora a ejercer la docencia. Por primera vez desde que había entrado en la ISF, acudiría totalmente comprometido a clase. Es decir, sin planes de huida o de iniciar otra carrera, sin la idea de irme a enseñar a los necesitados de un país de África, o de vivir con poco dinero en Tailandia: sin cualquiera de las fantasías, en fin, con las que solía eludir la estabilidad aparente de mi vida actual.

GILAD

Veo sus caras, sus mochilas, sus ropas, sus cuadernos.

Cara Lee, una coreana callada y melancólica que se sentaba al otro lado de la clase; Ariel Davis, una chica extraña y distante, rematadamente *sexy*, con una larga melena negra; Jane Woodhouse, que se presentó un día con unas alas de ángel y que empezaba todas sus frases con el latiguillo: «No estoy muy segura de lo que quiero decir»; Abdul Al Mady, siempre nervioso y angustiosamente incómodo; Hala Bedawi, una elegante y risueña libanesa que entendía las cosas veinte minutos antes que los demás; Colin White, un chaval duro y fibroso de Dublín que parecía completamente fuera de lugar allí, en la ISF, y que transmitía una violencia contenida que yo nunca había visto en los colegios internacionales caros; Aldo no-sé-qué, que se sentaba lo más cerca posible de Ariel y siempre estaba de acuerdo con ella (ella lo maltrataba y le concedía o negaba su atención según su humor); Rick Tompkins, un jugador de fútbol engreído y fornido, y al final estaba Lily Brevet, monísima con sus trenzas y sus grandes pechos.

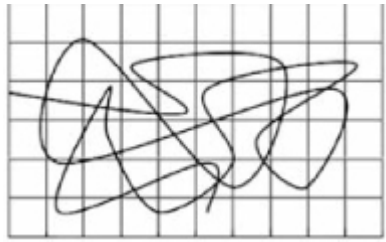
Un día, a principios de curso, el señor Silver dibujó en la pizarra un garabato. Lo copié en mi libreta, una libreta que todavía conservo. Durante aquellos meses, anotaba todo lo que podía. Me imaginaba que rodaba una película: la cámara avanza desde los árboles del fondo, se desliza en el interior del aula; el señor Silver en su escritorio; entonces él levanta la vista; y empieza.

Yo escuchaba. Hacía bocetos de todos. Anotaba día a día los diálogos, que ahora son como una especie de mapa intrincado.

En la primera página figura esto:

LO QUE EXISTE.

Debajo de ese dibujo, a solo unos centímetros, tengo el mismo dibujo, pero esta vez con una rejilla superpuesta encima:



LO QUE NOS EMPEÑAMOS EN CREER QUE EXISTE.

—Los existencialistas creen, poco más o menos, que el mundo humano es así —dijo, señalando el garabato—. ¿Qué es lo que dice Sartre sobre el abrecartas?

Era la primera vez que hacía una pregunta directa a la clase. No recuerdo si yo sabía lo que había dicho Sartre acerca del abrecartas, pero sí sé que no respondí a la pregunta.

Colin White levantó la mano.

—Colin…, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Dos cosas antes de que respondas a mi pregunta. Primera, no hace falta que levantes la mano. Segunda, no me llames «señor». Me da repelús.

Nos echamos a reír.

—Sartre no habla de un abrecartas, señor, habla de un cortapapeles.

El señor Silver asintió, sonriendo.

—Tienes razón, Colin. Gracias por la precisión. ¿Te das cuenta, aun así, de que son dos nombres de la misma cosa?

—Sí, señor.

—¿Para qué hacer la observación, entonces?

—Usted nos pidió que lo corrigiéramos, señor.

—Así es, en efecto. También te he pedido hace un momento que no me llames señor y, sin embargo, tú lo has hecho tres veces más desde entonces.

—Es una costumbre, señor. Perdón.

Recuerdo aquel diálogo entre ellos porque el señor Silver consentía a Colin. Habría sido mucho más fácil quitárselo de encima, hacer caso omiso de sus preguntas, decirle que cerrara el pico. Pero él le seguía el juego. Los profesores, según mi experiencia al menos, no solían hacer eso. No bromeaban con el payaso de la

clase. Ellos trataban siempre de llegar a alguna parte antes de que sonara la campana. No tenían la confianza necesaria para arriesgarse a que uno de nosotros demostrase ser más listo que él.

El señor Silver no trataba de llegar a ninguna parte. No daba la impresión de que le preocupase terminar el capítulo o concluir siquiera la conversación que habíamos iniciado.

—¿Qué hay del garabato, señor Silver? —preguntó Hala, exasperada por aquel diálogo.

Él sonrió y miró a Colin de nuevo.

—¿Ya está?

Colin asintió.

—Antes de que nos ocupemos del garabato, hablemos del cortapapeles (para ser fieles al texto traducido). Hala, ¿qué dice Sartre sobre el cortapapeles?

—Dice que un abrecartas —sonrió, coqueta—posee una esencia antes de existir.

—Exacto. ¿A diferencia de?

—A diferencia de mí.

—Lo cual significa…

—Significa que, de acuerdo con Sartre, nosotros no tenemos esencia antes de existir. Significa que nosotros, a diferencia de un abrecartas o un cortapapeles, estamos aquí sin un, no sé, sin un plan preconcebido que diga para qué estamos aquí.

El señor Silver asintió lentamente y le sonrió.

—Exacto —dijo, haciendo una pausa teatral—. ¿Y por qué eso es relevante o tiene el menor interés? ¿Por qué ha de importarnos? ¿Cuáles son las consecuencias de esta idea? ¿Qué tiene que ver con nuestras vidas? ¿Por qué habría de tener motivos Sartre para defender el existencialismo? Después de todo, su propósito inicial al dar esta conferencia era hacer una defensa del existencialismo.

Colin respondió de inmediato.

—¿Por qué hemos de dar por supuesto que tiene el menor interés, que debería importarnos, que tiene consecuencias, que tiene algo que ver con nuestras vidas?

Dicho eso, se echó hacia atrás, cruzó los brazos y arqueó las cejas.

El señor Silver lo miró. Todos lo miramos. Le sostuvo la mirada; luego, poco a poco, se insinuó en sus labios una sonrisa.

—¿Alguien quiere responder a las preguntas de Colin?

—Porque, colega, de entrada supone negar totalmente la existencia de Dios.

Esa era Lily, que se había pasado el rato sentada a mi lado

dibujando lazos en su cuaderno. Lily, con sus largas faldas de estilo *hippie* y sus suéteres enormes, con su bolso de cáñamo y sus trenzas siempre cambiantes, volvió a bajar la vista hacia su dibujo, meneando la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

Ella dijo su nombre sin levantar la vista y con las mejillas encendidas, como si se sintiera avergonzada por su vehemente explosión.

—Continúa, Lily —dijo el señor Silver mirando a Colin, que tenía la vista fija en el techo.

Lily inspiró y por primera vez miró directamente a Colin. Esperó a que le devolviera la mirada. Él lo hizo por fin, encogiéndose de hombros y abriendo mucho los ojos con aire agresivo.

—Mira, tío. Si no hay ningún plan previsto para nosotros antes de que hayamos nacido, entonces, o Dios no existe, o es que está haciendo el gilipollas con nosotros. Perdón.

Silver meneó la cabeza.

—Continúa. Di lo que tengas que decir.

—Vale. Así que, si Dios no tiene un plan para nosotros, o simplemente no existe, hay un montón de gente que va a cabrearse. Esa es una. Y la otra es que, si Sartre tiene razón, si resulta que estamos aquí y no hay ningún motivo, entonces estamos bien jodidos. Perdón.

Nos echamos a reír, entusiasmados ante la novedad de soltar tacos en clase. Silver se encogió de hombros.

—¿Alguien quiere añadir algo? ¿Tiene razón Lily? Aceptemos como hipótesis de trabajo que Sartre está en lo cierto, que no hay ningún plan e incluso que Dios no existe. ¿De veras estamos, como dice Lily, «bien jodidos»?

Sentado justo en la mitad de la clase, Abdul Al Mady, asintió nerviosamente con ojos desorbitados.

Silver se volvió hacia él.

—Parece que esto te interesa. Dime cómo te llamas.

—Abdul —dijo en voz baja—. Y, hummm, yo… no entiendo lo que está usted diciendo. Dios existe. Y no está bien decir que no existe. Claro que hay un plan. Está escrito. O sea…, está escrito.

—Ay, por favor —susurró Hala a su pupitre.

—Continúa —lo animó Silver.

—Bueno, en realidad ya está.

—La única persona que sugiere que Dios no existe es Sartre. Nosotros solo estamos considerando la posibilidad de que tenga razón como un medio para comprender su filosofía.

—Pero sí que existe.

—Ay, por favor.

—¿Hala? —Silver arqueó las cejas.

—Cabe la posibilidad de que no exista, Abdul —dijo ella.

Él asintió repetidamente y soltó un resoplido, pero, por lo demás, permaneció en silencio.

—Abdul —dijo el señor Silver—. Yo no sostengo que Dios exista o no exista. Estamos estudiando las ideas de otro, tratando de comprender sus ramificaciones, etcétera. Es importante considerar las ideas de otras personas, ¿no crees?

Él no respondió. Hala parecía a punto de explotar. Colin sonreía con sorna. Yo observaba a Silver. Ariel jugaba con un mechón y, volviéndose hacia Aldo, puso los ojos en blanco. Aldo sonrió y se apartó el pelo de los ojos. Cara miraba con aire comprensivo a Abdul. Jane fingía leer el texto de Sartre. Lily deslizaba su bolígrafo por la página con elegancia, mientras Rick escrutaba a Abdul con los ojos entornados.

—Mira la pizarra. Esto, según Sartre, es lo que somos cuando nacemos. Recuerda que yo no estoy diciendo que tenga razón o no; solo pretendo, Abdul, exponer sus ideas. Es decir, una vida informe y sin sentido. Nacemos en este mundo sin ningún propósito definido. Nadie ha dicho: «Hummm, ya sé lo que necesito para este trabajo, necesito una mujer y, zas, fue creada una mujer». Así es como surgió el abrecartas. Pero no es así, según Sartre, como nacen los seres humanos.

»Que conste que no voy a introducir cada afirmación que haga con un «según Sartre». Podéis dar por supuesto, a menos que diga expresamente lo contrario, que estoy explicando sus puntos de vista y los de todos aquellos cuyo pensamiento analicemos. Así que, por favor, no vayáis a casa y digáis a vuestros padres que soy un impío y un ateo que pretende convenceros de que vuestras respectivas religiones son absurdas.

Todo el mundo se rio, excepto Abdul, que seguía asintiendo una y otra vez. Extraña manera de disentir, pero era la suya.

—Así que este es el problema: nacemos en este mundo y tenemos que encontrar el sentido por nuestra cuenta, es decir, *«L'homme est condamné à être libre»*. ¿Alguien habla francés?

Levanté la mano.

—Gilad. ¿Nos lo traduces, por favor?

—«El hombre está condenado a ser libre.»

—Bien. ¿Y qué crees tú que significa eso?

Sentí que se me aceleraba el corazón y que me subían los colores

a la cara.

—Vamos, inténtalo, Gilad.

—La capacidad de elegir es una maldición.

—Chorradas. —Colin de nuevo.

Silver no le hizo caso.

—¿Por qué habría de ser una maldición? —preguntó. Recuerdo sus ojos fijos en mí. Me sentía superincómodo. Quería escapar, largarme de allí, pero también sentía un intenso deseo de defender al señor Silver.

—¿Según Sartre? —pregunté.

—Eso para empezar.

—Bueno, porque, si Dios no existe y tenemos libertad para decidir por nuestra cuenta, también somos responsables de esas decisiones.

Me sonrió con una expresión de orgullo, estoy seguro, y asintió.

—Muy bien expresado.

Me miró unos instantes y prosiguió.

—Bueno, si Dios no existe y somos responsables de nuestras decisiones, ¿por qué habría de ser eso una condena?

—Porque todo lo que hacemos es culpa nuestra —dijo Rick, escrutando con los ojos entornados los dibujos de la pizarra.

—¿Por qué culpa nuestra? Eso no acabo de verlo —dijo Ariel.

—Bueno, si Dios no existe, no es culpa suya —siguió Rick.

—Pero esas no son las únicas opciones. ¿Qué hay de nuestros padres, del entorno, de nuestras familias, del sitio donde nacemos, de las enfermedades y discapacidades? ¿No es absurdo decir que la culpa, o bien es de Dios, o bien es nuestra?

—No es eso lo que él está diciendo —dije.

Ella se volvió hacia mí.

—¿Cómo? —Parecía asombrada de que la contradijera.

Yo pensaba en cómo me gustaría tocarla.

Silver permanecía reclinado en su escritorio, observándonos con los brazos cruzados.

—Lo que Rick acaba de decir… Te llamas Rick, ¿no? —pregunté.

Rick había dejado de mirar la pizarra y me estudiaba con la misma expresión con la que había estudiado los diagramas.

—Lo que ha dicho Rick es que todo lo que hacemos es culpa nuestra. Eso a mí me parece rigurosamente cierto. No importa lo que hagan nuestros padres para ganarse la vida, ni dónde nos hemos criado, ni las enfermedades que tenemos. Seguimos siendo responsables de lo que hacemos.

—Ya, lo que tú digas —dijo Ariel.

Silver se apartó del escritorio y la miró con frialdad.

—Dime otra vez cómo te llamas.

—Ariel, señor Silver.

Parecía sorprendida de que no lo recordara.

—Ariel, eso es. Puedes coincidir o no con Gilad, pero «Ya, lo que tú digas» no es una respuesta apropiada. Gilad ha hablado con claridad y respeto. Ese modo de desdeñar sus palabras no hace más que delatar tus propias deficiencias. No vuelvas a hacerlo. Por favor.

Hubo un largo silencio. La cara pálida de Ariel se había vuelto toda roja.

—Si tienes algo inteligente que decir, haz el favor de decirlo.

Ella frunció los labios y lo miró alzando las cejas.

—Vale, de acuerdo. —Sonrió—. Lo siento, tiene usted razón.

Lily intervino de nuevo.

—Bueno, ¿qué pasa con el garabato?

Silver se echó a reír.

—El garabato —dijo, apartando al fin la vista de Ariel— representa cómo son las vidas humanas: carentes de sentido y de propósito, insignificantes, desprovistas de orden.

—Qué desastre —dijo Lily.

—Quizá —respondió él, y dibujó una rejilla sobre el caótico garabato—. Entonces, ¿qué es esto?

Yo lo sabía.

Lo miré, rezando para que me preguntara. Hasta que lo hizo.

—Es lo que nosotros pretendemos que es la vida.

—¿Por ejemplo?

—¡Ah! —exclamó Hala—. La religión sería la rejilla.

—Más ideas.

Lily levantó la vista de su cuaderno.

—Entonces, todo lo que hacemos, o sea, comer con el tenedor en la mano izquierda y el cuchillo en la derecha, pongamos, ¿toda esa mierda sería la rejilla?

Él sonrió.

—¿Qué más?

—La universidad. El trabajo. Las leyes. Las notas —dijo Rick con rabia, mirando la pizarra.

—¿Cómo? ¿Es que esas cosas no existen?

—No, sí existen —dijo Hala—. Solo que existen porque nosotros hemos hecho que existan. Quiero decir, hemos creado las leyes para poder acariciar la idea de que todo tiene sentido. Nos encanta verlo todo en orden. Es lo que tiene la religión, Abdul. La religión hace

que nos sintamos como si todo estuviera perfectamente organizado. Como si todo tuviera sentido. Como si no hubiera otra respuesta.

—Es que no hay otra respuesta —dijo Abdul con la vista fija en su cuaderno.

Entonces sonó la campana y yo escribí al final de la página: «Abdul dice que no hay otra respuesta».

—Buena clase —dijo el señor Silver, apoyándose en su escritorio —. Nos vemos mañana. Volved con ganas.

Cuando levanté la vista, me sonrió.

Apenas hablé durante el resto del día. En las otras clases no me pidieron que dijera nada, salvo mi nombre.

Almorcé solo en la mesa de picnic, bajo el pino.

Rick pasó por delante y me hizo un gesto.

Cuando me crucé con Lily en el pasillo, sonrió y dijo:

—Eh, colega.

En el autocar me senté solo.

Estaba agitado. Nervioso. Estaba enamorado: tal como te enamoras de un actor o de un tipo subido a un escenario con una guitarra. Es instantáneo, una combinación de celos y deseo. Una necesidad imperiosa. Deseas cambiar por completo.

Aquel día, mientras bajaba del autocar y recorría el bulevar, quería poseerlo: ser él. Hacer que volviera a sonreírme. Quería tener razón. Quería luchar por él.

Quería combatir contra cualquiera que no estuviera de su lado. No era nada complicado. Al principio el amor nunca lo es.

MARIE

Me pasé el verano pensando en él. Estuvimos todo el tiempo en nuestra casa de Biarritz y pensaba en él todos los días. Al principio parecía flotar, pero esa sensación se acabó enseguida y luego ya solo me sentía sola y avergonzada. Repasaba aquella noche una y otra vez y me moría de vergüenza pensando en mi modo de comportarme. Me pasaba el día tumbada al sol, en la playa, decidida a estar bien guapa cuando volviera al colegio. Mi hermana estuvo con nosotros unas semanas y poco me faltó para contarle lo sucedido. Ariel se había ido a Estados Unidos con su familia. No la echaba de menos.

Salvo cuando vino mi hermana, me pasé la mayor parte del tiempo sola. A veces almorzaba con mi madre. Pero más bien procuraba evitarlo. Ella había empezado a recortar fotos de *Vogue* y a dejármelas encima de la cama. Al volver de la playa, me las encontraba allí esparcidas. Sin una nota ni nada. Solo aquellas modelos mirándome desde la cama. Yo las tiraba sin más, pero al día siguiente me encontraba otras. Mi madre nunca me dijo nada y yo tampoco a ella. Pero desde que empezó con esa historia, procuraba evitarla al máximo.

La verdad, yo nunca había pensado mucho en el sexo; quiero decir, el sexo nunca me había interesado. Nunca había sentido un deseo real. Formaba parte de mi vida, eso sí, en el sentido de que era un tema de conversación constante en el colegio, y también con Ariel, pero no tenía nada que ver conmigo físicamente. Ariel siempre andaba pregonando lo cachonda que estaba. Yo nunca sentía nada parecido. O sea, antes de Colin el sexo era una abstracción para mí. Y después, durante mucho tiempo, apenas sentí mi cuerpo. Como si estuviese ausente.

Jamás me había masturbado. Jamás había tenido un orgasmo. Jamás. No hasta aquel verano, cuando empecé a pensar en él en la cama mientras escuchaba el rumor del océano. Y luego, durante el día, con los dedos hundidos en la arena caliente, me imaginaba que me besaba. Tendida sobre mi toalla, o sea, en pleno día, me imaginaba sus manos sobre mi cuerpo y sentía una oleada caliente que me subía por los muslos y me ardía entre las piernas, mientras los pezones se me erizaban palpitantes. Suspiraba de deseo. Toda,

continuamente.

Colin. Acabamos juntos, no sé bien cómo. Estábamos todos bebiendo en el Champ de Mars, Colin también. Los dos estábamos borrachos y acabamos besándonos por ahí, en un banco y, bueno, empezamos a andar juntos. Simplemente. La cosa duró un tiempo y él era agradable conmigo. O sea, no estaba mal. Solía decirme lo que debía ponerme para ir al colegio y yo le hacía caso. Vaqueros, camisetas ceñidas, esa clase de cosas. Al cabo de unos meses empezó a sacarme de quicio. Era agresivo y se empeñaba en que practicáramos sexo. Yo en principio no tenía nada en contra, pero no me gustaba aquella presión, y él no paraba de darme la lata. No sé si estaba preparada o no, pero él insistió e insistió y un día lo hicimos en mi habitación cuando mis padres habían salido.

Fue horrible. Quiero decir, todo en él era duro. Sus labios, su cuerpo, su cara, incluso su modo de tocarme. Todo él. La cosa fue muy rápida, y en la toalla que había colocado debajo había una pequeña mancha de sangre.

Nada más.

Colin estuvo bien por un tiempo. Normalmente era agradable conmigo y a veces resultaba divertido. Luego, una noche, después de una obra de teatro del colegio —un musical, *Mame*—, tomamos juntos el autocar. El nuestro era uno de los últimos y no iba muy lleno. Nos sentamos al final de todo, donde quedábamos ocultos detrás de los asientos. Había diez o quince chicos más en la parte de delante y nosotros estábamos solos allí detrás. Él me había estado insistiendo para que se la chupara. No paraba de darme la lata.

Y esa noche se pone otra vez a hablar de lo mismo, a cuchichearme en la oscuridad, y al final yo le digo: «Vale, de acuerdo, lo haré». Pero él quería decir allí mismo, en el autocar. Y venga insistir e insistir y, al final, le digo que sí, que voy a hacerlo. Se baja los vaqueros, se saca el pene y lo tiene duro. Entonces empieza a empujarme la cabeza hacia abajo con la mano y yo me meto un trocito en la boca y me pongo a respirar por la nariz, como me ha explicado Ariel, pero me siento mareada, como si estuviera ahogándome, y él ahora me ha cogido el pelo con los puños y no me suelta y empuja hacia arriba con las caderas. A mí me entra pánico y empiezo a respirar más y más deprisa por la nariz. Intento parar, pero me tiene cogida la cabeza con las manos y se me mete en la boca por la fuerza. A mí me da miedo hacer ruido. Tengo la sensación de que voy a ahogarme, de que me estoy asfixiando, de que voy a morirme allí mismo, y aun así no soy capaz de hacer

ningún ruido. Sacudo la cabeza, le hundo las uñas en el muslo y trato de zafarme, de apartar la boca, de decirle que pare, pero no puedo, por mucho que haga, él es demasiado fuerte y no logro zafarme y estoy llorando y no puedo respirar.

Estaba mareada, como a punto de desmayarme. No paraba de temblar. Y entonces va y se corre, y en cuanto lo noto en la boca me da como una arcada y vomito un poco en su regazo, y él hace un ruidito entonces, un ruido que nunca olvidaré, de repugnancia y de censura. Me suelta y yo levanto la cabeza y me seco la boca y la cara con la manga del suéter. «¿Qué coño pasa, Marie?», dice. Yo ni lo miro. Me quedo con los ojos clavados en el respaldo, llorando y llorando sin parar; me chorrea la nariz, pero sigo sentada muy erguida, como mi madre habría querido, y procuro no respirar. Me concentro en un punto fijo y solo pienso en llegar a casa y en meterme en la ducha.

Él continuaba hablando, sacudiéndome el hombro y diciendo: «¿Qué pasa, Marie, qué pasa? ¿Por qué estás llorando?» Como si no tuviera ni puta idea. De todos modos, había dejado de escucharlo. Al cabo de un rato ya ni siquiera oía lo que decía. Cuando el autocar paró en mi esquina, me bajé y eché a andar. No sé si me siguió.

Llegué a casa, cerré la puerta y subí. Me quité la ropa y me metí en la ducha. No volví a hablarle nunca más.

WILL

Estaba comiendo en la mesa de picnic, bajo el pino, cuando apareció Mazin y se sentó frente a mí. Había crecido durante el verano y parecía mucho mayor.

—Colega, echo de menos su clase. Ahora no soporto la literatura. Voy a morirme de aburrimiento.

—Venga ya, Maz. Solo has de acostumbrarte. Dale una oportunidad.

—No, tío, de veras. No tiene ningún sentido. No hablamos de…, bueno, de cosas. Todo consiste en analizar párrafos y mierdas. Echo de menos nuestras charlas.

—Ahora mismo estamos teniendo una.

—Sí, ya, en mi hora libre. No me convence.

—Me halaga que pierdas tu hora libre conmigo, Maz.

—Bueno, no se emocione demasiado. En fin, Silver, el colegio es una pérdida de tiempo.

—¿Una zanahoria?

—No, tío, no quiero ninguna zanahoria. Quiero saber por qué no debería largarme a Los Ángeles y montar mi propio grupo.

—¿Quién dice que no?

—Por favor. Todo el mundo.

—¿Te das cuenta, supongo, de que esta es una conversación agotada? Tú sabes muy bien lo que voy a decirte. Es el colmo del aburrimiento.

—No, no lo sé. Usted sí es el colmo del aburrimiento. ¿Qué va a decirme?

—Ya lo has oído otras veces, Maz.

—Venga, diga. Por favor.

—No hay nada que decir. ¿Quieres irte a Los Ángeles y montar un grupo? Ve. Y si no, cierra el pico y haz los deberes.

—¿Nada más? ¿Ese es su consejo?

—¿Estabas pidiéndome consejo?

—Obviamente.

—Mira, Maz, ya te lo he dicho mil veces. Uno hace lo que considera correcto. Pero se trata de hacer lo que crees correcto, no de hablar sobre ello. ¿Entiendes?

—¿Me está diciendo que debería dejar el colegio?

Me puse a reír.

—Sabes muy bien lo que estoy diciendo.

—Ya.

—Quizás irte a Los Ángeles para convertirte en una estrella de rock no sea la mejor alternativa a hacer los deberes.

Se levantó, sonriendo.

—Me alegra que todavía podamos mantener estas charlas, tío. Usted nunca me decepciona. He de irme a clase. Le avisaré si decido largarme a Los Ángeles.

Me estrechó la mano con torpeza. Ya se habían acabado los abrazos.

—Paz, señor Silver.

Esa tarde fui con Mia al Marché d'Aligre y compramos cosas para la cena. Comimos unas ostras, nos entretuvimos en Le Baron Rouge bebiendo más vino de la cuenta y volvimos por fin a su piso. Me senté en la barra que separaba la diminuta cocina de la sala de estar y la observé mientras cortaba las pequeñas patatas rojas en cuatro.

Me sentía bien allí esa noche, mirándola cocinar, poniendo la mesa, siguiendo sus instrucciones, esperando a nuestros invitados. Abajo, en el amplio patio empedrado, un grupo de chicos jugaba al fútbol y, con cada gol, nos llegaba un gran bullicio. Me asomé a la ventana a mirar el partido.

Mia abrió una botella de vino y me trajo una copa.

—Salud —dijo.

—Salud.

—Cada vez oscurece más temprano.

Asentí.

—Digo las mismas cosas cada año —murmuró.

Un chico con camiseta verde marcó un gol, alzó los brazos, dio una vuelta triunfal y luego desapareció en el interior del edificio. El partido se disgregó rápidamente y muy pronto el patio quedó vacío y en completo silencio.

No conocíamos demasiado a Séb y Pauline, pero Mia siempre estaba intentando hacer amistad con franceses, los cuales, para su sorpresa y decepción, resultaban bastantes difíciles de conocer. Así que, después de salir los cuatro de copas unas semanas atrás, los llamó y los invitó a cenar.

En esa época se tenía la sensación de que quedar a cenar con otros norteamericanos era una especie de fracaso, de que la experiencia más pura y auténtica se daba siempre con los franceses,

y Mia estaba muy contenta de haber conocido a unos parisinos que le caían bien. Había tomado clases de cocina y se había convertido en una cocinera dotada y segura de sí misma. Aquella iba a ser la primera cena que preparaba para una pareja francesa y estaba muy ilusionada.

—¿Te das cuenta, Will, de que esta es una de las grandes fantasías?

—¿Qué fantasías?

—Las grandes fantasías de París. Preparar una cena francesa, para unos amigos franceses, en mi piso parisino.

—Bueno, te va a salir de maravilla.

—Gracias, William. —Me sonrió.

—Ya están aquí —dije.

Séb y Pauline habían empujado la pesada puerta de madera, por la que se coló una breve oleada del ruido de la calle antes de que volviera a cerrarse.

—*Salut* —gritó Mia desde la ventana.

Ellos nos saludaron y cruzaron tomados de la mano el patio, donde resonaban huecamente sus pisadas. Mia volvió a la cocina y yo fui a abrirles.

Los tres estuvimos bebiendo vino mientras ella espolvoreaba con harina los lenguados y fundía la mantequilla en una sartén.

Comimos en la pequeña mesa de la sala de estar. Mia se empeñó en que todos nos sentáramos antes de servirnos y entonces nos fue entregando, uno a uno, los platos de lenguado a la *meunière* y unos cuencos llenos de patatas asadas. Séb, que trabajaba para un distribuidor de vinos, abrió una de las tres botellas de *chablis grand cru* que había traído.

—Por las nuevas amistades —dijo Mia, alzando su copa. Tenía la cara arrebolada por el calor de la cocina y le caían algunos mechones sobre la frente.

—Por las nuevas amistades —repetimos los demás, chocando las copas.

Al terminar la cena, después de los chistes inevitables sobre que había pocos norteamericanos que fueran capaces de cocinar y pocos parisinos capaces de sonreír, y tras comentar el valiente desafío que Chirac le había planteado a George Bush, Mia preguntó a Séb y Pauline cómo se habían conocido.

—Fue de lo más sencillo —dijo Pauline—. Estábamos en un café. Los dos solos en la barra, tomándonos nuestros cafés y leyendo nuestros periódicos. Séb me sonrió. Yo le devolví la sonrisa. Él dijo *bonjour* y ya está. Estamos juntos desde entonces.

Le puso a Séb la mano en la nuca y le pasó los dedos por el pelo.

—Ella me sonrió a mí —dijo él—, pero todo lo demás es cierto.

Pauline miró a Mia y puso los ojos en blanco.

—¿Cuánto tiempo hace? —pregunté.

—Casi nueve años —dijo Pauline—. Yo acababa de terminar la carrera de derecho.

—¿Y vosotros? —preguntó Séb—. ¿Cómo os conocisteis?

—Ah, no, nosotros… —empezó Mia.

—No estamos juntos —dije.

Los dos se rieron.

—¿En serio? —Pauline parecía asombrada.

—Amigos —dije.

—No te creo —dijo Séb.

—*Moi non plus*. —Pauline sonreía.

—Es cierto. —Mia alzó la vista.

Pauline, nada más ver sus ojos, dejó de sonreír.

—Nosotros lo habíamos dado por supuesto.

—No sois los primeros —dije.

Mia empezó a quitar la mesa y Pauline la siguió. Mientras hablaban en la cocina, Séb apoyó los brazos en la mesa y se inclinó hacia mí.

—*Mais pourquoi?* —preguntó, como si yo estuviera loco.

—*C'est ma faute* —respondí—. *Je sais pas*.

Me miró largamente y meneó la cabeza.

Cuando se fueron, me puse a lavar los platos mientras Mia se terminaba la segunda botella de vino sentada frente a la barra. Al cabo de un rato la sentí a mi espalda. Yo tenía las manos sumergidas en el agua tibia. Ella me rodeó la cintura con los brazos. Me estrechó hacia sí y me besó en la nuca.

—Mia.

Ella giró la cabeza, la apretó contra mi espalda y nos quedamos así, sus brazos en mi cintura, mis manos en el agua.

Mientras volvía a pie a casa, sentí esa opresiva sensación de aislamiento, de soledad física que se apoderaba de mí cada invierno. Era como si me hubieran inyectado algo frío y viscoso. Lo notaba expandiéndose por todo mi cuerpo y acumulándose pesadamente en el centro de mi pecho. Era una sensación amarga y demoledora, y me asustaba.

De vez en cuando me cruzaba con Marie en el pasillo y ella me dirigía una mirada de complicidad. En aquellos primeros días de curso, le sostenía la mirada al cruzármela y sentía una ligera oleada de deseo. Nada más. No pensaba en ella ni me sentía muy tentado. Ella fruncía los labios, agitaba el pelo y erguía sus pechos. Adoptaba gestos de una mujer mayor y más segura de sí misma, cosa que a mí no me atraía nada.

En la mañana del 4 de octubre me encontraba en la estación de *métro* de Odéon, esperando mi tren. Eran casi las ocho. La gente se agolpaba alrededor leyendo el periódico, consultando el reloj.

Llevaba unos diez minutos allí cuando se me acercó un hombre de mi edad. Los trenes iban con retraso ese día.

—*Pardon* —dijo—. *Excusez-moi, ça fait longtemps que vous attendez?*

Más alto que yo, iba con traje, con un abrigo negro y una bufanda gris pasada con dos vueltas en torno al cuello. Me impresionó su aspecto. Todo en su sitio. Todo calculado. Era una cualidad que, antes de trasladarme a París, yo asociaba con las mujeres elegantes. Me admiraban esos hombres parisinos con su precisión y su atención a los detalles.

Iba del todo afeitado y con unas gafas rectangulares de fina montura. El pelo lo llevaba muy corto.

—*Dix minutes environ* —dije.

Me dio las gracias, miró el reloj y resopló con los labios cerrados: un gesto nacional que venía a reconocer que la vida es y será siempre así. Entonces sonó el traqueteo del tren.

—*Le voilá*.

—*Enfin* —dije, sonriendo.

El tren entró a toda velocidad. Justo en ese momento percibí un movimiento fulgurante detrás, a la izquierda. Y súbitamente el hombre salió disparado hacia delante. El tren impactó contra su cuerpo con un golpe sordo y el tipo desapareció en el acto.

Alguien gritó. Aparté la mirada y retrocedí un paso, volviéndome rápidamente hacia la izquierda, y vi a un tipo alto y desastrado que estaba solo. Nos miramos a los ojos sin pestañear. No me moví. Él me hizo un gesto con la cabeza, como si de algún modo yo estuviera implicado, dio media vuelta y empezó a caminar hacia la salida. Vi que se alejaba y me imaginé que me echaba sobre él y lo derribaba.

Oí un estrépito de pasos detrás, procedentes del otro extremo del andén. Alguien pasó corriendo y embistió al tipo por la espalda.

Sonaron más gritos.

No hice nada.

La estación se llenó de policías enseguida.

Yo sudaba copiosamente. Y entonces vi a Gilad en el andén. Había estado esperando el mismo tren. Me miró mientras me acercaba. Me detuve frente a él.

—¿Lo has visto?

—Sí —murmuró.

—Vamos —dije.

Caminamos hasta los jardines de Luxemburgo y nos sentamos en un banco bajo los árboles. No había nadie. Hacía mucho frío. Yo tenía náuseas. Llamé al colegio y expliqué lo ocurrido, que no podría llegar, que haría falta un suplente, que Gilad estaba conmigo y tampoco iría a clase, que el *métro* estaría fuera de servicio un buen rato.

Después de la llamada no sabía bien qué hacer, así que nos quedamos allí en silencio, en aquel gélido parque. Aún seguía viendo al hombre con su bufanda, sus delicadas gafas y su ropa inmaculada. Pese a que no las había visto, me imaginé sus uñas. Seguro que debía llevarlas impecablemente cuidadas.

«Ça fait longtemps que vous attendez?»

«Ça fait longtemps que vous attendez?»

«Ça fait longtemps que vous attendez?»

«Le voilà.»

Pensé en sus gafas, en si estarían rotas. Repasé el momento de su muerte una y otra vez. Escuché el sonido del tren al impactar contra su cuerpo, como el ruido de una pesada bolsa de lona estampándose sobre un suelo de cemento.

Mi teléfono sonó varias veces, pero no respondí. Debían de querer que les pasara el programa de la clase.

Finalmente, me levanté. Gilad alzó la vista con la misma expresión que tenía en el andén. Como diciendo: «¿Y ahora qué?»

—Por aquí cerca hay un café que me gusta.

Ocupamos una mesa del entresuelo y los dos pedimos *café crème*. En cuanto llegaron, rodeamos las tazas calientes con las manos.

—¿Lo has visto? —pregunté.

—Sí.

—Quiero decir, ¿has visto cómo ocurría?

—Sí.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí. No es la primera vez que veo algo brutal, ¿sabe? Una escena de violencia. El hecho es que primero lo he visto a usted. —

Jugueteaba con la cucharilla, removiendo lentamente su café—. Lo he visto allí de pie. Lo he reconocido y estaba pensando en acercarme y saludarlo, o algo así. Y entonces he visto a ese vagabundo. Se movía de un lado para otro, y de pronto se ha dado la vuelta y la ha embestido. Desde donde yo estaba, parecía que fuera a empujarlo a usted. O sea, podría haber sido usted.

Asentí.

—De hecho, he pensado que era usted, ¿sabe? Quiero decir, cuando el tipo se ha lanzado, yo lo he visto a usted, no al otro hombre. O sea, como si el tren lo embistiera a usted.

El chico, que llevaba la cabeza rapada y tenía los ojos de un azul oscuro, se mordía las uñas y me lanzaba miradas fugaces para volver a concentrarse en su taza de café. Estaba esperando que dijera algo, pero yo no sabía qué decirle.

No había pensado en lo cerca que habíamos estado.

—Es horrible, señor Silver. Pero me alegro de que no haya sido usted.

Le sonreí.

—Me gustaría tener algo importante que decirte, algo que proporcionara una explicación, pero no se me ocurre nada.

—No hay nada.

—¿Crees que no hay nada? —le pregunté, mirándome las manos, escuchando el ruido una y otra vez.

«Ça fait longtemps que vous attendez?»

—No, no lo creo. No lo creo en absoluto. Creo que así son las cosas, sencillamente. Estoy de acuerdo con Sartre.

—¿Dios no existe?

—Dios no existe.

—No resulta muy estimulante.

—Cómo, ¿usted cree en Dios, señor Silver?

—No lo sé.

Aquel hombre con su elegante abrigo, aplastado por el tren.

—No —dije—. Estoy contigo. Contigo y con Sartre.

—Me gusta su clase, señor Silver. ¿Sabe?, quizá he aprendido más en un mes que en todo el tiempo que llevo estudiando.

—Muy amable de tu parte, Gilad. Gracias. Tú no hablas demasiado. No es fácil deducirlo.

—Bueno, pues sí, me gusta su clase. Creo que, en cierto modo, ha servido para que lo de hoy tenga más sentido. Lo comprendo mejor de alguna manera. No sé si me entiende.

—¿De veras? No, yo no. No sé. No lo comprendo.

—Supongo que he dejado de pensar que el mundo debería tener

sentido. Eso hace que ya no te sientas decepcionado. Ya me entiende, como cuando te pasas la vida buscando una explicación lógica y tal. Quiero decir, hace mucho que no creo en Dios, pero hasta este año había creído, aun así, que existía una especie, bueno, de sistema, como un equilibrio universal o algo parecido. Digamos, si doy cierta cantidad, recibiré cierta cantidad. Supongo, no sé, que siempre he creído que al final sería recompensado solo por ser buena persona. O bueno, no exactamente, ni siquiera por ser buena persona, sino solo, cómo decirlo…, solo por sufrir.

Pareció avergonzarse de su última frase y la desechó con un gesto, como borrándola.

—En fin, no sé.

Asentí.

—¿Por sufrir?

—No, olvídelo.

—Cuéntame.

—Bueno, no sé, como todas las mierdas que has de aguantar. Los problemas que tiene una persona, sean cuales sean. Supongo que siempre he tenido la idea de que si resistes, ¿entiende?, si te comportas como es debido y cuidas de ti mismo, no sé, en fin, que si aguantas sin convertirte en un gilipollas integral, al final recibes una recompensa.

—¿De quién?

—No sé…, ¿del universo?

Asentí.

—¿Y ahora ya no lo sientes así?

—No. Tiene mucho más sentido pensar que haces lo que puedes; quiero decir, teniendo en cuenta lo que la vida te ha dado. Y luego ya solo es cuestión de esperar que todo salga lo mejor posible. Ahora, toda esa idea de que te mereces algo, una especie de premio, no sé… En plan, ¿qué nota tengo?, ¿un diez? Venga ya, señor Silver.

Me gustaba Gilad. Parecía un chico tremendamente solitario. Rara vez sonreía, y cuando lo hacía era con aire cínico y sagaz ante algún comentario que encontraba idiota.

Mi corazón ya se había serenado y las oleadas de náusea se me habían pasado, dejándome débil y aterido. El sol entró por la vidriera del café, iluminando su interior. Guiñé los ojos y volví la cabeza. Casi era mediodía. Llevábamos allí sentados mucho tiempo sin decir una palabra ninguno de los dos.

Inspiré hondo. Sentí otra vez que debía decirle algo. Pero por deprimido que lo viese, no tenía nada que ofrecerle.

Esa noche me quedé hasta tarde en La Palette. Estaba sentado en el rincón, junto a la ventana, desde donde dominaba todo el local. No había mucha gente; solo un par de parejas y un grupo de chicas que se reían a carcajadas y bebían champán. Le había pedido una cerveza tras otra al camarero de barba blanca que siempre me llamaba *mon vieux* y que me estrechaba la mano cuando cruzaba la puerta. Finalmente, las chicas se levantaron y se fueron, llevándose con ellas cualquier atisbo de esperanza que quedase aún en la noche.

Yo seguía esperando que sucediera algo. Y entonces, increíble, maravillosamente, sucedió. Mi teléfono móvil vibró con un mensaje de Marie. «Estoy cerca. ¿Me paso?»

Aguardé un rato, fingiendo que sopesaba mi decisión. En cuanto me pareció que ya había pasado un tiempo suficiente, le respondí, pagué la cuenta, me despedí y volví a casa a pie.

Marie no tardó en subir al piso. El pelo largo y oscuro. Demasiado maquillaje. Una camiseta negra ajustada. Una falda corta de color verde pálido. Hacía equilibrios torpemente sobre unos altos tacones.

—Siéntate.

Tomó una silla y se sentó, dejando el bolso en la mesa.

—¿Sabe alguien que estás aquí, Marie? De verdad.

—Nadie. —Alzó los ojos y me sostuvo la mirada con firmeza y con una leve sonrisa en la cara.

Asentí. Olía a cigarrillos y alcohol. Algo dulce. Le brillaban los labios. Me la imaginé en la escalera aplicándose la barra de brillo con cuidado. La miré sin decir nada.

—¿No tiene frío? —Se abrazó a sí misma, estremeciéndose. Miró por la ventana abierta—. Ah, desde aquí ve la torre Eiffel —dijo, poniéndose de pie y acercándose un momento.

Me volví, sin levantarme de la silla. Ella regresó lentamente, mirando alrededor.

—Me encanta su casa.

—Bueno, ¿por qué has venido?

—¿Por qué me ha dicho que venga?

—Sentía curiosidad. ¿Por qué has venido? —volví a preguntar.

Ella estaba nerviosa; caminó hasta la encimera de la cocina y se apoyó en el borde, dándome la espalda. Tenerla allí me serenó. De repente, sentí que recuperaba el control, que podía respirar.

—¿Te gusta esto, Marie?

—¿El qué? —preguntó, dándose la vuelta.

—Mostrarme tu cuerpo como lo estás haciendo, dejando que te contemple.

Ella sonrió.

—¿Le gusta mi cuerpo?

—Sí.

—¿Qué es lo que le gusta?

La miré mientras permanecía en esa postura: los brazos extendidos detrás, los dedos en la encimera, los pechos turgentes. Contemplé absorto su cuerpo, ofrecido tan abiertamente. Y aunque sabía que ella estaba jugando a seducirme, yo mismo la recreé y la convertí en lo que deseaba.

—Te lo diré con toda exactitud. ¿Te gustaría?

Ella se sentó de un salto en la encimera y empezó a balancear las piernas.

—Sí —dijo.

Esperé un momento, estudié su rostro, busqué algún signo de temor. Pero solo vi una firme determinación.

—Me gusta la curva de tus pechos. Me gusta tu culo, esa manera tuya de moverte, como si el lugar al que te diriges fuera siempre el más importante del mundo. Me gusta tu pelo. Me gustan tus labios carnosos, tan llenos como tus pechos. Eso es lo que me gusta. De lo que he visto, vamos —dije.

Se había ruborizado y sus mejillas se veían aún más rojas a la luz de la lámpara del aparador. Antes de alzar la barbilla y empezar a hablar, parecía una niña recibiendo los elogios de un padre orgulloso. Allí estaban sus ojos suplicantes, su cara vuelta hacia mí. Hice todo lo posible para reprimir el impulso de cambiar de rumbo. Volvía a sentir aquella sorda opresión en el pecho, mi corazón empezaba a palpitar de nuevo, y la claridad mental de unos minutos antes se había desvanecido.

—Yo… —dijo.

—Espera —la interrumpí, y me fui al baño. Cerré la puerta, me puse frente a la taza del váter y me saqué la polla, que hacía un momento se me había empezado a poner dura y ahora notaba flácida en la mano. Oriné en el agua, cerrando los ojos.

Luego me planté ante la pila, evitando mirarme al espejo, me humedecí las manos con agua fría y luego me las pasé por la nuca.

Ella seguía sentada sobre la encimera, ligeramente echada hacia delante, de tal manera que le caía el pelo por la cara. Me apoyé en el quicio de la puerta del baño.

—¿Sabe para qué he venido aquí?

Meneé la cabeza. Ella dio un salto para bajarse y yo sentí que

todo se ralentizaba y que la noche se volvía más y más lenta, hasta que me pareció como si Marie flotase, como si sus brazos la propulsaran y sus piernas oscilantes la trajeran hacia mí. Vi que sus manos abandonaban el borde de la encimera, y cómo su cuerpo describía un arco en el aire. Cuando aterrizó, volví a respirar de nuevo. Ella me miró a los ojos.

—¿Sabe para qué he venido, señor Silver? Para follármelo.

Yo me reí, pero ella no se arredró.

—Así es —dijo, avanzando—. Por eso he venido.

Percibí de nuevo el olor a cigarrillos y aquel aroma dulzón, como de manzanas pasadas. Alcé la mano y deslicé los dedos por su melena; en la nuca era muy suave, pero al moverlos hacia fuera noté la rigidez del espray para el pelo. Me acerque aún más, de modo que mis labios quedaron a unos centímetros de los suyos. Ella respiraba aceleradamente; sus ojos brillaban con esforzada determinación, como si estuviera interpretando un personaje en el que no lograba meterse del todo.

Nos miramos: los dos en una habitación, en un edificio, en una ciudad del mundo. Yo estaba lo bastante lejos como para poder contemplarnos. Inspiré hondo. De repente su rodilla estaba entre mis piernas, sus brazos alrededor de mi cuello.

Me abrazaba estrechamente, con desesperación, gimiendo como si sufriera. Se dio la vuelta. Empezó a moverse arriba y abajo, frotándose contra mí, mientras mis manos abarcaban sus pechos y mi boca recorría su cuello. La envolví en mis brazos, estrechándola con fuerza, hasta que sus movimientos se ralentiza-ron un poco.

Girándose otra vez, me mordió el labio, recorrió con la mano la cremallera de mis vaqueros, notó mi erección y sonrió, victoriosa. La cogí del pelo, le eché hacia atrás la cabeza y le besé suavemente el cuello. Ella me apretaba la polla con los dedos. Metí la mano bajo su falda, le bajé un poco las bragas y la noté mojada. La acaricié con delicadeza, deslizando el índice entre los labios. Ella gemía, pero ahora de un modo gutural. Me estaba apretando con demasiada fuerza. Le aparté la mano. Ella abrió los ojos y me miró, asustada.

—Con cuidado —susurré, e introduje dos dedos en su sexo. Ella jadeó y soltó otra vez un ronco gemido.

—Oh, Dios —dijo en voz baja—. Joder.

Los metí aún más adentro y presioné su clítoris con la palma. La sujeté así, sin moverme apenas.

—No puedo más —dijo—. Quiero que subamos.

—Quítate la ropa —le dije.

Ella se separó, se quitó la camiseta por encima de la cabeza, puso las manos detrás y se desabrochó el sujetador.

—Eres preciosa.

—Quítate la ropa —me pidió.

Me quité la camisa mientras ella se bajaba la cremallera de la falda. Se quedó en bragas, mirándome. Me detuve.

—Sigue —dijo, sonriendo—. ¿Te da vergüenza?

Me desabroché los vaqueros y me los saqué. Ella contempló mi cuerpo.

—Todo.

Me bajé los calzoncillos y me quedé desnudo frente a ella.

—Ahora tú.

Ella dejó las bragas en el suelo. Me acerqué.

—Vamos arriba —susurré, llevándola hacia la escalera del altillo.

La seguí de cerca mientras ella subía, vacilante, los peldaños. Había dejado la ventana abierta y el aire era frío. Nos deslizamos en la cama y nos pusimos de lado, su espalda contra mi pecho. Rodeé su cuerpo cálido con mis brazos; ella dio un largo y lento suspiro. Sentí en ese momento una enorme sensación de alivio: el alivio físico de encontrar a alguien conmigo, de que me hubiera sido restituido algo que echaba en falta.

Continué abrazándola mientras olía su pelo y la acariciaba. Ella se abandonó completamente. Se aflojó. Y durante un rato permanecimos inmóviles. Nos llegaba el rumor de la calle, estallidos de risas y de cristales en el café de abajo. Notaba su respiración contra mi pecho. Seguimos inmóviles hasta que me deslizó la mano entre las piernas y se colocó dentro la punta de mi miembro. Empecé a moverme muy despacio hasta entrar del todo, hasta sentir la presión cálida, infinitamente suave, de su sexo alrededor del mío.

—Dios mío —dijo—. *Oui, c'est bien ça*.

Afuera seguía el alboroto. Un estallido. Gritos. Fragor de cristales. Un silencio. Y luego más risas en el café de abajo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

—Viernes por la noche. Vete a saber. Voy a ponerme un condón, Marie.

—Ay, Dios. Se me había olvidado. Date prisa.

Entré suavemente en ella. Ahora se había puesto boca arriba, con una mano en el pubis.

—Con cuidado —dijo, cuando me deslicé más adentro.

Empecé a moverme. Ella me clavó las uñas. Me detuve un momento, pero me pidió que siguiera.

—Por favor, no pares. Por favor —dijo.

Me atrajo hacia sí, sobre sus pechos.

—Quiero oír cómo te corres —dijo.

—¿Tan deprisa? ¿Y tú?

—Yo nunca me he corrido —dijo.

Y luego:

—Por favor. Quiero oírte gritar.

Mientras me movía más y más deprisa, me clavó las uñas en la piel, me mordió el hombro. Gemía con ese extraño y ronco gemido, cada vez más alto.

—Por favor —decía una y otra vez—, quiero que te corras.

Cuando al final grité, dijo: «Sí, sí», y empezó a acariciarme muy lentamente la nuca.

Esa muestra de ternura me sorprendió. Me sentí agradecido. Enseguida deseé que todo aquello no hubiera sucedido. Y sabía que volvería a suceder.

Nos despedimos en lo alto de la escalera; yo sin camisa, solo con los vaqueros. Me besó. Volvía a ser la chica llena de valor y entereza, con su bolso y una nueva capa de brillo de labios.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches. —Sonrió y meneó la cabeza—. Esto es una locura. Bueno, he de irme. Adiós, señor Silver. Me marcho.

Cerró la puerta y yo me quedé en la oscuridad de mi piso, sintiendo el viento frío y escuchando cómo se desvanecían sus pasos en la escalera. Cuando ya no la oí, me acerqué a la ventana.

Aún había varias personas en las mesas del bar Du Marché, iluminadas por la luz amarillenta del local. Marie salió a la calle, pasó por delante y caminó con paso vivo hacia el Boulevard Saint Germain.

Faltaba poco para que amaneciera e iba sola. Oí el redoble de sus tacones en la acera. Me pregunté adónde se dirigía y cómo llegaría allí. No se lo había preguntado y, al verla desaparecer por una esquina oscura, sentí una punzada de temor.

MARIE

Me había pasado el verano tumbada al sol pensado en él. Apenas comía. Estaba bronceadísima. Todo el mundo me decía lo guapa que estaba. Cuando mi padre vino unos días, me dio un beso en la frente y me dijo que estaba preciosa.

Incluso mi madre. El primer día de colegio, bajé de mi habitación con el holgado top negro con bordados que ella me había comprado en Isabel Marant. También llevaba el bolso que me había regalado. No una mochila: un bolso de mujer, un precioso bolso de cuero de Jerome Dreyfuss, tipo saco, que era una verdadera pasada y muy de su estilo.

Bajé las escaleras y ella se volvió.

—*Oh, Marie* —dijo, llevándose las manos a la cara con una sonrisa radiante—. *Oh, Marie, qu'est ce que t'es belle, ma chérie! Mon Dieu, qu'est ce que t'es belle*. —Creí que iba echarse a llorar. Y quizá sí le cayó alguna lágrima. Se acercó y me dio un beso—. *Oh la la, Marie. Oh la la. T'es belle*.

Me sentía tan feliz esa mañana… Nos sentamos las dos y nos comimos nuestras *tartines* con el café, y era como si todo fuera a cambiar, como si estuviéramos celebrando juntas el resto de mi vida perfecta. Ahora yo era hermosa. Y en el colegio, esperándome, estaba ese hombre, ese hombre tan tierno.

Durante el verano empecé a masturbarme. No simples experimentos nerviosos. Tomaba un baño y luego cerraba con llave la puerta de mi habitación. Me metía en la cama y, con las luces apagadas y las ventanas abiertas, escuchaba el rumor del océano al pie de los acantilados. Cerraba los ojos e imaginaba que él me besaba. Me sentía por completo dueña de mí misma. Como si en esas noches no hubiera separación entre mi cuerpo y yo. Estaba allí plenamente. Era como si estuviera borracha. Pronto aprendí a correrme. Ya no había marcha atrás. Todo el verano fue como una aventura amorosa.

Así que la sensación de bajar esa mañana y ver que mi madre me miraba de ese modo, o sea, totalmente satisfecha por primera

vez, que yo recordase, y después el hecho de sentarme con ella y desayunar juntas, sabiendo que ese mismo día iba a verlo a él… Bueno, fue como si todo se desplegara ante mí. Como si al fin, no sé, como si al fin algo hubiera cambiado.

Patético. ¿Cuál era mi plan exactamente? En aquel momento, sin embargo, todo parecía tener mucho sentido.

En el colegio, fue como si yo no existiera. Hacía todo lo posible para tropezarme con él, para pasar por su lado cuando estaba almorzando o para cruzármelo en el pasillo cuando iba a su clase. Naturalmente, no quería saber nada de mí. No actuaba con grosería, ni siquiera con frialdad. Me trataba como a los demás, como a cualquier otro alumno. Sonreía, quizá me sostenía la mirada unos segundos más de la cuenta, pero solo eso. Me dejó hecha polvo. Estaba totalmente sorprendida. Y después, furiosa conmigo misma por sorprenderme. Cómo podía haber sido tan idiota y demás, todo ese rollo. Pero en aquellas primeras semanas, o sea, durante el mes de septiembre, me sentí desconcertada y todo parecía ir de mal en peor.

Tenía planeado cortar con Ariel, apartarme de ella, abrirme poco a poco. Nada dramático. Me mantendría firme y distante. Pero cuando comprendí que él no iba a hacer nada de nada, que no daría ningún paso, volví a mi antigua vida. Me parecía una gran derrota, pero allí estaba de nuevo: en el piso de Ariel todos los viernes por la noche. Ella fingía compadecerme, pero era evidente que se alegraba. Lo peor era que ella estaba en su clase de literatura y lo veía todos los días. Me contaba lo fantástico que era como profesor, y también que no paraba de mirarla. Una vez me dijo: «Si lo consigo, te prometo que lo compartiré contigo, Marie nos montaremos un pequeño trío». Estuve a punto de darle un puñetazo.

Un domingo, en su piso, nos levantamos y descubrimos que sus padres estaban allí. Acababan de volver de un viaje y nos los encontramos en la cocina preparando tostadas y huevos revueltos. Desayunamos juntos y recuerdo haberlo pasado muy bien. Fue agradable. Ya me entiendes, pásame la sal y demás. Se hacía extraño estar esa mañana en su gigantesco piso, normalmente desierto y silencioso, con todo aquel alboroto en la cocina. Todos hablando a la vez. Ariel estaba contentísima, como dando saltos de un lado para otro, realmente a sus anchas y sin una pizca de su rigidez habitual. Se reía todo el rato. Recuerdo haber pensado que era la primera vez que la oía reír de un modo natural.

En fin, estuvo bien. Sus padres eran simpáticos. Quiero decir, como lo es la gente de ese tipo. Era como si ellos fueran nuestros invitados, y nosotras, dos personas que les caían muy bien; como si estuvieran encantados de estar allí, aunque ya se sabía, claro, que se marcharían al terminar la fiesta.

Su padre era un tipo enorme. Alto, pelirrojo, corpulento. Tenía un gran vozarrón y unas manos de gigante. Creo que había sido una especie de atleta. Me cayó bien. Era exactamente lo que aparentaba. No se andaba con formalidades. Te miraba al hablarte. Todo era sencillo con él. Sin mensajes entre líneas. La madre de Ariel también estaba bien. Era guapa, claro. Mucho más menuda que su marido, y delgada como Ariel. Ella me miraba igual que Ariel. Evaluándome. Como mi madre.

Después de desayunar, Ariel y yo nos fuimos a su habitación a estudiar. Más tarde, ella salió a correr un rato y yo me quedé tumbada encima de la cama con los libros delante. Debía de estar preparando un trabajo para la señorita Keller. Me aplicaba mucho con ella. Era la única de todos mis profesores a la que yo apreciaba y que parecía apreciarme. Estaba intentando interpretar un poema y, de repente, él apareció sonriente en el umbral con una taza de café. Me preguntó qué hacía. Se lo dije y entró en la habitación. No me resultó extraño que entrara. Quiero decir, no me sentí incómoda ni amenazada. Me explicó que a él nunca le había gustado la poesía, algo así. Yo estaba boca abajo, de espaldas a la puerta, y él se había sentado a mi lado. Dio un sorbo de café y examinó la página, tratando de entender el texto. Y entonces dijo algo del tipo: «No sé, Marie, a mí esto me supera». Y soltó una gran risotada con la boca abierta y me puso la mano en el hombro. Pero solo me estaba dando una palmadita, ¿entiendes? En plan: «Bueno, te dejo para que sigas trabajando. Duro con ello». Algo así. Y justo entonces llegó Ariel y los dos nos volvimos. Se había parado en la puerta, con su ropa de deporte, y nos miraba fijamente.

«¿Sabes algo de poesía, Ariel?», dijo su padre. Ella no respondió, o yo no lo recuerdo, en todo caso. Estaba pálida. Se encogió de hombros y fue a ducharse. Apenas me habló durante el resto del día.

● ● ●

Ariel nunca dijo ni una palabra al respecto, pero era evidente que me odiaba. Se había terminado, ¿entiendes? Una semana más tarde, fuimos a un bar del distrito quinto, The Long Hop. También

habían venido Aldo, Mazin y otros que no recuerdo. Estábamos todos borrachos. Había un montón de gente en el local y cinco de nosotros nos habíamos sentado alrededor de una mesita. Entonces aparece Colin, se sienta en el regazo de una de las chicas y me sonríe. Yo no le hice ni caso.

Quiero decir, lo había seguido viendo por ahí. No es que fuera la primera vez que me lo encontraba. Pero, Dios mío, su cara me dio asco. Me gustaría decir que solo sentí rabia al verlo allí esa noche, pero la verdad es que también me entró miedo cuando se sentó. Lo recuerdo todo muy borrosamente, pero en un momento dado Ariel va y dice: «¿Qué tal el señor Silver?» Y yo me imagino que habla con Colin, porque los dos están en su clase, pero entonces veo que Ariel me mira a mí. Y todo el mundo la mira a ella, esperando que continúe. Así que me repite la pregunta y yo digo: «No lo sé». Y ella: «Vamos, Marie, cuéntales». La miro horrorizada. Ella dice: «Vale, ya se lo cuento yo. Marie se enrolló con el señor Silver».

No recuerdo exactamente qué pasó después. Solo que Colin dijo: «Chorradas, lo habrás soñado». Y yo ya no supe entonces a quién odiaba más. Me ardía la cara, todos me miraban. Debieron notármelo. Me volví hacia Ariel, la llamé zorra y me largué.

Fui hasta el río caminando deprisa y me detuve en ese puente, el Petit Pont, creo que era, o el Pont au Double, y me quedé allí asomada, sin saber qué hacer, sintiéndome totalmente sola. Como si nunca se me hubiera pasado por la cabeza la idea de que estaba sola de verdad. Así lo sentía, al menos. Allí estaba, con aquella falda absurda y todo el conjunto de mierda que Ariel me había escogido, y no paraba de temblar, y entonces pensé, a la mierda, joder, y le envié a él un mensaje. Escribí: «Estoy por el barrio. ¿Puedo pasarme?»

Aguardé, contemplando las barcas que pasaban a mis pies. Y entonces, milagrosamente, me respondió que sí.

Fui bordeando el río por el *quai*, junto a los puestos cerrados de los *bouquinistes*. Solo al llegar al Pont Neuf consideré de verdad lo que estaba haciendo y adónde iba. Había caminado hasta allí enfurecida, pensando solo en Ariel. Ella sabía lo que había ocurrido con Colin. Había jurado que lo odiaría toda la vida. Incluso había querido llamar a la policía. Decírselo a sus padres o algo así. Y ahora estaba sentada con él en aquel bar, riéndose de mí. Eso era lo único en lo que podía pensar. Pero cuando llegué al Pont Neuf y crucé la calle para subir por la Rue Dauphine, comprendí adónde me dirigía. Eso me hizo aminorar el paso. Me tomé mi tiempo para recorrer esa calle, pero ni por un momento pensé que no iba a

hacerlo.

Él vivía en el último piso. No había ascensor, solo aquella escalera desigual que giraba y giraba interminablemente hacia lo alto. La puerta estaba abierta. Cuando entré, él no hizo nada, solo mirarme. Yo estaba hecha un desastre. El corazón me latía con violencia. En cuanto lo vi, lo único que deseé fue que me estrechara entre sus brazos. «Acérquese y abráceme.» Pero no lo hizo, y yo, por mi parte, no sabía qué hacer.

No sé bien cómo, pero acabé sentándome en la encimera de la cocina. No lo recuerdo. Simplemente traté de hacerme la dura. Le dije que había ido allí a follármelo. O sea, imagínate. «He venido aquí a follármelo, señor Silver», le dije. Debí parecerle ridícula. Me miró con esos ojos y esa sonrisa, como si él fuera tan listo, joder. Como si me compadeciera un poco. Como si él lo viera todo y lo supiera todo sobre mí. El muy capullo.

En un momento dado, me tocó. Se me acercó y me deslizó las manos por el pelo, y eso ya fue lo último. O sea, nunca en mi vida me había sentido tan fuera de mí. No digo que fuese una especie de superhombre que aparece y se te lleva en brazos. Pero juro por Dios que había algo en él… Yo notaba el calor de su mano en la nuca, ¿sabes?, sus dedos tocando mi piel, y lo único que pensaba era: «Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios que estás tocándome». Me sentía increíblemente agradecida. Con todo mi cuerpo. Agradecida y aliviada. Y entonces me besó de esa manera que él besaba, de esa manera suave y lenta y tierna, joder, y delicada, tipo eres el amor de mi vida, y yo casi no me tenía en pie.

Me quité la ropa. Él me hizo quitármela mientras me miraba. Yo tenía mucho frío (la ventana estaba abierta; el piso, completamente helado), y era como si llevara horas tiritando. Pero lo hice y él me sonrió, y algo había en esa sonrisa que me recordó la expresión de mi madre cuando bajé por la escalera el primer día de colegio. Entonces aquello se convirtió en un juego. Quiero decir, me relajé, retrocedí un paso y le dije que ahora se quitara él sus ropas de mierda, cosa que le gustó, me parece. Nos echamos los dos a reír, menudo alivio, joder, los dos riéndonos juntos, y entonces me alegré un montón de haber ido allí. Y ya lo único que deseaba era que me llevara a su cama. No quería ir a ninguna otra parte. A ninguna.

Lo contemplé. Él no apartó ni un momento la mirada. Ni siquiera para sacarse los pantalones. Estaba bastante en forma. Vamos, era más fuerte de lo que había imaginado. Tenía pelo en el pecho y en las piernas. Eso me sobresaltó. No es que me pareciera

desagradable. Ni tampoco atractivo. Ni nada en particular. Simplemente, me llamó la atención. Luego se quitó los calzoncillos. Me sentía avergonzada, como si fuese demasiado mirarlo como lo estaba mirando. O sea, era la primera vez que veía a un hombre desnudo de aquella manera. Me volví y empecé a subir por la escalera. Me fijé en que tenía hecha la cama —un detalle agradable, pensé—y también en que las sábanas estaban limpias y las almohadas en su sitio. Me metí bajo la colcha y aquella fue quizá la sensación más maravillosa que había tenido en mi vida. Quiero decir, estaba muerta de frío y, de repente, tenía a ese hombre delante y me estaba deslizando en su cama, deslizándome dentro sin más ni más y notando en mi piel el tacto fresco de las sábanas.

Él se puso detrás de mí; sentí sus brazos, su cuerpo. La tenía dura, pegada contra mi cuerpo. Me estrechaba con fuerza. Su piel era cálida y olía bien, como a limones y agua de mar, y yo cerré los ojos y esperé. Sentía el vello de su pecho en mi espalda. Después su boca en mi cuello. No me besaba propiamente, solo mantenía los labios pegados a mi cuello, y yo notaba cómo respiraba, lo oía suspirar o algo parecido, y pensé: «Quizás esto es importante para él. Quizá sí siente algo».

Y su manera de tocarme; quiero decir, todo lo hacía con decisión, ¿entiendes? Parecía muy seguro de sí mismo. O quizás era solo que tenía práctica. No sé. Te hacía sentir bien. Yo tenía miedo de muchas cosas. Miedo de él. Me sentía totalmente descontrolada. O sea, le habría dejado hacerme lo que quisiera. Cualquier cosa. Fue tan delicado en su manera de meterla dentro de mí, milímetro a milímetro, que sentí que se me iba la cabeza. Ni siquiera pensé en el condón. Ni siquiera se me ocurrió. Fue él quien lo dijo: «Voy a ponerme un condón, Marie». Pero en aquel momento, la verdad, me tenía sin cuidado. «Haz lo que quieras —pensé—. Haz lo que te apetezca.»

Tenía una sensación de caída, o de estar volando, como si estuviera desplazándome, yéndome a otro lugar, lejos. Y luego ya lo único que deseé fue que se corriera, como si eso fuese a confirmar algo. Cuando se corrió, noté que se abandonaba totalmente, y luego se quedó a mi lado y fue superdulce. Me besó, me estrechó entre sus brazos y nos quedamos así mucho rato, escuchando los rumores de la noche, él acariciándome la espalda, yo con la cabeza apoyada en su pecho.

Tenía que marcharme. No le había pedido en ningún momento que me dejase dormir allí, aunque eso era lo que deseaba más que ninguna otra cosa. Quería quedarme y no salir de allí nunca más, ya

me entiendes, esa clase de deseos que te entran de golpe. Pero me levanté, me vestí y lo dejé allí. Me marché sin saber adónde iba. Ni la menor idea. No lo pensé hasta que me subí a un taxi y caí en la cuenta de que habría de volver a casa de Ariel. No tenía otro sitio adonde ir.

Ella estaba dormida cuando llegué. Me desnudé y me metí en la cama con ella. Me quedé tumbada boca arriba, mirando el techo, feliz, tan feliz que me reí en voz alta. Bueno, solo una risita, pero bastó para despertar a Ariel.

«Perdona», dijo. Le contesté que no importaba y ella me preguntó dónde había estado. Me puse de lado y la miré. O sea, la miré de frente, directamente a los ojos, y se lo conté todo.

GILAD

Estaba allí de pie, con aquella cartera de cuero al hombro. Lo había visto varias veces entrando en el colegio, dejando un libro o una revista en su sitio, ajustando las hebillas de la correa. No se le escapaba nada al tipo, cuidaba todos los detalles, siempre parecía a la altura de su papel. Nunca lo veía con nada feo. Jamás se habría presentado en el colegio con una vulgar mochila de nailon o con una anticuada funda de ordenador, tal como otros profesores.

Esa mañana, vi la cartera y supe sin más que era él. Traté de imaginar qué le diría si me acercaba. Es un largo trayecto y no me veía sentado a su lado todo ese tiempo.

No me atrevía. Cuando el tren entró traqueteando a toda velocidad, me sentí un poco decepcionado. Estaba mirándolo llegar y entonces vi que el tipo que andaba por el andén hablando solo arremetía bruscamente contra Silver. «No», dije. Lo dije en voz alta, abriendo mucho los ojos, mientras todo parecía desarrollarse a cámara lenta. Vi que él se doblaba al recibir el golpe a la altura de los riñones, que se curvaba como un arco a punto de disparar. Estaba completamente desprevenido. Sus brazos se abrieron como aspas, mientras su cabeza rebotaba hacia atrás y todo su cuerpo salía disparado. Sonó un golpe sordo y rápidamente desapareció bajo el tren.

Yo estaba convencido de que había sido Silver. Cuando lo vi todavía allí de pie, sentí por un instante una oleada de alegría: porque no había sido él, claro, pero más que nada porque lo que acababa de ocurrir implicaba que ahora sí tendríamos que hablar. Sería algo entre nosotros, algo que compartiríamos.

Me llevó a un café enfrente de los jardines de Luxemburgo, Au Petit Suisse. Nos sentamos a una mesa y tomamos café. Yo fingí estar más afectado por lo sucedido de lo que realmente estaba. Era emocionante estar allí con él, como dos amigos tomándose un café. No podía pensar en el hombre que acababa de morir sin dejar de alegrarme por estar allí. Era consciente de que debería haber sentido algo: tristeza, consternación. Simulaba algo así y eso me ayudaba a sentirme más cómodo durante los largos silencios que se producían. Miraba fijamente la mesa, buscando algo interesante, alguna frase importante y llamativa que decirle al señor Silver. Él

creyó que me dominaba una profunda tristeza e intentó consolarme.

No es que no estuviera impresionado por lo sucedido. La brutalidad de la escena había sido espeluznante. Todo había resultado tan rápido, tan fortuito, que me había llenado de espanto. Pero al mismo tiempo daba gracias por haber estado allí, por el vínculo que se había creado entre nosotros. Eso no lo habría cambiado por nada del mundo. Ni por la vida del tipo. Era algo nuestro, excepcional, increíble, terrorífico, y me conectaba con él de un modo que ningún otro alumno suyo podría soñar. Eso no habría estado dispuesto a perderlo. Jamás.

Recuerdo haberme preguntado por qué no se había movido; por qué no había hecho nada; por qué se había quedado mirando, totalmente paralizado en su sitio.

Cuando volví a casa aquella tarde, mi madre se levantó del sofá y me abrazó. Había estado llorando.

—Han llamado del colegio. Han dicho que no te has presentado en todo el día. Dios mío, cariño.

Nos sentamos en el sofá. Le expliqué lo del tren y también que había estado con él. Ella me escuchó, todavía llorando y cogiéndome la mano mientras hablaba. Los árboles se habían quedado ya sin hojas, pero el tiempo aún era lo bastante cálido para mantener las ventanas abiertas.

—Podrías haber sido tú.

—Mamá, estoy bien. El tipo no estaba cerca de mí.

—Aun así. No sabes cuánto lamento que hayas tenido que ver eso. Ay, cariño —dijo, estrechándome las manos—. Le enviaré una nota al señor Silver. Ha sido muy amable contigo. Te cae bien, ¿no?

—Es el mejor profesor que he tenido.

Ella sonrió y me acarició la cara.

—Me alegro. Es una suerte.

—¿Papá lo sabe?

—No, aún no. Llegará tarde. Puedes explicárselo luego.

Me encogí de hombros.

Ella se me quedó mirando un momento.

—¿Sabes?, cielo, lo que viste…

—Tranquila, mamá. No estoy hecho polvo, es solo algo que ha sucedido.

Volvió a tomarme la mano.

—No hablo de hoy. Quiero decir en julio.

La miré, sintiendo una oleada de rabia.

—Escucha, tú me conoces —dijo—. No soy una víctima, una de esas mujeres que se acurrucan asustadas en un rincón.

Aparté la mano.

—Gilad, sabes muy bien que no lo soy.

—No, no lo sé.

—Tú sabes que no.

—Y sigues aquí, sin embargo.

—¿Debería haberme ido?

Me puse de pie y la miré con desprecio.

—Deberías haberte ido —dije—. Deberías irte ahora. Deberíamos irnos ahora.

WILL

Dormí a ratos, despertándome una y otra vez, y finalmente me di por vencido y me levanté de la cama a las cinco. El cielo tenía ese tono azul oscuro que precede al amanecer. La luna estaba alta y aún quedaban algunas estrellas desvaídas.

En las calles apenas había gente. Me detuve en Carton para comprarle un *pain aux raisins* a la adusta mujer que siempre simulaba no conocerme. Subí por la Rue de l'Ancienne Comédie, pasé junto a los vagabundos que yacían inconscientes sobre la rejilla del metro, crucé el Boulevard Saint Germain, compré *Libération* en el quiosco y bajé a la estación. Estaba solo en el andén. Al otro lado, un hombre dormía en el suelo dándome la espalda. Tenía al lado una botella volcada y un oscuro charco de vino a la altura de las rodillas.

Cuando oí el tren al fondo del túnel, me volví y miré cómo emergía velozmente de la oscuridad. Se ladeó hacia mí y entró con estrépito en la estación. Mientras pasaba, sentí un escalofrío de vértigo, como si estuviese en la azotea de un edificio altísimo mirando las calles a mis pies. El vagón estaba completamente vacío. Saqué un fajo de fotocopias que había reunido para el seminario y traté de leer.

Cuando llegué al colegio, el Departamento de Literatura estaba cerrado. Entré, dejando los fluorescentes apagados, encendí la lámpara de mi mesa y me preparé café. Afuera, el cielo empezaba a teñirse de rosa. Había escarcha en el césped. Me senté con el periódico y una taza de café y desayuné.

Estados Unidos se disponía a invadir Irak. Había habido actos de protesta por toda Europa. En París se preparaba una *manifestation* enorme para el siguiente fin de semana.

Hacia el final del periódico había un breve artículo sobre lo ocurrido el día anterior en Odéon. Un vagabundo había empujado al tren a Christophe Jolivet, un ejecutivo de marketing, de treinta y dos años, originario de Nantes. Cuando llegó el equipo de urgencias ya estaba muerto. Saqué las tijeras de la taza de cerámica de mi mesa y recorté con todo cuidado el artículo.

Sonó la primera campana de aviso. Recogí mis cosas y crucé el pasillo hacia mi clase. La luz de la mañana empezaba a iluminarla.

Escribí la frase del día en la pizarra blanca, ahora del todo despejada, y esperé a que sonara otra vez la campana.

Estaban todos, salvo Gilad.

—¿Todo el mundo ha leído las fotocopias?

Asintieron unánimemente, excepto Colin, que me sonrió con aire burlón. Alcé las cejas.

—No me ha dado tiempo, señor.

—¿No te ha dado tiempo?

—No.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué estás aquí? En la clase de hoy. ¿Por qué?

—No es que tenga elección, señor.

Me reí.

—Eso ya lo hemos discutido, ¿no?

—Solo porque usted diga que tengo elección no quiere decir que la tenga.

—Ah, ya veo. Hagamos una cosa, pongámoslo a prueba. ¿Por qué no te levantas y te vas?

—Porque, señor, si me levanto y me voy, usted informará al señor Goring y yo acabaré castigado por saltarme una clase.

—No se lo diré a nadie.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—Has de elegir, Colin. Debes decidir si confías en mí o no, del mismo modo que debes decidir si te quedas en clase. Ya sé que tú crees ser víctima de una gran opresión, pero sigue en pie el hecho de que tienes elección. A pesar de las poderosas fuerzas que tú estás tan convencido de que te mantienen subyugado, todavía tienes elección. Quizá no sea así en el caso de Abdul, pero ciertamente lo es en el tuyo.

Al oír su nombre, Abdul levantó la vista del pupitre.

—¿Por qué sería distinto para Abdul? —preguntó Ariel.

—Porque Abdul cree en Dios, Ariel.

—¿Y?

—Y Colin no.

—¿Y?

—Y, Ariel —dijo Rick, meneando la cabeza—, los que creen en Dios pueden creer tal vez que Dios toma todas las decisiones por ellos. Pueden creer tal vez que ellos no son responsables de sus actos, que es Dios el responsable. Pero si no crees en Dios, ¿quién diablos va a ser el responsable de las decisiones que tomamos?

—Perdona, Rick, pero yo creo en Dios y no pienso que él tome todas las decisiones por mí.

—Por eso he dicho «tal vez».

Abdul levantó la mano.

—No hace falta que levantes la mano, Abdul —dije.

—Hummm, yo creo en el plan de Dios. Dios tiene un plan para todos. Y nosotros, sencillamente, vivimos ese plan.

—Entonces ¿tú no eres responsable de nada de lo que haces? ¿Eres tan solo una marioneta y Dios tira de las cuerdas? —dijo Hala, mirándolo con incredulidad—. Por ejemplo, lo que acabas de decir. ¿Es Dios quien te lo ha hecho decir?

—Más o menos, sí —dijo Abdul, cabizbajo.

—¿Estás de broma?

—No —murmuró.

—Por favor —dijo Hala, indignada—. Nos dejas fatal.

Abdul se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres decir?

—A los árabes. Haces que los árabes parezcan una pandilla de lunáticos. Que parezcamos todos unos chalados armados con Coranes y bombas y… Por Dios, o sea, ¡despierta!

Abdul abría los ojos de par en par.

—Bueno, ya basta. Hala, seguro que tú le concedes a Abdul el derecho a creer lo que quiera, ¿no es así?

—Supongo. Quizá.

—Bien. Todo esto ha empezado con Colin, así que terminémoslo ahí. Te ofrezco la posibilidad de elegir, Colin. Puedes irte o quedarte. Si dejas de asistir a clase, eso se reflejará en tu nota. Yo, sin embargo, no informaré de tus faltas de asistencia a la dirección. Un alumno no debería venir a clase si no desea hacerlo. En puridad, presentarse aquí sin haber leído el material también se reflejará negativamente en tu nota. Para eso no hace falta que te quedes. Pareces muy seguro de tener cosas mejores que hacer. Como ya he dicho muchas veces, tú eliges.

Todo el mundo miraba a Colin. Él me miraba a mí fijamente. Tras unos instantes, se levantó, recogió del suelo su mochila y salió.

Lily soltó un resoplido.

—Ay, Dios.

La puerta volvió a cerrarse tras él.

Era la primera vez que un alumno desafiaba mi farol.

Abdul se removió en su asiento. La expresión de Ariel denotaba auténtica sorpresa. Rick me estudiaba. Jane sonreía con aquella sonrisita tímida. Aldo miraba a Ariel para saber cómo debía

reaccionar. Cara intentaba contener la risa. Lily meneó la cabeza y dijo: «Colega», con tono incrédulo. Hala me observaba mordisqueando el bolígrafo.

Tomé las fotocopias de mi mesa y empecé a repartirlas.

—Cada uno de vosotros tiene el mismo derecho —les dije—. Os ofrezco a todos el mismo trato. Si os parece que esta clase, de algún modo, os ha sido impuesta, no vengáis, por favor. No me sentiré herido. Sois más que suficientes los que estáis interesados en lo que hacemos aquí, los que habéis demostrado auténtico entusiasmo por el temario. Quienes creáis que emplearíais mejor vuestro tiempo haciendo otra cosa, id a hacerlo.

Cuando terminé de repartir el artículo, me senté en el borde de mi escritorio y miré directamente a Ariel.

—Sois todos libres de hacer lo que queráis.

Ella me sonrió como si la hubiera invitado a tomar una copa.

Desvié la mirada.

—Bueno, eso es lo que creo. Lo que tenéis delante es un artículo del *Libération* de hoy. Hala, ¿quieres traducirlo?

—Claro. —Inspiró hondo y leyó el titular—. «Un hombre muere al ser empujado a las vías del *métro.*» —Levantó la vista y me miró.

—Sigue.

—«Christophe Jolivet, de treinta y dos años, murió el lunes por la mañana en la estación de *métro* de Odéon al ser empujado frente a un tren que estaba haciendo su entrada. El agresor, un hombre de veintinueve años psicológicamente…», no sé, supongo que quiere decir «inestable» o algo así, «se encuentra detenido en el hospital psiquiátrico Sainte-Anne. Al parecer, no conocía a la víctima. La policía afirma que no estaba bajo los efectos de las drogas o el alcohol, pero que se hallaba en un estado de gran agitación al ser detenido. Siempre según la policía, actuó siguiendo un "impulso repentino". El atacante tiene un largo historial de actos violentos. Fue apresado y reducido por varios usuarios matinales del *métro*. Anne-Marie Idrac, en nombre de la compañía de transportes, ha elogiado la valentía y entereza de dichos usuarios.» Ya está. Más o menos.

—Gracias, Hala. ¿Alguien sabe por qué os he entregado esta noticia?

—Porque, en cierto modo, demuestra la tesis.

—¿Qué quieres decir, Cara?

Ella tenía la vista fija en el pupitre y describió un círculo con el dedo alrededor del artículo.

—Es solo un ejemplo más de lo caprichoso que es el mundo, de

que nada tiene sentido, de que es imposible encontrarle lógica a nada. Todo es, no sé…, un desastre.

—¿Cómo puedes deducir eso de un simple artículo? —preguntó Ariel—. Quiero decir, quizás el tipo se lo merecía, quizás era una persona horrible. No sé, tal vez era drogadicto o algo así.

Jane, que apenas había hablado desde el principio del curso, levantó de golpe la cabeza y miró furiosa a Ariel.

—Eso es…, eso, perdona, pero es la idea más estúpida que he oído en mi vida. No puedes hablar en serio.

—¿Disculpa? —le soltó Ariel.

—Jane, tal vez haya una manera mejor de disentir, ¿no crees? Intenta explicarte.

—Perdón —dijo, bajando la vista y dando golpecitos en su cuaderno con un dedo.

—Adelante, Jane.

—Bueno, es que…, no sé. Es difícil de explicar.

—Inténtalo aun así —dije.

Se quedó inmóvil mirando la pizarra, a mi espalda. Su cara redondeada estaba toda roja y tenía un sarpullido que le bajaba desde el mentón por el cuello. Inspiró hondo.

—Simplemente creo que la idea de que ese tipo mereciera en cierto sentido morir así, porque tal vez haya sido un…, un…, ¿cómo has dicho? ¿Un drogadicto? Eso, o sea, es una cosa, bueno, para mí no tiene sentido. Yo no creo que todo lo que ocurre pueda ser, no sé cómo decirlo…, que puedas explicarlo.

—Pero ¿no era esa la tesis de lo que has leído para la clase? ¿Que «tú» no puedes explicarlo, pero que Dios tiene sus motivos y que nosotros debemos confiar en Dios? —le pregunté.

—Lo lamento, pero eso es…

—Una chorrada, tío. —Esa era Lily.

Aldo se echó a reír; ella se volvió.

—Colega, ¿puedes decir alguna vez algo inteligente o te limitas a gruñir y a seguir a Ariel como un perrito faldero?

—Bueno, bueno, bueno. Ya basta. Calma todo el mundo.

Se abrió la puerta y entró Gilad. Me entregó una nota. La leí, le indiqué que se sentara y le di una copia del artículo.

—Estábamos hablando de esto.

Miró el titular y luego alzó los ojos y asintió.

—Yo lo vi.

Abdul levantó la mano.

—No hace falta que levantes la mano, Abdul.

—Vale. Lo que quería decir es que nosotros no…, es que, bueno,

que estoy de acuerdo con ella.

Lo dijo todo mirándose las manos.

—¿Con quién?

—Con ella —dijo echándole un vistazo a Ariel, quien lo miraba con expresión hostil.

—Bien —dije—. Continúa.

—A ver, Dios lo hace todo por un motivo. Todo lo que sucede en la Tierra sucede porque…, porque Dios tiene un plan.

Ariel, que obviamente no compartía ninguna de sus convicciones, se volvió airada hacia la ventana. Hala dejó caer teatralmente la cabeza sobre las manos. Y Gilad, el silencioso Gilad, se volvió hacia Abdul y, simplemente, le dijo:

—¿Cómo?

Abdul tenía un aire sumiso y asustado. Necesitaba reunir toda su energía para hacer sus proclamas; y sin embargo, no parecía que pudiera contenerse, como si temiera recibir un castigo por quedarse callado.

—Sí —dijo, casi susurrando—. Todo sucede por una razón. Es, o sea, es… lo que he dicho. El plan de Dios.

Se rascó nerviosamente el dorso de la mano.

—Yo estaba allí. —Gilad me miró—. Los dos estábamos allí ayer. En ese andén. Yo estaba allí con el señor Silver. Vimos cómo empujaban al tipo. Lo vi morir. Contemplé cómo lo aplastaba el tren. Vi al hombre que lo empujó. Lo vi. Y tú estás diciendo que Dios lo estaba castigando… ¿por qué? ¿Por algo que había hecho? ¿Que había alguna razón? ¿Que Dios tiene un plan? ¿Que eso forma parte de su plan? Abdul, podría haber sido el señor Silver. ¿Lo entiendes?

Abdul miró al techo e inspiró hondo.

—Sí. Pero no fue así. Tú lo viste. Era parte de su plan.

Gilad meneó la cabeza.

—Colega, señor Silver —dijo Lily—, ¿no me diga que lo vieron? Jo, qué putada. Perdón.

Aldo soltó un bufido, captó la mirada feroz de Lily y se calló en el acto.

—Sí. Por eso Gilad y yo no vinimos ayer al colegio. Y por eso, en parte, he traído el artículo. Todo lo que hemos analizado hasta ahora, incluso la cuestión de la capacidad de elegir, está relacionado con el texto que habéis leído durante el fin de semana. Si miráis la pizarra, veréis la primera pregunta de Dios a Job y su exhortación subsiguiente: «¿Dónde estabas cuando yo fundé la Tierra? Házmelo saber, si tienes conocimiento.» Todo lo que le ha

sucedido a Job (los actos en apariencia crueles y caprichosos de Dios) sencillamente no puede entenderlo ningún hombre: ni los amigos de Job, ni su esposa, ni el propio Job. Ahora bien, cuando pregunta: «¿Dónde estabas cuando yo fundé la Tierra?», ¿cuál es el mensaje de Dios, Abdul?

Él me miró, inquieto.

—¿Que nosotros no podemos entender realmente a Dios?

—Bien. ¿Y qué más? ¿Ariel?

Ella suspiró: era la segunda vez que se veía metida en el mismo mundo que Abdul.

—Y que si tú no estabas allí cuando él creó el mundo, entonces, bueno, no puedes entender las cosas que Dios hace ahora. Así que deja de intentarlo y acepta a Dios. Y eso es lo que deberíamos hacer. Dios tiene sus razones. Nosotros no podemos comprenderlas. Solo hemos de confiar en él, pase lo que pase. Quiero decir, lamento que a Job le pasen todas las desgracias y las mierdas que le pasan, pero Dios tiene sus razones. Y al final, acaba mejor de como había empezado. Así que, ¿a qué viene tanto alboroto?

—¿Y todos los niños que mueren de hambre en el mundo? ¿Y las chicas violadas cuando van al colegio? ¿Y el niño de diez años atropellado por un conductor borracho? ¿Todo eso forma parte del plan de Dios? —Jane temblaba de ira.

Abdul asentía. Ariel se volvió hacia Jane con descaro, sonrió y le dijo:

—Así es. —Como si el plan fuera de ella, y no de Dios.

—Bueno, bueno —dije—. Ya vale por hoy.

Después de sonar la campana y de que todos hubieran salido, vi que Gilad seguía sentado en su sitio.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —asintió.

—Bueno, si quieres, vente luego a charlar, ¿de acuerdo? Ahora tengo una reunión, pero más tarde estaré libre, así que…

—¿Y usted? —me interrumpió—. ¿Está bien? —Vi que se sonrojaba—. Bueno, estoy seguro de que sí lo está —añadió, recogiendo sus cosas y metiéndolas a toda prisa en su mochila.

—Sí. Pero gracias. Gracias por preguntarlo. Me ha resultado difícil dormir esta noche. Me he levantado muy pronto. Pero estoy bien. Estoy bien.

Él sonrió, se echó la mochila al hombro y se escabulló apresuradamente.

Tenía una reunión a las diez y media con la directora del

colegio, Laetitia Moore, y, cuando llegué, se estaba despidiendo en el pasillo del presidente del consejo de administración.

—Siempre es un placer pasar un rato juntos, Laetitia —dijo él, sonriendo. Al darse la vuelta para irse, me vio y se detuvo un segundo (con una cara que ya no era la del encendido adulador, sino la del frío hombre de negocios) y enseguida se alejó.

Ella me hizo pasar al despacho. Tomé asiento.

—Bueno, Will. Tengo entendido que no viniste ayer, ¿es así?

Asentí.

—¿Puedes explicármelo? —dijo, arrugando la frente.

—¿No te lo contaron?

—¿Algo relacionado con el *métro*?

—¿Algo relacionado con el *métro*? Sí, vi cómo era asesinado un hombre. Lo empujaron y lo tiraron bajo las ruedas del tren.

—Qué espanto.

Meneó la cabeza mientras hacía girar un pesado bolígrafo de plata sobre la mesa.

—Tengo entendido que había allí un alumno.

—Gilad Fisher.

—¿Y él tampoco vino al colegio?

—Exacto.

—¿Le dijiste tú que no había problema, Will?

—No lo hablamos siquiera. No era posible venir.

—¿Por qué?

La miré un momento y luego dije lentamente:

—Porque había un hombre muerto bajo el tren.

—Y por lo tanto el *métro* no funcionaba —dijo. Tomó una hoja y la estudió—. Los trenes empezaron a funcionar de nuevo a las 11.45. ¿Y tú decidiste llevarte a Gilad a un café en lugar de venir al colegio?

—No «decidí» nada. Fue turbador presenciar aquello, por decirlo con suavidad. Gilad vio mucho más que yo. Estaba trastornado. La estación, como quizá podrás imaginarte, era un auténtico caos. Me pareció que lo mejor para los dos era irse.

—Lo comprendo, pero ¿no crees, Will, que habría sido más lógico traerlo al colegio, donde podría haber hablado con un psicólogo profesional?

—¿Qué psicólogo?

—Cherry Carver, la psicóloga del colegio.

—¿Cherry? Ella es profesora de matemáticas. ¿Por qué tendría que haberlo llevado a hablar con ella, nada menos?

—Cherry Carver es la psicóloga del colegio, Will.

—¿Desde cuándo?

—Desde el principio de este curso.

—No hablas en serio.

—Totalmente en serio. Ha hecho un curso durante el verano. Estoy segura de que se anunció públicamente en su momento.

—No lo sabía.

—No es esa la cuestión. La cuestión es que mantuviste fuera del colegio a uno de nuestros alumnos porque te pareció que estabas cualificado para proporcionarle orientación psicológica. Te negaste a facilitar un programa de suplencia y te saltaste todas tus clases del día. Ya es bastante grave que no te presentaras en la escuela. Que, además, retuvieras contigo a un alumno podría exponernos a una demanda. Lo lamento, Will, pero tu comportamiento es inexcusable. Tienes una responsabilidad con este colegio. Y no has estado a la altura de esa responsabilidad.

Las manos me sudaban. Sentía cómo me subía una oleada de adrenalina. La miré fijamente. Ella me sostuvo la mirada antes de volver a hablar.

—Comprendo que tratabas de hacer lo mejor para Gilad. Debo confiar en tu palabra y creer que tomaste las decisiones que tomaste pensando ante todo en lo que más le convenía a Gilad, pero has de recordar que tu trabajo es enseñar literatura, no orientar a nuestros alumnos. ¿Will? ¿Tienes algo que decir?

Negué con la cabeza.

—Bueno —dijo—, si se te ocurre algo, ya sabes dónde estoy.

—¿Algo más?

—Pues sí, hay algo más. El motivo de que Omar haya estado aquí antes es que está preocupado por una de tus clases.

—¿Omar?

—Omar Al Mady. El señor Al Mady me dice que Abdul se siente muy incómodo en tu clase. ¿Cómo era…? —Bajó la vista para repasar sus notas—. Seminario de cuarto, ¿no es así?

—Abdul Al Mady está en esa clase, sí.

—Al parecer, Abdul se siente incómodo.

—Lamento oírlo.

—¿Es cierto que les has dicho a tus alumnos —volvió a consultar sus notas—que Dios no existe?

Me eché a reír.

—No, no lo es. Aunque me considero un buen profesor, no me creo capacitado para dictaminar sobre la existencia de Dios.

—¿Tú crees que Dios existe? —Me miró con severidad.

—No esperarás en serio que responda a esa pregunta.

Hizo un gesto con la mano, como apartando una mosca.

—El hecho es que Abdul se siente aislado. Tiene la sensación de que se le ataca sistemáticamente. A él y a su religión.

—Lamento saberlo.

—Es muy importante, Will, que nuestros alumnos se encuentren a gusto en sus clases.

Sonreí.

—Es algo que me tomo muy en serio —prosiguió—. Estamos aquí para proporcionar a nuestros alumnos un entorno positivo, para encargarnos de que se sientan bien consigo mismos y salgan de aquí con un alto nivel de autoestima. Quiero que cada uno de nuestros alumnos salga del colegio con la sensación de que es, cada uno a su manera, especial.

—¿Y Abdul no se siente especial? ¿Es eso lo que preocupa al señor Al Mady?

—Lo que a Omar le preocupa, Will, es que Abdul se vea atacado en tu clase, de forma constante. Eso, sencillamente, no puede continuar. No puede tolerarse con ningún alumno y, desde luego, tampoco con Abdul. Especialmente con Abdul. En general, has de ser muy prudente al hablar de religión en clase. Y sobre todo, no puedes cuestionar la fe de los alumnos. Tu misión es enseñar literatura, no poner en duda la existencia de Dios.

—Discrepo. Creo que mi misión es poner en duda la fe de mis alumnos. De hecho, lo considero mi misión primordial: cuestionar sus creencias en todos los terrenos. Es imposible enseñar literatura, o al menos enseñarla como es debido, sin cuestionar esas creencias. También me parece imposible que estemos manteniendo esta discusión y, sin embargo, aquí estamos.

—Por favor, Will. Llevo más de veinte años como educadora y no necesito que me des ninguna lección. Obviamente, un profesor debe poner a prueba a sus alumnos. Pero una cosa es ponerlos a prueba y otra muy distinta poner en duda su fe en Dios. ¿No creerás de verdad que te corresponde a ti cuestionar sus creencias religiosas?

—¿En el contexto de una obra literaria? Claro que sí. Esas mismas cuestiones están planteadas en las obras que trato en mi clase. ¿No has visto mi programa? ¿La lista de lecturas?

—Le he echado un vistazo esta mañana, sí. He visto que estás dando *El libro de Job*. Debes comprender que hay una distinción esencial, Will, entre las cuestiones planteadas en un texto y las que planteas directamente a tus alumnos. También estás dando *Macbeth*. ¿Vas a hacer que tus alumnos consideren la posibilidad del suicidio

o el asesinato? Esas cuestiones deben circunscribirse a los textos.

Meneé la cabeza.

—Discrepo por completo. La literatura es del todo intrascendente a menos que sus temas tengan alguna relación con la vida del lector. ¿Crees que un alumno que lee *Hamlet* no debería plantearse él mismo la idea del suicidio? ¿Que al leer *El libro de Job* no deberíamos considerar la existencia de Dios? ¿O su lógica? ¿O su naturaleza?

Ella se puso muy tiesa.

—Will —dijo—, no voy a permitir que utilices nuestras clases para cuestionar la existencia, la lógica o la naturaleza de Dios. Una cosa es analizar un personaje de una obra literaria; otra muy distinta es tratar al Dios del Antiguo Testamento como un personaje de ficción. Ese es un terreno peligroso. Tú tienes la responsabilidad moral de proteger a tus alumnos, de estimularlos a través de las obras literarias, de ayudarlos a juzgar con claridad. Y ya está. Ese es tu trabajo, Will. Nada más.

—No estoy de acuerdo, Laetitia.

Inspiró hondo.

—Me temo que ninguno de los dos tiene tiempo para meterse en un debate académico. Quizás en otra ocasión. Por ahora, debes comprender mi posición o, lo que es lo mismo, la posición del colegio. En pocas palabras, no puedes poner en cuestión la fe religiosa de tus alumnos. Y ya que estamos, no puedes sugerirles que consideren la idea del suicidio o del asesinato.

Me eché a reír.

—¿Nos hemos entendido, Will?

—Creo que sí —dije, y salí de su despacho.

Mia y yo nos habíamos sentado a almorzar en el césped. El sol doraba los álamos. Soplaba el viento y, por primera vez ese otoño, era de un frío cortante.

—¿Cherry Carver es la psicóloga? ¿La psicóloga oficial del colegio?

—Eso parece. Laetitia dice que se anunció en su momento.

—¿Cómo es posible que un colegio tenga una psicóloga que los profesores no conocen? ¿Que nunca ha ejercido como psicóloga? ¿Cherry Carver? ¡Joder!

—Es por el bien de los chicos. Estamos llevando a cabo la obra de Dios. No lo olvides —dije, sonriendo.

—Hablando de lo cual, tuve una larga conversación con una de mis alumnas, Marie de Cléry. Una chica encantadora. ¿Sabes que

todos los días, desde que empezó el curso, me dice antes de salir: «Gracias, señorita Keller; una clase estupenda, señorita Keller»? Bueno, pues el otro día se pasó por el despacho para decirme lo mucho que le gusta mi clase. Para eso vino: para elogiarme y hablar del trabajo, imagínate. Estuvo una hora entera conmigo. Es mi nueva alumna preferida —dijo con una sonrisa radiante.

—Qué bien. Siempre es agradable tener fans.

Me sentía fatal.

—No vayas a creer que es como esas admiradoras tuyas a las que se les cae la baba; ni tampoco anda buscando que le suba la nota. No es que escriba tan bien, en realidad. Pero pone pasión e interés. Hace un enorme esfuerzo para entender todo lo que analizamos y, al final, cuando se le hace la luz, parece que fuera a echarse a llorar de felicidad. Me entran ganas de llorar a mí también. Estamos leyendo «La pulga», y hoy tenía una expresión en la cara…, no sé, de completo aturdimiento, como si se encontrara mal, y de repente se incorpora en su asiento con la cara iluminada. Levanta la mano, le doy la palabra y dice: «Los hombres son patéticos».

»Sus compañeros empiezan a reírse tontamente, pero yo ya veo por dónde va la cosa y le sonrío, y entonces todos los demás, ninguno de los cuales ha entendido aún el poema, se callan y Marie dice: «Es simplemente otro tipo tratando de echar un polvo». Tiene razón, desde luego, y se pasa diez minutos explicándoselo a la clase. No digo que tenga una aptitud especial para la literatura, pero ha visto con claridad el sentido del texto. Mientras que todos los zánganos de la clase andaban buscando metáforas y símiles, ella sencillamente, clic, lo ha captado. «¿Todo esto para enrollarse con la chica? Qué ridículo. Atrévete a decir lo que quieres. Actúa como un hombre», ha dicho. Nos hemos pasado el resto de la hora hablando sobre lo patéticos que son los hombres. Una mañana estupenda.

Me encantaba cómo hablaba Mia de sus alumnos. No conocía a nadie que creyera tanto en lo que hacía. Me encantaba su manera de enseñar, de esforzarse por aquellos chicos, pero en ese momento apenas podía mirarla.

Cuando ya terminábamos el almuerzo, levanté la vista y vi que Gilad volvía de la cafetería por el sendero. Le hice una seña mientras pasaba.

Él sonrió y entró en el edificio de secundaria.

—¿Es él? ¿El chico al que impediste asistir a clase? ¿El que estás corrompiendo moralmente?

Asentí.

—Lo he visto varias veces. Suele ir solo.

—Siempre. Me gusta ese chico. Es de los que me dan ganas de hacerlo bien. Tengo unos cuantos este año. Pero él ocupa la primera posición. Deberías asistir al seminario. Es fantástico.

—Ya me dirás cuándo.

—Cuando tú quieras.

—¿Y qué más, William?

—¿Aparte de nuestra nueva psicóloga? ¿Y de mi imprudencia? Bueno, veamos. También se ha hablado de mi obligación de no cuestionar la fe de mis alumnos. Ah, y al parecer no quiere que los induzca a cometer suicidio.

—Eso sí es poco razonable.

—Estoy de acuerdo. Omar Al Mady se queja de que Abdul se siente incómodo, acosado y perseguido; y Omar (ella lo llamaba Omar, como si fueran compañeros de copas) no está contento. Yo le he dicho que forma parte de mi trabajo poner en cuestión las creencias de mis alumnos, bla, bla, bla. Pero ella se ha opuesto radicalmente. No tenía tiempo para una discusión académica, me ha dicho.

Oí una voz aguda.

—¡Señor Silver!

Julia Tompkins y Lydia Winton venían hacia nosotros agitando las manos.

—Ahí está tu club de fans. Luego me lo acabas de contar. —Me puso la mano en la rodilla—. Will, Will. —Sacudió la cabeza, sonriendo con tristeza, se izó hasta incorporarse y se sacudió la hierba de los vaqueros—. Te dejo solo para que te regodees con su adoración.

Saludó con la mano a las chicas y se volvió hacia el despacho. La observé mientras se alejaba por el prado.

Julia se desplomó a mi lado.

—¿Qué tal, señor Silver? ¿Qué tiene de almuerzo?

Hurgó en mi bolsa de plástico.

Lydia, que le llevaba un año en edad y cinco en sofisticación, se sentó y me miró con aire resuelto.

—A ver, Silver, queremos hacerle una propuesta —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Una revista de literatura —dijo Julia—. ¿Estaría dispuesto?

—¿Cuándo?

—Cuando usted quiera. Cualquier día después de clase.

—Salvo los viernes. Obviamente —dijo Lydia.

—Obviamente. —Julia puso los ojos en blanco.

—Obviamente —dije—. ¿Has encontrado algo de tu gusto, Julia?

Ella echó un último vistazo a la bolsa de mi almuerzo y la soltó, encogiéndose de hombros.

—No, la verdad. Y no cambie de tema. ¿Se apuntaría?

—¿Quién más está interesado?

—¿Quién sabe? —Lydia había cerrado los ojos, volviendo la cara hacia el sol—. Pero, créame, Silver, la gente se apuntará si es usted el asesor.

—Fijo —asintió Julia, riéndose.

—Pero eso usted ya lo sabe —dijo Lydia.

—No creo que haya tanto interés, pero, bueno, de acuerdo. Lo haremos los miércoles por la tarde. Le pediré a la señorita Keller que nos ayude. Quiero decir, si se apunta alguien.

—¡Yuhu! —Julia me dio un golpe en el hombro.

—Sabía que diría que sí —afirmó Lydia, ladeando la cabeza y sonriéndome.

Me puse de pie.

—Gracias, Silver —me dijo Lydia.

MARIE

No volvió a invitarme a su casa. Me mantuve a la espera, pero no me llamó. Me sonreía en los pasillos y quizás estaba un poquito más coqueto, pero apenas. Solo su sonrisita condescendiente. A veces le enviaba un mensaje de texto. Le decía que tenía buen aspecto ese día. «Me encanta cuando te pones ese suéter», algo así. Y él me respondía. Me decía que yo también estaba estupenda. Nada, una puta mierda. Me volvía loca. No sabía qué hacer. Empecé a desesperarme. Empecé a inventarme cosas.

Me imaginaba que me llamaba o me invitaba. A veces le escribía cuando estaba borracha. Me ofrecía a pasarme por su casa, pero él me decía que no. Me decía que no era buen momento. No sé. Quizá tenía una novia o algo.

«Por favor —le escribía—. Por favor.»

«Es demasiado peligroso, Marie», respondía. Así que yo empecé a enviarle mensajes sexuales. «Quiero que me folles.» Lo más vulgar que se me ocurría. Le escribía y él contestaba. Siempre contestaba. «Dime qué te gustaría exactamente.» Y ahí fue cuando empecé a mentir. Le conté a Ariel que me veía con él a todas horas. Empecé a enseñarle los mensajes. Los escribía delante de ella y esperábamos juntas la respuesta. A veces los escribía ella misma, haciéndose pasar por mí: «Dime qué te gustaría hacer». Él me lo decía, y no había nada de su ternura en esos mensajes. Nada. Y aun así no dejaba que fuera a verle.

GILAD

Nunca había leído a Shakespeare antes de su seminario. Antes de él, me las arreglaba como todo el mundo, con las típicas páginas de apuntes: CliffsNotes, SparkNotes, ClassicNotes. Te miras el resumen de los capítulos y el análisis, y simulas. Así nunca has de leerte el original. Shakespeare siempre me había parecido demasiado trabajo. Pero aquel tipo, con su manera de hablar, con su manera de moverse por la clase, o era un actor fantástico, o se creía lo que estaba diciendo. Eso no se ve muy a menudo. En las películas, los profesores siempre andan subiéndose a los pupitres, o sacrificando su vida por sus alumnos y su amor a la literatura, pero la verdad es que raras veces, muy raras veces, te da clase un profesor que se lo tome en serio. No es realista esperar otra cosa. ¿Cuánta gente es capaz de entrar en una clase, año tras año, y sollozar por la *Oda a una urna griega?* Por eso con mucha frecuencia los que se quedan son los tipos más deprimentes que has visto en tu vida. No tiene nada que ver con la edad. Se han mantenido en su puesto justamente por su actitud: amargada, aburrida, carente de ambición, solitaria y un poco chiflada. Con escasas excepciones, esa es la gente capaz de quedarse durante años en un colegio. Es el precio que hay que pagar para seguir dando clases media vida. Los que se interesan de verdad, los que aman su materia, los que aman a sus alumnos, los que por encima de todo aman la enseñanza, raramente se quedan. Que es más o menos lo que me dijo mi madre en Senegal cuando la señorita Mariama perdió su empleo.

—La gente se cree que es fácil reemplazar a un profesor —dijo —. Pero solo es cierto en el caso de los malos profesores.

El señor Silver fue la primera persona de la que yo me había enamorado. No es que hubiera un deseo sexual. O quizá sí. Es difícil asegurarlo. Siempre que amas a alguien tan intensamente, siempre que deseas «ser» amado con tal ansiedad, el deseo sexual forma parte de ello. Y a los diecisiete o dieciocho años, ¿qué es lo que no tiene que ver con el sexo? Yo no había sentido nada por un profesor desde la señorita Mariama. Quería para mí todo lo que él parecía querer para nosotros, o sea, llevar una vida comprometida, entregarme por completo a algo, lo que fuera, sentir agudamente el paso del tiempo, anhelar, desear con vehemencia. Nada de ello

sonaba retórico entonces. Sigo creyendo que no lo era. Él lo creía. Absolutamente todo.

Cuando empezamos a estudiar *Hamlet*, ese mes de octubre, yo estaba entusiasmado. Nos pidió que leyéramos toda la obra durante un fin de semana. Lo cual me gustó. Hizo que me sintiera adulto. Que me sintiera «capaz» de leerme *Hamlet* en un fin de semana. El domingo, me senté al sol en los jardines de Luxemburgo, en una de esas sillas metálicas verdes, con una gruesa bufanda alrededor del cuello y las solapas del abrigo levantadas. Me lo leí entero en una sentada. Hice un alto para comerme un sándwich y seguí.

—Sentaos en un café y leed la obra —nos dijo—. Tomaos un café. Sacad un bolígrafo.

Decía estas cosas como si fueran obvias, como si fueran lo que haría cualquier persona normal. Pero no eran obvias para la mayoría de nosotros. Aunque yo explorase París por mi cuenta, aunque me sentara de vez en cuando junto a la orilla del río, cuando él lo sugería parecía distinto, como si hubiera sido una auténtica locura no hacerlo. Y así, aquellos de nosotros que lo amábamos, que éramos muchos, hacíamos lo que nos decía. Y nos sentíamos importantes, nos sentíamos radicales, nos sentíamos como poetas y artistas, como adultos viviendo en el mundo, con libros en las manos, con bolígrafos, con pasiones. Y al volver al colegio, ¿cuántos de nosotros rezábamos para que nos preguntara qué habíamos hecho durante el fin de semana? No solo si habíamos leído, sino dónde.

Eso ya es mucho.

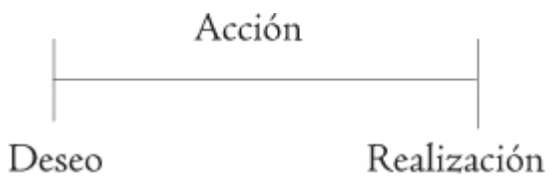
—Id a los jardines de Luxemburgo —dijo—. Agenciaos una de esas estupendas sillas públicas, sentaos al sol y leed. Mirad a la gente, comeos un sándwich. Salid de casa, por Dios.

Y eso hice. Y empecé a llevar bufanda.

Esperaba las clases con ilusión. Fantaseaba con las conversaciones que mantendríamos. Me preparaba frases. Realmente deseaba hablar sobre *Hamlet*. No habría preferido estar en ningún otro lugar del mundo.

De mi cuaderno de notas:

27 de octubre



—Bueno, ¿de qué trata la obra?

Miró alrededor. Alzó las cejas.

Rick soltó un suspiro de impaciencia.

—Pues va de este tipo, Hamlet, y de su…

Silver lo interrumpió.

—Dime de qué trata sin contarme la historia. No me interesa el argumento. Quiero saber de qué trata la obra.

—Vale, sí. Bueno, va de ese tipo…

—Rick, dime de qué trata la obra.

—Pero es que va de un tipo —dijo Abdul, mirando la página en blanco de su cuaderno.

—Discrepo —intervino Silver, volviendo la mirada hacia él.

—Vale, lo que tú digas —susurró Ariel.

Sin dejar de mirar a Abdul, Silver dijo:

—Sal de clase.

Abdul alzó de golpe la cabeza, con unos ojos como platos.

—Ariel, sal de clase.

—¿Disculpe?

Finalmente, se volvió hacia ella y lo repitió de nuevo, haciendo una pausa entre cada palabra:

—Sal de clase.

Nos quedamos todos callados. Era como una especie de éxtasis. Aldo, boquiabierto, paseaba la mirada de Ariel a Silver y vuelta a empezar.

—¿Habla en serio?

Él la miró con una intensidad y un enojo que yo nunca le había visto. Parecía transformado.

Ariel se había puesto roja como un tomate. Su mohín desdeñoso de siempre había desaparecido. Y entonces lo miró como si él la hubiera traicionado.

—Muy bien, pero tengo que decir que esto es…

—Ariel —le espetó Silver—. No me interesa. Sal fuera.

Ella recogió sus cosas, meneando la cabeza y musitando para sí con los labios. Volvió a mirar un momento a Silver, como calibrándolo. Había en su cara una sonrisa casi imperceptible. Finalmente, salió de clase con un portazo.

Él espero un momento.

Lily rompió el silencio.

—Colega —dijo.

Silver se acercó a la ventana abierta y miró un rato el campo. Recuerdo que yo lo observaba preguntándome qué pasaría a continuación. Los grandes árboles del fondo tenían las hojas amarillas y se veían encendidos por la suave luz del sol.

Cuando al fin se dio la vuelta, dijo:

—Estáis perdiendo el tiempo. Yo, de vosotros, me daría prisa.

Nadie dijo nada.

Dirigió la vista a la pizarra y, como si acabara de fijarse en el diagrama, dijo:

—Esta es la cuestión, ahí la tenéis. Esa es la gran cuestión: la distancia entre deseo y acción, entre lo que quieres y lo que haces. Esa tensión lo es todo. ¿Puede explicarme alguien, por favor, de qué estoy hablando?

—Lo más difícil es hacer lo que quieres hacer —dijo Hala.

Él asintió gravemente.

—O vivir como quieres vivir —afirmó Rick, mirando al techo.

—¿En qué sentido?

—¡Ahí está la tensión, colega! —Hala dio un golpe en su mesa —. Sabes que quieres hacer algo, pero no te decides a hacerlo.

—¿Colega? —Silver sonrió a Hala.

—Es culpa de Lily. Perdón.

Nos reímos todos.

—De acuerdo, colega. ¿Por qué no te decides a hacerlo?

—Porque eres perezoso —dijo Colin, sonriendo.

—Espera, espera. ¿Por qué no vas a hacer una cosa que quieres hacer? —preguntó Abdul.

Silver lo miró con los ojos entornados.

—Abdul, ¿tú haces todo lo que quieres hacer?

—Bastante. Sí.

—¿Hablas con cada mujer que encuentras atractiva, Abdul?

—A eso no tengo por qué contestar. No es una pregunta decente.

Hala soltó una risotada.

—Está bien, Abdul, está bien. —Silver se apartó de su escritorio y recorrió la clase con la vista—. Tienes toda la razón —dijo, ahora caminando, como tomando impulso—. Ciertamente, no tienes por qué contestar. Vamos a imaginar por un momento que estáis en una fiesta. Tomemos a Colin como ejemplo. Colin está en una fiesta. De pie en un rincón. Ahí está. Aburrido. Pensando en marcharse. Y entonces va y entra… —Silver miró a Colin, arqueando las cejas.

—Una chica —dijo él, riéndose—. Una chica, seguro.

—Muy bien, entra la mujer más hermosa que Colin ha visto en su vida. Y de repente se siente paralizado. ¿Qué es lo que la hace tan especial? ¿Sus ojos? ¿Su pelo? No lo sabe. Ah, pero es mágica, parece que resplandezca por dentro, y todo eso.

Silver se paseaba de aquí para allá, totalmente enardecido. Sacudía la cabeza y se reía mientras describía la escena, presentándonos con las manos a esa belleza imaginaria, modelándola, obligándonos a verla.

—Ahí esta, de pie junto al cuenco de ponche. Él desea hablar con ella. Tiene que hablar con ella. Dios mío, es preciosa. Mírala. Está sola. Mira qué ojos. Ese centelleo. Pero. Pero… ¿Colin? ¿Qué pasa? Pasa que no es capaz de cruzar la habitación. Lo desea, sí, la atracción que siente es fortísima. Pero no puede. Ah, cómo lo desea. Pero no puede. La tragedia, la…

—Yo lo haría —dijo Colin, cruzando los brazos, alzando la barbilla y sacando pecho.

—Sí, estoy seguro, Colin. Porque tú eres un hombre. Pero vamos a imaginarnos solo como hipótesis, ¿de acuerdo?, que no lo eres. ¿Te consideras lo bastante hombre para fingir?

Colin sonrió.

—Bueno, ¿por qué no se movería Colin de su sitio? —Silver dejó de pasearse, arqueó las cejas y abrió las manos, abarcando la clase de un vistazo—. ¿Por qué?

—¿Por qué es un niñato?

Todo el mundo se echó a reír.

—¿Y por qué es un niñato, Rick? ¿Qué lo convierte en niñato? ¿No te importa, verdad, Colin? Es todo hipotético.

—No, tío, ya me vale.

—¿Me has llamado «tío»?

Colin le sostuvo la mirada y, tras una pausa, respondió:

—No a usted. Es solo… una figura retórica.

Silver pareció enfadado un momento, apenas un momento, y después se le pasó sin más. ¿Bromeaba? Eso era típico en él. Nunca sabías bien a qué atenerte. Solo él podía apretar. Tú no podías revolverte. O no demasiado, en todo caso. Todo giraba en torno a esa tensión. Nunca sabías cómo iba a reaccionar.

—¿Rick?

—Es un niñato porque es cobarde, porque no se atreve a acercarse. A hablar con ella.

—¿Por miedo?

—Sí, por miedo.

—Sí. —Pausa—. Miedo —repitió Silver—. Esa es la cuestión,

¿no?

Recorrió la clase con la mirada, buscando la atención total de cada uno de nosotros.

—Miedo. Eso es lo que diferencia al héroe del hombre corriente. Solo se trata de cruzar la habitación. No es complicado.

—¿Entonces, qué? ¿Los héroes hablan con las chicas?

—Algunos sí, Cara, estoy seguro. Pero esa no es la cuestión. Vamos. Pensad. Gilad, ¿cuál es la cuestión?

Levanté la vista mientras se me aceleraba el corazón.

—Que lo haces igualmente —dije, bajando otra vez la mirada.

—Lo haces. Igualmente. —Silver lo escribió en la pizarra. Volvió a apoyarse en el borde de su escritorio, cruzó los brazos y repitió la frase, como si acabáramos de descubrir la respuesta a todos los interrogantes.

—Lo haces igualmente. Sí. Sí. Lo haces a pesar del miedo. Lo haces igualmente. Pase lo que pase. Porque tienes que hacerlo. Porque sabes que es lo correcto. Porque crees en ello. Porque, si no lo haces, te estarás traicionando a ti mismo.

Había levantado la voz y nos tenía a todos atrapados. Incluso Abdul, siempre tan lerdo y desafiante, lo miró con curiosidad cuando Silver se apartó de su escritorio y empezó a moverse otra vez por el aula.

—Lo haces porque es importante. ¿Y cómo sabes que es importante?

—¿Porque te da miedo?

—No preguntes, Lily. Dímelo.

—Porque te da miedo.

Él sonrió.

—Porque te da miedo. Lo haces porque te da miedo. Ese es el núcleo. El meollo del asunto. Es así como lo sabes. Ese es el corazón de toda la historia. El corazón.

—Entonces, ¿debo tirarme de un puente porque me da miedo?

—¿Tú deseas tirarte de un puente, Abdul?

—No, pero usted ha dicho…

—Vamos, Abdul. Piensa un poquito. Vamos. Dame algo, hombre. Busca. Piensa, Abdul. Haz un esfuerzo. Volvamos a Hamlet. ¿Qué tiene que ver todo esto con ese tipo, con Hamlet?

Y entonces sonó la campana, que era lo que solía suceder. Nos dejaba con la pregunta abierta. La clase concluía y nosotros desfilábamos hacia el pasillo pensando en la respuesta. Nos mirábamos unos a otros con complicidad. Aunque no fuésemos amigos, ahora nos unía un vínculo. Y aquellos que nos habíamos

enamorado de él regresábamos siempre dispuestos y nerviosos, deseando con toda el alma que se fijara en nosotros. Y temiendo que lo hiciera.

Los días se acortaron mientras octubre llegaba a su fin. A veces almorzaba con Lily, si ella andaba por ahí. Si no, comía solo y me leía lo que él nos hubiera encargado que leyéramos. Practicaba el atletismo —campo a través—y me quedaba después de clase para entrenar. Hice algunos amigos. O al menos me veía y charlaba con alguna gente. Pero la mayor parte del tiempo me mantenía aparte. Raramente veía a mi padre. Por las noches, cenaba con mi madre en la mesita de la cocina.

Lo único que deseaba era vivir la vida que Silver quería que lleváramos.

Para entonces ya había leído a Sartre, *El libro de Job* y *Hamlet*. Los días eran fríos y hermosos, y yo procuraba apreciar su belleza. Intentaba prestar atención a todas las cosas. Eso era por encima de todo lo que él quería que hiciéramos.

Aquellas mañanas, mientras esperaba el *métro*, siempre tenía la esperanza de que él me viera. Me vestía para él y permanecía de pie con un libro abierto, aguardando. Cuando oía que alguien bajaba por la escalera al andén, fruncía el ceño como si estuviera absorto en la lectura.

De vez en cuando lo veía. Se metía en otro vagón o se sentaba dándome la espalda. En esas ocasiones nunca tenía valor para hablarle. A veces caminábamos juntos desde la estación hasta el colegio. Yo esperaba que me hiciera preguntas, pero apenas preguntaba nada. Era amable. Sonreía. Siempre decía buenos días.

—¿Un buen fin de semana? —decía—. ¿Estás bien?

Quería decir después de lo que habíamos visto juntos. Pero cuando yo pensaba en el hombre que había muerto delante de mí, pensaba sobre todo que aquello nos había llevado a Au Petit Suisse. Que me había permitido compartir una mesa con él. Recordaba cómo Silver había cuidado de mí. Y que yo había pensado que quizá también yo cuidaría de él. El accidente en sí mismo no me atormentaba tal como la psicóloga del colegio creía. Me habían obligado a verla una vez por semana.

Durante esos trayectos desde el *métro*, a veces él me preguntaba por la lectura. ¿Me gustaba? ¿Me parecía interesante? Yo respondía de modo muy general, mientras buscaba algo original e inteligente que decir: alguna observación ingeniosa y espontánea que revelara mi madurez, una sabiduría que rebasara mi edad. Pero nunca se me

ocurría nada.

Y ya, cuando cruzábamos la verja del colegio, lo perdía entre la aglomeración de primera hora de la mañana.

El 8 de noviembre repartió ejemplares de *El extranjero*.

De mi cuaderno de notas:
8 de noviembre de 2002
Extranjero, lectura para el fin de semana.
Sábado, Place de la République, mani.
Y luego, uno de sus recortes de prensa, pegado en la página:
Del *New York Times* —1968—John Weightman:

> Como africano blanco, desarrolló una especie de paganismo solar cargado de melancolía. *Bodas* celebra la unión de un joven con la belleza natural del sol, del paisaje y el mar. *El revés y el derecho* muestra que la vida, incluso vivida plenamente y en las circunstancias ideales en el Mediterráneo, tiene siempre una trasfondo de tristeza. «No existe amor a la vida sin desesperación por la vida» es uno de los aforismos acuñados por Camus para expresar este punto de vista. Quiere decir que incluso en los momentos de mayor intensidad vital —por ejemplo, al bañarse en verano en el mar con su novia, como Meursault, el protagonista de *El extranjero* —no deja de ser consciente de que hay una tragedia inherente al universo mismo.

Eso fue un viernes. Nos leyó en voz alta algunos fragmentos de los ensayos. Ariel escribió en su fajo de fotocopias grapadas: «¿Todavía estamos en primaria?» Le dio la vuelta para enseñárselo a Aldo, que exhibió su sonrisa de tarado entre las greñas lacias que le caían por la cara.

Pero todos los demás lo escuchamos con atención. Incluso Colin había abandonado su expresión socarrona. Durante el último mes había adoptado un aire de vehemente intensidad. Hablaba cada vez menos y seguía las discusiones con atención, rascándose la cabeza. No había vuelto durante una semana, después de largarse aquel día de clase. Y luego, un día se presentó otra vez, diez minutos tarde. Silver no dijo nada; se limitó a hacerle un gesto con la cabeza cuando entró tímidamente. A medida que pasaban los días, se fue concentrando más y más. Parecía volcado por completo. Yo creía al principio que era una comedia, una especie de provocación. Pero

no. Había tomado una decisión y, desde su regreso, solo se había producido otro incidente más, justamente mientras analizábamos *Hamlet*.

Silver había escrito en la pizarra: «Alejandro murió; Alejandro fue sepultado; Alejandro se convirtió en polvo; el polvo es tierra y de la tierra hacemos barro. ¿Y por qué este barro, en el que fue convertido, no habrá podido tapar un barril de cerveza? El gran César, muerto y convertido en barro, puede tapar un agujero para impedir que pase el aire, etc. —*Hamlet* 5.1.»

—¿Por qué —nos preguntó—está hablando Hamlet de Alejandro y de César?

—Todos nos convertiremos en polvo —dije sin pensarlo, y alcé los ojos, sobresaltado por mi propia voz.

Él me sonrió.

—Sí —dijo—. Continúa, Gilad.

—No importa quiénes somos. O fuéramos. Morimos. Nos desintegramos. Acabamos tapando agujeros. Y ya está. Nada más.

—Y por tanto…

Miré un instante mi cuaderno, donde había copiado la cita. Al levantar otra vez la vista me encontré sus ojos fijos en mí. Parecía estudiarme con curiosidad. Percibí el calor del afecto, del orgullo. Elegido. Sentirme mirado así por él… No podía hablar.

—Y por tanto —ese era Colin—, nada importa. Pero hemos de vivir igualmente. Ese es el problema. Nada importa, pero hemos de vivir igualmente. Aun cuando sepamos que acabaremos en el culo de alguien, hemos de vivir igualmente.

Risas.

—Te seguía hasta lo del culo —dijo Silver.

—Bueno, aquí dice… —Colin pasó a toda prisa las páginas de su ejemplar, mientras le subían los colores—. Aquí. «¡A qué bajos usos regresaremos, Horacio! ¿Por qué no podrá la imaginación rastrear las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando el agujero del culo?»

Silver sonrió, asintiendo.

—Lee la nota, Colin. *Bunghole* es el orificio de un barril.

Ariel soltó una carcajada. Colin entornó los ojos.

—No obstante, tu argumentación sigue en pie. Has dicho que nada importa, pero que hemos de vivir igualmente. Continúa.

Se hizo un breve silencio.

—Seas quién seas —dijo—, sin importar lo que hayas hecho en la vida, acabas convertido en polvo. —Colin miró a Ariel y añadió, casi escupiendo—. Todos acabamos convertidos en polvo.

—Exacto —dijo Rick, como para sí.

—Solo que… —dije.

Colin se volvió bruscamente hacia mí. Nos miramos el uno al otro por primera vez en todo el curso. Me impresionó su ira, la rabia que había en sus ojos. Me asustó. Y me dio celos.

—¿Solo que…? —preguntó Silver.

—Solo que eso no es del todo cierto.

—¿Por qué no?

—Porque no tenemos la obligación de vivir. Ahí está la clave. Es la idea de Sartre. Y de Shakespeare aquí. Es la gran cuestión. Ser o no ser. Esa es la cuestión. Vivir o morir. Morir. Dormir.

Colin me miraba todavía. Su expresión se había suavizado.

—Tienes razón —dijo, asintiendo.

—Ellos tienen razón —respondí, aventurando una ligera sonrisa.

Él se relajó y volvió a asentir.

—Y por tanto nosotros decidimos qué hacer con nuestras vidas. Escogemos aunque no escojamos. No escoger ya es una manera de escoger. Es lo que dice Sartre, ¿no? —Hala, que se había pasado las últimas semanas bastante callada, se lanzó ahora con vehemencia —. O nos matamos, o hacemos algo con nuestra vida. Ahí está. Esas son las opciones.

—Total —dijo Lily, mordiéndose pensativamente una trenza.

Jane se echó a reír y miró a Silver.

Rick asintió para sí. Abdul clavaba los ojos en su pupitre, cabeceando con silenciosa disconformidad. Cara, reclinada hacia atrás y sin dejar de estudiar el techo, preguntó:

—¿A eso se refiere cuando habla del absurdo? O sea, ¿eso es lo absurdo? Moriremos igualmente, pero hemos de vivir.

—Total —dijo Lily, sonriéndole—. Total.

Cara miró a Silver buscando una confirmación, pero él se limitó a sonreír levemente.

Me dio la sensación entonces de que algo importante acababa de suceder para todos los que estábamos de su parte, para los que lo amábamos. Tenía poco que ver con la filosofía como tal, y mucho —o todo—con Silver: con el hecho mismo de haberlo complacido, de habernos vuelto adultos en cierto modo. Una sensación de aventura y también de formar una especie de familia.

—Vaya chorrada —dijo Ariel.

Nos volvimos todos hacia ella, salvo Colin, que se había quedado inmóvil, con la mirada perdida a lo lejos.

—Matarte no es una opción. Es un error. Venga ya. La vida no es así de simple. Existe el instinto, la…, no sé. O sea, no vas y, qué, ¿te

tiras de un puente? No puedes vivir como si el suicidio fuera una alternativa. Es una idea totalmente estúpida. O sea, ¿cómo podéis sentaros ahí y tragaros estas chorradas? —Miró alrededor, como si esperase que alguien respondiera.

—Una buena pregunta, Ariel —dijo Silver—. ¿Alguien puede responder?

Inspiré antes de hablar.

Pero entonces Colin se volvió y le dijo, lenta y fríamente, subrayando cada palabra.

—Cierra la puta boca. Cierra la boca, joder.

Silver se irguió.

—Colin —dijo con severidad—. Colin, para ya.

Él miró al señor Silver con aire sombrío y maligno, como si no pudiera comprender por qué lo había interrumpido. ¿Qué tenía que decir? ¿Qué podía querer Silver en ese momento?

—Sal, Colin —le dijo, señalando la puerta con un leve gesto de cabeza.

Nadie se movió ni dijo nada. Se miraron los dos un momento. Luego Colin se levantó y se volvió hacia Ariel. A ella le brillaban los ojos de rabia. Era increíblemente guapa. Colin la observó. Yo veía la cara de la chica. Vi cómo se arredraba, vi en sus ojos algo semejante al miedo. Observé cómo palpitaba la sangre en su cuello esbelto.

—Colin, ahora mismo.

—No eres nada —murmuró con aquel acento irlandés tan marcado y algo cómico—. Nada, ¿vale?

Recogió sus cosas y salió de clase, cerrando silenciosamente la puerta.

WILL

Ese día daba el seminario durante la última hora. Los chicos habían leído durante el fin de semana los ensayos líricos de Camus y yo aguardaba con expectación el debate. No había tenido tiempo de prepararme a fondo y pensé que leer otra vez a Camus quizá me proporcionara un poco de serenidad.

Gilad y Colin se habían sentado juntos y, al entrar y verlos así, sentí una punzada instantánea de orgullo paternal. Gilad, que había estado aislado desde principio de curso, ahora contaba quizá con un amigo. Y Colin, que me había presionado tanto y se había comportado con tal beligerancia, había adquirido de la noche a la mañana un interés que bordeaba la obsesión por todas mis palabras. Verlos a los dos me dio ánimos. Y no solo eran ellos los que me alentaban con su presencia. Estaba Lily, con sus trenzas, su naturalidad y su risa fácil. Hala, que podría haber pasado por una abogada de treinta años con su aguda inteligencia; siempre sarcástica y divertida, siempre llena de un infinito desdén por Abdul. Cara, con su sombrío cinismo, su silencio distante y su descarada indiferencia ante los trabajos de clase, con su melena negra sobre los ojos y sus ocasionales destellos de interés. Jane, que ya había dejado atrás la etapa del pelo morado y las alas de ángel, y que parecía elevarse ahora por encima de los problemas de la adolescencia. Y Rick, tan distante al principio, que se había aficionado a replicar a los comentarios y exabruptos de Ariel con frases de una precisión aplastante. De repente se percibía un gran entusiasmo por la clase, por mí, por la filosofía; se había creado una especie de alianza, un sentimiento de unidad. Como si, en un instante, todas las piezas hubieran acabado de encajar.

Unas semanas atrás, mientras comentábamos el último acto de *Hamlet*, hubo un día en el que yo había dejado de hablar, en el que había soltado del todo la correa. Y ellos despegaron por sí solos, relacionando elementos de la obra, escuchándose unos a otros, presionándose mutuamente, riendo. Se percibía en el ambiente un salto hacia delante, una excitación general, y todo ello impulsado por su interés, por su propio entusiasmo por la obra. Ya estaban más allá de la clase y navegaban por su cuenta, mientras yo observaba desde un rincón. Habría podido escabullirme por la

puerta, dejar que siguieran solos. Pero quería observar. Quería ver. Aquello era lo mejor del mundo: mejor que un amor, que una pasión, que un festín. Era el prodigio más genuino, más inusitado y más delicioso que yo conocía y, mientras duró —cinco, diez minutos—, estuvimos allí todos juntos. Ellos me arrastraban con su pasión.

Pero Ariel no pudo permitirlo. Fue ella quien lo cortó. Éramos todos idiotas. Dijo sentirse ofendida por la idea de que el suicidio fuese una opción viable, o simplemente una opción. Y todo el ambiente que se había creado se desmoronó. Colin perdió los estribos. Ese chico, con toda su masa de músculos en tensión, habría sido capaz de golpearla. No parecía imposible en ese momento. Tuve que sacarlo de clase. Por mucho que lo comprendiera, no podía permitir que la cosa pasara a mayores.

Más tarde, me di una vuelta con él por el campo.

—¿Lo entiendes, no?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí, señor.

—Está bien, solo quería asegurarme. Aunque no has escogido la mejor manera de expresar lo que sentías, me consta que no eras el único en la clase que se sentía como tú.

Pasamos junto a un grupo de chicos sentados en círculo en el césped, con sus cuadernos abiertos.

Cuando ya no podían oírnos, Colin empezó:

—Ella…

Lo interrumpí.

—Lo sé. A veces es capaz de complicar las cosas y sacarte de quicio, pero como mínimo has de aprender a soportarla. No le hagas caso, si puedes.

Asintió.

—No es eso, señor. Ella…, a ver si lo entiende. Creo que debería saberlo. Quiero decir, usted se portó bien conmigo. Me dio tiempo. Cumplió lo que me había dicho. Yo esperaba que me llamasen de dirección. Pero, bueno, no pasó nada. Nadie vino a buscarme. Eso me gustó. Me gustó poder ir a clase porque yo quería. Era una gran diferencia.

—Me alegro. Fuiste valiente al desafiarme, al irte de clase.

Asintió.

—Gracias por esta oportunidad. De veras, señor Silver. —Hizo una pausa—. Lo que tiene que saber es que ella lo odia.

Me eché a reír.

—Ya estoy acostumbrado a que me odien los alumnos. Forma parte del trabajo de profesor.

Negó con la cabeza.

—No. Creo que esto es distinto. Lo odia de verdad. Dice cosas de usted.

—¿Como qué?

—¿De veras quiere saberlo? ¿Quiere que se lo diga? Quizá solo tiene que saber que las dice. Que es una… Es mala.

Es mala. Una frase inusualmente inocente viniendo de él. Me detuve y lo miré. Fue entonces cuando desconfié por primera vez de Marie.

—Si no quieres decírmelo, no lo me lo digas. Pero te agradezco tu interés, de todos modos.

En las clases, Ariel había perdido parte de su bravuconería; hablaba menos, parecía intimidada por Colin. No se atrevía a mirarlo. Se pasaba el rato ensimismada, sin hacer caso a nadie. Ni siquiera le hacía caso a Aldo, dejándolo a merced de una mayoría hostil. Él no tenía a quién recurrir. Había sido durante demasiado tiempo un fiel aliado de Ariel. Se había pasado el trimestre murmurando, lanzando sonrisitas burlonas. Y tampoco se atrevía a buscar la complicidad de Abdul Al Mady, pues Abdul se movía en un nivel social muy inferior al suyo.

Así que, a principios de noviembre, era entre aquellos chicos, durante las sesiones del seminario, donde yo percibía una sensación de energía bien conocida, una vaga perspectiva de futuro. La mayoría de ellos estaban conmigo. Los otros tres no tenían remedio. Habían de permanecer en silencio o adaptarse a la corriente general, y la verdad, por mi parte, era que no los necesitaba. Los demás estábamos haciendo algo, nos sentíamos vivos allí. Era lo único que yo tenía, y supongo que imaginaba entonces —estúpidamente—que también era lo único que ellos tenían y que con eso bastaría.

GILAD

Silver había tratado de proseguir el debate, de acabarlo con cierta normalidad, pero cuando sonó la campana nos sentimos todos aliviados. Ariel se había quedado muy callada. Los demás también. Aquella tarde, mientras volvía en *métro* a casa, me pregunté cual sería la razón que la impulsaba a enfrentarse con él. No lograba entenderlo. Todas sus amigas hacían lo imposible para que se fijara en ellas.

Que yo supiera, no había habido repercusiones después del estallido de Colin. A partir de aquel día, habíamos empezado a saludarnos en los pasillos.

—¿Qué tal, tío? —me decía.

Eso me daba fuerzas. Percibía cierta intimidad en esos intercambios. Los esperaba con ilusión.

Y ahora, semanas más tarde, un gélido viernes por la tarde, mientras los álamos oscilaban lentamente al fondo del prado, con sus hojas amarillas embebidas de sol, escuché cómo el señor Silver concluía la semana con una lectura:

—«El espacio y el silencio pesan igualmente en el corazón. Un amor repentino, una gran obra, un acto decisivo, una idea que transfigura: todo esto, en ciertos momentos, provoca la misma angustia insoportable, avivada por un irresistible encanto. Vivir así, en la deliciosa angustia de existir, en exquisita proximidad con un peligro cuyo nombre ignoramos, ¿es lo mismo que correr hacia tu perdición? Una vez más, sin tregua, corramos hacia nuestra destrucción. Siempre he sentido que vivía en alta mar, amenazado, en el corazón de una majestuosa felicidad.»

Levantó la vista.

—No sigáis leyendo. Mirad por la ventana. Cerrad los ojos. Pero escuchad.

Lo hice y sentí como si no estuviera solo.

—De Albert Camus, *El mar aún más cerca* —nos dijo, y luego repitió la frase, obviamente de memoria—: «Siempre he sentido que vivía en alta mar, amenazado, en el corazón de una majestuosa felicidad.»

Y entonces, de modo totalmente inusual en él, utilizó la primera persona:

—Yo siempre me he sentido así.

Abrí los ojos y, al verlo, pensé que iba a ponerse a llorar. No estaba actuando. No habría sido capaz. Imposible.

Miró por la ventana y bajó otra vez la vista a su amarillenta edición de bolsillo.

—«Hay mujeres en Génova cuya sonrisa amé toda una mañana. No volveré a verlas y, ciertamente, no hay nada más sencillo de entender. Pero las palabras jamás sofocarán la llama de mi nostalgia. Miraba volar a las palomas sobre el pequeño pozo del claustro de San Francisco y olvidaba mi sed. Pero siempre llegaba un momento en que volvía a sentirme sediento.»

Solo quedaban unos minutos antes de la campana. Después de leer esta última frase, la misma que había leído el lunes, parecía preso de una melancolía que yo nunca le había visto.

—¿De qué estaba sediento Camus? —preguntó—. ¿De qué estáis sedientos vosotros?

Hala levantó la mano, pero él movió la cabeza.

—Pasad un buen fin de semana —dijo—. Y leed.

Ese viernes, después de las clases, caminé con Colin hasta el *métro*. No fue nada planeado. Sencillamente no tratamos de evitarnos. Lo había visto en otras ocasiones, un poco más adelante, encendiendo un cigarrillo al cruzar la verja y saludando con desparpajo a los guardias. Infinidad de veces había caminado detrás de él, abriéndome paso entre otros muchos chicos que andaban por la calle riendo y gritando, libres al fin del colegio. Salíamos a borbotones, con toda la alegría de una libertad temporal. A mí no me importaban esas caminatas a solas, rodeado pero no en compañía de todos los demás. Me gustaba mirar sin participar. Me hacía sentir más fuerte y, durante meses, no me dio la impresión de estar solo. También prefería andar por mi cuenta porque pensaba que así me ganaría las simpatías de Silver, a quien veía a veces caminando con otros chavales, saludando e intercambiando bromas, mientras salía deprisa del colegio.

Quizá me encontrara más interesante si me veía solo, pensativo, rumiando grandes ideas: un joven filósofo, un espíritu independiente. Pero, en el mejor de los casos, me daba un palmadita al pasar. Hasta mañana, Gilad. Hasta mañana.

Así que ese viernes, al encontrarme al lado de Colin a la salida del colegio, me sorprendió a mí mismo lo agradecido que me sentía

de repente por contar con su compañía.

—Eh —dije.

—Eh.

Ahora estaba igual que los demás. Es decir, con alguien. Todos aquellos meses de aislamiento, todos aquellos meses solo y, de repente, ahí estaba Colin.

Me ofreció un cigarrillo. Meneé la cabeza.

—Debería dejarlo —dijo—. Silver siempre está dándome el coñazo sobre el tabaco.

—¿De veras? —Sentí una punzada de celos.

—Sí, ¿sabes? Tuvimos un día una conversación y me preguntó si me sentía un rebelde por fumar. Como si yo fuese más duro por fumar cigarrillos. Y entonces va y me suelta todo un discurso, que si fumar es todo lo contrario de un acto de rebeldía, que si la industria tabaquera y no sé qué mierdas. Tenía razón, joder. Como siempre. Así que, bueno, voy a dejarlo. Lo estoy intentando. —Se echó a reír.

Yo esperé a que se me pasara el acceso de celos; incluso la sensación de haber sido traicionado. Como si, durante todo ese tiempo, Silver hubiera sido solo mío.

—¿Sabes? —le dije—, cuando mataron a ese tipo aquel día, Silver me llevó a un café. Nos pasamos allí toda la mañana.

Colin me miró.

—¿Sí? Eso tiene que haber sido intenso, tío. Ver a un tipo así. Bien jodido.

—Sí, lo fue.

—¿Cómo sonó el impacto?

—No sé. Fue… ¿La verdad? El ruido quedó amortiguado por el estruendo del tren. Todo fue muy rápido. Y luego, él desapareció. Entonces vino ese crujido. Como ramas partidas por la mitad. Aunque era como si sonase lejos. O debajo del agua. O es que yo estaba… No sé.

—Joder —dijo, mirándome de soslayo. Parecía impresionado.

Caminamos en silencio un trecho, Colin dando caladas y sacando el humo. Bajamos las escaleras del *métro*.

—¿Tú vas a esa protesta del sábado? —me preguntó, mientras nos desplomábamos en dos asientos.

—Supongo. ¿Y tú?

—Me lo estaba pensando.

—Podemos ir juntos, si quieres —dije tras una pausa.

Asintió.

—Sí, de acuerdo. Sería guay. De acuerdo. Guay.

Intercambiamos los números de teléfono y él se bajó en la

parada de Nation. Cuando el tren volvió a arrancar, él hizo un gesto con la barbilla. Por primera vez desde mi llegada a la ISF, el hecho de que fuese fin de semana tenía para mí un sentido.

Abrí la puerta. Mi madre estaba llorando y en mitad de una frase airada cuando entré. Mi padre, con traje negro, una corbata roja en la mano y los botones del cuello desabrochados, se hallaba a su lado.

—Gilad, vete a tu habitación, por favor.

No me miró al decirlo; mantuvo los ojos fijos en mi madre, cuya expresión se suavizó al verme.

Cerré la puerta. Era la primera vez que veía a mi padre desde hacia varias semanas.

—Gilad, vete a tu habitación.

No me moví. No dije nada. Y entonces se volvió hacia mí con rabia. Tenía en la frente un ligero brillo de sudor.

—No estoy para tonterías, Gilad. O te largas del puto piso, o te metes en tu habitación y no te mueves de allí.

Los dos me miraban, mi madre con ojos suplicantes.

—Gilad, ¿estás sordo, joder?

—No le hables así —dijo mi madre, mirando al suelo. La furia que hubiera sentido antes de que yo entrase la había abandonado. Y ahora, aquel patético intento de defenderme. Él no le hizo ni caso. Yo no podía moverme del sitio.

Dio un paso. Era unos centímetros más alto que yo, y más fornido, pero se aproximó con cautela, casi titubeando, como si no quisiera dejar a mi madre sola.

—Gilad —dijo una vez más—. No estoy para idioteces. Esto no es asunto tuyo. Largo de aquí.

Lo miré a los ojos y no aparté la vista. Me sentía como si fuera a disolverme. Tenía que seguir mirando. Si rompía el contacto, todo —el inestable equilibrio, lo que nos mantenía a los tres inmóviles— se vendría abajo. No podía desviar la mirada.

—Ponle la mano encima y no volverás a verme jamás —dijo mi madre. Esta vez con voz más firme, recomponiéndose mal que bien.

Entonces, sin dejar de mirarme, mi padre retrocedió un paso, echó hacia atrás el brazo derecho y la golpeó de lleno en la cara. Un golpe tan grácil, tan preciso como cada uno de los reveses que le había visto conectar en las pistas de tenis de todo el mundo. Sonó un impacto sordo. Mi madre soltó un grito contenido, como dejando escapar todo el aire de golpe. Él no había apartado sus ojos de los míos en ningún momento, o eso me parecía. Abrió la boca como

para hablar. Primero no dijo nada. Y luego, en voz baja:

—¿Me has entendido, Gilad?

Yo deseaba con toda mi alma lanzarme sobre él. Lo veía incluso. Me veía destrozándole la mandíbula. Arrojándolo por la puerta. Por la ventana. Cortándole el pescuezo. Haciéndole pedazos. Su sangre en mis nudillos. Me sentía a punto de entrar en acción, la furia subiéndome por dentro, los músculos tensos: me echaría sobre él, lo agarraría del cuello. Lo mataría.

Lo que hice, en cambio, fue desviar la vista hacia mi madre, que fingía estar angustiada, más que asustada. Alzó la cabeza y nos miramos a los ojos unos instantes. Luego miré más allá, a través de la ventana. Había un cielo gélido a su espalda. La rama de un plátano entrando y saliendo del recuadro. Los árboles, doblándose bajo las ráfagas de viento. Un cable balanceá retorciéndose tras el doble cristal. A lo lejos divisé el Sacré Coeur, apenas una mancha pálida en el cielo.

—Gilad, sal de aquí de una puta vez.

Sin hacerle caso, volví a mirarla a ella. Una marca roja surgía ya en su mejilla derecha; tenía motas de sangre en los labios. Los ojos, apagados.

—Lo siento —me susurró—. Lo siento.

En esa disculpa encontré una salida. No era culpa mía. No era asunto mío arreglarlo.

Así que los dejé allí.

Esa noche me quedé encerrado en mi habitación. Meé por la ventana en el patio de abajo. Leí. Me paseé de aquí para allá. Ponía la mano en el picaporte. Me imaginaba que abría. Que echaba la puerta de su dormitorio abajo. Cruza la puta habitación. Hasta el fondo. Empuja. Vamos.

Pero yo era un cobarde. Me quedé donde estaba. Contemplé la noche y deseché esas ideas. Miré por la ventana y pensé que Silver estaría en su piso, en algún punto de la ciudad. Leyendo. Escuchando a John Coltrane o algo así. O en su escritorio, corrigiendo exámenes. Escribiendo poemas tal vez. Una luz baja, una mujer bella con los hombros desnudos leyendo en el diván. Allí estaba, llevando una vida digna. Lo veía con toda claridad.

Pensé en la cita que tenía por la mañana con Colin. Al día siguiente lucharíamos. Lucharíamos contra algo importante. Mañana seríamos valientes.

Me levanté muy pronto y salí. La puerta de ellos estaba cerrada. A la tenue luz de la mañana, todo parecía como siempre; los almohadones del diván volvían a estar en su sitio.

«Y entonces de repente empiezas a vivir en Francia.»

Salí a la Rue de Tournon. Corrí hasta el Boulevard Saint Germain, giré hacia el este y seguí corriendo. Eran poco más de las seis y las calles se hallaban en silencio. Los cafés estaban abriendo; los camareros colocaban con aire cansado las sillas en las terrazas mientras se fumaban su primer cigarrillo. Pasé junto a los barrenderos, vestidos de verde, que recogían la basura de la noche anterior. Corrí hacia el Pont de Sully. Corrí hasta que ya no pude más. Me desabroché el abrigo y empecé a caminar. El aire de la mañana refrescaba el sudor de mi pecho, de mi cara y de mi nuca. Crucé el puente y me detuve a mirar cómo asomaba el sol sobre los grises bloques industriales del este. Recorrí el Boulevard Henri IV hasta llegar a la Place de la Bastille y ocupé una mesa en el café Français. Los camareros aún estaban ordenando las sillas en la acera. El viento era muy frío. Pedí un *café crème* y un *croissant*. El camarero no me dijo una palabra. El café y la leche venían en jarras de acero separadas, ambas ardiendo, y el *croissant* todavía estaba caliente. No había tomado nada desde el almuerzo del día anterior. Devoré el *croissant* a toda prisa y luego, recordando a Silver, me serví el café y la leche muy despacio.

Lo primero que pensé, cuando hube aplacado el hambre y el café empezó a reanimarme, fue que él me habría mirado en ese momento con buenos ojos. Le habría gustado que estuviera allí solo, tan temprano, prestando atención a cosas sencillas y hermosas. La mañana de París, el café, la leche, la jarra. Su aprobación imaginaria me hizo sentir que todo iría bien. Fuesen cuales fuesen los problemas, todo iría bien.

Ellos no tenían nada que ver conmigo. Mi madre había tomado sus propias decisiones y seguía tomándolas. ¿Qué tenía que ver eso conmigo? Se había casado con él. Se había rendido. Se había quedado, pese a todo. Mi vida era mía; pronto me liberaría de ellos definitivamente, *y* mi rabia *y* esa nueva convicción me impulsaban hacia el nuevo día.

Abrí la mochila y saqué *El extranjero*. ¡Qué orgulloso se sentiría de mí al verme allí solo, en esa fría mañana, con el libro sobre la mesa, junto a los restos de mi desayuno! Completamente solo, mientras se desplegaba el día. Coloqué bien el libro, todavía con el lomo intacto, como quien reordena los elementos de una vida sosegada, moviendo hacia aquí una taza, hacia allá un cenicero.

Saqué también de la mochila la edición francesa de bolsillo que me había comprado en L'Ecume des Pages. Me leería primero aquella versión, haría observaciones inteligentes sobre la traducción, explicaría que había disfrutado mucho más la novela en su idioma original.

«*Aujourd'hui, maman est morte. Ou peut-être hier, je ne sais pas.*» «Mamá ha muerto hoy. O quizá fue ayer, no lo sé.»

Esas primeras palabras. Me sentía totalmente despierto. Incluso ahora, después de todo el tiempo transcurrido, me resulta embarazoso pensarlo. ¿Cuántos adolescentes se habían enamorado ya de aquel libro cuando yo lo descubrí? Pero eso no lo sabía, lo cual, supongo, no dejaba de ser un mérito de Silver. Él no nos lo dijo, y a mí no se me ocurrió preguntarlo.

Toda aquella escena se había reproducido infinidad de veces —los Gaulois, los jerséis negros de cuello alto—, pero para mí era un regalo secreto que nos habían hecho un viernes por la tarde, al comienzo de nuestras vidas.

Leí tal como uno lee cuando es joven. Creía que cada palabra había sido escrita para mí, que lo que veía, sentía y aprendía lo descubría yo solo. Leí sin descanso durante horas. Ese hombre que apenas reacciona ante la muerte de su madre me permitió aquella mañana abandonar a mi propia madre, dejarla —sin culpa—con su propia vida y sus propias decisiones.

Cuando levanté la vista del libro ya eran casi las once. Pedí una tortilla y otro café. Las mesas habían empezado a llenarse. Me sorprendió verme rodeado de gente que charlaba o leía el periódico. Yo formaba parte de aquel lugar, de aquel momento, un sábado por la mañana. Ya no pensaba en la noche anterior. Dejé todo eso de lado. Camus era mío aquel día. Y era un regalo de Silver. Camus, Mersault y todos los demás.

Recorrí el Boulevard Beaumarchais con las manos hundidas del todo en los bolsillos. Cerca de la Place de la République, en el Boulevard du Temple, había una hilera de furgonetas azules de la policía —parecía que fuesen centenares—y multitud de agentes antidisturbios, ajustándose ya las correas de sus chalecos, fumando y tomando café de sus termos, preparándose con calma para la batalla. Vi a uno lavándose los dientes y escupiendo en la alcantarilla. Me tomé mi tiempo para observarlos.

Eran tipos fornidos y aguardaban una violencia que había de llegar sin falta.

Más tarde, usarían sus porras. Serían atacados, bombardeados con botellas. Y ellos derribarían a la gente en el suelo.

Ya había signos de movimiento en la estatua de la République. La gente se agolpaba alrededor esperando a los manifestantes que desfilarían en masa desde Bastille. Se había levantado viento y las hojas secas revoloteaban por la plaza. Había grupos de chicos deambulando con el uniforme parisino de batalla indicado para la jornada, o sea, chaqueta deportiva de nailon, pantalones con las perneras remetidas en calcetines blancos, riñoneras atadas a la cintura y gorros con la visera hacia atrás, o capuchas echadas sobre la cabeza. Una muchedumbre se apiñaba al pie de la estatua, observando a unos chavales que habían trepado hasta la mitad y estaban colgando una enorme pancarta: «*Anti-Bush/Anti-Guerre*». Había varias chicas sentadas encima de la marquesina del autobús, bebiendo cerveza. Algunas estudiantes monísimas con signos de la paz pintados en las mejillas se movían entre el gentío, repartiendo pegatinas antiglobalización. Había puestos ambulantes con parrillas improvisadas donde vendían salchichas *merguez*.

Me sentía como en un carnaval entre aquella multitud tan joven. Estaban todos exultantes. Yo nunca había participado en un acto de protesta y me emocionaba verme en medio de tanto entusiasmo: todos esos chavales, no mucho mayores que yo, cantando, coreando, odiando al mismo tiempo a los Estados Unidos. Una chica con una gorra militar, con trencitas y una camiseta —«*fuckUSA*»—, se me acercó sonriendo. Le devolví la sonrisa y ella me depositó en las manos una camiseta y se empeñó en que me la pusiera allí mismo. Traté de negarme, pero era demasiado guapa. Me la pasé por encima de la cabeza. Ella me dio un beso en la mejilla y se perdió bailoteando entre la gente.

Había pancartas por todas partes. Letreros pegados en las paredes, en las paradas de autobús, en las farolas. Circulaba gente en todas direcciones. Habían detenido el tráfico y las anchas avenidas estaban ocupadas por una masa de manifestantes. Se oía un runrún constante de voces y de movimiento, y parecía que todo se estaba acelerando mientras me abría paso por la plaza para encontrarme con Colin. Ahora, con mi nueva camiseta, me sentía conectado, parte integrante de la muchedumbre exaltada que me rodeaba.

Alzaban los puños. «*FuckUSA*», coreaban entre risas.

—*Non à la guerre, non à la guerre* —cantaban.

—*La paix, pas le sang, la paix, pas le sang, la paix, pas*…

Se oían otros cánticos lejanos y un redoble continuo de tambores.

Colin subió por las escaleras del *métro*, prendiendo un cigarrillo.

Al verme con la camiseta, sonrió.

—¿Ambientándote, no, colega?

—Si encuentras a la chica, también puedes conseguir una.

Iba a estrecharle la mano, pero él me dio dos palmadas en la mía y me ofreció el puño. Lo imité y chocamos los nudillos. Soltó una risotada, sacudiendo la cabeza ante mi torpeza.

—No sales mucho, ¿verdad?

Habíamos empezado a andar y yo miraba al frente.

—Salgo continuamente —dije.

—¿Ah, sí? Nunca te he visto en un club. Ni en el *Champs*.

—Eso no es lo mío.

—Qué guay. ¿Y adónde vas?

—No sé, por la ciudad. Doy una vuelta. Voy a los cafés. A escuchar música a veces. Ya sabes.

Me miró y asintió como si acabara de entenderlo.

—Eres una especie de jodido solitario, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Quizá —dije—. Supongo.

—O sea, guay. No vale la pena que pierdas tu tiempo con la mayoría de los hijos de puta del colegio. Eso es lo bueno del rollo de Silver, ¿sabes? Estar ahí metido de lleno. Conectado y todo eso. No perdiendo el tiempo con una pandilla de gilipollas de mierda, sin dar puto golpe.

Su modo de hablar me ponía nervioso. Caminando a su lado, me sentía educado y comedido. Colin escupía. Tiraba las colillas al suelo. Soltaba tacos. Levantaba la voz. Estaba medio borracho y cabreado. Yo me sentía atraído hacia él, envidioso de su indiferencia ante el mundo, de su pavoneo engreído y desenvuelto. Pero también me avergonzaba de su grosería, de la cantidad de acera que ocupaba, del volumen de su voz y hasta de su ropa. Vestía como un chaval de la *banlieue*, con aquellos pantalones de nailon remetidos en los calcetines. Y tenía la misma bravuconería y la misma arrogancia.

—Sí —dije—. Supongo que eso es lo que trato de hacer, ¿sabes? Como él dice, «vivir con valentía», luchar contra…, no sé, contra lo que sea. —Lo miré de reojo, sin dejar de caminar, temiendo que se echara a reír. Me sentía como un farsante por dentro, pero él se limitó a asentir.

—Es valiente. Lo que haces. Andar solo. Esta puta vida es dura, tío. ¿Qué me dices de las chicas? ¿Tienes novia? —Me miró un momento y añadió—: ¿Te van las chicas, no? No tendrás un puto novio, ¿verdad, colega?

—No. Ningún novio.

—¿Y?

—Ninguna novia —dije.

—Qué cagada, tío. Hay chavalas en el colegio que se te follarían, seguro. Eres esa clase de tipo misterioso. A ellas les encantan estas chorradas. Incluso si tienes algo de asesino *freakie*, tipo Columbine. Te lo digo: a las chavalas les pirra el misterio.

Me reí.

—¿Y entonces?

Meneé la cabeza.

—No sé, la verdad. Simplemente… No sé.

—¿Qué?

—No sé. Yo simplemente quiero hacer algo distinto. Estoy harto de todo. Como si tuviera cien años. Como si hubiera nacido aburrido. Aburrido de la gente, por lo menos. No sé. Me gustaría conocer a alguien apasionado. Interesante.

Eso era cierto a medias. A pesar de mi desesperado y mortificante deseo sexual de adolescente, nunca sabía qué decirles a las chicas que me sonreían. Vivía en un estado de anhelo permanente. Mi cuerpo vibraba de pura tensión, con toda aquella ansiedad y aquel deseo sofocado… de follar, de destrozar el piso, de escapar, de romperle la mandíbula a mi padre; y el único alivio llegaba por la noche cuando estaba en la cama. Entonces, con los ojos cerrados, sacaba de mi memoria una imagen —una de aquellas chicas de la ISF corriendo a clase, o tendida al sol, o levantando la mano—y me masturbaba con furia hasta quedarme dormido. Con frecuencia, era Ariel. Me la imaginaba a última hora de la tarde, en el colegio vacío. Hacía que se doblara sobre el escritorio de Silver y me la follaba violentamente por detrás. O bien aquella rubia risueña y menuda, Julia, que siempre andaba hablando con Silver en los campos. A ella me la imaginaba de rodillas en el baño, delante de mí, su mata de pelo en mi puño. O bien era Marie de Cléry y sus famosos pechos en mis manos. Había siempre algo violento en esas fantasías y, con cada eyaculación, se aligeraba solo levemente mi rabia, se aliviaba de un modo imperceptible la ira que me dominaba. En la cama, en la ducha, incluso una vez en un cubículo del baño de la ISF, apretaba los dientes y me masturbaba hasta que se me irritaba la piel, y aun así las erecciones regresaban una y otra vez.

—Silver está vivo de verdad, joder. Me lo imagino loco de pasión —dijo Colin.

Asentí.

—Es la primera persona en mucho tiempo que me ha impresionado, ¿sabes? Siempre lo tengo en la cabeza.

—Él es la única razón de que yo esté aquí hoy. Sin ánimo de ofender, pero el año pasado, digamos, no habría venido. ¿En pleno sábado? Perdona, pero ni loco. Aún estaría durmiendo.

Cuando llegamos a la plaza, una gigantesca multitud desfilaba lentamente por el Boulevard du Temple. Había espectadores a lo largo del recorrido que los vitoreaban. Nos colamos entre la gente y nos quedamos al borde de la acera, mirando cómo subía por el bulevar una oleada tras otra de manifestantes. Algunos grupos marchaban tras sus propias pancartas: los socialistas, la Union des Étudiants Juifs de France, otros sindicatos estudiantiles, Democrats Abroad, marxistas, comunistas, Cristianos por la Paz, grupos de refugiados iraquíes, Hezbollah, Americans Against the War. Había chicas que danzaban a su aire, envueltas en banderas con el arco iris de la paz. Llevaban altavoces y cantaban *Imagine*.

Vi desfilar a hombres y mujeres de rostro severo tras los estandartes de color amarillo vivo de Hezbollah, decorados con puños verdes esgrimiendo AK-47. Detrás venían los *hippies* de la universidad, contoneándose y haciendo el signo de la paz. Sentía que estaba participando en algo importante, aunque al ver aquellas banderas amarillas me había quedado helado, porque a mí me habían enseñado en otra época de mi vida a temer y odiar a Hezbollah. Al verlo todo tan de cerca, me sentí inmerso en un mundo exótico y peligroso. Yo formaba parte de la rebelión. Todos nosotros estábamos juntos allí, en la ciudad más fantástica del mundo: gente venida de todas partes, enfurecida contra los matones de este mundo. Rabiosa, comprometida, decidida a participar. Allí estábamos. Presentes. Vivos. Sabía que él estaría orgulloso de mí. Por corear «*Non à la guerre, non à la guerre*» con el puño alzado. ¿Y mis padres? Si se hubieran enterado de que estaba dando vivas mientras pasaba Hezbollah, se habrían puesto furiosos. Mi padre, diplomático estadounidense; mi madre, judía. Por no hablar del tiempo que habíamos vivido en los países árabes (con las corrientes subterráneas de antisemitismo siempre presentes) y de los años que habíamos pasado en Israel. Sí, se habrían puesto furiosos. Corear era un éxtasis. Grité más y más alto «*Non à la guerre, non à la guerre*» hasta que el estribillo adquirió por sí mismo una violencia peculiar. Colin, apoyado en una farola, fumaba y observaba la escena, sin apartar los ojos de unas *hippies* que bailaban sin sujetador un poco más allá.

—Estás entusiasmado, ¿eh, amigo? —gritó.

Me volví hacia él —ya me dolía la garganta—y asentí.

—Hay que comprometerse —le dije, imitando a Silver.

—Cierto, joder —contestó, levantando el puño.

La masa que fluía por el Boulevard du Temple se iba desparramando por la plaza, convertida ahora en una especie de estuario. El orden que el bulevar había imprimido a los manifestantes se perdía de inmediato a medida que desembocaban en torno a la estatua de la République. Las pancartas, tensas hasta entonces, colgaban flácidamente. Las camisas rojas de los comunistas se mezclaban con las banderas del arcoíris. Al final llegaron los últimos rezagados, seguidos por una brigada de operarios municipales que recogía la basura y limpiaba el asfalto. Y detrás, un lento desfile de agentes de policía, flanqueado por sus siniestras furgonetas azules.

La gente repartía folletos, coreaba consignas, gritaba a través de sus megáfonos. Lo que había sido una masa compacta de manifestantes se había convertido en un océano de grupúsculos. Vimos a un hombre que vendía salchichas, compramos nuestro almuerzo y nos lo comimos sentados en el bordillo.

—¿Quién es toda esa gente?

—Ni idea, tío. —Colin meneó la cabeza.

—Parecen tan entregados…, ¿no?

—Yo juraría que la mayor parte están aquí por el puto festival. O sea, mira a esas chicas corriendo por ahí con sus banderas del arcoíris. Dentro de un par de años estarán buscando trabajo en un banco, como todos nosotros. Quizás esos peludos marxistas de mierda estén comprometidos a largo plazo, y también esos tipos con las AK-47 en sus banderas, pero ¿la gran mayoría? Venga ya. Es una fiesta en la calle.

—Esos tipos eran de Hezbollah —dije, mientras miraba cómo se reunían los miembros de la Union des Étudiants Juifs de France y formaban un grupito en la acera de enfrente—. En fin, puede que tengas razón, pero yo nunca había visto nada parecido, tío. Mira lo jóvenes que son todos. Son como nosotros. Y aquí están.

Los estudiantes llevaban camisetas de color blanco con el rótulo «*Juifs Contre la Guerre*» en el pecho. Charlaban, reían y se apoyaban en sus pancartas. Desprendían una especie de resplandor, que en ese momento me parecía de firmeza y de confianza. La misma expresión que acababa de ver en miles de personas. Caras que parecían irradiar convicción, pasión por la causa. Estaban allí haciendo aquello en lo que creían. Viviendo sus ideas, asumiendo responsabilidad, actuando de acuerdo con sus deseos. Eran todo lo

que yo estaba seguro de no ser. Todo lo que Silver esperaba que fuésemos. A medida que la muchedumbre crecía, aumentaba el bullicio, los megáfonos se alzaban hacia el cielo, los cánticos resonaban desde la plaza. Yo miraba las caras, las palmadas de camaradería, y una vez más me sentía cuestionado por un mundo que me era ajeno por completo, por una vida infinitamente más pura que la mía y de la que yo no formaba parte: de la que nunca —esa era la sensación que tenía—llegaría a formar parte.

Quería decirle algo así a Colin. Me preguntaba si toda esa gente que yo veía como ejemplos jóvenes, ardientes y apasionados lo tentaban y seducían como a mí. Me volví hacia él, y ya estaba a punto de hablar cuando, a cosa de cien metros, vi a Silver abriéndose paso entre el gentío. Observé cómo zigzagueaba entre la gente, avanzando en nuestra dirección, y lo vi detenerse cerca del grupo del sindicato de estudiantes judíos, para hacer cola y comprarse una salchicha.

—Silver está aquí —dije, sin apartar la vista.

—Joder, ¿dónde?

Le señalé con la barbilla el puesto de salchichas. Me llenó de una repentina emoción tener en mis manos aquel nuevo poder. Verlo —como dijo Colin en broma—«en su hábitat natural». Estaba fascinado. Lo observé tal como lo había hecho en el andén del *métro*. Pero al mismo tiempo sentí como si, en cierto modo, estuviera traicionándolo. Súbitamente, el día se había vuelto frágil y delicado. Contuve la respiración, esperando a ver qué hacía. Preveía algo horrible, o me lo temía.

A nuestra derecha sonaban unas risotadas. Había un grupito de chicos con aspecto de duros. Chicos pobres, procedentes de las *cités* suburbiales que veías por todos los alrededores de París. Eran ese tipo de chavales agresivos y fanfarrones que Nicolas Sar-kozy describiría, tres años más tarde, como *racaille* (chusma) y de los cuales prometería hacer limpieza en toda Francia. Merodeaban por las estaciones del *métro*, robaban bolsos, acosaban a las mujeres solas, subían a los trenes de cercanías, atracaban a los chavales más pequeños y alimentaban con sus acciones la xenofobia rampante en todo el país.

Percibí un cambio entre la multitud. La gente empezó a apartarse poco a poco. Entonces tuve una perspectiva más clara.

—Esto no tiene buena pinta —le susurré a Colin.

—No, amigo —dijo, irguiéndose.

Sentado con él, me sentía protegido. Colin era menudo, pero muy capaz de pelear. Una vez, en un partido de fútbol, le había

visto romperle la nariz a un chaval que le había puesto la zancadilla. También había presenciado cómo se enfrentaba con Ariel. Pero esto era otra cosa, un ámbito completamente distinto. Ya no estábamos en el colegio. Esto era el mundo real.

Vi que algunos de los chicos se envolvían la cabeza con pañuelos palestinos estampados, mientras empezaban a mofarse de los estudiantes judíos de la acera opuesta.

—*Sales Juifs* —gritaban, puntuando sus insultos con escupitajos al suelo.

—*Allez-vous faire foutre, putains de Juifs*.

Los estudiantes judíos no reaccionaron al principio. Hicieron caso comiso, como si no los oyeran. La gente de alrededor había enmudecido. Ahora había una bolsa de maldad en medio de la celebración jubilosa. A mi me retumbaba el corazón.

—*Espèce de sale Juif, je vais me faire ta sœur* —gritó un chico desgarbado con una camiseta Gucci y un pañuelo palestino rojo y blanco tapándole la cara.

Apenas hubo reacción entre el grupo de estudiantes. Se pusieron rígidos al escuchar esas pullas groseras, pero siguieron hablando entre ellos. Nosotros nos pusimos de pie. Había demasiada violencia en el aire.

Primero no sucedió nada.

Y entonces un chaval bajito con gorra Nike lanzó una botella vacía de cerveza contra el bordillo de la acera opuesta. Al explotar y hacerse añicos, algunos cristales salieron disparados hacia los estudiantes. Uno de ellos, alto, de pelo corto y ensortijado, se volvió y dijo:

—*Ça suffit*.

—*C'est à moi que tu parles, connard?*

Me había olvidado por un momento de Silver, que ahora apareció muy cerca de los estudiantes y se deslizó entre la gente hasta el borde de la acera. Desde allí, quizá por primera vez, vio con claridad de dónde partían los gritos. Tenía una salchicha en la mano y los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo.

Su presencia me tranquilizó. Pero, si por un lado sentí menos miedo, también supe en cuanto lo vi que yo era un cobarde. Lo supe con absoluta certeza. Él había venido a recordármelo, a mostrarme lo que yo era, sin margen para la duda.

«¿Qué clase de persona eres?», nos había preguntado en clase. Yo era el tipo de persona que se quedaba en su sitio, que permanecía inmóvil mientras los matones de este mundo se

lanzaban al ataque en un torbellino de violencia. Me quedé paralizado, humillado, temblando de rabia. Me volví hacia aquella pandilla de idiotas. Los miré fijamente.

Me acercaría al que llevaba la cara tapada con el pañuelo palestino. Daría un paso al frente mientras los demás, todos esos farsantes con sus pancartas y sus eslóganes, permanecían de brazos cruzados, esperando a ver qué ocurría. Yo me defendería. Nos defendería a todos.

Adopté una expresión furiosa. Esperaba que él echara un vistazo hacia mí y advirtiera mi indignación, que me viera a punto de pasar a la acción. Dos de los chavales con pañuelo bajaron a la calzada, uno con una barra de metal en la mano.

Estaban a pocos metros de Silver, que seguía inmóvil junto al bordillo.

El estudiante más alto del sindicato judío no dijo nada. Algunos de sus compañeros permanecían a su lado. Uno de ellos, una chica joven —muy *sexy*, había pensado antes—con la melena rubia atada en una cola, gritó:

—*Vas te faire foutre!*

Tenía la cara encendida y estaba temblando. Alguien la agarró de la muñeca y le dijo que se callara. Ella apartó la mano y se encaró con los dos tipos.

El que tenía la barra de metal dijo sonriendo:

—*Quand je te sauterai, tu parleras moins fort, salope*.

Se elevó un murmullo de horror. Miré a Silver. Él no lo iba a permitir, pensé. El estudiante alto miró a la multitud silenciosa que tenía enfrente y movió la cabeza con indignación.

El de la barra se volvió, como si advirtiera ahora la presencia del público. Extendió los brazos y alzó los hombros en señal de desafío, retándonos a reaccionar. Cuando se volvió hacia donde yo estaba, desvié la mirada.

Giró en redondo con una sonrisa burlona, buscando entre las caras, escrutando a la gente que lo rodeaba. El estudiante bajó a la calzada y se le acercó. El otro, al verlo venir, blandió la barra en el aire y le asestó un golpe brutal en las costillas. El estudiante se dobló, con una mano en el flanco.

Silver bajó del bordillo, gritando:

—*Arrête!*

El tipo lo miró, sorprendido.

—*Quoi? Qu'est-ce que tu vas faire?*

Se miraron fijamente. Por un momento, nadie se movió. Entonces, usando la barra con ambas ambos, el tipo le dio a Silver

un empujón en el pecho que lo mandó hacia atrás, trastabillando. Mientras él se estrellaba contra la multitud, el otro avanzó con la barra alzada. Silver retrocedió, tapándose la cabeza con los brazos. El tipo escupió, le lanzó la barra a uno de sus compinches y levantó los puños.

—*Viens, tapette* —dijo.

Silver, con la mirada vacía y la cara roja (todavía llevaba la cámara colgada del hombro), no alzó los puños.

—*Viens* —dijo el otro—. *Pédé, va!* —y le escupió en la cara.

Con la mejilla húmeda, Silver permaneció inmóvil.

Había un extraño silencio, una presión que parecía irradiar alrededor. Era bien raro —recuerdo haber pensado—que todo aquello estuviera pasando en mitad de la calle, a plena luz del día, y que todos estuviéramos paralizados por el miedo.

El tipo se volvió a mirarnos de nuevo. Entonces, el estudiante alto del sindicato apareció por detrás y le dio un tremendo puñetazo en un lado de la cabeza.

Y justo antes de que todo estallara, antes de que los demás estudiantes corrieran a socorrer a su amigo, que yacía ensangrentado en el asfalto; antes de que la policía se abriera paso entre el gentío y apareciera como una tropa de asalto con el equipo antidisturbios completo; antes de que el tipo bajito que había arrojado la botella agarrara del pelo a la chica rubia y la tirara por el suelo, vi que Silver se limpiaba de saliva la mejilla y desaparecía entre el barullo de gente.

Colin me cogió del brazo y me arrastró. Los policías venían ahora de todos lados blandiendo sus porras. Había escaramuzas allí donde mirases y todo el sentimiento de paz, toda la ilusión de orden y civismo de una hora antes, había dado paso a un desenfrenado alboroto.

Luego llegó un camión con cañones de agua para dispersar a los amotinados. Caían botes metálicos con un chasquido hueco y rodaban por las aceras, llenando el aire de humo blanco.

Tenía la impresión de que había sido cuando Silver se había dado media vuelta, alejándose de nosotros, cuando la Place de la République se había sumido en el caos.

Al caer la noche, me senté en un banco de la Place Laurent Prache. No quería irme a casa. Recordé la clase en la que Silver nos había hablado de *Dulce et Decorum Est*.

—Leedlo —dijo—para no olvidar que se aproxima una guerra. «Ebrio de fatiga; sordo incluso al silbido / de las bombas de gas

cayendo suavemente a mi espalda» —leyó—. ¿Qué hay de interesante aquí? ¿Qué os llama la atención?

Hala lo supo en el acto.

—«Suavemente» —dijo—. Escribe «suavemente».

—¿Y por qué es interesante?

—Es como decir, «con ligereza», «tranquilamente». No encaja. Tienes todas esas imágenes horribles (pulmones podridos de espumarajos y llagas repugnantes e incurables), y de golpe aparece esta palabra, la única en todo el poema que es, no sé, pacífica.

Él le sonrió, asintiendo.

—¿Y por qué lo hace?

—El gas es un alivio —dijo Colin.

—¿En qué sentido?

—Los salva. Les sirve para morir, tío. «Los hombres marchaban dormidos. Muchos habían perdido las botas, / pero avanzaban renqueando, calzados de barro y sangre. Todos cojos, todos ciegos.» O sea, ¿quién quiere vivir así? Mire, han marchado con sus zapatos de barro y sangre reseca, están agotados, y existía esa estúpida idea de que estaban haciendo algo honroso y, bueno, ahí hay una salida, en ese bote de humo.

—Como un ángel —dijo Lily—. Aterrizando suavemente a su lado para salvarlos.

—Bien. Magnífico, sí. ¿Algo más?

—¿El verde? —apuntó Jane.

—Di.

—«A través de los cristales empañados y de la espesa luz verde, / como bajo un mar verde, lo vi ahogarse.» Todo eso es, no sé, pacífico también. El verde, el mar, los cristales de la máscara. Da una sensación de calma, de lentitud, e incluso el asfixiado parece, bueno…, es como un alivio, como si el que habla casi le envidiara esa escapatoria.

—¿Qué escapatoria? ¿La muerte?

—Sí —dijo Cara, levantando la vista entre el flequillo negro—. Como si el otro fuese afortunado por morir. Ese no tiene que tomar una decisión, no tiene que plantearse si parar o no. Simplemente se muere. No tiene elección. Ninguna elección.

El debate continuó de este modo. Devoramos aquel poema. Al final de la clase estábamos todos furiosos contra la guerra, contra la hipocresía del Gobierno o, en fin, contra todo lo que hubiera que estar furioso. Eso era lo de menos, en realidad. Lo importante era el éxtasis de la legítima indignación, y la excitación de hacerlo por nuestra propia cuenta, quiero decir, desentrañar el poema: tantos de

nosotros trabajando juntos en ello, y Silver tan orgulloso, caminando de aquí para allá, espoleándonos para que siguiéramos.

Ahora, sentado bajo los árboles de la Place Laurent Prache, seguía oyendo el impacto de los botes de gas lacrimógeno sobre el asfalto de la Place de la République. Un ruido hueco. Y la gente corriendo de miedo. El caos total. No lograba abarcar la distancia entre lo que habíamos sido aquel día en su clase y lo que éramos ahora.

Me puse a leer las fotocopias que nos había dado de los ensayos de Camus.

> Sucede que el decorado se desmorona. Levantarse, tranvía, cuatro horas en la oficina o la fábrica, comida, tranvía, cuatro horas de trabajo, comida, dormir *y* lunes martes miércoles jueves viernes sábado siguiendo el mismo patrón: un camino que la mayor parte del tiempo se sigue fácilmente. Pero un día surge el «por qué». Y todo comienza con ese cansancio teñido de asombro.

Casi había oscurecido y tenía mucho frío. Había un hombre tumbado en el banco de enfrente, envuelto en una manta vieja, con la cara totalmente tapada con un gorro de lana. Lo observé e imaginé que me atrevía a pasar la noche allí, en el parque. Nunca volvería a casa. Inspiras una vez y te desvaneces. Sin una sola llamada. Pensé en el hombre al que habían empujado justo delante del tren. Había pegado el artículo en mi cuaderno. Christophe Jolivet murió en un instante. Recordé el sonido del impacto cuando el tren había chocado contra su cuerpo, y pensé en lo distinto que era del ruido que había hecho la barra de metal contra las costillas del estudiante.

«Il *n'y a qu'un problème philosophique vraiment sérieux: c'est le suicide*.»

Al simular que tenía el valor necesario para dormir en el parque en compañía de aquel hombre sin rostro y del bronce de Picasso de Dora Maar, me imaginé también que era capaz de matarme. Pero yo no tenía valor para ninguna de ambas cosas. Y me daba perfecta cuenta, incluso a mis diecisiete años, de la ridícula estampa que ofrecía allí sentado, en un banco de Saint Germain-des-Prés, sujetando unos textos de Camus y fingiendo que consideraba la idea del suicidio. Me estaba congelando y pronto me iría a casa.

Por un momento, pensé en llamar a Silver. Quizá me acogiera en

su casa y me dejara dormir en el sofá unos días, hasta que resolviera las cosas. Pero de todo lo que había visto aquel día, de todo lo que había comprobado sobre mi propio carácter, lo que más me atormentaba era una imagen: la de Silver dando media vuelta mientras se llevaba una mano a la mejilla para limpiarse la saliva. ¿Qué me había esperado?

Cuando él se había adelantado dando un grito, yo había sentido un enorme alivio. Se les había acabado la historia a los tipos; se había terminado el jaleo. Y sabía que Colin había pensado lo mismo. En ese momento, era nuestro héroe. La rectitud había hecho su aparición en un mar de fealdad.

Pero a eso se había reducido todo. Lo que él tenía que ofrecer lo había ofrecido. Apenas un poco más que el resto de nosotros, un grito escueto. *Arrête*. Y luego ya nada, salvo una ola menguante de pura inercia que lo había dejado allí, en la calle, mudo de temor igual que los demás. Lo había visto retroceder dando tumbos, negándose a pelear, dándose la vuelta. Y luego había desaparecido.

No, no podía llamarle. No tenía ningún sitio adónde ir, salvo a casa. Ningún sitio adonde me atreviera a ir.

Un hombre rechoncho con un largo abrigo negro abrió la verja del parque. Se acercó al vagabundo que dormía en el banco y le sacudió un pie con suavidad. El tipo despertó, se alzó el gorro y se incorporó lentamente. Luego dobló la manta, recogió un paquete de detrás del banco y salió renqueando en silencio. El hombre del abrigo levantó la vista y me miró.

—*Le jardin ferme, je vais vous demander de partir, monsieur, s'il vous plait* —me informó.

Asentí y me puse de pie, echándome la mochila al hombro. Me abrió la verja y sonrió mientras la cruzaba.

—*Bonne soirée* —dijo, metiendo la llave en la cerradura.

Me volví a casa. El piso estaba caldeado y olía a pollo asado. Tenía hambre, y la calidez del ambiente, las velas encendidas de la sala y la suite de chelo de Bach que sonaba en el estéreo hicieron que me alegrase, a pesar de mí mismo, de estar allí de vuelta. Había pensado deslizarme a mi habitación sin ser visto. Pero entonces me detuve a escuchar aquel chelo triste y doliente. Toda la fuerza que pensaba que me asistiría al volver a casa me había abandonado.

Cuando la música concluyó, oí un grifo en la cocina y el agua en el fregadero. Luego el ruido se interrumpió. Pasos. Empecé a respirar deprisa sin quitar la vista de la puerta de la cocina. La vi entrar en el salón. Tenía la mejilla roja e hinchada, y por debajo del ojo empezaba a asomarle un morado. En el labio se le veía una

mancha de sangre seca. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros. Iba con vaqueros y con su suéter gris de cuello alto. Cruzó el salón. Sabía que iba a volver a poner el mismo disco. Era el de János Starker. Siempre me lo ponía cuando no podía dormirme o cuando me despertaba una pesadilla. «Música mágica para acabar con los monstruos», decía.

Cuando volvió a sonar —esos lentos y profundos acordes—se dio la vuelta y me vio.

—Gilad —dijo, llevándose una mano a la mejilla. Tenía la mirada apagada, pero estaba preciosa a pesar de sí misma.

—Hola —dije.

Se me acercó y, al verla de aquel modo, sin tacones, con sus gruesos calcetines de lana, lo que la hacía más baja, y con las mangas del suéter cubriéndole las manos y el labio ensangrentado y la expresión alicaída, sentí que no quedaba en ella nada que odiar.

—¿Está aquí?

Negó con la cabeza.

—¿Dónde está? —susurré.

—Se ha marchado. Iba a salir esta noche para Berlín de todos modos. Se ha ido.

Dejé la mochila en el suelo, di un paso y la abracé. Cuando empezó a llorar, le sujeté la nuca con la mano.

—Estás helado —dijo—. Completamente helado.

Permanecí en silencio y ella siguió con la mejilla apoyada en mi pecho. Miré por la ventana hacia Montmartre y el Sacré Coeur, un trazo blanco sobre la colina.

—¿Tienes hambre? —dijo al cabo de un rato.

La seguí a la cocina. Había un pollo asado en una tabla y un cuenco de patatas salteadas en la encimera. Lo trajo todo a la mesa. Yo puse los platos y los cubiertos. Ella se sentó frente a mí y sirvió dos copas de vino tinto de una botella abierta.

—Lo siento —dije.

—Gilad, no tienes de que…

—Sí. Siento haberte abandonado así. Siento no haber sido capaz de hacer nada. No haber hecho nada. Nunca.

—Gilad, no te corresponde a ti. Es cosa mía, debería ser yo. Tú solo… —Empezó a llorar otra vez.

—Debería haber hecho algo. Y sí es cosa mía. Soy como él.

Su expresión se transformó en el acto. Los colores le volvieron a la cara.

—Tú —dijo con voz temblorosa—no te pareces a él en nada. En nada. Escucha. Esta no es tu pelea, no es misión tuya ocuparte de

tus padres. En todo caso, no puedes esperar que surja sin más esa valentía que tanto ansías. No es algo que vaya a aparecer de golpe. Poco a poco descubrirás de qué modo vas a ser valiente. Tu padre —dijo, meneando la cabeza—es un matón, Gilad. Y tú nunca lo serás. Nunca. Puede que le tengas miedo, pero ese miedo no te convierte en un cobarde, maldita sea. Es tu padre el cobarde, no tú, ¿me entiendes?

Levanté la vista; ella entornó los ojos. Estaba furiosa. Era un alivio comprobar que seguía viva. Estaba haciendo un gran esfuerzo para recomponerse, para ejercer como madre.

—No entiendo cómo lo has permitido, por qué has seguido con él; cómo es que alguien como tú, no sé, cómo has podido…

—¿Acabar así?

Asentí.

—¿Alguien como yo? La vida te arrastra, Gilad. Las cosas pasan muy deprisa y uno se despista, o deja de prestar atención. Pierdes esa facultad.

—¿Qué facultad?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé exactamente. La gente, de joven, solía decirme que yo no era consciente de mi verdadera capacidad, que poseía una inteligencia ilimitada, que podría hacer cualquier cosa. Eso, según he llegado a descubrir, era verdad en ambos sentidos. Nunca me imaginé que sería capaz de llevar esta vida. Me habría parecido imposible entonces. Pero, Dios mío, la verdad es que podemos sorprendernos a nosotros mismos. Y nadie te dice que la sorpresa pueda ser una decepción. Nadie me dijo que un día tal vez descubriría que podía decepcionar a mi hijo. Y sin embargo, aquí estoy. —Dio un sorbo de vino, alzó los ojos y me acarició la mejilla —. Ya sé que tú crees que yo era una artista libre, desenvuelta y segura de sí misma, pero no es así. Solo era una cría que vagaba por París sin saber bien lo que quería. Era inteligente, sí, de acuerdo, pero no tenía energía ni auténtica convicción. Estaba cansada y sin blanca, y pensaba que habría de volver a casa y convertirme… ¿en qué?, ¿en profesora de arte? Maldita sea, habría de volver con toda la gente con la que me había jurado que no viviría, regresar a una forma de vida que me inspiraba desprecio. Entonces conocí a tu padre y él me ofreció un modo fácil de llevar una vida que parecía llena de *glamour*. No te puedes imaginar el placer que sentí al anunciar a mis padres y a mis amigos que me iba a África. Me sentía cosmopolita, realizada, como si hubiera hecho algo. Fingía ante mí misma que esa sensación no tenía nada que ver con tu

padre. Esa es una clase de valentía muy limitada, Gilad, seguir la vida de otra persona. Yo no planeé casarme con él, de todos modos. Me vi atrapada mientras creaba una historia y, ahora, bueno, eso es lo que tengo, una buena historia. Solo una buena historia.

Yo la escuchaba mientras comía.

—Lo esencial es que has de luchar continuamente. No puedes parar. De lo contrario, acabas en cualquier parte, meciéndote en una vida que nunca quisiste.

—Entonces, ¿qué? ¿Se acabó? ¿Ya te has dado por vencida? ¿No puedes esperar más? ¿Te vas a quedar con un hombre que apenas aparece por aquí? ¿Y que, cuando aparece, te pega una paliza?

Ella estaba llorando.

—Perdona. —Desvié la mirada un momento—. Mamá, yo no puedo aceptar que todo haya terminado, que vayas a pasarte sola el resto de tu vida en pisos de lujo, fingiendo una felicidad que no sientes.

Nos quedamos sentados en la cocina mucho tiempo. Le conté lo de la manifestación, lo de Hezbollah, lo de la multitud silenciosa y la barra de metal. Lo de Silver.

—Al menos, él ha dicho algo —comentó.

Moví la cabeza con irritación.

—¿Qué es lo que quieres, Gilad? ¿Qué esperas de la gente?

Miré su cara amoratada, su labio ensangrentado. Tenía algunas líneas en torno a los ojos que no le había visto antes. Era tarde. Ella estaba exhausta. Me miró fijamente, como si deseara más que ninguna otra cosa una respuesta a su pregunta.

Me había prometido a mí mismo no volver a hacerlo, pero el lunes tomé al autocar del colegio con los demás. No tenía fuerzas para ir a pie hasta el *métro* con aquel frío y, además, aquella mañana andaba un poco flojo en cuestión de principios. Tenía a Silver a primera hora. Consideré la posibilidad de saltármelo. De saltarme las clases en general. Pero, por otra parte, supongo que esperaba alguna explicación de su parte: que se había deslizado por detrás y le había roto el cuello al tipo. Algo.

Ese día empezó la clase con un largo discurso, cosa insólita.

—En 1958, el Frente de Liberación Nacional, el partido revolucionario de Argelia, atacó y mató a cuatro policías franceses en París. Maurice Papon, entonces el jefe de la Policía de París, organizó redadas de represalia entre la comunidad argelina de toda la ciudad. Detuvo a miles de argelinos y los confinó, entre otros sitios, en el velódromo de invierno y en el Gymnase Japy, que,

dicho sea de paso, sigue ahí, junto al Boulevard Voltaire, por si os interesa. ¿Sabéis por qué menciono esos dos lugares en concreto?

Hablaba fríamente aquella mañana, con un tono grave, ácido y sarcástico desconocido en él. Recuerdo que Hala lo escrutaba con los ojos entornados, entre confusa y preocupada, mientras se apresuraba a tomar notas en su cuaderno. Todo el aire juguetón, toda la ligereza del viernes, había desaparecido.

—Los menciono porque ambos habían sido utilizados en 1942, dieciséis años antes, durante la *Rafle du Vel' d'Hiv*. ¿Alguien tiene idea de qué estoy hablando? —Echó un vistazo a la clase. Tenía un aire temible—. ¿Abdul? ¿Te suena de algo?

Abdul asintió.

—¿Sí? Bien. Cuéntanos. Háblanos de la *Rafle du Vel' d'Hiv*.

Abdul siguió asintiendo, pero se encogió de hombros.

—No sé.

—¿No? —dijo Silver.

—Yo sí. —Esa era Hala, que normalmente habría disfrutado viendo cómo quedaba en evidencia la ignorancia de Abdul, pero que ahora parecía turbada y lo observó inquieta mientras el chico continuaba asintiendo y tamborileando con los dedos sobre su cuaderno.

Silver se recostó en su escritorio, cruzó los brazos y arqueó las cejas.

Hala se volvió y lo miró, enojada.

—Durante la redada del Velódromo de Invierno, la policía detuvo a miles de judíos franceses.

—Sí. Muy bien —prosiguió—. De aquellos doce mil judíos, más de cuatro mil eran niños. Pétain utilizó el Vel' d'Hiv y el Gymnase Japy como centros de detención. Los judíos estuvieron allí hasta que los enviaron a Drancy. Y desde Drancy los mandaron a Auschwitz, donde la mayoría murió. Así que ahora damos un salto hacia delante, hasta 1958, cuando, en lugar de detener a judíos, la policía francesa empezó a apresar a ciudadanos argelinos, a torturarlos, a arrojarlos al Sena, etcétera. Eso continúa a lo largo de 1961, cuando el FLN reanuda sus ataques a la policía francesa y once agentes son asesinados en menos de dos meses. A resultas de ello, cualquiera que simplemente pareciera argelino se convirtió en blanco legítimo de ataques y detenciones. La gente era torturada y ahogada. Les ataban las manos a la espalda y los tiraban al río por tener pinta de argelinos. Maurice Papon estableció el toque de queda y prohibió que los musulmanes, no solo los argelinos (Papon dijo «musulmanes»), salieran a la calle entre las ocho y media de la

noche y las cinco y media de la mañana. El FLN convocó un acto de protesta pacífico; en octubre de 1961, treinta mil personas desfilaron por toda la ciudad en contra del toque de queda. La policía disparó a la multitud y arrojó gente al Sena. En especial, desde el Pont Saint-Michel, no lejos de donde muchos de vosotros pasáis la noche del sábado bebiendo. Mataron a doscientas personas. Todas árabes.

»Hace diez años descubrimos que Papon había colaborado con los nazis. Fue condenado por «complicidad en crímenes contra la humanidad» y lo sentenciaron a diez años de cárcel. Pero esa ya es otra historia. ¿Por qué os cuento estas cosas?

Recorrió el aula con la vista, desafiándonos a responder.

—¿Por qué? Porque Sartre, que vivió todo estos hechos, que había sido en su momento prisionero de guerra, manifestó su apoyo al FLN y a una Argelia independiente.

Vaciló un momento, sacudiendo la cabeza.

—Dejemos de lado sus errores durante la ocupación.

Siguió adelante. Todavía contundente y temible.

—Sartre escribió artículos airados contra los maltratos a los argelinos y contra el racismo endémico en toda Francia. Lo tildaron de traidor y antifrancés. Recibió amenazas de muerte y, no obstante, continuó con lo que había venido haciendo durante casi toda su vida adulta. Es decir, escribiendo. Pusieron una bomba en su piso y siguió escribiendo. Pusieron otra, y esta vez lo destrozaron. Pero él continuó escribiendo igualmente.

Nadie decía nada.

—¿Cuál es el sentido de todo esto? A ver, decidme. ¿Cuál es el sentido, Abdul? ¿Cuál?

Abdul deslizó los dedos por la página del cuaderno en completo silencio. Silver se volvió hacia los demás.

—¿Nadie?

—Supongo, señor —dijo Colin, mirándose el dorso de las manos —, que el sentido es que nosotros deberíamos hacer igual. Que deberíamos luchar contra esas cosas. La corrupción, la opresión y demás. A pesar del miedo, hacerlo igualmente. ¿Es así, señor? O sea, que si no lo hacemos, señor, estas cosas no serían más que palabras, pura teoría como usted nos explicó, solo «papel mojado», nos dijo.

Colin había hablado de un modo inexpresivo, desprovisto de emoción. Silver asintió sin quitarle los ojos de encima.

—La cuestión, señor, es que para poder defendernos y plantar cara deberíamos tener valor, ¿no? Deberíamos ser capaces de reunir

el valor para luchar. Y si no, bueno, nos quedaremos paralizados mirando cómo gira el mundo, tal como usted nos dijo, mirando cómo gira el mundo, igual que los demás, dijo usted, como «cobardes».

—Es verdad —dijo Silver, escrutándolo atentamente.

—¿Eso significaría ser como usted, señor? —preguntó Colin, levantando por fin la vista y sosteniéndole la mirada.

—¿Disculpa?

—O sea, alguien como usted. Un luchador. Alguien que, como usted dijo, tiene valor. —Colin pasó las hojas de su cuaderno hasta encontrar lo que buscaba—. «Recorrer la distancia entre el deseo y la acción», es lo que usted dijo, lo que nos explicó sobre la valentía, señor. Lo que distingue a los valientes de entre nosotros es «la capacidad de recorrer la distancia entre el deseo y la acción». Lo tengo aquí anotado. Veintisiete de octubre.

Colin esgrimió el cuaderno abierto. Silver asintió.

—Sí, Colin. Así es. Pero ¿qué pretendes decir?

—¿Yo, señor? Solo estaba respondiendo a su pregunta. Sobre la cuestión que usted ha planteado. Sobre lo que usted ha explicado de Sartre, los argelinos, los judíos y demás.

—Sí, Colin —dijo Silver con frialdad—. Pero ¿eso qué tiene que ver conmigo?

Ariel había empezado a mirar a Colin con renovado interés.

—Supongo que me pregunto si ese valor que quiere usted que tengamos, solo me lo pregunto, señor, si es el valor que tiene usted. O sea, si puedo preguntárselo sin ser maleducado.

Silver desvió la vista y miró por la ventana hacia el campo, donde se había extendido una ligera neblina entre los álamos desnudos y los edificios más bajos del colegio. Pareció sopesar cuidadosamente la pregunta y después se volvió.

—Nunca he pretendido ser un ejemplo, o tener más valor que los demás. Nunca he afirmado ser más valiente, más fuerte o más capaz de actuar que cualquier otra persona. Pero, en fin, eso no responde realmente a tu pregunta, ¿verdad? ¿Tengo yo el tipo de valor que tenía Sartre? Esa es la pregunta, ¿no? —Lo dijo en voz baja, como desalentado y melancólico. El tono de gélida irritación había desaparecido por completo.

—Sí, señor.

—No, no lo creo. ¿Por qué, Colin? ¿A que viene la pregunta?

Él meneó la cabeza tras una pausa.

—Por nada, señor. Simplemente me lo preguntaba.

—¿Cómo puede decir eso? —intervino Hala, mirando a Silver

con incredulidad.

—¿Decir qué, Hala?

—¿Cómo puede decir que usted no es un ejemplo?

—Hala, yo no he dicho que no sea un ejemplo. Sencillamente, nunca he «afirmado» que lo fuera. O que debería serlo.

—Señor Silver —dijo Jane, exasperada y con las mejillas encendidas—, como profesor, o sea, como profesor usted es un ejemplo. Aunque nunca lo haya dicho, aunque nunca lo haya afirmado explícitamente.

—Ahí está la clave. En su posición, usted tiene una responsabilidad *a priori: «apriori»* como dice Sartre. —Hala vio que él asentía y prosiguió—. Usted tal vez no afirme que es un ejemplo, pero, de todos modos, lo es. Lo es igualmente. Uno no puede decidir cómo lo ven los demás. Y usted lo sabe, ¿no? Que es un ejemplo para un montón de alumnos de este colegio, ¿no, señor Silver? Lo lamento, y no pretendo ser irrespetuosa, pero no tiene elección.

Silver inspiró honda y lentamente.

—Bueno, Hala, no sé. No sé cuánta gente me verá de verdad como un ejemplo. Pero esa es otra cuestión. Yo, sin duda, desempeño un papel en cómo me perciben los demás. La ropa que llevo, las cosas que digo, mi manera de decirlas. Como todos, cultivo una imagen. No soy más puro que el resto. Mucho más importante es el hecho de que todas esas personas que supuestamente me consideran un ejemplo también hacen una elección por su parte, ¿no? Deciden verme de un modo u otro, ¿cierto?

Yo observaba a Silver atentamente y, mientras estudiaba la expresión de sus ojos, su modo de mover los labios, incluso el gesto de arrancarse una piel del pulgar, mi corazón empezó a palpitar con más fuerza. Sentí que algo se abría paso en mi interior y, cuando él concluyó, solté un bufido, exasperado.

Se volvió con un aire de tristeza y de infinito cansancio.

—¿Gilad? ¿Quieres decir algo?

Miré a Colin. Él me estaba mirando a mí.

—Señor Silver, eh, bueno, me pregunto si usted cree todo eso. —Tenía una sensación de náusea y me ardía la cara. Me sequé las manos en los vaqueros. Él entornó los ojos. Parecía sorprendido por mis palabras.

—¿Qué quieres decir, Gilad? ¿Si me creo, qué?

—Quiero decir, ¿de veras espera que un alumno de segundo o tercero, con quince o dieciséis años, sea capaz de tomar esa decisión? ¿Que pueda decidir cómo lo ve a usted? ¿Que realmente

pueda juzgarle…, juzgar su, no sé, su autenticidad? ¿Que pueda escoger entre verlo de un modo u otro? ¿De veras cree que usted, no sé, comparte la responsabilidad con él? ¿Usted y el alumno? ¿Que es una responsabilidad equivalente?

Nos quedamos mirándolo, aguardando la respuesta, sin movernos apenas, todos expectantes. Silver me estudió, y esta vez sostuve su mirada. Después miró a Colin. La tensión en el ambiente era tremenda.

Abdul tosió. Silver se volvió hacia él.

—¿Qué opinas, Abdul?

Eso me irritó. Sentí una oleada de rabia. ¿Cómo se le ocurría recurrir a Abdul?

Abdul se meció adelante y atrás, como si su manía de asentir se hubiera apoderado de todo su cuerpo.

—No sé. No estoy seguro.

—¿De qué, Abdul?

—No sé. Sí, usted es profesor. O sea, que es responsable, sí. Tiene este trabajo. Es su trabajo.

Silver asintió, impaciente, casi con un atisbo de ironía.

—¿Alguien más?

Levanté la mano. Era una formalidad que había abandonado hacía mucho. Mi propia pequeña ironía. Silver me miró. Se fue hasta la ventana, la abrió y apoyó un codo en el alféizar con la mirada perdida. Noté el frío helado en mi nuca sudada. Agradecí aquella ráfaga de aire. Sentí una oleada de simpatía y de afecto, y por un momento hasta me pregunté si habría abierto la ventana por mí, al verme tan sofocado y con la frente cubierta de sudor. Deseé que fuera así. Y me sentí una vez más como si lo estuviera traicionando.

Pero mantuve la mano alzada.

—No tienes por qué —empezó a decir, todavía sin volver la vista. Luego se apartó de la ventana y sacudió la cabeza—. Sí, Gilad —dijo, con el tono que podría haber usado con Ariel.

Yo tenía mi cuaderno en las manos.

—¿Puedo leerle una cosa? Es de Sartre. —Asintió y empecé a leer—: «¿Qué queremos decir cuando decimos que la existencia precede a la esencia? Queremos decir que primero el hombre existe, se encuentra a sí mismo, aparece en el mundo, y que solo después se define.»

De nuevo, silencio. Ninguna respuesta. No se oía absolutamente nada. Ni ruido de hojas o de bolígrafos deslizándose por el papel ni murmullos de ninguna clase. Miré a Silver, que alzó los ojos sin

decir nada.

—«Se encuentra a sí mismo.» Usted nos explicó que ese es el momento en el que comprendes de golpe o empiezas a comprender: cuando ya no puedes fingir que la vida es otra cosa, cuando te das cuenta de la verdad de este mundo. Eso es más o menos lo que usted dijo, me parece. O es como yo lo tengo anotado. —De nuevo, puse en mis palabras una pizca apenas perceptible de ironía y una falsa deferencia.

—Sí —contestó Silver—. Creo que es correcto. Sí.

—¿Y usted cree que sus alumnos, por no hablar de todos los demás chavales a los que no da clases pero que lo conocen, que lo ven por ahí, que oyen hablar de usted…? ¿Usted cree que ellos se han encontrado a sí mismos?

Al ver que no respondía, volví a mi cuaderno y leí en voz alta el pasaje de Camus que había leído el sábado en la Place Laurent Prache:

> Sucede que el decorado se desmorona. Levantarse, tranvía, cuatro horas en la oficina o la fábrica, comida, tranvía, cuatro horas de trabajo, comida, dormir *y* lunes martes miércoles jueves viernes sábado siguiendo el mismo patrón: un camino que la mayor parte del tiempo se sigue fácilmente. Pero un día surge el «por qué». Y todo comienza con ese cansancio teñido de asombro.

Lo leí muy despacio, con una voz segura y firme que nunca había tenido en su clase, o acaso en toda mi vida. Esperaba oír algún ruido de fondo, un cuchicheo de Ariel a Aldo, o la risita de Lily, pero nadie abrió la boca.

—¿Usted cree, señor Silver, que los alumnos de segundo a los que da clases sienten cansancio? ¿Que el «por qué» ya ha surgido en ellos?

Estaba sudando otra vez, a pesar del aire gélido que inundaba el aula.

Silver asintió muy despacio, estudiándome con todo cuidado, como para confirmar una impresión. Sonrió, esta vez de otro modo, tal vez con orgullo. Y esa sonrisa me llenó de satisfacción, de placer, de alegría: todo porque lo había impresionado, porque estaba contento conmigo. Sonrió, asintió, cerró la ventana y regresó frente a su escritorio.

—En efecto —dijo—. Sí. Aunque, obviamente, tú discrepas,

Gilad. No hay duda de que has hecho los deberes.

Sacudí la cabeza. Ya se me había pasado la irritación. Había conseguido desarmarme.

—Los dos, señor, los dos hemos hecho los deberes, Gilad y yo —dijo Colin.

Y entonces empezó Ariel.

—Menuda chorrada. Es total, colega. Vaya manera de escabullirse. ¿Cree que puede hacer lo que quiera? ¿Que la responsabilidad es nuestra? ¿De los alumnos? O sea, está diciendo… ¿qué? ¿Que viene a ser equivalente? ¿Que usted no tiene más poder que nosotros? ¿Que no juega con ventaja?

Silver se había erguido, apartándose del escritorio, y la miraba de frente. Ariel estaba tan congestionada que parecía tener los ojos inyectados en sangre.

—Cuidado con tu manera de hablarme, Ariel…

—¿Por qué? ¿Porque usted es el profesor? ¿Y yo la alumna? Usted puede hacer lo que quiera, claro. Y luego darlo todo por bueno, justificarlo con esa sarta de chorradas, ¿no? —Tomó su ejemplar de *El extranjero* y lo tiró al suelo. El libro aterrizó con un golpe sordo en la gastada moqueta marrón.

Silver dio un paso hacia ella. Además de enfado, había miedo, incluso pánico en su rostro.

—Ariel —dijo, y su voz bajó una octava—, cierra la boca.

Ella se puso de pie y colocó el cuaderno en la mochila. Ató las correas, se envolvió con teatralidad el cuello con su larga bufanda blanca y, cuando ya estuvo preparada para irse, alzó los ojos. Totalmente erguida, y con sus botas de invierno, era más alta que él. Ahora se la veía poderosa, llena de convicción, segura de sí misma, sin un ápice de duda.

—Es usted un farsante, señor Silver. Patético —dijo mirándolo fijamente—. Lo sé, señor Silver. Desde hace mucho.

Salió de detrás del pupitre y avanzó resueltamente, de modo que por un instante ambos estuvieron muy cerca. Mientras pasaba por su lado para salir de clase, un mechón de su melena se deslizó sobre el hombro de Silver.

WILL

Creí que a lo mejor me animaría dejarme arrastrar por todo aquello. Los cánticos. Las consignas airadas. Hacía un día espléndido. Soleado. Frío. Había gente por todas partes. Resultaba agradable pasear por la ciudad. Pero el ánimo de la multitud daba mala espina. Demasiada gente con ganas de pelea. Y la cosa se fue poniendo aún más fea cuando terminó la marcha y los manifestantes inundaron la Place de la République. Las chicas con símbolos de la paz pintados en la cara se habían vuelto a casa. También los estudiantes que cantaban *Imagine*. Se veían estrellas de David y esvásticas juntas en ciertas pancartas: «Sionismo = Nazismo».

Fui a parar al tumulto que se apiñaba junto a los puestos de salchichas *merguez*. Compré una y me puse a observar a un grupo de estudiantes judíos a los que habían empezado a hostigar varios chicos borrachos. Me quedé mirando, como todo el mundo. Observé al chico que llevaba la voz cantante. Me entraron ganas de matarlo. La gente que tenía delante se esfumó y yo me encontré al borde de la acera, junto a los estudiantes judíos. Seguí observándolo todo con mis gafas de sol. Entonces vi a Gilad y Colin. Parecían asustados. Habían quedado acorralados por la muchedumbre agolpada detrás. Sabía que estaban allí por mí. «Participad, implicaos en el mundo», les había dicho. Ese discurso trillado. Y ellos estaban participando.

«Adelántate y demuestra a tus alumnos lo que es ser valiente, lo que es pasar a la acción», me dije. Lo haría por ellos, como acaso lo hiciera un día por mis propios hijos. Pese al miedo, los protegería. Sería yo quien se destacara entre la multitud.

No creía que me hubieran visto. Permanecí inmóvil, concentrando toda mi atención en aquel chico pendenciero. Cuando golpeó al estudiante con su barra metálica y volvió a alzarla de nuevo, di un paso al frente y le grité que parara. «*Arrête!*», dije. Así fue como me encontré en medio de la calle, rodeado de silencio. Entonces vi al chico de cerca, con todo detalle. No dije nada más. Él vio en el acto que yo no tenía dentro nada más.

Gilad y Colin lo vieron también. El hipócrita de su profesor plantado en mitad de la calle. Rezando para que aquel «*Arrête!*» fuera suficiente, pero consciente de que no iba a serlo.

La noche del sábado ya había pasado de largo. Era casi la una de la madrugada. Me levanté, me vestí y salí a la calle.

Caminé hacia el Sena, lejos del bullicio de la Rue de Buci, y recorrí la calle oscura. Crucé el pequeño arco y avancé por la calle adoquinada frente al Institut de France. No tenía ánimos para ir al Pont des Arts. Luces en el agua. Estudiantes borrachos tocando la guitarra. Preferí sentarme en los escalones del final de la plaza, iluminados por una débil luz anaranjada.

No había nada que pensar. Nada que hacer. Nada que viniera a continuación.

Había parejas paseando a lo largo del *quai*. Algunas se volvían a mirar la cúpula dorada y le sacaban fotos sin detenerse.

En alguna parte, en un álbum de fotos encuadernado, me dije, yo sería la sombra del rincón.

Caminé de vuelta a casa, subiendo por la calle sumida en la penumbra. Pasé junto a una pareja pegada a la pared. Cuando estaba frente al portal, me llegó su mensaje.

Era a principios de noviembre. Al lado, en el bar Du Marché, había seis personas. Enfrente, un borracho del barrio estaba sentado en la entrada de un bloque de pisos y se golpeaba la cabeza contra la puerta. Una y otra vez echaba la cabeza hacia atrás con fuerza. Pero por más que lo intentaba no conseguía perder el sentido. Yo tenía el teléfono en la mano.

Miré una última vez cómo se golpeaba. Su cráneo se estampó contra la madera con un impacto sordo y el tipo cayó hacia delante y ya no se movió.

Consideré la posibilidad de cruzar y acercarme, de sentarme a su lado, tomar su cabeza y dejar que reposara apoyado en mí. «Quizá más tarde», le diría. Quizá en otro momento.

La luz de mi escalera estaba estropeada. Subí a oscuras.

Desde mi ventana, vi a Pauline que estaba en la cocina, lavando platos.

Se había levantado viento y soplaba por todo el piso. Acogí el frío con alivio. Miré a Sébastien, que apareció en vaqueros y la rodeó con sus brazos mientas ella frotaba metódicamente un plato con la esponja. Pronto apagaron las luces.

Me vi otra vez a mí mismo abriéndome paso entre la multitud.

Y luego en la oscuridad, esperando a Marie.

—De acuerdo —escribí—. *Viens*.

Para entonces, las mañanas ya eran oscuras. Llegué al colegio más temprano de lo normal. Era el primero; preparé una jarra de

café y miré por la ventana mientras la máquina cobraba vida. Ya estábamos en noviembre, pero el cielo todavía seguía despejado mientras el sol asomaba por encima de los árboles. La hierba estaba blanca de escarcha.

Cuando llegó Mia, le serví una taza de café. Un chico pequeño con una parka anaranjada salió del edifico y corrió hasta el centro del campo. Las suyas eran las únicas huellas en toda la extensión helada. Lo observamos juntos mientras el chaval se tendía boca arriba y extendía los brazos y las piernas, trazando la figura de un ángel en la escarcha.

A mediodía, comimos juntos en uno de los bancos frente a la cafetería. El aire seguía tan gélido como a primera hora. Ella se estremeció y se ajustó la bufanda alrededor del cuello.

—¿Qué tal tu fin de semana?

—Bastante horrible, la verdad.

—¿Recibiste mis mensajes? —Desvió la mirada hacia un grupo de alumnos que jugaban al baloncesto.

—Sí. Perdona.

—Podrías haberme devuelto las llamadas. Creía que íbamos a ir al cine.

—Debería haberte llamado.

Ella suspiró y meneó la cabeza. Iba a decir algo, pero la interrumpí y le dije con brusquedad:

—Perdona, Mia. Ya te lo he dicho, tendría que haberte llamado. Dejémoslo así, ¿vale?

—¿Y por qué ha sido un fin de semana tan duro?

Traté de describirle la oscuridad creciente, aquella sensación de que algo se desmoronaba. Era un alivio decirlo en voz alta.

—Un segundo —susurró, mirando por encima de mi hombro.

—Hola, señorita Keller. Perdone que la moleste, pero quería preguntarle si tendría tiempo para revisar mi trabajo esta tarde. He ido antes al despacho, pero no la he localizado hasta ahora. Siento mucho…

—No pasa nada, Marie. Tranquila. Esta tarde tengo las dos últimas horas libres.

Estaba de pie a mi lado, su cadera a unos centímetros de mi brazo. Seguí mirando hacia delante sin volverme.

—Vale. Muchísimas gracias. Fantástico. Habrá de ser durante la última hora, porque antes tengo historia, pero estaré allí en cuanto acabe la clase. Ya sé que está muy ocupada, o sea, que gracias,

muchas gracias.

Mia se echó a reír.

—Relájate, Marie.

—Ah, señorita Keller, ¿recuerda esa escena del *Gatsby*, cuando Daisy le dice a su hija: «Lo mejor que puede ser una chica en este mundo es una preciosa tontita»?

—¿Qué? ¿Ahora estás de acuerdo?

—Por favor. Bueno, he de irme. Gracias otra vez. Hasta luego.

Al darse la vuelta, rozó mi hombro con el brazo. Me llegó su olor mientras se alejaba. Ese breve contacto me electrizó.

—Perdona —dijo Mia—. Esta chica es estupenda, la adoro, pero no para nunca. ¿La conoces?

—La he visto por ahí.

—Marie de Cléry.

—«La pulga.»

—Es estupenda.

Los chicos salían a borbotones de la cafetería para ir a clase. Llevaban bolsas de patatas fritas abiertas, barritas de caramelo, latas de Coca-Cola.

—Bueno, ¿y qué tal tu fin de semana?

—Agradable, de hecho. Cené con Séb y Pauline. Me caen de maravilla. Preguntaron por ti. Deberías haber venido.

—Me alegra que os hayáis hecho amigos.

—Quieren colocarme a un tipo. Un abogado. Olivier.

—Olivier, el abogado. —La miré a los ojos y los aparté enseguida. Me sentía vacío e indispuesto.

Ella suspiró.

—En fin. Tengo clase. He de volver.

—Ya llevo yo las bandejas.

—Gracias. —Se levantó y me tocó el hombro—. William —dijo, y se alejó hacia el edificio principal.

Al regresar de la cafetería, vi a Mazin, que estaba leyendo sobre la hierba delante del ala de secundaria.

—¿Qué hay, Maz?

—Eh —dijo, y siguió con su libro.

—¿Todo bien?

Asintió, sin levantar la vista.

—¿Qué pasa, Maz?

—Nada. —Meneó la cabeza—. Solo trabajo.

—¿Hay algún problema?

—No.

—De acuerdo —dije, sin quitarle los ojos de encima. Pero él no

me hizo ningún caso y me fui.

Más tarde, al volver al Departamento de Literatura Inglesa vi a Mia en su escritorio con Steven Connor.

—Hola, chicos.

—¿Qué tal, Silver?

Mia me sonrió.

—¿Qué es lo que has hecho esta vez? —pregunté.

—Nada, hombre. Tenga un poco de fe. Estoy intentando mejorar. La señorita Keller es casi tan dura como lo era usted.

Me senté ante mi mesa.

—Uf, te aseguro que es mucho más dura que yo, Esteban. Muchísimo más. Ella sí sabe de qué habla. Tiene preparadas las clases. Yo ni siquiera me leo la mitad de los libros sobre los que enseño. Presta atención. Este año podrías aprender de verdad.

—Bueno, bueno, Steven, volvamos a lo nuestro.

Mia me miró, poniendo los ojos en blanco y dando golpeci-tos en el papel.

Saqué un trabajo del montón que tenía sobre la mesa y empecé a leer.

—Has de concretar tu idea, Steven. Precisarla mejor. «Stephen Dedalus y Hamlet son similares por varios motivos» es demasiado vago.

—¿Tú crees? —dije, sin levantar la vista.

—Colega, a usted le hubiera encantado este trabajo.

—No con «semejante» tesis, Esteban, por favor.

—No entiendo por qué.

—No le hagas caso. ¿Cómo podemos concretarlo? ¿Estás seguro de lo que dices? ¿Realmente son similares?

—Bueno, hay un montón de referencias a Hamlet en el libro.

—En la novela. ¿Estás seguro? ¿Y esas referencias vuelven similares sin más a los dos personajes? ¿Y qué otra palabra hay para «referencia»? Algo un poquito más literario.

—¿A qué se refiere?

—Sabes perfectamente a qué se refiere, Esteban. —Me giré en mi silla y lo miré de frente—. Si no eres capaz de responder a la pregunta de la señorita Keller me tiro por la ventana. Y yo tengo más fuerza de voluntad que ese cagado de Hamlet.

—Es capaz, Steven —dijo Mia, riéndose.

Abrí la ventana.

Steven se agarró la cabeza con las manos.

—Referencias, referencias…

Me levanté y me senté en el alféizar de la ventana.

—Me tiro. ¿Después de todo lo que me esforcé el año pasado? ¿Es así como me recompensas? ¿Con referencias? «Referencias», Esteban. ¿Por qué no me escupes en la cara?

—¡Alusiones! —gritó.

—Bien —dijo Mia.

Salté al suelo y volví a mi mesa.

—¡Alusiones, señor Silver, alusiones!

—En efecto, Steven. Y gracias por salvarle la vida al señor Silver. Echemos un vistazo a esas alusiones y tratemos de precisar y concretar el tema, ¿de acuerdo? A lo mejor ahora el señor Silver nos permite avanzar un poco.

—Lo dudo —dijo Steven riendo.

Me concentré otra vez en lo mío, pero de vez en cuando me volvía a mirar cómo trabajaban juntos. Mia se portaba con él de un modo admirable. Le explicaba una y otra vez las mismas ideas, pero arreglándoselas para mantenerlas frescas, para abordarlas desde distintos ángulos, y todo ello sin perder la paciencia, dejando que él expusiera sus propios argumentos, fuese cual fuese su calidad o su pertinencia.

—Mire aquí —dijo Steven, citando a Joyce—: «Se acercó a la mujer, el vaso más frágil, y vertió en su oído el veneno de su elocuencia». Es lo mismo que hizo Claudio con su hermano.

—De acuerdo, pero ¿con esto basta? —preguntó ella, mirándolo muy seria, dándole tiempo para pensar la respuesta.

—Deja la novela, Steven. Mírame. Olvídate del trabajo.

Steven cruzó los brazos y la miró.

—Vamos a charlar, simplemente. ¿Tú crees de veras que Dedalus y Hamlet son personajes similares?

—Creo que sí. No sé.

—Claro que lo sabes. Deja por un momento de ser un estudiante que ha de redactar un trabajo. Limítate a decirme lo que piensas. ¿Son similares? Me gustaría saber lo que piensas.

Tras unos instantes, él asintió.

—Sí.

—De acuerdo. —Mia le sonrió—. Ahora dime en qué sentido.

Me encantaba su actitud. Sentado allí, mientras escuchaba a Steven y a Mia, de repente cobré conciencia de que muy pronto todo aquello habría desaparecido. Echaría de menos esa oficina andrajosa, la cafetera, mi escritorio, la vista desde la ventana. Miré a Mia, que, inclinada sobre su cuaderno, tomaba notas totalmente absorta en su trabajo, y pensé: «Adiós».

—Dios mío, odio esas escaleras —dijo ella.

Esas escaleras. Como si fueran nuestras. Como si debiéramos hacer algo al respecto: buscarnos otro piso. Los dos. Se desplomó en una silla y empezó a sacarse las botas. Al fin en casa tras un largo día. Se levantó y me besó en la boca.

—¿Has bebido? —Fue a la nevera y, mientras buscaba algo que comer, iluminada por el resplandor blanco, se echó a reír y añadió —: Y en un día de clase, además.

Horas más tarde, con una de mis camisas encima únicamente y con las mejillas encendidas, se asomó a la ventana y contempló la ciudad. Preparé unos platos de pasta, los puse en la mesa y la llamé. Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Esto es perfecto —dijo—. Es justo lo que quiero. Luego quizá te haga una mamada, por una vez. —Sonrió y arqueó las cejas—. Me apetece, ¿sabes? Solo que la única vez que lo hice… fue realmente horrible. Mi novio, bueno, casi me obligó, ¿me entiendes? Fue horrible. Me sujetaba por la nuca y no me soltaba.

Se metió un bocado en la boca y masticó.

—¿Quién era?

—Vamos, Silver —dijo, con la boca todavía llena de espagueti—. Es mejor que no lo sepas.

—¿Va al colegio?

—Sí, va al colegio. ¿Me sirves una copa de vino?

Me levanté y abrí una botella.

—Me gustaría matarlo —dije, acariciándole la cara.

Ella se rio y levantó la vista con los ojos brillantes.

—Eres un cielo —dijo.

Por la mañana, casi no podía levantarme. El piso estaba helado. Me obligué a meterme en la ducha y permanecí bajo el agua humeante hasta entrar en calor. De camino al *métro*, pasé junto a un hombre derrumbado en un portal y estuve a punto de pararme. Parecía muerto. Las calles estaban desiertas. Había placas de hielo frente al bar Du Marché. Uno de los camareros del primer turno estaba esparciendo sal por su trozo de acera.

De nuevo el primero en llegar. Abrí la ventana y dejé que el aire frío inundara el despacho. El campo, una vez más, aparecía cubierto de una fina capa de escarcha del color del cielo. Las ramas de los álamos estaban totalmente desnudas.

Seguía aún en la ventana cuando oí un fuerte gruñido a mi espalda. Al darme la vuelta, vi a Mickey Gold, que ya se acomodaba

en el mullido sofá y extendía las piernas.

—Joder, Will —dijo, agarrándose el muslo derecho.

—Buenos días, Mickey —dije. Me alegraba de verlo.

—Fíjate, Will. Estaba mirando anoche la televisión y me hice un esguince en la ingle. Tengo unas zapatillas de esas con la suela antideslizante. Fantásticas, ¿sabes?, comodísimas, aunque no tengan empeine. Me las regalaron mis nietos. No quieren que dé un resbalón y ruede escaleras abajo. Soy un viejo de mierda, Will, ¿sabes? Así que me senté a mirar la tele y estiré las piernas como ahora y la maldita zapatilla no salía ni a tiros, y de repente me entró un dolor por toda la pierna que no puedes ni imaginarte y ahora apenas puedo andar. Qué demonios. ¿Un esguince en la ingle mientras miras la televisión? Es lo último, Will. No puedes ni imaginártelo. ¿Me pones una taza de café? Y cierra esa maldita ventana. He de mantener el calor en la entrepierna.

Cerré la ventana y le serví la taza de café.

Por un momento guardó silencio, cosa insólita en él.

—Bueno, Will, he de preguntártelo —dijo al fin—. ¿Qué demonios pasa contigo? ¿Estás bien?

—Sí, Mickey, perfecto.

—Pues a mí no me lo pareces. Tienes un aspecto lamentable.

Me encogí de hombros.

—Estás muy flaco. ¿Es que no comes? ¿Qué te estás haciendo? ¿Duermes de vez en cuando?

—Ha sido un año muy duro. Quizás estoy quemado. No sé, he perdido algo. Y parece que no logro recuperarme.

Asintió, entrecerrando los ojos, mientras se frotaba la ingle.

—Esto me está matando, joder.

—Lo siento.

—Olvídalo. Así son las cosas, Will. Estás mirando la televisión, todo va de perlas y entonces vas y te haces un esguince en la maldita ingle. En otra época, si me daba un tirón en la ingle era jugando al baloncesto. Pero, en fin, así va la cosa.

Le sonreí.

—¿Te importa si te doy un consejo, Will?

Me encogí de hombros.

—En absoluto. No me vendría mal.

Me observó un buen rato. Luego meneó la cabeza, como respondiendo a la pregunta antes de plantearla.

—No recibes muchos consejos, ¿verdad? ¿No tienes a tu padre? ¿O a tu madre?

—No, ya no. Desde hace un par de años.

—¿Fallecieron los dos?

—Sí —dije—. Los dos a la vez.

—¿A la vez?

Asentí.

—Instantáneamente —dije.

Flexionó despacio las piernas y se echó hacia delante con los codos en las rodillas. Hizo una mueca de dolor y soltó un gruñido.

—¿Estabais muy unidos?

Asentí, con una fría sensación de vacío bien conocida.

—Joder —susurró—. ¿Hermanos o hermanas?

—No.

Inspiró hondo y dio un bufido.

—Ah, Will. Eso sí que es duro. —Sacudió la cabeza, mirándose las manos—. ¿No te has casado?

—Lo estuve.

—¿Qué pasó? Bueno, si no te importa que te lo pregunte.

—Me largué. Al morir mis padres. Me largué y vine aquí.

Hundido en el sofá, me miraba con un aire muy triste.

—Ibas a darme un consejo —dije al cabo de un rato.

Se encogió de hombros.

—Si quieres mi opinión, Will, te estás viniendo abajo. Me perdonarás, pero pareces un mapache, con esos cercos en los ojos. No hablas con nadie, andas por ahí como un zombi. Te lo digo, esto es más que frustración, amigo mío. No es: «Estoy harto de dar clases, la magia se ha evaporado». No, es otra cosa. Escucha, Will, no vayas a creer que puedes hacerlo todo tú solo. No importa qué problemas de mierda hayas pasado. Yo solo puedo imaginármelo, aunque también he tenido mi propia ración. No quieras hacerlo todo por tu cuenta. Esa es una receta infalible para hundirte en la miseria, ¿me has oído? Tú tienes, ¿cuántos? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho?

—Treinta y tres.

—Ya puedes darte por satisfecho por parecer tan joven. A tu edad, yo había perdido la mitad del pelo. Mira, Will, es una decepción tras otra lo que te espera a partir de aquí, ¿entiendes? Ya no encuentras nada interesante en tu interior. ¿Sabes a qué me refiero? Empiezas a aburrirte mortalmente a ti mismo. Ya no hay sorpresas, ya has sacado de ti todo el jugo que podías sacar. El mundo te decepciona, Will. Casi siempre te decepciona. Eso ya lo sabes a estas alturas, ¿no?

Dio otro sorbo de café.

—Mira, no sé qué pasará en tu vida, ni qué coño haces en todo

el día, pero sí sé una cosa: que no puedes tú solo. Eres joven. Piensas que estás sobrado de energía. ¿Crees que puedes resolverlo todo por ti mismo? ¿Que vas a asomarte a la ventana y llegarán sin más las respuestas? —Negó con la cabeza—. No, las respuestas no llegarán. ¿Y sabes por qué?

—¿Porque no hay respuestas?

—Sí hay respuestas, Will. Y guárdate tus sarcasmos para alguien menos avispado que yo. Compréndelo, Will. No puedes tú solo. ¿Me entiendes? Claro que sí. Me juego cualquier cosa a que te has enredado de mala manera con alguna chica de locura. Me juego el sueldo de un mes. ¿Hace? ¿Una chica con la que apenas hablas? ¿Que te sigue como un perrillo faldero?

Me eché a reír, moviendo la cabeza.

—Will, escucha. Si no recuerdas nada más, al menos recuerda esto: una persona a la que puedes manipular no merece que la ames. ¿Me entiendes? Es una jugada muy propia de los jóvenes. Tú eres joven, amigo mío, pero no tanto. Es un juego propio de cobardes, ¿entiendes? ¡Profesores! Vivimos demasiado bajo la adoración de esos ojos y entonces, un día, ya no nos basta. No es nada, pero si no vas con cuidado, será lo único que tengas. ¿Me entiendes? Ya, ya sé, sueno como un disco rayado, pero ¿entiendes?

Asentí.

—No te digo que te cases. El matrimonio no te salvará. Búscate amigos. Gente que te importe de verdad. Gente que se preocupe por ti. Que sea más inteligente que tú. Búscate una mujer, Will. Una mujer que se ría de ti. Que te saque de casa a patadas. Si encuentras a esa mujer, y si es la misma que se arrojaría por ti ante un camión, bueno, eso ya es algo. Tú eres un gran profesor, Will. No hay duda. Talento innato. Apuesto, además. Apasionado. Con un corazón más grande de lo que te convendría. Lo tienes todo, joder. ¿Qué más quieres?

Se incorporó con dificultad del sofá, soltando quejidos. Cuando finalmente consiguió ponerse de pie, se me acercó, puso su manaza en mi hombro y me miró desde lo alto.

—¿Cómo se llamaba ella?

—Isabelle.

—¿Has pensado alguna vez en volver?

No dije nada.

—No sé, Will. Quizás haya una posibilidad. Tal vez aún esté disponible. Los cobardes se pasan la vida solos. O bien con gente que puede hacerles daño, o bien con nadie. En cualquier caso, muchacho, es lo mismo.

Me dio un apretón en el hombro.

—Has de ser más duro que eso, Will. Debes hacer lo difícil.

Sonrió.

—He de marcharme, amigo mío. Cuídate.

—Tú también, Mickey.

Aún sentía el peso de su mano, su calor en mi hombro, mientras oía sus pasos alejándose por el largo pasillo que daba a su clase.

Una vez que estuve solo, recogí mis cosas y salí del despacho antes de que llegase nadie más. Fui a mi aula y me dispuse a pasar la mañana con mis tres grupos de literatura de segundo.

Dejé copias del segundo capítulo de *Walden* sobre los pupitres vacíos, que estaban situados en semicírculo ante la pizarra, y escribí en su superficie blanca la cita del día:

Si realmente estamos muriéndonos, escuchemos el estertor
en nuestra garganta y sintamos frío en las extremidades;
si estamos vivos, ocupémonos de nuestros asuntos.

Cada alumno de segundo tenía un cuaderno aparte donde escribía un comentario de diez minutos sobre la cita del día. Esos diez minutos eran a menudo la parte que más me gustaba. Simplemente quedarme sentado en el borde de mi escritorio, tomando café, mirándolos escribir, sonriendo a los que levantaban la vista. Me encantaban los que mordisqueaban el capuchón del bolígrafo y fruncían la frente, fingiendo estar muy concentrados. Me encantaba observar a los pocos que se quedaban absortos en su trabajo. El silencio, los bolígrafos arañando el papel, los exagerados suspiros de exasperación.

Yo solía pensar entonces, «Estos son mis alumnos, los amo». Con frecuencia me asombraba lo cerca que me sentía de ellos, mi deseo de protegerlos, de estimularlos. Quería que se sintieran orgullosos de mí. No quería decepcionarlos jamás. Y así como los amaba en esos minutos silenciosos del principio de la clase, quería que ellos, a cambio, me amaran a mí.

Después de escribir la cita, me senté en uno de los pupitres y miré hacia la pizarra. Me vi a mí mismo, libro en mano, deambulando y haciendo preguntas. Enseñando.

Me llegaban ruidos del pasillo: risas, portazos en las taquillas, voces conocidas.

Sonó la primera campana. Bajé la vista al fajo de fotocopias y leí:

> Afiancémonos bien, hundamos los pies, metámoslos a presión a través del fango y el lodo de la opinión, del prejuicio, la tradición, el engaño y la apariencia, de ese aluvión que cubre el globo entero; a través de París y Londres, de Nueva York, Boston y Concord, a través de la Iglesia y el Estado, a través de la poesía, la filosofía y la religión, hasta llegar a la dura base, a un fondo rocoso al que podamos llamar realidad y entonces decir: «Aquí es, no hay duda», y empezar entonces con un punto de apoyo firme… Sea vida o muerte, solo anhelamos la realidad. Si estamos realmente muriéndonos, escuchemos el estertor en nuestra garganta y sintamos frío en las extremidades; si estamos vivos, ocupémonos de nuestros asuntos… El intelecto es una cuchilla; discierne y se abre paso hacia el secreto de las cosas… Mi cabeza es manos y pies… Mi cabeza es un órgano para cavar… Creo que la veta más rica se halla en estos alrededores; así lo estimo por mi varita de zahorí y los finos vapores que se elevan; y aquí comenzaré a cavar.
>
> De THOREAU, *Walden*, capítulo 2, «Dónde vivo y para qué vivo».

Después de que sonara la campana, después de que hubieran escrito su comentario de diez minutos, empezamos la clase. ¿A qué se refería?, pregunté una y otra vez. ¿A qué se refería al decir «y aquí comenzaré a cavar»? ¿Y en qué sentido «el intelecto es una cuchilla»? ¿De veras lo es? ¿Y realmente nos dedicamos a cavar? ¿Deberíamos hacerlo? ¿Y de veras «solo anhelamos la realidad»? ¿Deberíamos hacerlo? ¿Y qué hay de la moral? ¿Existe tal cosa? ¿Y qué son esos «finos vapores que se elevan»? ¿Y son nuestras cabezas «manos y pies»? ¿El órgano de nuestras cabezas es «para cavar»? Y en ese caso, ¿qué territorios está cavando la tuya? ¿Y qué has encontrado hasta ahora?

Cuando sonó la campana de la última hora antes del almuerzo, me sentía exhausto. Había seguido absorto esos debates circulares, reanudados a cada hora, y, al concluir la última clase, me quedé en mi escritorio, recogiendo los trabajos y amontonando poco a poco las fotocopias sobrantes.

En ese momento me pareció como si el agotamiento fuera solo físico. Inspiré hondo, salí al pasillo, bajé las escaleras y caminé por el campo hacia la cafetería.

En los ojos de la gente con la que me cruzaba percibí que pasaban cosas alrededor de mí, cosas que no controlaba, como si estuviera a punto de tropezar.

Compré un sándwich y le sonreí a Jean-Paul, que me saludó desde el fondo de la cocina. Sentí hacia él una repentina ternura, como con ganas de pasarle un brazo por los hombros. Pero sabía que era solo la nostalgia de mis primeros días en París, cuando Jean-Paul y sus platos horribles eran aún una novedad y un placer.

La niebla matinal se había disuelto y las nubes habían desaparecido. Brillaba un sol resplandeciente. Me fui hasta el extremo del campo, donde se alineaban los álamos junto a la verja. Desde allí podía contemplar todo el colegio. Al sentarme en la hierba, todavía cubierta de rocío, noté el fresco y la humedad a través de los vaqueros.

Me comí el sándwich y observé cómo emergían los profesores y los alumnos. Los más pequeños salían corriendo y dando gritos; las chicas se abrazaban, formando corrillos.

Ahora había chicos por todas partes: persiguiéndose, leyendo al sol, preparando exámenes. Todos temiendo la campana que sonaría indefectiblemente de un momento a otro.

Miré las mesas de picnic y la riada de alumnos que fluía entre el colegio y la cafetería. Cerré los ojos.

Al cabo de un momento, noté una mano cálida en la nuca.

—Nos vemos en la revista de literatura —dijo Mia—. Y si te apetece tomar una cerveza esta noche, o cuando sea, ya sabes.

—Gracias —dije, sin abrir los ojos—. Me encantaría. Lo haremos.

Tras unos instantes, entreabrí los ojos apenas, porque el sol me deslumbraba, y vi como se alejaba.

Sonó la campana y el campo empezó a vaciarse. Los alumnos confluían en las puertas, regresaban obedientemente como si fueran atraídos por un imán. Yo me quedé aún todo lo que pude, hasta que empezó mi clase quince minutos después.

MARIE

No sé lo que sucedió para que cambiara de opinión por segunda vez. Pero un día me dijo que sí. O sea, así por las buenas. Y fue entonces cuando todo empezó de verdad. Nosotros dos. Quiero decir, éramos una pareja a nuestra manera. Amantes, en todo caso. Auténticos amantes.

Iba allí después de clase. Los fines de semana. Siempre que él me dejaba. Me sentaba con el teléfono en la mano como una idiota, aguardando a que me enviara su permiso. Lo odiaba por ese motivo, pero para entonces yo era totalmente suya. Mucho antes, en realidad. Ya lo he dicho: habría hecho todo lo que me hubiera pedido.

Teníamos una especie de ritual. Yo subía a pie aquellas putas escaleras. Cerrábamos con llave. A veces era todo muy delicado. Otras, más brutal. Como en cualquier otra pareja, supongo. Y esa es la cuestión. Durante un tiempo parecía que fuéramos como cualquier pareja. A veces le llevaba pan o una botella de vino. Me gustaba comprar para él. Yo me comportaba como si aquel fuese nuestro piso, como si viviéramos juntos, como si lleváramos una vida normal. Me resultaba fácil. Me resultó fácil durante un tiempo, en todo caso. Hacíamos el amor, o follábamos, o lo que fuera que hiciéramos, y al final empecé a tener orgasmos. él era muy paciente. Siempre me estaba susurrando al oído. Me hipnotizaba de esa manera. Siempre me estaba animando a que le dijera lo que me gustaba. ¿Esto? ¿Esto? ¿Así?

«Tienes que hablar conmigo, Marie —decía—. Déjate llevar. Dime lo que quieres.» Como si yo tuviera idea de lo que quería, joder. Pero, aun así, me sentía como una reina por su forma de tratarme en la cama. Era tan delicado, tan preciso, tan —y esto sonará extraño, pero es cierto—tan elegante. Estaba totalmente pendiente de mí y, al final, acabé cediendo, me solté del todo, ¿entiendes? Me volví ruidosa, salvaje, feliz.

Después, cuando aún estaba completamente sofocada, me decía lo preciosa que era. Eso me encantaba. Sí. De veras. Pero también empezaba a tener la impresión de que hacía el amor con un espectro o un fantasma. Más de una vez sentí que, en lugar de mí, habría podido ser cualquier otra. Cualquiera. Como si lo que él

estaba haciendo allí conmigo no fuera muy distinto de lo que hacía en el colegio, de lo que hacía en clase.

No sé. No estoy del todo segura de que pensara estas cosas entonces. Era más bien una sensación, una especie de oscuro murmullo que no quería escuchar. Pero la sensación sí la recuerdo, la intuición de que él realmente no estaba allí, de que solo estaba haciendo un trabajo. No sé, resulta extraño decir algo así, pero, no obstante, me parece exacto.

Los mejores días eran cuando no debía irme a ninguna parte, cuando no tenía que volver a casa. Entonces me sentía más feliz de lo que me había sentido en toda mi vida. él cocinaba para mí o me ponía música, o mirábamos una película. Fuese lo que fuese, siempre había alguna lección implícita. Cómo preparar una salsa, o por qué tal músico era importante, ese tipo de cosas. Puedes pensar lo que quieras, pero entonces, en ese momento, era un sueño. Salía de la ISF, caminaba por la ciudad gris, fría y desabrida, e introducía aquel código, un número que seguía pareciéndome mágico y secreto. él me hacía pasar, me daba de comer y me hacía el amor. O sea, al cruzar aquella puerta y subir las escaleras, entraba en un mundo cálido y hermoso. No deseaba nada más. Me parecía increíble que la gente no pudiera entender una cosa así.

Empecé a dormir allí. Iba el sábado por la noche, después de salir con Ariel. Al principio, me marchaba a las tres o cuatro de la madrugada. él me pedía que me quedase, pero a mí no se me ocurría cómo combinar todas las mentiras. Pero al final le dije que vale, que de acuerdo. Y cuando me preguntó, le expliqué que mis padres creían que me quedaba en casa de Ariel. «¿Y dónde cree Ariel que estás durmiendo?» «En casa», le dije. Y ya no hablamos más del asunto. El problema, el verdadero problema, era Ariel. En cuanto dejé de pasar la noche en su piso, perdió el juicio. En un momento dado, ya no iba a ese piso para nada. Había empezado a dejar algunas cosas mías en el piso y pasaba con él la noche del sábado y todo el domingo. A media tarde, me volvía en tren a casa.

Me sentaba en el vagón con esa aprensión de domingo por la tarde, esa plomiza tristeza invernal que se veía agravada por el hecho de que me alejaba de él y me iba exactamente en la dirección equivocada. Ariel, desde que me había distanciado de ella, apenas me hablaba. O apenas nos hablábamos. Estas cosas sucedían continuamente. Éramos inseparables, y de golpe todo había terminado. Las chicas cambiaban de amigas a lo largo de todo el curso. Formabas parte de la vida de alguien. Conocías a sus padres. Y después no volvíais a veros más. En ese sentido, ya estábamos

preparadas.

A mí todo lo demás me tenía sin cuidado. Aquello fue durante un tiempo toda mi vida. Quiero decir, no existía nada más. Nada. Y entonces un día se lo dije. Estábamos en la cama, lo miré y se lo dije. Will, te quiero, le dije. él se quedó tal cual, como si le hubiera dicho que llovía. Después hicimos el amor y tal vez estuvo más dulce conmigo, pero yo solo podía pensar en la cara que se le había quedado y en lo inmóvil que permanecía en la cama, como si estuviera muerto.

En el colegio, empecé a sentarme junto a su clase. Había un hueco entre el final de las taquillas y la puerta, quizás un metro de pared despejada, y yo solía sentarme allí y fingía que estudiaba. Sentada a su puerta, como un perro o algo así. Son cosas que haces. Me acurrucaba allí y escuchaba. Sentada en el suelo frío y encerado de aquel horrible pasillo gris, miraba mi libro y apoyaba la cabeza en la pared, tratando de escucharlo todo, de estar con él, de no perderme una palabra.

Aquellos chicos lo adoraban. A menos que lo hayas oído, que lo hayas visto dando clase, no puedes entenderlo. Me encantaba escuchar su voz, pensar en las cosas que decía.

Una vez le oí haciendo un comentario en clase que me sonó conocido, muy conocido, hasta que caí en la cuenta de que ya se lo había oído, que él me había hecho ese comentario unos días antes. No recuerdo qué era, solo que me lo había dicho a mí. Estábamos en la cama, y era exactamente la misma frase, con la misma cadencia y la misma inflexión.

Me resultó horrible volver a escucharla así, y tuve otra vez aquella sensación espantosa, como si él fuera un fantasma, o como si lo fuese yo y él nunca me hubiera querido. Yo simplemente estaba llenando un vacío.

GILAD

Nunca se había retrasado tanto. Habían pasado veinte minutos y nada. Lo recordé esperando en Odéon aquel día, cuando vimos morir a Christophe Jolivet. Miré a mis compañeros y me imaginé las vidas que les esperaban. Me parecía que, en cierto modo, sin Silver estábamos todos condenados. Rick permanecía sentado con los brazos cruzados y la vista fija en la puerta. Había algo melancólico en su expresión y lo estuve mirando hasta que me echó un vistazo y me hizo un gesto casi imperceptible. Hala, vuelta hacia la ventana, contemplaba los álamos. Lily me sonrió con tristeza. Abdul se mecía adelante y atrás, y se pasaba, de vez en cuando, los dedos por el pelo. ¿En qué se convertiría aquel chico nervioso y tan sumamente agarrotado? Cara garabateaba con tinta negra un diseño intrincado en medio de la página en blanco. Aldo dormitaba sobre el pupitre con el pelo por la cara. Jane ordenó los libros en su mesa, abrió su cuaderno y escribió en lo alto: «13 de diciembre de 2002». Su mano (ya no llevaba esmalte negro en las uñas, solo un barniz transparente) empezó a moverse poco a poco, repasando la fecha una y otra vez: 13 de diciembre de 2002, 13 de diciembre de 2002, 13 de diciembre de 2002. La punta del bolígrafo repasaba los trazos cada vez más marcados y la presión formaba estrías en el papel.

—Probablemente no vendrá —dijo Hala.

La miré, sorprendido.

Rick asintió.

—Increíble —dijo Cara, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? —pregunté.

Nadie respondió.

Colin me miraba con una extraña expresión en la cara. Cuando nuestros ojos se encontraron, me pareció como si se estuviera disculpando por algún motivo.

Permanecimos en completo silencio. Inmóviles. Yo pensaba: «Aquí es exactamente donde estamos. Viernes por la mañana. 13 de diciembre. 2002. Aquí es exactamente donde estamos, esperando a ver qué pasa. 13 de diciembre, 2002». Me concentré en las falsas vetas de madera de mi pupitre.

En medio del silencio, sentí un gran afecto por todos nosotros en ese preciso momento de nuestras vidas. Todo era endeble, todo era

frágil. La luz gris del cielo, los oscuros álamos desprovistos de hojas, la escarcha del campo, las voces amortiguadas que se filtraban por las paredes. Aquí es donde estamos. 13 de diciembre de 2002.

Cuando se abrió la puerta y vimos que era él, lo que sentimos —te lo juro—, lo que todos sentimos fue alivio. Traía un montón de novelas.

—Una mañana complicada —dijo—. Siento llegar tarde. *Mientras agonizo*. William Faulkner —dijo, repartiendo los libros.

—Aún no hemos hablado de *El extranjero* —refunfuñó Hala.

—No hemos hablado, Hala, es cierto. Y lo haremos, pero quiero que tengáis esta novela y que empecéis a leerla. Así podréis avanzar poco a poco. Será una oportunidad, una ocasión para saborear una novela, en lugar de leerla bajo presión.

Sonrió. Aldo, que seguía con el mentón apoyado en la mesa, soltó una risita suficiente.

—¿Saborearla?

—En efecto, Aldo, saborearla. Como un pedazo de pastel.

—Ya, lo que usted diga.

Silver se volvió y lo miró fijamente por primera vez.

—Aldo —dijo muy serio, como si estuviera a punto de soltar algo. Y luego, con fingida tristeza y meneando la cabeza—: Aldo.

Nos miró a los demás y comenzó.

—Cada uno de nosotros entiende cada texto de un modo distinto. No podemos separar nuestra experiencia de nuestra manera de leer. Nuestra experiencia personal impregna nuestras lecturas, del mismo modo que impregna nuestras vidas: lo que vemos en la calle, cómo nos relacionamos con la gente, etcétera. Por eso se puede sostener que no hay una sola verdad, que no existe en modo alguno una experiencia común. Tanto *El extranjero* como *Mientras agonizo* abordan, cada una a su manera, esta misma idea. A medida que avancéis, iréis viendo que Faulkner y Camus tienen más en común de lo que parece a primera vista. —Miró alrededor. Y entonces dijo lo que siempre decía—: ¿De qué estoy hablando?

Cruzó los brazos y aguardó. Lo observé allí, frente a la clase, con aquella expresión que ya me era tan familiar: la actitud engreída, la postura expectante, de pleno control. Se había mostrado encantador, marcando las pausas, sonriendo ligeramente al sugerirnos la posibilidad de saborear la novela. Una sonrisa contenida, como divirtiéndose consigo mismo.

Levanté la mano.

Me miró y me hizo una leve inclinación.

—Gilad —dijo—, cuéntanos.

—Creo que la cuestión es, bueno, creo que es verdad. Lo que hemos experimentado determina cómo experimentamos otras experiencias. Algo así. Cada persona ve el mundo de un modo ligeramente distinto. Y lo mismo debería ser cierto con lo que leemos. Porque la lectura es otra experiencia, supongo.

Asintió con aquella expresión que me hacía sentir orgulloso.

—Obviamente —dijo Hala—, muchas personas creen en una única verdad, señor Silver. Pero para mí es evidente que, o sea, es una idea infantil, estúpida, absurda. Si leo un libro, veo una película o voy a una fiesta, lo que veo allí, lo que saco de esas experiencias no puede ser igual que lo que saca otra persona.

—Sí, Hala —la animó—. Y déjame aclarar que no son ideas mías; desde luego no se me ocurrieron a mí. Estos son los principios de la llamada deconstrucción: la idea, básicamente, de que el lector, tanto como el autor, si no más, proporciona sentido al texto. Nosotros, como lectores, aplicamos nuestra experiencia, nuestro conocimiento y no digamos ya nuestra ignorancia, para dar sentido a una obra determinada. Eso es interesante como teoría literaria, pero, para nosotros, creo que es más sustancial si la aplicamos a nuestras vidas, a nuestra manera de ver no solo un texto, sino el mundo que nos rodea. ¿Entiende todo el mundo de qué hablo?

Cara no lo comprendía. ¿Cómo podía ser que un párrafo no significara exactamente lo mismo para todos los lectores?

Silver escribió una frase en la pizarra: «El perro corrió por el campo».

—Considerad esta frase. Leedla solo para vosotros varias veces. —Esperó unos momentos y la leyó en voz alta—: El perro corrió por el campo. El perro corrió por el campo. Rick, ¿qué significa esta frase?

—¿Que un perro corrió por un campo? —dijo, mirando a Silver inexpresivamente.

—Sí, bien, de acuerdo. Pero dame tu interpretación de la frase.

—No hay nada que interpretar: un perro corrió por un campo.

—Estoy de acuerdo —dijo Abdul, sin levantar la vista de su pupitre—. Es obvio.

—No, amigo. Lo que tú ves es obvio, pero la frase podría significar cosas distintas para otras personas —intervino Colin.

Silver asintió y cruzó los brazos. Se volvió hacia Lily, que miraba la pizarra retorciéndose una trenza, y mantuvo los ojos fijos en ella.

—¿Tú qué ves, Lily? Quiero decir, exactamente.

Ella se encogió de hombros.

—Hummmm. Hay un perrito blanco, le falta una pata y corretea con una extraña cojera. Es pequeñito, y el campo está cubierto de nieve, y va dejando sus huellas a medida que avanza.

Lo dijo sin apartar la mirada de la pizarra y, cuando terminó, nos echamos todos a reír. Ella volvió a encoger los hombros.

—Ese es el perro que yo veo —dijo.

Eso era precisamente lo que Silver quería. Y él sabía que Lily habría de dar una respuesta por el estilo. Entonces sonó la campana y nos quedamos todos con la imagen de aquel perrito de tres patas cojeando por un campo nevado.

Las vacaciones de Navidad empezaban al día siguiente.

WILL

Ya nada era igual.

No nos veíamos nunca fuera del piso.

Ella venía y cerraba la puerta. Mirábamos películas. Se quejaba de sus padres.

—Lo superarás todo —le decía.

El tiempo estuvo frío y gris todo el mes. Ella se paseaba desnuda por el piso. Me tildaba de viejo. Un domingo por la mañana nos despertamos y me dijo: «Te quiero».

Sacudió la cabeza.

—Ya sé que tú no me quieres. Pero yo te quiero. ¿Quieres follarme como si me quisieras?

No respondí. Fui tan tierno como era capaz de serlo. La toqué con toda la delicadeza posible. La besé lentamente.

—Hazme el amor —dijo.

Y así lo hice. Lo mejor que pude.

Cuando se hubo corrido, empezó a llorar y yo seguí abrazándola. Pegó la cabeza a mi pecho. Le besé el cabello.

—Tranquila —dije—. Todo irá bien.

—Te quiero, Will. William. —Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Voy a buscar el desayuno, Marie. No te muevas. Ya vuelvo.

Me levanté, me vestí y bajé. Hice la cola en la panadería Carton. Cuando ya salía, entraron Julia Tompkins y su madre.

—¡Ay, Dios mío! ¡Señor Silver!

Julia me abrazó. La señora Tompkins sonreía.

—¿Disfrutando del domingo, señor Silver?

Pensé en Marie, dormida en mi cama.

—No puedo creer que viva por aquí. —Julia se rio—. Nosotros estamos a solo cinco minutos. Siempre venimos a Carton. Tienen el mejor pan del mundo. Somos vecinos. Es total.

La madre meneó la cabeza ante el entusiasmo de su hija.

—Julia es una gran fan suya. Ya lo sabrá a estas alturas.

—Calla, mamá.

—Tanto Rick como Julia lo son.

Solté una risa forzada.

—He de irme —dije, sujetando mi bolsa de *croissants*.

—Disfrute el resto del fin de semana —dijo la señora Tompkins.

—Nos vemos el lunes, señor Silver.

Cuando llegué a casa, Marie estaba en el fregadero lavando platos.

—Hola, cariño —dijo—. ¿Qué tal el trabajo?

Puse unas cucharadas de café en la vieja cafetera italiana. Ella me rodeó con sus brazos.

Tomamos café y nos comimos los *croissants* con mermelada de frambuesa. Sonaba un viejo concierto de Sidney Bechet en la TSF. Había empezado a llover.

—Will, soy tan feliz —dijo—. Nunca había sido tan feliz. Nunca.

Le sonreí. Tenía las mejillas rojas y el pelo desgreñado. Llevaba tan solo una de mis viejas camisas. Nunca la había visto tan preciosa como en ese momento.

Nos quedamos en la cama escuchando la lluvia y los ruidos de la calle. Marie me dijo que no tenía miedo de nada. Me habló de lo fuerte, de lo segura que había empezado a sentirse.

—¿Has visto cómo me paseo por tu piso, Will? Como si no pudiera pasar nada. Como si fuera la reina de la creación, la mujer más inteligente, más dura y más hermosa del mundo. Algún día me sentiré así también en la calle.

Sonreí mirando al techo.

—Ríete todo lo que quieras, gilipollas. Ya lo verás. —Se incorporó y me miró—. ¿Sabes lo que voy a hacer un día?

Meneó la cabeza. Era difícil resistirse cuando se ponía así.

—¿Quieres saber lo que voy a hacer cuando seas viejo, quiero decir, aún más viejo que ahora? ¿Cuando yo sea todavía más guapa y tú apenas puedas subir esas putas escaleras?

Me reí.

—Dime.

—Abriré mi propia escuela. Fuera de París. En un sitio como Saint-Denis. Para chicos pobres, jodidos por el Estado francés. Y estará llena de profesores como la señorita Keller y tú.

La observé mientras hablaba. Se le iluminaba la mirada.

—¿Crees que porque ahora soy la que soy en la ISF no seré distinta más adelante? Es lo que crees, ¿no?

—Me gusta cómo eres ahora, Marie. Cada vez más, para serte sincero. Y sé que es verdad lo que dices. Que harás todo eso, todo lo que quieras hacer. Me basta con mirarte para saberlo.

—La reina del puto universo, Will. Ya lo verás.

—Te creo, Marie.

Se tendió otra vez, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Ya lo verás. Una escuela preciosa. Y allí me sentiré todos los días como me siento ahora.

La estreché contra mí.

—¿Eres feliz? —me preguntó.

La miré, le acaricié la cara y le dije que sí.

Era la verdad.

Durante un tiempo hubo días así. Esas tardes después del colegio mirando películas, haciendo el amor en una silla junto a la ventana, tendidos a última hora en la cama, mirando cómo oscurecía la habitación.

Marie venía después de las clases y también los sábados, ya muy tarde, cuando yo llevaba mucho tiempo acostado, trayendo consigo el aroma de la noche. Se deslizaba bajo las mantas y el frío de su cuerpo me despertaba. Nos abrazábamos furiosamente. Ella, sobre todo si estaba borracha, se apretaba contra mí con desesperación. Y durante esas grises mañanas de domingo, le ponía música que nunca había oído: Keith Jarret, Dinah Washington. Afuera siempre hacía frío y no había ni un rayo de sol, solo esa plomiza luz gris de París, y con frecuencia, además, caía una lluvia persistente que repiqueteaba en el tejado como arena sobre un tambor.

Una vez, en el *métro*, mientras aguardaba a que se cerrasen las puertas, entraron en el vagón Mia y Marie. Nos sentamos los tres juntos. Mia a mi lado, Marie enfrente.

—¿Y qué haces tú en este tren? —le preguntó Mia.

—Me voy con Ariel de compras y después a tomar un chocolate caliente en el Flore —respondió, mirándola a los ojos.

«Así que sabe mentir», pensé.

Unos días más tarde, almorcé con Mia en La Palette.

—Pareces mejor —me dijo.

—Lo estoy.

—Me alegro. —Me examinó brevemente y miró para otro lado —. Puedes contarme lo que quieras, ¿sabes?

Asentí.

—Lo sé, Mia.

—¿Hay muchas cosas que no me cuentas?

—Hay muchas cosas que no le cuento a nadie, supongo. Como todo el mundo.

Puso una mano sobre la mía.

—Todo irá bien, Will.

—¿Cómo va la cosa con el abogado Olivier?

Se encogió de hombros.

El café se estaba llenando de gente. Sonó Charlie Parker tocando *Lover Man* y la mujer morena que leía el periódico detrás de la barra subió el volumen. Escuchamos la música, mirándonos en silencio, con los platos vacíos delante.

—Podrías venir a casa conmigo, ¿sabes? Pasar las Navidades con esa familia de lunáticos que tengo.

—Mia —dije.

—Podrías venirte, Will. No sé, podríamos… —Su voz se fue apagando a medida que lo decía.

Al día siguiente, salió para Chicago y yo me quedé en París.

Unos días antes de marcharse a esquiar con su familia, Marie vino a casa. Estaba muy inquieta. No paraba de pasearse frenéticamente de un lado para otro. Me empujó al suelo y me montó con saña. Me miraba desde lo alto con los ojos entornados. Sin parpadear ni una sola vez.

—Agárreme del pelo —decía—. Tira fuerte.

Al terminar, tenía sangre en las rodillas.

Seguimos allí tendidos hasta que nos entró frío. Ella se levantó y se envolvió en una manta.

—Ariel piensa que estás muy bueno —dijo.

—Lo dudo.

—Me lo ha dicho ella. Lo dice a todas horas.

—En clase se comporta conmigo de un modo horrible. Así que dudo…

—Seguramente es porque te acuestas conmigo y no con ella.

Me incorporé de golpe.

—¿Se lo has contado?

—Joder. No. Era broma, un puto chiste. *Putain!* Cálmate. Ella odia a su padre. Por eso está siempre cabreada. No tiene nada que ver contigo, Will. Créeme, se te follaría sin pensárselo ni un segundo. Me lo dijo ayer.

—¿Ayer?

—Sí, por teléfono.

—¿Cómo salió el tema? —Observé cómo se mordía una uña.

—Ella empezó a hablar de ti, supongo. Te desea. ¿Qué tiene de raro? —Alzó los ojos—. ¿Te excita saberlo, Will? ¿Te gustaría follártela? —Me escrutó atentamente.

—No, Marie.

Se había puesto otra vez a deambular por el piso, mirándolo todo, fingiendo que examinaba los libros de las estanterías.

Se asomó a la ventana y contempló la ciudad. La observé mientras permanecía allí desnuda, su cuerpo flanqueado por las cortinas. Luego se dio la vuelta. Estaba temblando.

—Una vez su padre intentó seducirme —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho.

No respondí. Me tapé las piernas con la manta.

—Ariel había salido a correr. Yo estaba en su habitación, esperando a que volviera. Me había sentado en la cama. Él entró e intentó seducirme.

Asentí sin dejar de mirarla.

—Pero entonces llegó Ariel y nos sorprendió. Bueno, lo sorprendió a él.

—¿Haciendo qué?

—Nada. Simplemente sentado conmigo en la cama. Dijo que iba a ayudarme con los deberes. Tenía la mano en mi pierna cuando Ariel apareció. Nada más, ¿vale? Pero ella se puso como loca. No me habló como durante dos semanas.

Vino a sentarse al suelo junto a mí. Extendí la manta para taparnos los dos y le acaricié la espalda.

—¿Solo eso? ¿Nada más? ¿Solo la mano sobre tu pierna?

—Nada más, Will.

—¿Ariel lo sabe, Marie? Me refiero a lo nuestro. ¿Se lo has contado a alguien?

Me lanzó una mirada fugaz y se volvió hacia la ventana, por donde entraba una luz tenue y mortecina.

—Dímelo, Marie. He de saberlo. —Inspiré despacio—. Por favor, Marie, dime si…

—No —susurró, apartándose—. Nadie lo sabe. No se lo he contado a nadie, ¿de acuerdo?

—Está bien —dije—. De acuerdo. —La atraje hacia mí.

—Nunca se lo he dicho a nadie, Will —dijo, y empezó a llorar—. Nunca. Sé lo que supondría. Para ti. Para nosotros. ¿Por qué iba a hacerlo? Joder, ¿por qué?

—Está bien. Olvídalo.

Sollozaba, su cuerpo se estremecía. La abracé y lo supe con toda certeza.

Marie se fue enseguida a su casa y yo me quedé en el suelo.

Durante aquellas semanas, me sentaba en los cafés a leer. Me iba al cine. Por la noche, entraba en la Palette y bebía. Me levantaba

tarde, con frecuencia a mediodía. Echaba de menos a Marie. La ciudad se iba vaciando, las calles cada vez estaban más tranquilas y, cuanto más nos acercábamos a las Navidades, más deseaba que volviera.

Ella me enviaba mensajes: «Te quiero, Will. Te echo en falta, Will. Por Dios, echo de menos tu cuerpo. *Comme tu me manques*!»

El día de Navidad comí desganadamente un poco de pollo de asado y me bebí una botella de Burdeos.

Cuando mis padres aún vivían, me sentaba con ellos alrededor del árbol de Navidad y abríamos los regalos. Unos meses antes de que murieran, en Nochebuena, fuimos en coche a pasar una semana juntos. Cenamos los cuatro juntos mientras afuera caía una gran nevada.

Mis padres. Isabelle y yo.

Mi padre encendió la chimenea después de cenar, nos sentamos todos en la sala y comimos pastel de nueces. Isabelle y yo nos tumbamos en el sofá; ella con la cabeza en mi regazo. Nos quedamos allí los cuatro, hasta muy tarde, mirando cómo caía la nieve a la tenue luz del porche.

Ahora estaba sentado ante la pequeña mesa de mi piso. Apenas se oía nada. El ruido del cuchillo al cortar el pollo. El vino en mi garganta. La copa de nuevo sobre el mantel. Intenté permanecer totalmente inmóvil. Contuve la respiración y me imaginé solo en París. Solo en un piso, en una ciudad, conteniendo la respiración.

Unos días después de Navidad me envió un mensaje.

Yo estaba en un café, leyendo *Rayuela*.

«Estoy embarazada.»

MARIE

En Navidades fuimos a Megève. Toda la familia al completo. Mi hermana también. Los cuatro. Mis padres habían alquilado un chalé para pasar las vacaciones. Era muy acogedor, con una amplia chimenea de piedra, y todos estábamos contentos. A mí me encantaba tener allí a mi padre, que había prometido quedarse las vacaciones enteras. A veces esquiábamos juntos, solo nosotros dos. Él estaba encantador. Bebía menos de lo habitual. Me preguntó qué tal el colegio, y recuerdo que pensé que me habría gustado poder contárselo todo sobre mi vida secreta. Nos sentábamos en el telesilla, envueltos en nuestras parkas, disfrutando del sol, y hablábamos y hablábamos. Él me hacía reír. Me contaba historias sobre China, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Había estado fuera tan a menudo que ya se me había olvidado lo mucho que lo adoraba. Seguía teniendo ganas de contarle la verdad. No sé bien por qué, pero no creo que se hubiera enfadado. No me habría montado una escena, ni se habría presentado en el colegio ni nada parecido.

No importa. Al final, no se lo conté.

Era tarde.

Ese día me quedé en casa y, mientras todos los demás esquiaban, fui a la pequeña farmacia que había en la plaza, junto a la iglesia, y me compré un test de embarazo.

Regresé al chalé, me senté en el baño y, cuando vi que salía positivo, me quedé paralizada. Al cabo de un rato le mandé un mensaje. No puedo imaginarme qué efecto le causó. Lo único que escribí fue: «Estoy embarazada». Nada más. O sea, después de todos los mensajes que había estado enviándole («Te echo de menos, te echo de menos»), y de repente esto. Pero, en fin, fue lo único que me salió. Quizá quería castigarle, no sé. No le dije nada a nadie. Me lo guardé dentro hasta que una noche creí que me moría. Me levanté de la cama y me deslicé fuera de la casa. Era tarde. Hacía frío. Las calles estaban cubiertas de nieve reciente y había ese silencio total que se apodera de los pueblos de montaña por las noches. Caminé y caminé y al final lo llamé. Sonaba muy lejos. Pero

estuvo cariñoso.

No habría podido pedir más. Dijo que estaría a mi lado. Que lo superaríamos juntos. Que haríamos lo que yo quisiera. Y que debía pensármelo. Pensármelo bien. Yo le dije que no quería pensarlo. Le dije que quería que él me dijera qué tenía que hacer. Él me respondió que eso no podía hacerlo. Dijo que no era decisión suya, que se trataba de mi cuerpo y todo eso. Yo estaba en medio de la nieve, llorando, sintiéndome tal como me había sentido aquella noche en el puente, cuando le había dicho a Ariel que era una zorra. «Trata de dormir, Marie. Estoy a tu lado. Estoy ahí contigo», dijo con el tono de voz más triste que había oído en mi vida.

La noche siguiente volví a llamarle y le dije que no sabía qué hacer, y entonces él me contestó que no creía que tener un hijo fuese una buena idea. Algo así. No paraba de decir: «Pero no quiero forzarte a que hagas nada que no quieras, Marie». Me lo dijo una y otra vez: «Yo estaré a tu lado pase lo que pase». En fin, estuvo perfecto. Todo lo que me dijo fue perfecto. Pero era también como si estuviera leyendo un guion. Yo en parte deseaba sencillamente que me dijera: «Ve y que te hagan un puto aborto, maldita sea». Un modo de demostrar que le importaba, ¿entiendes? Que le importaba algo, cualquier cosa. Pero lo único que decía era: «Estoy contigo, Marie. Estaré a tu lado todo el tiempo. Pase lo que pase». Eso es lo que realmente quieres que alguien te diga en esa situación. Pero, aun así, yo no podía quitarme de encima la sensación, aquella misma sensación que había tenido desde el principio, de que él solo era un fantasma, un ser ausente repitiendo frases hechas.

Durante el resto del tiempo que pasamos en Megève, intenté comportarme como si nada. Y lo conseguía durante el día. Esquiaba sin parar y me mantenía siempre que podía al lado de mi padre. A veces, en el telesilla, cuando estábamos los dos solos, apoyaba la cabeza en su hombro y, mientras él estudiaba el mapa, lloraba bajo las gafas de esquí.

Luego, por la noche, en la cama, trataba de imaginar dentro de mí a un bebé, me preguntaba cómo sería, si se parecería a él, ¿sabes? Poco a poco empecé a quererlo. Poco a poco adquirió una personalidad. Tenía su propia cara. Suponía que era niño y me lo imaginaba con los ojos de él. Pese al pánico y al terror de aquellos últimos días, lograba encontrar una especie de núcleo cálido en la fantasía de que daría a luz y de que los tres viviríamos juntos en su piso de París. Era lo que me mantenía con vida.

Él insistió en que fuese al médico, como si pudiera caber alguna

duda. Estaba embarazada, yo lo sabía. No había que darle más vueltas. Fui de todos modos, una vez en París, para complacerlo. El mismo día de nuestro regreso les dije a mis padres que iba a ver a Ariel y me fui directamente a la clínica. Esperé allí, yo sola, durante horas. Estaba como en trance. Mirando fijamente la pared, muerta de miedo. Él había querido acompañarme, pero yo le había dicho que no. Creo que me daba miedo que se enfadara, que me odiase por estar embarazada.

Al terminar, ya casi había oscurecido y tuve que volverme a casa. Me hicieron las pruebas y me entregaron los resultados, y yo los llevé al colegio, el primer sitio donde lo vi después de vacaciones. Fue terrible. Caminamos alrededor del campo, rodeados de chicos que nos miraban cuchicheando, y yo allí, pasándole aquellos papeles, como si estuviéramos haciendo una transacción ilegal. No podía tocarlo. Ni siquiera podía mirarlo, en realidad. Fue algo cruel, brutal. Caminar por allí juntos, con ese bebé dentro —su bebé—, y no poder tocarlo siquiera. Dios mío, tendrías que haberle visto la cara.

Por la tarde, fui directamente en tren a su casa, nos metimos en la cama y lloré y lloré sin parar. Luego me incorporé y lo miré. Nunca en mi vida me había sentido tan esperanzada. Duró solo un momento. Sentí una felicidad increíble durante aquellos segundos, como una explosión de esperanza, de alegría. Como si todo fuera a irnos bien. A los dos. Juntos. Él y yo.

WILL

Volví al colegio tras las vacaciones y me encontré con Marie a la hora del almuerzo.

Me entregó un sobre.

—Por si no me crees —dijo.

Caminamos lentamente, dando vueltas alrededor del prado.

—Por supuesto que te creo, Marie. Sea lo que sea lo que decidas, lo que quieras hacer, yo estaré contigo. Pase lo que pase —le dije, mirando aquella hoja.

—Quiero que me hagan un aborto —contestó en voz baja—. Lamento todo esto. Pero lo superaremos, ¿sabes? Nos irá de maravilla. A los dos. En el futuro.

Se detuvo y se volvió hacia mí con una sonrisa forzada.

—A los dos. No soy idiota. No, óyeme. Pase lo que pase, Will. Todo esto. O sea. No será nada. Te irá de maravilla pese a todo. Verás. Créeme. Soy joven, pero ya sé algunas cosas.

Levantó la mano como para acariciarme, se frenó y empezó a andar otra vez.

—Dios mío, pareces muy triste —murmuró.

Caminamos en silencio un rato.

—Piénsalo, Marie —dije—. Por ti misma. Será lo que tú quieras. Yo te apoyaré en lo que decidas. Cuando estés segura, dímelo.

—Eh —dijo—. No tienes por qué ser mejor de lo que eres, ¿vale? Y ya estoy segura.

Uno de aquellos días, el perrito blanco de Lily, al que le faltaba una pierna, cruzó cojeando un campo cubierto de nieve. Sonó la campana y salieron todos con sus ejemplares nuevos de *Mientras agonizo*.

Era muy temprano. Había olvidado dejar encendida la estufa y, todavía bajo las mantas, veía cómo se condensaba mi aliento en el aire de la mañana. Me obligué a levantarme, me duché y me vestí. Empezaba a clarear y la luna parecía como un colmillo en el cielo lívido.

Me pegué un momento a la estufa, pero no paraba de tiritar.

Cerré con llave y me acabé de poner el abrigo en la escalera.

Me subí el cuello, aunque no servía de gran cosa. Apreté el paso. Una brigada de limpieza avanzaba por la Rue de Seine, limpiando a manguerazos los desperdicios y procurando evitar a dos borrachos del barrio que yacían juntos sobre la acera. El que manejaba la manguera cortó el agua y le hizo una seña al del camión para que parase. Se arrodilló y sacudió por el hombro a uno de los borrachos, el que no llevaba zapatos.

—*Il est vivant ou quoi?* —dijo el conductor, asomando la cabeza y soltando una risotada.

La calefacción en el tren no funcionaba y me arrebujé en el abrigo. Agradecía aquel frío. Me obligaba a concentrarme en algo. Me mantenía despierto. Miré por la ventana mientras pasábamos una estación tras otra; las caras inexpresivas, cada cual esperando a su tren. Dentro del vagón, nadie hablaba. Solo se oía el monótono traqueteo.

Era muy pronto y encontré un café junto a la estación. De pie en la barra, me tomé un café. No podía ni pensar en comer algo. El tipo que estaba a mi lado fumaba con mano temblorosa. Tenía una cerveza delante. Por un momento se me pasó por la cabeza pedir una. Hacía mucho tiempo que no me tomaba una copa tan temprano. Sabía que Marie se llevaría una decepción si me notaba aliento a alcohol. Pedí otro café y esperé.

Cuando llegó la hora, pagué al camarero, subí por la calle y la vi esperándome junto a la parada de taxis. Al verme, ella se apartó de la pared. Nos miramos, separados aún por la calle, aguardando a que cambiara el semáforo, mientras los coches pasaban entre nosotros a toda velocidad. Crucé y la estreché entre mis brazos, con los labios en su cabello. Era la primera vez que nos tocábamos en un lugar público.

Subimos a un taxi y ella le dio la dirección al conductor. Permanecimos cogidos de la mano todo el rato. Marie mirando por su ventanilla y yo por la mía.

Al llegar al hospital, pagué al taxista. Las farolas parpadearon y se apagaron mientras se alejaba el taxi.

Caminamos sin decir nada por los largos pasillos. El ruido de nuestras pisadas reverberaba en sus paredes de piedra y sus techos abovedados. En la sala de espera, de suelos relucientes, había sillas de color verde y mesas de formica, y una cabina acrista-lada a un lado, para las enfermeras.

Nos atendieron al cabo de una hora y nos hicieron pasar a una habitación donde había otra pareja. La mujer estaba tendida de

lado, dándonos la espalda, en una butaca reclinable y se agarraba el vientre con los brazos. El hombre, sentado a su lado, me saludó con un gesto. La enfermera le dio una palmadita en el brazo a la mujer. Marie y yo nos sentamos ante una mesa que había en el centro de la habitación.

—Bueno. —Me apretó la mano—. Todo saldrá bien, ya verás.

La enfermera trajo un vasito con unas pastillas dentro. Marie se las tomó con un poco de agua y fue al baño a cambiarse.

Al volver llevaba una sudadera con capucha de la ISF y unos holgados pantalones de chándal. «Para que no se me vea el pañal», dijo, poniendo los ojos en blanco.

Permanecimos sentados leyendo revistas, mientras esperábamos. Cuando oímos unos sollozos, nos miramos a los ojos. Fijamente, sin apartarlos. Ella se inclinó sobre la mesa.

—Conmigo, no va a ser así —susurró.

—Y si lo es, no pasa nada —dije.

—Pero no lo será —prometió, apretándome la mano y sin dejar de mirarme. Se la veía muy segura de sí misma. Dejó la revista, sacó su ejemplar de *Las olas* y empezó a leer, subrayando frases, a medida que avanzaba, para la clase de Mia.

Le trajeron algo de comida, pero ella se negó a comer nada. Yo mordisqueé las galletitas.

Observé cómo trataba de leer y me imaginé una vida distinta en la que al final teníamos un hijo, en lugar de deshacernos de él; una vida en la que yo volvía a casa lleno de alegría, y no con la sensación de haberme quitado un peso de encima.

De vez en cuando, Marie alzaba los ojos y me sonreía. Me la imaginé sentada a la mesa de la cocina, con nuestro bebé dormido en el cuarto de al lado.

Cuando empezaron los dolores, apretó la mandíbula. Le acaricié la mano. Ella me miró. Una vez más sentí lo que era ser amado de aquel modo y no retornar ese amor. Enseguida apartó la mano, se levantó y caminó torpemente hacia el baño.

La miré mientras cerraba la puerta. Oí como ponía el cerrojo.

Me quedé sentado en mi sitio, bajo la luz de los fluorescentes, escuchando su zumbido de fondo. Luego oí la cisterna del lavabo, el ronco gemido del líquido al ser absorbido hacia los intestinos del edificio.

Cuando salió, iba vestida con su ropa de calle y llevaba el bolso colgado del hombro. Sin falsedad ni artificio de ninguna clase. Las mentiras que hubiera podido decirme no contaban. Mientras la miraba acercarse, sentí el deseo de protegerla. Pese a los dolores

que debía haber sufrido, me miró con firmeza, casi sin pestañear, reprimiendo toda debilidad.

—Ya está —dijo—. Llama a la enfermera.

Le tomaron la temperatura. La auscultaron.

Volvimos a recorrer los largos pasillos de piedra, tratando de encontrar la salida.

Antes de emerger a la luz del día, nos sentamos en un banco bajo. La besé en la frente.

—Estoy contenta —dijo, mirándome con sus ojos centelleantes.

Tomamos un taxi cada uno, de vuelta al colegio. Ella regresó a su clase y yo a mi trabajo.

MARIE

Tenía un aspecto terrible: pálido, exhausto, con unos enormes cercos oscuros bajo los ojos. Dios mío, estaba muy flaco. Cruzó la calle y me besó y abrazó con fuerza. Era la primera vez que nos tocábamos al aire libre. Estábamos frente a la estación, junto a una larga hilera de taxis que aguardaban con las luces encendidas.

Tomamos uno, nos instalamos en el asiento trasero y arrancamos. Él no decía nada, así que yo le dije al taxista adónde íbamos. Pensé que nunca lo había oído hablar en francés. Y entonces sentí como si tal vez yo tuviera que cuidar de él. Traté de imaginarme cómo sería presentárselo a mis padres.

Cuando paramos delante del hospital, había una parte de mí que se alegraba de estar allí. Quizá sea repugnante. La idea de que me haya sentido contenta, de que algo de esa mañana me haya producido placer. Pero mentiría si dijera otra cosa. Aparte del miedo y de las náuseas, estaba allí con él. Solo nosotros dos. Nos sentamos en aquella espantosa sala de espera cogidos de la mano. Había otras parejas, pasaba gente, pero él me rodeó con el brazo todo el tiempo. Quiero decir, como si no le importase quién lo supiera. Creo que habría sido capaz de esperar así eternamente, abrazándome.

En fin, me había tomado la primera pastilla la noche antes. Y ya había empezado a surtir efecto.

Finalmente, nos llamaron. Dentro había otra pareja. Ella estaba deshecha. Lloraba y lloraba, pero yo me aislé de todo. No quería tenerla allí, sus sollozos me sacaban de quicio. Me senté ante la mesa y fingí leer el libro que llevaba encima. Pero lo que de verdad estaba haciendo era hipnotizarme a mí misma. Miré fijamente un punto y me concentré en él hasta que desaparecí dentro de mí, hasta que todo se ralentizó en mi interior.

Me sentía humillada por tener que llevar aquellas compresas horribles bajo los pantalones del chándal; por tener que estar con él en esa habitación horrible en compañía de aquella chica llorosa. Así que me esfumé a fuerza de voluntad. Miré fijamente a la pared y desaparecí.

Si no otra cosa, los dos teníamos eso en común, me parece: nuestra capacidad para desaparecer.

Él no paraba de acariciarme la mano, de preguntarme si me encontraba bien. Pero incluso él estaba empezando a desquiciarme. Yo quería estar completamente sola o perder el conocimiento, que la cosa sucediera de una vez y despertarme en su cama. Pero, por otro lado, estaba convencida de que tan pronto como aquello terminara, me dejaría.

Seguía viendo la cara del bebé. Quiero decir, la cara que yo me había imaginado. Con claridad. En su piso había una foto de él, de cuando era bebé, en los brazos de su madre. Ella, una mujer guapísima, estaba sentada en un banco y lo sujetaba en brazos, y él tenía unos ojos enormes y llevaba un sombrerito blanco de algodón. Así era cómo imaginaba que sería nuestro bebé. Que habría sido. Y por mucho que me concentrara, por más que me esforzara en desaparecer, era esa cara lo que seguía devolviéndome a la realidad. Sabía que ya estaba muerto o mu-riéndose. Vamos, sabía que no era un bebé, que todavía no estaba formado. Pero, aun así, seguía imaginando que forcejeaba en mi interior. Seguía viendo que extendía los brazos hacía mí.

Y todo el tiempo, mientras yo estoy allí pensando en sus manitas diminutas y en esa preciosa cara redondeada, él no para de cogerme de la mano y de decirme: «¿Necesitas algo, Marie?», «¿Estás bien, Marie?», «¿Te duele?». Y yo pienso: «Sí, duele». Deseo decir: «Sí, duele, sí». Deseo decir: «Sigo viendo al bebé y es exactamente igual que tú, como tú en esa fotografía que tienes en tu piso, con tu madre tan guapa, y realmente yo no quiero matarlo. Quiero tenerlo. Tenerlo y vivir contigo, los tres juntos durante el resto de nuestras vidas».

Pero no digo nada, me quedó allí sentada fingiendo que estoy perfectamente, fingiendo que leo.

No sé cuánto tiempo pasó. Horas, diría. Y entonces empecé a sentirme mareada y febril. Creí que iba a vomitar. Me puse de pie y, al hacerlo, me recorrió una oleada de pánico y casi me fallaron las rodillas. Él me observó, todavía cogiéndome de la mano desde su silla, alzando el rostro, y yo me quedé allí de pie, mirándolo. Todo me daba vueltas. Pensé que si daba un paso me caería al suelo. Seguí de pie, mirándolo y cogiéndolo de la mano, hasta que me vino otro retortijón. Supongo que esta vez me estremecí, porque él parecía aterrorizado. Cuando pude moverme, caminé hasta el baño. Quizás él me acompañó, no lo recuerdo. Estaba muy mareada. Había un montón de sangre. Me senté en el inodoro y me doblé sobre mí misma mientras los retortijones me recorrían en oleadas, uno tras otro, como bruscas puñaladas. Una y otra vez. Y al final se

me pasaron y lo que había estado dentro de mí ya estaba fuera. Bajé la vista al agua del fondo.

Luego pulsé la cisterna y desapareció.

Todavía me cuesta creerlo, pero después nos fuimos los dos al colegio. Tomamos un taxi cada uno. Yo me pasé el día como si no hubiera ocurrido nada. Él dio sus clases. Me lo crucé dos veces en el pasillo.

Aquella tarde nos vimos en su piso. Él me desnudó, nos metimos en la cama y nos abrazamos. Yo con la palma de la mano sobre su pecho para sentir cómo le latía el corazón. Lloré y lloré. Él me acariciaba el pelo y, durante mucho rato, no dijo nada. En ningún momento ni me soltó ni se apartó. Me estrechaba contra su cuerpo cálido; al final logré inspirar hondo y, poco a poco, dejé de llorar. Me quedé dormida. Estaba agotada. No sé si él durmió, pero cuando desperté seguíamos en la misma posición. Mi mano allí, sobre su pecho.

Le conté lo del bebé. Quiero decir, lo del bebé imaginario. Le expliqué que era igual que él. Que había pensado que tenía el mismo aspecto que él en aquella fotografía con su madre. Le dije que le quería. Le dije: «Lo siento, Will». Él dijo: «No tienes ningún motivo para disculparte». Nos quedamos callados. Después le conté que pensaba que echaría de menos al bebé. «Seguramente es una tontería —le dije—, pero me parece que lo echaré de menos.» «No es ninguna tontería», me dijo él.

Todo esto sucedió muy poco a poco. La conversación, quiero decir. Uno de nosotros hablaba y luego se hacía un largo silencio, como si nos quedáramos dormidos unos minutos y luego despertáramos y dijéramos algo más. Hubo algo muy extraño en toda esa tarde, como si estuviéramos borrachos o no hubiéramos dormido durante días. Estuvimos horas tendidos, mirando las vigas, sin mirarnos nosotros en ningún momento.

Y entonces él dijo: «Algún día serás una madre maravillosa, Marie». «Quizá —dije—. Pero ¿y tú, Will? ¿No quieres ser padre?» Permaneció callado mucho rato. Me quedé inmóvil, escuchando cómo respiraba lentamente, y entonces empezó a llorar. Lo noté, me incorporé de golpe y lo miré. Estaba con los ojos cerrados, llorando.

«Eh», dije, con toda delicadeza. Le acaricié la cara. «Eh.»

Pero él no abría los ojos. Parecía un crío, un niño. «Will», dije, y

seguí repitiendo su nombre.

Al cabo de unos minutos, abrió los ojos y entonces comprendí que no lo conocía en absoluto. No sabía qué más decir, así que le dije: «Will, ¿estás llorando?» Él murmuró que sentía que yo hubiera tenido que pasar aquel trago. Y yo le contesté que no se preocupara por mí. Que ya estaba harta de hablar de mí. Se rio tal como se ríe uno cuando está llorando.

Dijo que sí. Había pensado en ser padre. Me dijo que había estado cinco años casado. Que habían pensado en tener hijos.

Lo miré e intenté imaginármelo casado, viviendo con una mujer, llevando a su hijo en brazos. Y aunque creía que me costaría, descubrí que era fácil imaginarlo. Le pregunté qué había sucedido, y él me dijo que había dejado a su esposa y se había trasladado a París. O quizá que se había trasladado a París y luego había dejado a su esposa. No me acuerdo. «¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué dejaste a tu esposa? ¿No eras feliz?»

Él seguía tumbado y alargó la mano y me acarició la cara. Y dijo: «No lo sé, Marie». Y yo dije: «Claro que lo sabes, Will. Claro que lo sabes. ¿Cómo ibas a dejar tu vida así como así?»

Me miró largo rato sin decir nada, como si estuviera a punto de contarme la historia. Yo no apartaba los ojos de él. Tenía la boca entreabierta, pero no llegó a hablar y, al final, desapareció, se desvaneció tan rápidamente como había cobrado vida.

GILAD

El primer día después de vacaciones, al terminar las clases, vi a Colin sentado en el pequeño café que había junto a la boca del *métro*. Estaba escribiendo y tenía sobre la mesa varios libros y un paquete de cigarrillos. Me detuve en lo alto de las escaleras y lo observé a través de la ventana. Escribía despacio, sin levantar los ojos de la página. Yo vacilaba en la escalera entre bajar a la estación o entrar en el café. No habíamos hablado mucho desde aquel sábado en la manifestación.

Mientras lo observaba esa tarde, entre la gente que se abría paso a empujones, me sentí otra vez como si estuviéramos al borde de un precipicio. Como si mi vida se hubiera ralentizado y acelerado al mismo tiempo. Pensé en dejarlo solo con sus cigarrillos. Pero no podía parar de mirar cómo trabajaba, tamborileando sobre la mesa con los dedos mientras escribía.

Era como un crío escribiendo una redacción. Era mi amigo. La única persona que no me había defraudado. Me acerqué al café y golpeé el cristal con los nudillos. Él levantó la vista, alzó la barbilla y me hizo señas de que entrase.

Cuando llegué a su rincón junto a la ventana, él ya había despejado la mesa para hacerme sitio. Nos dimos la mano, esta vez un apretón tradicional, firme, vigoroso. El camarero se acercó y pedí un café, pero Colin le dijo que no y le encargó dos cervezas. Me encogí de hombros y el camarero se alejó.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando su cuaderno.

—Literatura.

—¿Ya?

—Tengo cosas que decir, amigo. Y quiero asegurarme de que él llega a leerlas, joder.

—¿Qué quieres decir?

El camarero nos puso las cervezas delante. Cuando se fue, Colin me miró fijamente.

—No va a durar mucho aquí, Gilad.

—¿Por qué?

—Está visto que no hablas con nadie.

—¿Cómo?

Tomó su cerveza. Iba a dar un sorbo, se detuvo y alzó el vaso.

—Salud —dijo.

—Salud.

Chocamos los vasos. El sol bajo se colaba por la ventana e iluminaba nuestra mesa.

—Gilad, tío, a ver. ¿Tú sabes quién es Marie de Cléry?

—Sí, la conozco. ¿Qué pasa?

—Estuvimos saliendo mucho tiempo. La planté el año pasado.

—Vale. ¿Y?

—Está como una cabra y habla demasiado, tío. Habla con todo el mundo. Se lo está follando. Se está follando a Silver, ¿vale?

—Chorradas, Colin —dije, riéndome.

—¿Cómo sabes que son chorradas? ¿No lo habías oído? Ella no ha parado de contarlo.

—¿Tú lo crees? ¿Hablas en serio?

—Al principio, no. Al principio pensé que eran chorradas, pero ahora, amigo, estoy completamente seguro.

—No puede ser.

—Yo tampoco lo creía. O sea, joder, ya has visto cómo lo persiguen las chicas por todas partes. El tipo podría tener a la que quisiera… ¿por qué escogerla a ella? Imposible, ¿no? Así que he seguido diciendo que nones, pensando que no era posible. Pero ahora me he enterado de que algunos padres están hablando del asunto. La cosa se ha destapado, colega.

Di un sorbo de cerveza y me volví hacia la calle. Nos quedamos callados, mirando como se apelotonaba la multitud en la boca del *métro*. De vez en cuando pasaban chavales del colegio por delante del café y bajaban las escaleras con las mochilas al hombro.

—A ver, tío, ¿por qué crees, si no, que Ariel lo odia tanto?

Meneé la cabeza.

—Ella fue la primera en saberlo. La primera a la que Marie se lo contó, colega. Dice que siente «indignación moral». Esa tía no suelta más que idioteces. El año pasado no paraba de hablar de las ganas que tenía de tirárselo. Está celosa, sencillamente, porque no la ha elegido a ella. Tuvimos una pelotera de cojones hace unos meses. Me dijo que iba contárselo a los padres de Marie. Yo le contesté que se moría de celos y ella perdió la chaveta. Entonces ni siquiera me lo creía. Pero ahora, tío, estoy seguro. Es cierto. O lo fue en su momento. Incluso he oído decir que ella se quedó embarazada.

Contemplé la calle. El sol se había ocultado tras los árboles y ya se habían encendido las farolas.

—¿Tú crees que lo despedirán?

—Eso dicen. Vamos, seguro que sí.

Nos quedamos callados, bebiendo nuestras cervezas, pensativos.

—No importa —dijo Colin.

Lo miré.

—¿Por qué no?

—No sé. He estado pensando en todo ello. No solo en la historia de Marie, sino también en lo que hizo durante la manifestación. Su manera de acobardarse. De dejar que aquel gilipollas le escupiera. No sé. Yo estaba furioso. Furioso de verdad, joder. Mira que escabullirse así. Yo esperaba, no sé. Algo más… No sé, más…

—Heroico —dije.

—Heroico —asintió—. Pero al final… Al final aprendí algo de él. Al menos, no sé. No será como yo creía. O como yo quería. Quizás es una decepción. Para ti también, lo sé. Así que no es un puto héroe. ¿Y quién lo es? ¿Qué esperábamos? ¿Entiendes?

Colin se terminó la cerveza. Nos quedamos los dos mirando a una mujer que se acercaba lentamente a las escaleras del *métro* ayudándose con un bastón. Se detuvo para recuperar el aliento y empezó a bajar los peldaños con dificultad.

—Hablas como mi madre —dije.

Colin se echó a reír.

—¿Ah, sí?

—La otra noche me dijo: «¿Qué esperas de la gente?» Como si lo único que debiéramos esperar de cualquiera es una decepción.

—No, tío. Esa es solo una de las cosas que debiéramos esperar. Pero al final, más te vale no esperar nada. Lo jodido es que yo aún quiero escribir para él. Todavía quiero saber qué opina de lo que escribo, de lo que digo. De mí, supongo.

—Mientras aún siga aquí —dije.

—Mientras aún siga aquí.

Nos quedamos un rato en silencio. Colin contemplaba la calle y volteaba su mechero sobre la mesa con bruscos golpes de muñeca. Yo miraba cómo giraba y giraba, convertido en un borrón azul.

Y entonces vimos que Silver venía por la calle desde el colegio. Caminaba despacio, solo. Llevaba abrochados todos los botones del abrigo y el cuello levantado, la bufanda gris alrededor del cuello, la cartera de cuero al hombro. Se detuvo ante la escalera del *métro*. Pensé por un momento que quizás entraría en el café. Pero se dio la vuelta y miró hacia atrás, hacia el colegio, y después contempló las luces navideñas, todavía colgadas sobre el cruce, y finalmente el cielo oscuro.

Después se volvió y desapareció en el *métro*.

Pronto me encontré en el Boulevard Saint Germain, caminando hacia casa. Los cafés estaban abarrotados. Él aire gélido de la noche olía a castañas y azúcar quemado. Parecía como si hiciera mucho que no me fijaba en esos detalles. Todo el bulevar estaba iluminado con una hilera de luces azules.

Desde el rellano, oí voces en el piso. Metí la llave en la cerradura y abrí. Mi madre estaba sentada de cara al fuego de la chimenea, con los brazos extendidos hacia atrás y una copa de champán en la mano izquierda. Llevaba vaqueros y un grueso suéter blanco de cuello alto, y tenía las piernas dobladas bajo el cuerpo. Se estaba riendo cuando entré en el salón, con la boca entreabierta y los ojos fijos en mi padre, que llevaba un traje negro y una camisa de color rosa pálido. Sin corbata. Sujetaba una botella de champán con una mano y una copa en la otra. Sonreía.

—Entra, Gilad. Hace frío ahí fuera —dijo.

Cerré la puerta. El calor del salón, las luces bajas, la presencia de mis padres, el fuego encendido…, todo resultaba muy familiar. Me dieron ganas de desplomarme junto a mi madre, de sacarme los zapatos, acurrucarme a su lado y ceder.

—¿Quieres sentarte, cielo? —me dijo, dando una palmada en el sofá.

Me quedé de pie, fingiendo que no apreciaba el calor, el fuego, la música.

—¿Quieres una copa de champán, chaval? —preguntó él, levantando la botella.

Lo observé. Sus cejas alzadas, la sonrisa burlona en su cara cuadrada, sus ojos sin brillo.

—Tómate una copa —dijo—. Dame la bienvenida a casa.

—Gilad —intervino mi madre—. Quítate el abrigo, siéntate conmigo.

Me volví hacia ella, me saqué el abrigo y lo tiré al suelo junto con mi mochila. Me senté a su lado. Ella me rodeó con un brazo y me dio un apretón en el hombro. Miré fijamente el fuego, procurando no parpadear.

—No —dije—. Nada de champán.

—Venga, cariño —contestó ella—. Te sentará bien.

—Una oferta de paz —dijo él, volviendo a levantar la botella.

Aparté la vista del fuego y lo miré.

—¿Una oferta de paz?

Él se acercó a la chimenea y depositó la botella en la repisa.

—Sé que estás enfadado conmigo, Gilad. Nos tomamos una copa de champán y lo dejamos correr, ¿de acuerdo?

—¿El qué? —pregunté, levantando la vista.

Dio un suspiro y meneó la cabeza. La sonrisita había desaparecido junto con su momentánea jovialidad.

—Todo este jodido asunto, Gilad. Lo dejaremos correr y ya está. ¿Por qué has de ser siempre tan amargo? Estábamos pasando una velada deliciosa antes de que te presentaras con tu aire enfurruñado.

—¿Qué es lo que te gustaría olvidar, exactamente? —Yo estaba sudando y mi madre debió notármelo a través de la camisa. El corazón me latía con fuerza.

—Gilad —me susurró.

Sin moverse de su sitio junto a la chimenea, él alargó un brazo hacia la lámpara de pie que quedaba a mi izquierda y la encendió. El salón se llenó de una luz intensa.

—Lo que quiero olvidar, Gilad, es lo quejica que eres.

Me miró desde lo alto. Le sostuve la mirada.

—Michael —dijo mi madre.

—¿Qué? —preguntó, echándole un vistazo con irritación.

—Apaga la luz, por favor.

—Quiero mirar a nuestro hijo —dijo él—. Vamos, Gilad, ¿un beso y en paz? ¿Le das una alegría a tu madre?

Tenía los dedos en el interruptor. Allí, bajo aquella luz blanca, observé su mano. A pesar de sus uñas tan cuidadas, la piel en torno a los nudillos se le había empezado a arrugar y a cuartear en centenares de surcos diminutos.

Sonreí.

—Bueno —dijo—. Al fin.

Me eché a reír.

—¿Dónde está la gracia?

Me levanté.

Estábamos muy cerca. Él, encajonado entre el sofá y el fuego mortecino, con la espalda casi rozando la repisa. Lo miré a la cara. Era un viejo. Sus ojos se veían cansados. La piel de la mandíbula se le empezaba a aflojar. Tenía profundas arrugas en la frente. ¿Cuándo había sido la última vez que lo había tenido tan cerca? ¿Cuándo se le había vuelto el pelo tan gris?

—Se te ve viejo —murmuré.

—¿Cómo?

—Te has hecho viejo.

Lo miré directamente. Él sacudió la cabeza, como si yo estuviera loco.

—No es tan complicado. Se te ve viejo. Eres un viejo.

Se irguió.

—Cuidado con lo que dices.

—No me había dado cuenta hasta ahora, pero con la luz es increíble. Ya eres un viejo —dije con voz firme.

Así, sin más. Se había acabado. Veía a mi padre allí de pie, muriéndose. Como si estuviera contemplando el fin de una vida. Lo imaginé envejeciendo hasta morir ante mis propios ojos. Cómo se le arrugaba la piel, cómo se le encorvaba la columna y se le caían de la boca los dientes podridos.

—Una palabra más, pequeño gilipollas —masculló.

—¿Y qué? ¿Vas a golpear otra vez a tu esposa?

Dio un paso, pero yo le puse las manos en el pecho, lo empujé con fuerza contra la repisa y lo mantuve así. Ninguno de los dos se movió. Noté cómo le latía el corazón a través de su camisa impecablemente planchada, a través de su piel cálida. Nos miramos a los ojos hasta que lo solté.

Metí la mano bajo la pantalla, apagué la lámpara y, dándole un toque en el hombro, me fui a mi habitación.

Esa noche, en la cama, aún sentía el tacto cálido de su pecho en mis manos.

MARIE

Durante semanas cuidó de mí. Pasaba con él todo el tiempo posible. Me cocinaba. Me metía en la bañera y me frotaba la espalda. Me traía flores. No se ha visto a un hombre más atento. Pero apenas hablaba, y la sensación de que se estaba desvaneciendo, de que tal vez ni siquiera existía del todo, era más intensa que nunca.

Y luego desapareció.

Fue Ariel quien me lo dijo.

Yo estaba en una mesa de la biblioteca al final de las clases.

Se presentó y me dijo: «Lo siento, Marie». La miré sin saber a qué se refería. Ariel se acuclilló a mi lado, me puso la mano en la rodilla y dijo, con un aire de falsa compasión: «El señor Silver. Lo han despedido». Me la quedé mirando. Sin decir nada. Ella puso una mano sobre la mía. «¿Estás bien, Marie? Yo no se lo conté a nadie —dijo—. Te lo juro por Dios, Marie.»

Me levanté y me fui.

El señor Spencer me detuvo en el pasillo.

Me dijo que teníamos que hablar. Me llevó a su despacho y me preguntó si era cierto. Le dije que no sabía de qué me estaba hablando. «No tienes por qué mentir —respondió—. No tienes que protegerle.» Y entonces entró la directora del colegio. Nunca había hablado con ella. No recuerdo su nombre. Se sentó a mi lado, me rodeó los hombros con el brazo y me dijo: «Tú eres la víctima aquí, Marie, y vamos a hacer todo lo posible para cuidar de ti. No vas a tener que volver a preocuparte por él —dijo—. No volverá a tocarte. No volverá aquí nunca más. Nunca».

Aparté mi silla para que no pudiera tocarme. El señor Spencer dijo que tenían que hablar con mis padres. Cogió el teléfono, llamó a mi madre y le dijo que viniera al colegio. Hubo una pausa y añadió: «Es sobre su hija».

Y luego: «Bueno, yo preferiría mantener una conversación en persona». Aguardó unos instantes. «Bueno, en fin, solo hay una manera de decir esto, *madame* de Cléry. Su hija ha mantenido una relación sexual con un profesor. Uno de nuestros profesores.» Asintió y colgó.

«Supongo que no puede venir hoy al colegio», dijo, lanzándole

una mirada a la directora. Y luego me dijo a mí: «Nos gustaría que vieras a la psicóloga antes de irte a casa». Yo no entendía a quién se refería con ese «nos», si se trataba del colegio o del colegio y mi madre.

Le contesté que tenía que marcharme. Que debía volver a casa. Que tenía que redactar un trabajo. La directora dijo que no me quería dejar sola, como si fuera a matarme o algo parecido. Me levanté para irme, pero al volverme vi a la señorita Carver en el umbral. Ella me dirigió una de esas miradas su-perfalsas, me abrazó y me dijo: «Ay, lo siento, cariño, lo siento mucho».

«¿Por qué?», le pregunté. «Por lo que él te ha hecho», me dijo. «¿A qué se refiere?», respondí. «Cariño, ya no tienes que seguir fingiendo. No tienes por qué protegerlo. Todo ha terminado ya. Todo ha terminado. Estás a salvo», contestó.

Intenté marcharme, pero ellos no me lo permitieron. La directora dijo que legalmente no podían dejarme sola. Que después de algo así debían asegurarse de que venía a recogerme algún ser querido.

Un ser querido.

«¿Él dónde está? —pregunté—. ¿Dónde está Will?»

La directora me dijo que había abandonado el campus aquella misma tarde. Que había sido despedido. Me entraron ganas de llorar. Pero en vez de llorar me concentré en el odio que me inspiraban los tres.

Saqué mi teléfono del bolso y escuché los mensajes. No trataron de impedírmelo. Me había llamado. Estaba muy tranquilo y hablaba en voz tan baja que costaba oírlo. Ellos me observaban aguzando el oído, esperando que dijera algo. Escuché dos veces el mensaje y lo borré. «Adiós, Marie —decía—. Seguro que ya lo sabrás. No creo que nos veamos en una temporada.»

El señor Spencer me llevó a casa. No paraba de decir que todo iría bien. Que al final todo saldría bien. Cuando llegamos, se empeñó en acompañarme a la puerta. Quería hablar con mi madre, pero ella no estaba en casa. No le dije que pasara y finalmente se marchó.

Mi madre no me habló nunca del asunto tampoco. No me dijo una palabra. No creo que se lo contara a mi padre. Si lo hubiera hecho, él al menos habría llamado. Quizá no me habría dicho nada directamente, pero al menos habría llamado.

Luego sucedió todo lo que puedes imaginarte. En el colegio, digo. El caos previsible. Todos me miraban. Ariel intentó hablar conmigo. No le hice ni caso. Procuraba no prestarle atención a

nadie. Me sentía como atontada. Como si tuviese un torbellino de ruido y excitación alrededor y no pudiera moverme. Como si estuviera drogada. Lo llamé una y otra vez. Le escribí. Pero no respondía. Fui a su piso y llamé a la puerta inútilmente. Me senté en el café de enfrente y esperé durante horas. No entraba ni salía. Volví un montón de veces. Pero no había ninguna señal de vida.

Al final, supongo que su manera de marcharse fue tan buena como cualquier otra. Prefiero creer que lo hizo por mí, que pensó que era la mejor manera. No sé.

Me obligaron a ver a la señorita Carver una vez por semana hasta final de curso. Menuda farsa. No la soportaba. Decía que él me había utilizado. Que él necesitaba reafirmar su poder. No paraba de repetirlo: «Él necesitaba reafirmar su poder. Se aprovechó de ti, Marie. ¿Entiendes? Se aprovechó de ti. ¿Lo entiendes? Has de entenderlo. Has de entenderlo para sanar tus heridas». Por Dios, le encantaba la palabra «sanar».

Yo le decía: «No, señorita Carver. No lo entiendo». Y ella: «Pero tienes que estar furiosa con él. Te abandonó. ¿No ves que te utilizó? Tienes que estar furiosa. Deberías estar furiosa». Yo me daba la vuelta y miraba por la ventana. Aun cuando hubiera estado furiosa, y supongo que lo estaba, no le habría dado a ella esa satisfacción, ¿entiendes? Se la veía tan engreída, tan satisfecha de sí misma mientras me observaba desde su butaca, toda maquillada: como si ella tuviera las cosas muy claras, como si yo no fuera a sobrevivir sin su ayuda.

A veces hablaba con la señorita Keller. Al principio recurrí a ella porque pensé que quizá supiera dónde localizarlo, que quizá lo encontraría con su ayuda. Pero no lo sabía. De entrada pensé que mentía. Pero se veía claramente lo triste que estaba. Empecé a pensar que era la única otra persona del mundo que podía comprender. Me daba cuenta de lo mucho que le dolía. Ella me escuchaba. Nunca trató de convencerme de que él fuera una mala persona. Aun así, estoy segura de que se sentía traicionada por él, y también furiosa y avergonzada.

La gente creía que ella lo había sabido todo el tiempo. La señorita Carver prácticamente me lo dijo. Pero él no se lo había contado a nadie. Y solo con mirar a la cara a la señorita Keller ya sabías a qué atenerte. Se la veía hecha polvo. Creo que quizás había estado enamorada de él. Una vez, estando las dos a solas en su clase, se me puso a llorar.

Yo le preguntaba una y otra vez: «¿Dónde está? Usted debe

saberlo». Pero ella se limitaba a mirarme y a menear la cabeza y, cuando me di cuenta de lo mal que estaba, dejé de preguntárselo. Fue entonces cuando empezó a llorar. Luego se secó los ojos y me dijo: «Perdona, Marie».

Ella siempre estuvo ahí cuando la necesité. Ni siquiera se me ocurrió pensarlo entonces, pero ahora me doy cuenta de que seguramente también estaba enojada conmigo.

La habíamos traicionado, y, aunque ella fuese una profesora y yo una alumna, era lo mismo. Yo le había mentido, y es como ya he dicho antes: todos íbamos al mismo sitio cada día. Quieras que no, formábamos parte de la vida de los demás. Ellos eran como nosotros, y nosotros, como ellos.

No sé qué fue de él, adónde se marchó ni dónde terminó. Me imagino que volvió a casa, con su esposa, y que reanudaron su vida y tuvieron un hijo. A veces me los imagino sentados en una playa desierta. Quizás una playa de Bretaña a finales de otoño. Ellos tres solos. Los veo allí, bajo el sol.

Todavía sueño con él.

WILL

Una mañana me encuentro una nota en mi mesa.
«Will, por favor, ven a verme al despacho de Laetitia. Paul.»

Me acerco a pie al gimnasio, donde están jugando un partido. Me llega ese golpeteo hueco de las pelotas de baloncesto sobre el suelo encerado de la pista.

Los chicos que tienen la hora libre se agolpan en las gradas de madera. Julia me saluda con la mano desde su asiento en la última fila. Yo le sonrío y ella hace todo un despliegue para dejarme sitio, apretándose contra Lydia. Me abro paso entre la multitud. Hay algunos padres diseminados aquí y allá, animando a sus hijos, que corren arriba y abajo por la pista.

—¿Qué tal, Silver? —dice Lydia, sin dejar de mirar el partido.

—Ay, Dios, señor Silver, están muy igualados. —Julia me da un codazo mientras mira cómo lanza un tiro libre un jugador de la American School de Londres.

Observo a Rick, que tiene los ojos fijos en el aro, esperando el rebote. La misma expresión que cuando escruta atentamente la pizarra. El tiro no entra. Julia grita, alborozada. Miro al otro lado de la pista, examino las gradas de enfrente.

El partido va muy igualado y, con cada tanto, el griterío general aumenta.

Quedan dos minutos para el final.

Los seguidores patean el suelo y el pequeño gimnasio tiembla. Observo a un alumno de primaria haciendo bocina con las manos y animando a los suyos. Unas partidarias del colegio de Londres agitan una pancarta: «London Rocks!»

Los intensos fluorescentes brillan en lo alto. La muchedumbre parece ondularse, moverse como un solo cuerpo. Y no solo el público, también los jugadores que corren de un extremo a otro, mientras la pelota vuela de mano en mano.

«Vamos, Londres, vamos. Bum, bum, bum. Vamos, Londres, vamos. Bum, bum, bum.»

Nosotros coreamos: «ISF. ISF».

Apretujado con el resto de la gente, vitoreando cada tanto del

equipo de París bajo esas luces destellantes, me siento como absorbido por la multitud jubilosa.

Cuando apenas falta un minuto, pedimos tiempo muerto.

El reloj está congelado en 58 segundos.

Los jugadores se apiñan en torno a sus respectivos entrenadores. Julia me da un golpe en el hombro.

—Ay, Dios mío, señor Silver —dice, golpeándome otra vez.

Lydia pone los ojos en blanco.

Levanto la vista y descubro que Paul Spencer me mira fijamente desde el otro lado de la pista.

Le devuelvo la mirada, nuestros ojos se encuentran.

La ISF gana el partido en el último segundo.

La gente de alrededor se levanta. Todos están de pie. Él ya no puede verme.

Por un momento me quedo sentado, rodeado de gente. Sus gritos parecen sonar muy lejos.

Luego me levanto y le pongo a Julia la mano en el hombro.

—Nos vemos después —susurro.

—¡Hemos ganado, señor Silver! ¡Hemos ganado!

—Fantástico —digo—. Hasta luego, Lydia; nos vemos.

Ella sonríe.

—Nos vemos, Silver.

Bajo entre el gentío a trancas y barrancas y salto de la grada a la pista. Me deslizó por las puertas y veo junto a la entrada a Mazin y a Steven Connor.

—Eh, señor Silver —dice Steven.

—Hola, Steve. ¿Cómo estás, Maz?

Él se encoge de hombros y se vuelve para otro lado.

Me lo quedo mirando fijamente hasta que me encara.

—Di lo que tengas que decir, Mazin.

—No hay nada que decir.

Aguardo un momento.

—De acuerdo. Nos vemos, chicos.

Le doy a Mazin un apretón en el hombro y me alejo del griterío que todavía resuena a mi espalda.

Me detengo en la mesa de picnic bajo el pino y me acomodo con los pies en el banco. Me siento totalmente sereno.

Lamento no haberme despedido de algún modo.

Pienso en todos los chicos a los que he dado clase y que andan ahora por una parte u otra del colegio.

Quiero ver otra vez a Mazin. Quiero explicárselo. A todos. A Mike Chandler, a Jane, y a Lydia, y a Hala, y a Julia, y a Colin, y a

Gilad.

Pero ¿cuál es la diferencia, en realidad? Lo que haya hecho por ellos, y lo que no haya hecho, sea lo que sea, todo eso ya ha terminado. En definitiva, dejarlos con la imagen de un perrito blanco cojeando por un campo nevado no es mucho peor que hacerlo con un magnífico adiós.

Llamo a Marie. No contesta. Le dejo un mensaje.

—Marie, soy yo —digo—. No sé exactamente lo que te espera, pero las próximas semanas serán horribles, seguro. Lo lamento. Tú eres mucho más valiente que yo. En fin, Marie, ya se veía venir. Tú lo sabes. Así que, bueno, aquí está. Y tal vez, no sé, será un alivio. Tal vez, tal vez. Cuídate, por favor. Nos veremos algún día. Pero no durante una temporada; no lo creo.

Regreso al Departamento de Literatura y recojo mis cosas, un archivo de cartas personales de alumnos y padres. Unos cuantos libros. Mi taza de café.

Después de tanto tiempo, no veo gran cosa que llevarme.

Me apoyo en mi mesa y escucho cómo se apagan las voces en los pasillos y se vacía el colegio.

Dejo la mayor parte de las cosas tal como están.

Los bolígrafos rojos en el cajón junto con una caja de grapas; el cuaderno de notas sobre la mesa para quien me sustituya.

El abrigo y la bufanda de Mia están en el respaldo de su silla. Todos los demás se han ido al sonar la campana, o siguen en el gimnasio celebrando la victoria, pero ella está preparando con los chicos el número de invierno de la revista literaria. Se quedará en el laboratorio de informática hasta tarde, tomando decisiones sobre las últimas propuestas.

Me la imagino en esa sala oscura, a ella y a nuestro grupito de fieles, iluminados por el resplandor de los monitores.

Ella da lo mejor de sí misma rodeada de esos chavales que la adoran. Entonces se convierte en el centro del mundo: en árbitro de gustos, lectora paciente, crítica aguda y legisladora de un orden moral perfecto.

Me siento ante su mesa, saco del cajón uno de sus bolígrafos rojos y empiezo a escribir.

«Querida Mia…»

Pero no reúno el valor suficiente y lo dejo ahí, solo dos palabras en la hoja en blanco: «Querida Mia».

Me pongo de pie. Acaricio su abrigo, colgado del respaldo, y salgo del despacho.

Desde el pasillo ya veo a Laetitia Moore sentada en una silla, frente a un sofá gris vacío. Hay otras dos sillas a juego, una a cada lado. En una de ellas está el señor Al Mady, con la pierna izquierda cruzada sobre la rodilla derecha de tal manera que le veo la suela gastada del zapato. Cruzo la puerta y mi entrada le hiela la sonrisa que tenía en la cara.

En la silla de enfrente está Paul Spencer.

Moore se vuelve como si también a ella le sorprendiera verme allí. Me da la sensación de haberme equivocado. A lo mejor han cambiado de opinión. Por un momento me siento aliviado, pero, antes de que pueda decir una sola palabra, antes de que me relaje y baje la guardia, ella dice muy tiesa:

—Pasa, Will.

Tomo asiento en el lugar que me han preparado, ese sofá bajo. Me pregunto si es un mueble nuevo. No recuerdo haberlo visto antes.

Paul Spencer se frota la barba con la mano. Moore me observa, enfundada en un traje beis. Está sentada rígidamente, con las piernas cruzadas. Por la ventana que está a su espalda veo el aparcamiento. Ya están saliendo los últimos autocares. Omar Al Mady, a mi derecha, ha desplazado su peso en la silla para volverse un poco hacia mí.

Respiro con breves inspiraciones y permanezco en el borde del sofá. Noto una palpitación en las venas de mi cuello. Estoy completamente presente. Es una sensación extraña, casi rayana en la euforia, pienso por un instante.

—Will —dice ella—. Quiero hacerte una pregunta.

Asiento.

—Voy a ser muy directa. Me imagino que sabes cuál es el motivo de esta reunión y que la pregunta no te sorprenderá.

Echa un vistazo a uno y otro lado, primero a Al Mady y después a Paul Spencer, y vuelve a concentrarse en mí.

—Will —dice—, ¿tienes o has tenido una relación inapro-piada con una estudiante matriculada en este colegio?

Me quedó inmóvil. No digo nada. Me limito a bajar los ojos, de su boca a la mesa de cristal que tengo delante. Aguardo.

Noto los latidos de mi corazón. Me imagino la sangre fluyendo por mi cuerpo. Con todo el tiempo que he tenido, no se me ha ocurrido considerar cuál sería mi respuesta. Concentro la mirada en el reflejo de la lámpara del techo sobre la superficie de cristal. Parece volverse más brillante y adquirir profundidad y textura.

No sé cuánto tiempo dejo que pase.

—Will —dice Paul Spencer.

—No —contesto, y alzo los ojos hacia él. Creo que lo he decepcionado, que esperaba al menos —si no otra cosa—que fuera sincero.

El señor Al Mady descruza las piernas y se echa hacia delante, como dispuesto a hablar.

—Tenemos pruebas —dice Moore, anticipándose—. Otros alumnos que han presentado su testimonio de forma voluntaria.

Hay un ligero temblor en su voz. Habla suavemente, pero por debajo se percibe la rabia contenida. Sé que me odia, que me ve como un hombre malvado que ha violado a una joven. Soy un hipócrita y un mentiroso. Un abusador infantil.

—Will —repite Paul Spencer, esta vez en voz más baja, tal como un padre bondadoso animaría a su hijo a dejar de llorar, a volver al juego, a parar de mentir y decir la verdad.

—Sí —digo, levantando la vista—. Sí —repito.

—Ah —dice Al Mady, asintiendo y afianzando ambos pies en el suelo—. Sí.

—De acuerdo —me contesta ella—. Quedas exonerado de tu puesto aquí. Lo mejor para ti, para Marie y para nosotros, Will, es que te vayas al terminar las clases de hoy, tal como harías normalmente, y que mañana ya no vengas.

—Will —dice Spencer.

Lo miro.

—Lo que has hecho es algo terrible. Eso debes saberlo. El colegio… Costará mucho tiempo que el colegio se recupere. Aquí mucha gente te apreciaba. Pero, en fin, tú ya lo sabes.

Sacude la cabeza.

Sigo en silencio.

Tras un instante, Moore abre una carpeta blanca.

—Bueno —dice, sacando una hoja y colocándola en la mesa.

La miro allí, sobre el cristal.

—Con esto queda anulada su relación con la ISF. Oficialmente. Fírmelo y, a partir de mañana, ya no será empleado del colegio —dice Al Mady, inclinándose y aguzando la vista, como si quisiera asegurarse de que es el documento correcto. Saca del bolsillo de su chaqueta un bolígrafo Cartier de oro y lo pone sobre la mesa—. Después de firmarlo, será libre, señor Silver.

Cojo la correa de mi cartera y me la enrollo alrededor del puño, solo para tener algo que agarrar.

—Debes darte cuenta, Will, de que lo que has hecho está mal. ¿No tienes nada que decir? —me pregunta Moore.

La miro y siento como si me estuviera ahogando.

Quisiera decir algo sobre Marie, sobre su piel fresca impregnada del olor de la noche, sobre el aspecto que tenía en aquellas grises mañanas invernales, sobre lo valiente que es. Pero me doy cuenta de que solo servirá para enfurecerlos más.

Abro mi cartera y saco un bolígrafo de plástico.

Aparto el Cartier de oro, que rueda con un traqueteo metálico por la mesa de cristal.

Firmo el documento.

Ella vuelve a guardarlo en la carpeta.

Todos parecen aliviados.

Al Mady recoge su bolígrafo. Yo dejo el mío en la mesa.

—Señor Silver —me dice—, ¿me permite una pregunta?

Lo miro a los ojos por primera vez desde que he entrado.

—Me gustaría saber (tal vez no lo he entendido) si es cierto que no se arrepiente de lo que ha hecho. Moralmente. ¿No lo lamenta? Es decir, de un modo esencial. ¿Se arrepiente de lo que ha hecho? ¿O es usted un hombre del todo impenitente? ¿Comprende que lo que ha hecho está mal?

Me enrollo la correa con más fuerza en la mano. Le sostengo la mirada un instante y me vuelvo hacia Paul Spencer. Me sorprende descubrir que me mira esperanzado, como si también él quisiera una respuesta a esa pregunta.

Los tres me observan con atención.

Me pongo en pie y me sorprende comprobar lo distinto que me siento al mirarlos desde lo alto.

Me parece ver un destello de temor en los ojos de Moore y se me ocurre que quizá tema que me ponga violento.

Me miran desde sus sillas hasta que los dejo allí.

Atravieso el pasillo, cruzo el vestíbulo y salgo por la verja. Ya casi no queda luz. Hay una brillante luna creciente en el cielo invernal; de algún modo, me siento dispuesto para volver a vivir mi vida. Me detengo al final de esa calle tan conocida. Me vuelvo hacia el colegio y luego levanto la vista hacia las luces navideñas colgadas en el cruce. Entonces alzo aún más los ojos, por encima de esas luces pálidas, hacia el cielo oscuro.

AGRADECIMIENTOS

A Pascale Brevet, cuyo amor, gracia, elegancia y valentía me han mantenido vivo durante años y años.

A Merritt Tierce y Dorothy Royle, amigas incesantes y lectoras cuya generosidad y talento me asombran siempre.

A Jon Brockett, Eric Leidecker, Gretchen Wagner, James Tooley, John McNulty, Grant Rosenberg, Lianne Halfon, Jane Lewty, Andy Scisco, John Heintz, Ellen Adams, Martina Baci-galupo, Adriano Valerio, Sahngmie Lah, Anthony Marra y Ayana Mathis por su apoyo y amabilidad incansables.

A Eric Simonoff, por su paciencia, sabiduría y generosidad, y por no darse por vencido conmigo.

A Alice Sebold, por su pasión y su fe inquebrantable. Lectora y editora de ensueño.

A John Burnham Schwartz, mentor y amigo.

A Bob Brock, Paul Hoornbeek, Ethan Canin y Allan Gurganus, los cuatro profesores que importaban.

A Tom Jenks, que estuvo allí primero.

Gracias también a Susanna Moore, Naomi Shihab Nye, Bibliothèque Mazarine, Alixe Turner, Ziad Musallam, Claire Peverelli, la familia Biles, Sophie Maarleveld, Elisabeth Hofmann, Doyeun Kim, Fernando Laposse, Michael Reynolds, Heather Bensko, Brad Listi, Steven Younger, Elena Calabrese, Luca Younger, Bob Goodkind, David Barnes, al Cabaret Populaire y al Iowa Writer's Workshop.